

IDOIA AMO

EVA M. SOLER

ANXIOUS



**ANXIOUS
II**

Eva M. Soler

Idoia Amo

© 2017 Eva M. Soler e Idoia Amo

Diseño portada: China Yanly

Prólogo: Emma Crespo

Maquetación: Idoia Amo

I.S.B.N.: 978-84-697-3460-5

Depósito Legal: BI-233-17

Impreso en España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE: DESCARTES

Capítulo 1. Desde cero

Capítulo 2. Anticosti

Capítulo 3. La partida

Capítulo 4. Adrian Scott

Capítulo 5. En el exterior

Capítulo 6. Colaborar sí, amistad nunca

Capítulo 7. Selección natural

Capítulo 8. Tomando decisiones

SEGUNDA PARTE: ANTICOSTI

Capítulo 1. Orden y tranquilidad

Capítulo 2. Encuentro inesperado

Capítulo 3. Medidas protocolarias

Capítulo 4. Revelaciones

Capítulo 5. Traslados

Capítulo 6. Reencuentros

TERCERA PARTE: BARCO MADRE

Capítulo 1. Más vidas que un gato

Capítulo 2. Asume tu posición

Capítulo 3. Imperfecta armonía

Capítulo 4. Paranoia

Capítulo 5. Ahora o nunca

Capítulo 6. Resucitado

Capítulo 7. Vivir de rodillas o morir peleando

Capítulo 8. Barco madre

CUARTA PARTE: TODO LO QUE DESTRUIMOS

Capítulo 1. ¿Seguro?

Capítulo 2. Sin mirar atrás

Capítulo 3. Una nube de oscuridad

Capítulo 4. Vivir o morir

Capítulo 5. El amargo porvenir

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE ANTICOSTI

OTRAS NOVELAS

PRÓLOGO

Una, que nunca ha sido aficionada a las distopías Z, no se acerca a un libro como *Anxious* sin tener, al menos, una buena razón que lo justifique. Pero ocurre que, después de leer *Salvación*, me picó la curiosidad y durante un tiempo, figuradamente, devoré todo lo que habían escrito Eva M. Soler e Idoia Amo. Y ahí está mi justificación.

«Leo mucho» es algo que se dice a menudo y se oye aún más. Probablemente sea verdad la mayoría de las veces, o muchas veces, o algunas... La realidad es que esta afirmación depende de un rasero subjetivo, es decir, alguien puede pensar que lee mucho y el de al lado decir «¿Sí? ¿En serio? ¿Eso te parece mucho?». El caso es que me voy a aventurar, osada de mí, a asegurar que, en efecto, yo leo mucho. Más de un libro por semana. En ocasiones, más de dos. Si la historia me atrapa, me la bebo.

Últimamente, he desarrollado el vicio de descargar libros en una conocida plataforma *online*. Es cómodo, me permite llevarlos en el teléfono y tener la lectura garantizada en cualquier circunstancia y ocasión. Los *ebooks* Kindle son como unas bragas limpias, nunca se sabe cuándo se va a presentar la necesidad y, si no las tienes, te puedes arrepentir.

El problema con esto es que entre tanta braga, unas veces te las encuentras de encaje y otras de algodón barato con el elástico cedido, no sé si captáis el elaborado símil. Yo llevo años consumiendo literatura como el que come pipas y nunca, hasta ahora, había dejado tantos libros en las primeras páginas. Hasta me hice la firme promesa de no avanzar más allá de la primera si encontraba cuatro faltas de ortografía graves. ¡Cuatro! ¡Y graves! Lo sé, eso es poner el rasero muy bajo, pero es que a veces me quedaba sin opciones.

Entonces, como decía, empezaron a caer en mis manos las historias de estas dos autoras y ¡oh, sorpresas maravillosas!, aquello se podía leer con deleite. No me malinterpretéis, no soy ninguna radical de la ortografía (bueno, un poco sí, para que nos vamos a engañar). Comprendo que a cualquiera que publica por su cuenta, sin el respaldo de un equipo invirtiendo tiempo y esfuerzos en su libro, se le puede colar algo en tanta página como hay que leer y releer antes de que vean la luz. No hablo de las erratas, hablo de los libros cuya comprensión queda relegada al plano de los deseos debido a la mala prosa, a la sintaxis deficiente y a la ortografía inexistente. Todo eso es, precisamente, lo que no había en los títulos de Idoia y Eva. En cambio,

había argumentos bien planeados, tramas principales y secundarias, personajes interesantes y un original toque que, cuando las vas leyendo, reconoces como la marca personal de estas compañeras.

Por eso pensé: si me han gustado las románticas, la de suspense y la colección de relatos de terror, ¿cómo no voy a *arramplar* con la distopía zombi? Y así, me puse a ello.

Empecé la primera parte con cierta diversión por la habilidad de las escritoras para crear ambientes. Si la habéis leído (no veo por qué tendríais la segunda entre manos de no ser así), recordaréis cómo empieza: pueblo perdido en Minnesota donde nunca pasa nada, base militar que esconde un proyecto secreto, jovencita díscola que se liga a un soldado y se cuelga en la base... En fin, los ingredientes perfectos para sembrar el caos. Solo hace falta que un virus experimental se des controle para que se desate una pandemia de dimensiones terroríficas en el territorio estadounidense.

Y ¿qué se hace cuando la población se está convirtiendo, a una velocidad de vértigo, en una horda de rabiosos cuya única razón de existir es morder a los que no están infectados? Primero, cagarte por las patas. Luego ya, si eso, tratar de sobrevivir como buenamente puedas.

A grandes rasgos, esto es lo que encontramos en *Anxious*. Pero entonces, las coautoras, con las que he tenido el placer de compartir alguna que otra comida literaria, te dan la oportunidad de leer en primicia y prologar la segunda parte de la agonía de los supervivientes: *Anxious II*. Y ahí empieza lo bueno...

Con México y Canadá vetados, los supervivientes del virus no tienen más opción que escapar del continente en barcos, de modo que el presidente en funciones emite un comunicado informando de los puertos disponibles y llamando a los civiles al orden y a la confianza en el ejército.

Comienza así un éxodo del que no voy a dar más detalles, porque estaría fusilando una trama que merece la pena que desentrañéis por vosotros mismos y porque, probablemente, Idoia y Eva me defenestrarían sin piedad si hiciera tal cosa (amén de no publicar mi prólogo, claro).

Lo que sí voy a hacer es explicar brevemente un punto que me parece imprescindible. A pesar de no ser aficionada al género, hoy en día documentarse está al alcance de cualquiera y no me ha supuesto mucho esfuerzo echar un vistazo por la red y hacerme un esquema mental de lo que es una distopía Z.

Además de descubrir que el tema en cuestión está muy en auge, también

he leído que estas historias tratan sobre personas sin raciocinio que caminan en diversos estados de descomposición. El origen del muerto viviente se remonta a los relatos de terror gótico del siglo XIX, y aún más allá, aunque eso sería hilar demasiado fino. El género tiene una estética propia y los zombis unos rasgos en común: son seres atrapados entre la vida y la muerte que no conservan su humanidad, pero se reconocen entre ellos y son capaces de atacar al resto; no tienen límite de resistencia, salvo la muerte; además, los supervivientes se sienten acorralados y, en algún momento, pierden la esperanza.

Lo que más me ha impactado, por otra parte, es que la mayoría de la crítica coincide en que el hambre elemental de estos seres es una metáfora de la sociedad, que consume sin reparos la comida, la ropa, los recursos naturales, el sexo, las drogas... de manera compulsiva.

Entonces, ¿todo esto está en *Anxious*? Pues, la verdad, salvo la metáfora trascendental, sí, está.

Entonces, ¿cuál es el punto de leer otra distopía más? Pues mira, me alegra que me hagáis esa pregunta.

La originalidad de este proyecto consiste en que los rabiosos no son muertos vivientes, no han muerto y se han levantado para acabar con los que estaban vivos. La diferencia está en que estos sujetos *son* seres vivos infectados por un virus descontrolado. Quienes se enfrentan a ellos no pueden consolarse de pegarles un tiro en la cabeza aduciendo que «ya eran cadáveres». No, señoras y señores, eso aquí no sirve. Los protagonistas de *Anxious* luchan contra un demonio mayor: combaten contra personas vivas y necesitan un tiempo de duelo para asumir que, pese a tratarse de unas pruebas virales descontroladas, parece que no están en disposición de crear una vacuna. Así, no les queda otra que asumir que, al final, los infectados van a tener que morir de todas formas. Ahí es nada...

Estoy casi segura de que, en este momento, por vuestras mentes están pasando las mismas preguntas que pasaron por la mía cuando empecé a leer: ¿cuántos de los protagonistas consiguen salir del continente? ¿Adónde van? ¿Cuántos logran llegar a ese lugar? Y, por último, aunque sea la más importante, ¿cuáles de ellos están destinados a aguantar hasta el final?

Las respuestas, queridos lectores y apreciadas lectoras, las tenéis todas entre las manos, tan cerca de vuestro conocimiento como rápido seáis capaces de leer.

Por mi parte, solo quedan tres cosas por decir. Primero, y como he

repetido ya varias veces en las redes, no sabéis lo que os espera. Segundo, y citando a mi querida Emma, «Mejor morir de pie que vivir de rodillas». Tercero, y como nota personal, hay personajes cuyo destino duele más que cualquier otro: esos son los imprescindibles...

Emma Crespo



Lo único que se necesita para que triunfe el mal es que los hombres buenos no hagan nada

**Edmund Burke. Escritor y pensador político irlandés.
1729 – 1797**

La Ley marcial es un estatuto de excepción de aplicación de las normas legales ordinarias (normalmente regulado en la Constitución del Estado), por medio del cual se otorgan facultades extraordinarias a las fuerzas armadas o a la policía en cuanto a la administración de justicia y resguardo del orden público. Casos usuales de aplicación son la guerra o para sofocar rebeliones.

En general, la ley marcial implica una limitación y suspensión de algunos de los derechos que el ordenamiento garantiza al individuo, además de aplicar procesos sumarios en los juicios y castigos severos más allá de los que se imponen en situaciones normales. En muchos casos de ley marcial, la pena de muerte es impuesta para crímenes que normalmente no serían crímenes capitales, como el saqueo o los robos en caso de catástrofes. Los llamados normalmente a ejercer la ley marcial son los tribunales militares.

Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos.

Mensaje emitido por la FEMA (agencia federal para el manejo de emergencias) a través de todos los canales de comunicación estadounidenses, veinticuatro horas al día, siete días a la semana, ininterrumpidamente.

Transmitido por el Presidente en funciones, Tom Collins:

Me dirijo a todos los supervivientes del desastre que está asolando nuestra querida nación para darles un mensaje de esperanza. Me he visto obligado a declarar el estado de excepción, pero el ejército está ahí para ayudarles. Si se encuentran con algún soldado, no huyan: identifíquense y serán evacuados a un lugar seguro.

No todo está perdido.

Nuestro país se encuentra inmerso en una lucha por la supervivencia y pasarán años antes de que sea habitable de nuevo. Nuestro ejército y científicos se están encargando de ello. Hasta entonces, estamos organizando varios lugares donde poder reinstaurar nuestra sociedad y modo de vida americano.

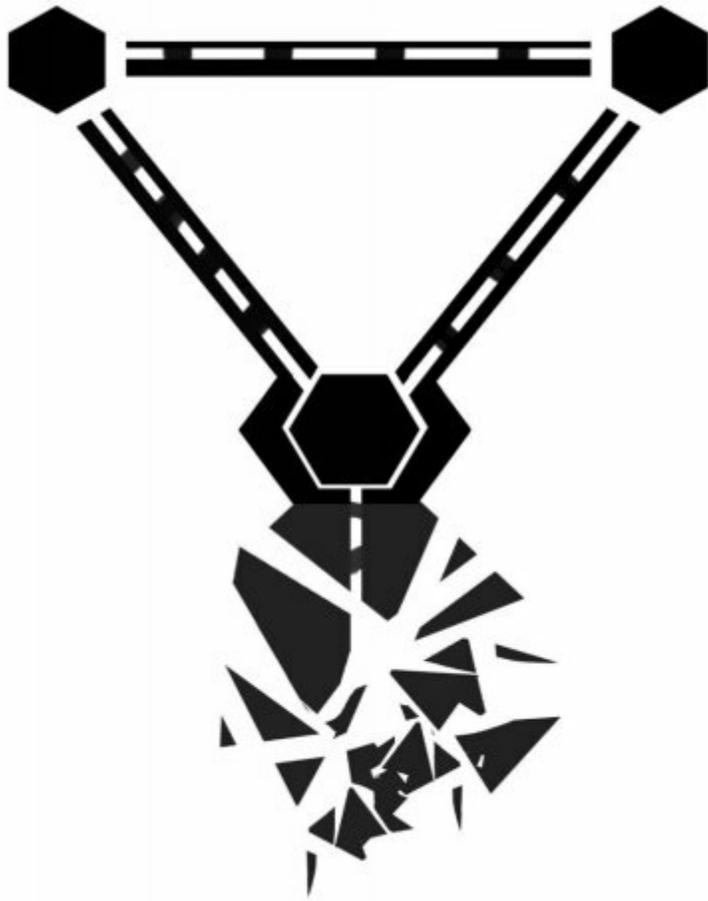
Aquellos que se encuentren en la costa Oeste, diríjense a los puertos de Seattle, San Francisco y San Diego.

En la Costa Este, a los puertos de Jacksonville, Nueva York, Boston y Portland.

La frontera con México se encuentra cerrada y Canadá está en la misma situación que nosotros, por lo que las únicas salidas son por mar.

Unidos, lo lograremos.

Buena suerte.



PRIMERA
PARTE: DESCARTES

Capítulo 1. Desde cero

Nathan se frotó la frente, tratando de recordar los últimos acontecimientos desde que los drones habían salido con el antivirus adulterado.

Con Hunter herido y Emma inconsciente, en un breve y angustioso momento en el que nadie parecía saber qué hacer, de pronto un grupo de militares armados habían irrumpido en la sala de mando. Vociferando órdenes al más puro estilo del ejército, se habían llevado a Emma y a Hunter. En medio de la confusión, a pesar del dolor y el miedo, al fin había logrado comprender que los trasladaban al hospital.

Recordaba a Rachel gritando y corriendo tras ellos, tan nerviosa como él, mientras Faraday lo retenía para que no complicara más las cosas. Por desgracia para Nathan, también se habían llevado al soldado Scott. Una pena, no le hubiera importado librarse de él. De igual manera, la soldado Johns también había sido rescatada, aunque ella solo parecía tener la nariz rota y el orgullo pisoteado. Casi un minuto después, había aparecido otro grupo de soldados para trasladarlos a ellos. Derrotados, los tres se habían dejado llevar. Los habían conducido hasta una planta que hasta entonces no habían visitado y que había sido acondicionada como hospital de urgencia. Allí habían sido examinados para evaluar sus posibles daños e interrogados sobre sus identidades, lo cual no había hecho sino impacientarlos aún más. Tenían las identificaciones que les habían entregado y habían dado incluso el nombre del Presidente para que respondiera por ellos, pero los soldados se habían limitado a comprobar los datos sin decir nada. El ejército, siempre tan eficaz.

Tras aquello, de nuevo se habían visto conducidos a otro lugar, esta vez a través de los túneles que comunicaban todo el complejo de la ONU, y los habían dejado dentro de una habitación. El edificio parecía seguro, protegido

y libre de contagio, aunque por el camino se habían cruzado con varios soldados que portaban mascarillas.

—¿Por qué? —preguntó Nathan, señalando hacia ellos.

—Hay que usar mascarillas en el exterior —informó el soldado que les acompañaba.

—¿Por qué? —repitió.

—No dispongo de esa información, doctor —contestó de nuevo el soldado, de forma mecánica.

Nathan seguía aturdido, de modo que apartó ese tema de forma momentánea. Ya se encargaría de pensar en aquello en otro momento.

—¿Dónde han llevado a Emma y a Hunter? —preguntó, en cambio.

—No dispongo de esa información, doctor.

—Tenemos derecho a saberlo —Rachel se cruzó de brazos en un gesto obstinado—. Queremos una respuesta, así que si vuelvo a escuchar que no dispone de esa información, le aseguro que voy a tener un ataque de histeria en toda regla.

El soldado estudió aquellos tres rostros cansados y afirmó con lentitud.

—Intentaré obtener algo de información —concedió—. Por el momento, no salgan del edificio para nada. Cualquier cosa que quieran se la proporcionaremos nosotros.

—Eh, un momento... —Rachel lo siguió hasta la puerta, intentando sin éxito que la mirara—. ¿Y nuestras cosas? ¿Por qué nos han traído aquí? Ya teníamos unas habitaciones, no entiendo...

—Les traerán sus pertenencias enseguida. Aquí estarán mejor.

—¿Mejor? ¡Si no nos dejan salir! ¿Es que ahora somos prisioneros?

—No, doctora. —El militar se giró, sin inmutarse—. Invitados.

Desapareció tras cerrar la puerta, dejándolos todavía más inquietos. Faraday detestaba estar encerrado y, casi al momento, había comenzado a pasear por el lugar como un león enjaulado, algo que no ayudó a relajar el ambiente. Rachel había empezado a llorar un rato después, ya incapaz de controlar su miedo y sobrepasada por la situación.

—Tranquila —trató de calmarla Nathan—. Pronto sabremos algo.

—Me preocupan Hunter y Emma.

Igual que a él, pero tampoco les habían dado muchas opciones. Se apoyó en el respaldo del sofá y se frotó la frente, notando que el silencio dejaba escuchar ruidos a su alrededor: en aquel edificio había más personas. Abandonó el salón para inspeccionar el lugar: cuatro habitaciones, equipadas

con mantas y sábanas; ropa estándar en los armarios; dos baños con toallas limpias y artículos básicos para la higiene personal; una cocina aséptica con pocos utensilios de cocina, pero al menos había comida de sobra en los armarios y la nevera. Nada perecedero, primaban los alimentos enlatados y las raciones militares. En el salón ni siquiera había una televisión, y en uno de los cajones halló velas y cerillas, por lo que dedujo que tampoco había electricidad.

—Esto parece un piso franco —comentó, al regresar de su exploración.

Rachel se frotó las lágrimas de las mejillas, mirándole aturdida. Faraday se acercó hasta la puerta por la que había salido el soldado y trató de abrir, dejando claro que estaba cerrada con llave.

—Creo que estamos siendo retenidos contra nuestra voluntad —informó.

—Dios mío —repuso Rachel—. ¿Qué vamos a hacer, Nathan?

Él se tensó unos segundos y después sacudió la cabeza.

—Solo podemos esperar —replicó—. Voy a darme una ducha, si es que tenemos agua.

Tenía las manos manchadas de la sangre de su padre, y no en el sentido metafórico de la expresión. Sentía la necesidad de librarse de ella y, de paso, tener la mente ocupada. No quería pensar en la posibilidad de que aquel soldado abriera la puerta y les informara de la muerte de Emma, pero sabía que había muchas probabilidades de que aquello sucediera. Todas, en realidad. Así que se metió bajo el agua y graduó la temperatura hasta relajar su cuerpo y limpiar las pruebas del delito. Su padre había sido un cabrón, pero eso no ocultaba el hecho de que lo había asesinado, y eso era algo que no se iría por el desagüe.

El soldado regresó un par de horas después con unas bolsas llenas de sus pertenencias, pero eso fue todo. No lo vieron al día siguiente, ni al otro. Se limitaron a intentar descansar, dormir, comer, ducharse... y hablar sin ganas hasta que, por fin, al séptimo día de haber sido evacuados al piso franco, recibieron una visita: un hombre de unos cincuenta años bien llevados, de aspecto recio y ojos oscuros e inescrutables, con ropa de camuflaje limpia y arreglada.

—¡Ya era hora! —exclamó Rachel, nada más verle, a punto de saltar sobre él—. ¿Quiénes se creen que son para mantenernos prisioneros sin darnos información alguna?

—Por favor, permitan que pida disculpas por ello. Estamos atendiendo a

bastante gente en estos momentos y es una locura —se excusó, visiblemente afectado, tras cerrar la puerta—. ¿Tienen todo lo que necesitan?

—Todo menos información —respondió Nathan.

Él asintió, acomodándose en el sofá, mientras el pelirrojo se colocaba a su lado. Rachel se dejó caer en el sillón individual con el ceño fruncido, mientras Faraday se quedaba de pie, observando al recién llegado con mal disimulada desconfianza.

—Lo comprendo. Responderé a todas sus preguntas, no se preocupen. Doctor Thomas y doctora Portman, he leído sus expedientes y sé quiénes son.

—Al parecer estamos en desventaja —dijo el pelirrojo.

—Soy el jefe de Estado Jacob Norris —se apresuró a aclarar él, extendiendo la mano—. Y por favor, no se consideren prisioneros. No es nuestra intención retenerlos aquí, sino más bien protegerlos.

Rachel y Nathan se miraron a la vez, ignorando la mano.

—¿Qué ha pasado con Hunter y Emma? —preguntó ella, con apremio—. Estaban con nosotros cuando fuimos evacuados de la sala de lanzamiento, ambos heridos.

—Se encuentran en el hospital. En realidad no es un hospital, sino la planta médica para emergencias de la ONU, creo que ya la han visto... Es donde les examinaron a ustedes antes de trasladarlos aquí. El teniente coronel Cooper ya está fuera de peligro —informó Norris, solícito—. Aunque sigue ingresado y en tratamiento. Por desgracia, la señorita Jefferson continúa en estado crítico.

Para Rachel, el alivio y la tristeza llegaron de la mano: que Hunter estuviera bien la llenaba de felicidad, pero lo de Emma... No quería siquiera imaginar cómo se sentiría Nathan.

—Estamos haciendo todo lo que podemos por ella —añadió Norris, al ver las caras pálidas y angustiadas que lo contemplaban—. Tenemos algunos médicos muy buenos y...

—¿Puedo verla? —lo interrumpió Nathan.

El jefe de Estado alzó la ceja de forma casi imperceptible ante aquel corte, pero al momento se corrigió y puso expresión amable.

—Por supuesto que puede. Aunque primero me gustaría tener una conversación con...

—Eso puede esperar —intervino Rachel, incorporándose.

—Es bastante importante lo que tengo que contarles —Norris los miró perplejo, como si no pudiera creerse que no quisieran escucharlo.

Nathan imitó a la chica, poniéndose en pie a su lado mientras Faraday avanzaba hacia ellos.

—Y le escucharemos —dijo, mirándolo a los ojos—, pero será después.

Finalmente, Jacob Norris aceptó lo que al parecer era inevitable: primero visita, después charla informativa. Se dio la vuelta para abrir camino, pero entonces chocó contra el robusto cuerpo de Faraday, que no tenía nada que envidiar al suyo. Se echó hacia atrás, sorprendido.

—¿De qué va esto? —preguntó Faraday.

—¿Esto? —Norris parecía no entender bien, pero tras unos momentos de mirar los ojos de aquel gigantón, terminó por responder—. De empezar de cero.

El traslado al hospital provisional los dejó noqueados. Descubrieron que los habían alojado en el edificio North Lawn, cerca del principal de la ONU, un lugar utilizado para conferencias y cuyas salas habían sido habilitadas como viviendas. Lo bueno de ese lugar era que se comunicaba con la ONU mediante túneles subterráneos, algo que evitaba que tuvieran que salir fuera. De cualquier forma, a través de las ventanas pudieron ver que en el exterior había gusanos de plástico que los protegían del aire, por si acaso debían acceder por arriba, como explicó Norris.

En ese momento, a Nathan le vino a la cabeza la imagen de los soldados del primer día, con las mascarillas puestas, y examinó a su alrededor con expresión inquieta.

—¿Y todo esto?

—Aún es pronto para saber si salir fuera es seguro —se limitó a decir Norris, echando a andar—. Creemos que lo es respecto al virus, pero mejor prevenir que curar, ¿no creen?

Se adelantó, esperando que lo siguieran, de manera que obedecieron. Ir por aquellos túneles era inquietante, pero no tenían más opción.

—¿Cuántos días han pasado desde que se lanzó el antivirus? —preguntó Rachel, cuando ya estaban en la puerta dispuestos a entrar.

—Una semana, doctora Portman.

—¿Cómo sabe quiénes somos, de dónde ha sacado la información?

—No se preocupe. El presidente me ha pedido personalmente que me encargue de ustedes y tengo órdenes de informar de todo.

Rachel pareció relajarse un poco con esa información ya que el presidente, en principio, estaba de su parte, aunque hubiese lanzado un antivirus a lo loco

sin tener en cuenta las objeciones que había puesto Nathan. Se giró para esperar a su amigo: notaba que estaba muy callado y, por su cara fatigada, deducía que no conciliaba el sueño por las noches, aunque habían dormido más que nunca. La falta de luz hacía que se acostaran temprano pero ninguno descansaba realmente, ni siquiera Faraday, a quien escuchaban levantarse y pasear por el piso con frecuencia.

Aquella planta la habían acondicionado con bastante eficacia y les sorprendió un poco su actividad: Rachel contó al menos tres personas con bata y una tarjeta colgada al cuello. Dedujo que eran médicos, así como varias enfermeras uniformadas. El ir y venir indicaba que tenían más heridos en el bloque, por lo que intercambió una mirada de preocupación con sus compañeros.

Llegaron a una habitación custodiada por dos soldados.

—Por aquí —Norris la sacó de sus pensamientos, abriendo la puerta y haciéndose a un lado para cederles el paso—. Aquí está el teniente coronel Cooper —informó, y luego miró a Nathan—. ¿Quiere usted...?

—Sí —replicó él, y apoyó una mano en el brazo de Rachel—. Vete entrando, vendré después.

Rachel asintió y entró en la habitación cerrando tras de sí, pues sabía bien que Faraday iría detrás de Nathan sin dudar. Hunter estaba tumbado en la cama, con el gotero aún conectado y, al parecer, adormilado. Parpadeó al escuchar la puerta y, al verla, se incorporó a toda prisa en la cama.

Antes de que pudiera decir nada, Rachel se había lanzado a sus brazos y sollozaba contra su pecho, sujetándole con fuerza. Hunter reprimió un quejido de dolor. Tenía uno de los brazos casi inmovilizado por las vendas de su pecho y hombro, y movió con cuidado el otro, donde tenía el suero, para abrazarla. Cerró los ojos y la besó en el pelo, aliviado por tenerla por fin junto a él. Llevaba días discutiendo con todos los médicos y enfermeras que habían pasado por allí, ya que nadie se dignaba informarle de nada. Solo cuando se arrancó el suero y se desprendió de las máquinas, consiguió que aparecieran un par de soldados para retenerle y, por fin, el jefe de Estado. Este le contó que tanto Nathan como Rachel se encontraban bien y en lugar seguro; no así Emma, quien seguía inconsciente. Pero Hunter no las tenía todas consigo e intentó escaparse de nuevo, con lo que consiguió que le pusieran vigilancia en la puerta y, sospechaba, un aumento en la dosis de calmantes.

Rachel se separó unos centímetros para secarse las mejillas. Le tocó la

cara como si temiera que fuera a desaparecer en cualquier momento y bajó la vista a sus vendas, rozándolas con dedos temblorosos.

—Creí que te había perdido —susurró—. No nos decían nada y yo... pensaba que... me temía lo peor...

Ahogó un sollozo y Hunter la cogió de la barbilla para que le mirara.

—Estoy bien —dijo—. Podría estar mejor, no te lo voy a negar, pero me dijeron que la bala no me afectó ningún órgano y, como tú me la sacaste rápido... —La besó en los labios—. Tranquila, ¿de acuerdo?

—Ha sido tan difícil... —Suspiró y se sentó a su lado en la cama, cogiéndole la mano libre. Movi6 la cabeza con tristeza—. Y el pobre Nathan... No ha hablado del tema, pero sé que le está dando vueltas a lo de su padre.

—Se merecía que lo matara.

—Lo sé, y él también, estoy segura. Pero era su padre, Hunter, y tuvo que dispararle. Por muy mal que se llevaran, por muy mala persona que él fuera, eso no es fácil.

—No, supongo que no. —Le apretó la mano—. ¿Y Emma? No me quieren decir nada, solo que está inconsciente, pero no sé si me están mintiendo.

—Está en coma, Nathan ha ido a verla. —Movi6 la cabeza de nuevo—. No sé, no nos han dado más datos, luego me pasaré yo, pero no tiene buena pinta.

Se le escapó una lágrima. Hunter volvió a acercarla a él para besarla y acomodarla contra su pecho. No quería imaginarse lo que sería estar en el lugar de su amigo en aquel momento, con el asesinato de su padre en su conciencia y el amor de su vida más muerto que vivo. Porque él ya había pasado por eso y sabía el infierno que era. Quería tranquilizar a Rachel, pero no podía decirle que todo iría bien cuando no tenía la seguridad de que fuera a ser así.

Al menos estaban juntos, por fin.

Nathan caminó detrás de Norris hasta que llegaron a otra puerta. A diferencia de Hunter, el lugar donde se encontraba Emma recordaba más a una sala de urgencias: equipo hospitalario en buen estado que incluía control de la vía aérea, ventilación mecánica, monitorización de la presión intracraneal y una mujer de unos cuarenta años vestida con bata blanca, que parecía vigilar sus constantes. Se giró al verlos pasar, frunciendo el ceño.

—Aquí no se puede entrar —espetó.

—Doctora Zane, este es el doctor Thomas. El virólogo del que le hablé —comentó Norris, aproximándose.

—Oh —murmuró ella—. Sí, claro. El virólogo —carraspeó al tiempo que extendía la mano—. Soy Amanda Zane, me estoy encargando de su...

Nathan pasó junto a ella, ignorando su gesto de saludo, y observó el cuerpo que yacía sobre aquella cama. Parecía dormida, si uno lograba pasar por alto la cantidad de tubos que la rodeaban y la venda de la cabeza.

—¿Cuál es su estado?

La doctora intercambió una mirada con Norris, y se acercó despacio hasta colocarse a su lado.

—Bueno, como es usted doctor... aunque este no sea su campo, doy por hecho que sabe que el coma es un estado severo de la pérdida de consciencia.

De buena gana Nathan hubiera respondido con un sarcasmo, pero no tenía humor. No reconocía a la mujer de la cama.

—En el caso de esta mujer se trata de un coma producido por un traumatismo craneoencefálico, que es un golpe contundente en la cabeza. ¿Sabe usted qué tipo de golpe sufrió...?

—Yo no estaba delante —contestó Nathan, poniéndose a la defensiva—. ¿Por qué no se lo pregunta al soldado que casi le parte el cuello? —miró a Norris.

Este alzó las manos a la vez, como si quisiera defenderse.

—Entiendo su malestar, pero...

Nathan dejó de prestarle atención. De nuevo, la doctora Zane cruzó una mirada con Norris, pero el hombre se encogió de hombros.

—Si fuera un coma moderado quizá podría dar buenas noticias, pero es un coma profundo. Ingresó ya inconsciente y en la tomografía computarizada... es decir, el TAC...

—Sé muy bien lo que es una tomografía computarizada, doctora Zane —la interrumpió Nathan, dándose la vuelta para mirarla—. ¿Por qué no deja de tratarme con esa condescendencia arrogante y dice de una vez lo que tiene que decir?

Ella lo miró a los ojos, y afirmó.

—Está bien —dijo—. Tiene una fractura de cráneo, tuvimos que abrir para liberar la presión intracraneal producida por la hemorragia y por eso la tenemos en cuidados intensivos. Está en estado comatoso severo, es decir, no puede abrir los ojos, ni seguir órdenes, ni escuchar su voz. Tampoco reacciona a estímulos.

—¿Y el pronóstico es...?

—Bueno, la recuperación es prolongada y generalmente incompleta. Un porcentaje significativo de pacientes con TCE grave no sobrevive más de un año, pero eso no significa que...

—Gracias por la información —dijo él, girándose de nuevo hacia la cama—. ¿Podrían dejarme solo un momento, por favor?

La doctora Zane cerró la boca, sin saber bien cómo proceder. Esperó que Norris dijera algo y finalmente el jefe de Estado hizo un gesto afirmativo con la cabeza, así que ambos abandonaron el cuarto, cerrando la puerta tras ellos.

Nathan notó un alivio inmediato en cuanto se quedó solo. Se acercó hasta la camilla, mirando a Emma: la doctora había sido muy clara en cuanto a su caso y aquello no tenía pinta de acabar bien. Ella no se iba a recuperar, debía hacerse a la idea, pero mientras estuviera viva no pensaba dejarla sola.

Cuando salió, cerrando la puerta tras él, lo último que le apetecía era comunicarse con nadie. Sin embargo, la doctora y el jefe de Estado lo aguardaban, ambos con cara de funeral.

—Doctor Thomas —se adelantó Norris—. ¿Cree que podríamos hablar ahora?

—No, no lo creo.

Hizo ademán de pasar de largo, pero el hombre lo detuvo poniendo una mano en su hombro.

—Entiendo que no esté de humor, pero es muy, muy importante lo que quiero decirles.

—Lo sé —Nathan se apartó para liberar el peso de aquel brazo insistente—. Y como le dije antes, lo escucharé. Pero no será hoy.

—Si cree usted que puede... —empezó Norris, pero se detuvo cuando en la entrada del pasillo vio materializarse a Faraday como por arte de magia, quien además lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Todo bien? —preguntó el recién llegado, dirigiéndose a Nathan.

—Sí. Vamos, Faraday —el pelirrojo se libró al fin de Norris.

Siguió su camino en dirección a la habitación de Hunter y Faraday fue tras él, no sin antes dedicar otra mirada torcida a Norris. Él valoró la idea de seguirlos, pero la doctora Zane lo cogió del brazo para impedirselo. Meneó la cabeza de forma negativa y Norris se resignó a tener paciencia.

Rachel trasteaba por la cocina, preparando sándwiches fríos. Ninguno comía demasiado esos días. No le gustaba perseguir a nadie como si fuera su

madre, pero no podía dejar que se abandonaran a aquel desánimo que los había inundado. Hunter se recuperaría en poco tiempo y la simple idea hacía que quisiera llorar de alegría, pero... se sentía incapaz de estar feliz.

Colocó la comida en el plato, recordando a Norris. El jefe de Estado insistía en hablar con ellos, pero cada vez que lo intentaba Nathan se negaba. Sí, había cambiado un poco su cara al ver a Hunter sano y salvo pero, excepto por ese gesto, el chico permanecía taciturno. No podía culparlo, bien sabía ella que en su lugar se habría derrumbado mucho antes. Lo único que podía hacer era apoyarlo e intentar que comiera, de manera que agarró los platos y fue hasta el salón. Ya estaba oscuro cuando daban las ocho y a ninguno le gustaba permanecer allí más de lo necesario, así que se dio prisa. Faraday hablaba en voz baja con Nathan, pero enmudeció al verla acercarse.

—¿Tenéis hambre? —Depositó los platos, pasando por alto sus muecas—. Mirad, ya sé que bocadillos fríos toda la semana no es precisamente apetecible, pero...

—Tranquila, Rachel —Faraday aceptó su plato con cara agradecida—. Eres muy amable por tomarte la molestia.

Pero no tocó la comida, limitándose a depositarla en la mesilla junto a él. Nathan hizo lo mismo.

—Muy bien —dijo ella, con un suspiro.

Miró a Nathan en la semioscuridad, queriendo decirle que estaba allí, que podía contar con ella si necesitaba hablar o cualquier otra cosa, pero las palabras se atascaron en su garganta y no encontró la manera de pronunciarlas. Lo único que le daba consuelo era saber que en unos días, Hunter se reuniría con ellos en ese piso desangelado.

Capítulo 2. Anticosti

Fueron siete días exactos los que tardó Hunter en estar recuperado de manera definitiva y, cuando le dieron el alta, fue el propio Jacob Norris quien se encargó de ir a buscarle para acompañarlo al apartamento. El jefe de Estado se había cansado de esperar y había decidido coger el toro por los cuernos o, al menos, eso era lo que se leía en su rostro.

—Le llevaré con sus compañeros —dijo.

—Antes quiero ver a Emma.

Norris resopló impaciente pero, al fin y al cabo, la habitación de la chica estaba de camino, así que afirmó y comenzó a caminar con Hunter siguiéndole de cerca. Se detuvo delante de una puerta.

—Entraré solo, gracias —dijo Hunter.

Sin dar opción a contestar, le tendió la bolsa de deporte con sus cosas y entró directamente en la habitación, cerrando la puerta tras él. Miró hacia la cama y tragó saliva al ver a Emma enchufada a todas aquellas máquinas y cables. Se acercó y cogió una de sus frías manos, mirando sus ojos cerrados como si estuviera durmiendo.

—Lo siento —dijo.

Le apretó los dedos y salió cogiendo aire. Recuperó su bolsa y señaló el pasillo con la cabeza.

—Sigamos —ordenó, más que pidió.

Norris se armó de paciencia y continuó caminando a través de escaleras y túneles, hasta llegar al apartamento asignado para ellos.

—¡Hunter! —Rachel le abrazó nada más abrir la puerta. Por encima de su hombro, vio al jefe de Estado—. Hola, señor Norris.

Se hizo a un lado para permitirles el paso mientras Hunter examinaba el

lugar con ojo crítico: dejó la bolsa que se había traído del hospital y que contenía unas pocas pertenencias, entre las que no se incluía ningún arma, y se acercó a saludar a Nathan y Faraday, que estaban sentados en el salón. Rachel trajo unas tazas con algo que parecía café frío y las repartió por la mesa mientras Norris se sentaba; Hunter regresó tras husmear por el piso y se acomodó junto a ella, rodeándole los hombros con el brazo.

—Bueno —dijo el teniente—, tengo entendido que deseaba hablar con nosotros de algo urgente, ¿no es así?

—Sí. —Los miró atento por si tenían algo que decir antes de que comenzara su explicación. Cuando vio que ninguno hablaba, continuó—. No sé si saben que nuestro país ha quedado inhabitable debido al pulso electromagnético y esta situación se prolongará durante años. No sabría decir cuántos, la verdad, pero el presidente en funciones Collins ha tenido que tomar decisiones importantes la semana pasada.

Los tres le observaron, aturridos.

—La población americana ha sufrido un descenso drástico debido al virus, por supuesto, pero también al hecho de carecer de electricidad y todo lo que ello conlleva. Los cálculos aproximados indican que alrededor de un 75% de nuestro censo ha desaparecido, lo que significa que realmente no hay muchos supervivientes. Pero queremos dar una salida a los que quedan.

—¿Una salida? —Hunter se irguió al momento.

Norris sacó una grabadora de su bolsillo.

—La semana pasada, el presidente Collins empezó a enviar este mensaje por todos los canales de transmisión de Estados Unidos —explicó, presionando un botón—. Por favor, guarden silencio.

Obedecieron, hasta que escucharon la voz del presidente:

Me dirijo a todos los supervivientes del desastre que está asolando nuestra querida nación para darles un mensaje de esperanza. Me he visto obligado a declarar el estado de excepción, pero el ejército está ahí para ayudarles. Si se encuentran con algún soldado, no huyan: identifíquense y serán evacuados a un lugar seguro. No todo está perdido.

Nuestro país se encuentra inmerso en una lucha por la supervivencia y pasarán años antes de que sea habitable de nuevo. Nuestro ejército y científicos se están encargando de ello. Hasta entonces, estamos organizando varios lugares donde poder reinstaurar nuestra sociedad y modo de vida americano.

Aquellos que se encuentren en la costa Oeste, diríjense a los puertos de Seattle, San Francisco y San Diego.

En la Costa Este, a los puertos de Jacksonville, Nueva York, Boston y Portland.

La frontera con México se encuentra cerrada y Canadá está en la misma situación que nosotros, por lo que las únicas salidas son por mar. Unidos, lo lograremos.

Buena suerte.

Norris apagó la grabadora, escrutando sus rostros expectante.

—¿Puede ponerlo otra vez? —pidió Rachel, con los ojos abiertos como platos.

—Claro.

De nuevo se hizo el silencio mientras se repetía el mensaje. Norris les permitió unos minutos para asimilar lo que acababan de escuchar hasta que, al fin, Hunter tomó la palabra.

—¿Estamos en estado de excepción?

—DEFCON 2, sí. El ejército ha tomado el mando, bajo órdenes directas del presidente.

—Y van a evacuar el país.

—Exacto. Dicho de forma clara, pretendemos coger a todos los americanos que queden vivos y trasladarlos a lugar seguro mientras el antivirus hace su efecto y vamos recuperando terreno. Para ello, estamos desplegando todas las unidades disponibles por el país, así como varios destacamentos enviados por la ONU.

—¿Y cuál es ese lugar? —quiso saber Nathan.

—Desde la costa Este, estamos enviando barcos a Hawai. En el caso de la costa Oeste, la isla Anticosti. —Norris sacó un mapa que desplegó al momento sobre la mesa, al tiempo que echaba mano de su linterna para que se viera sin problemas—. Se encuentra en el Golfo de San Lorenzo, en Quebec. Miren. —Señaló en el mapa—. Como pueden ver, está separada del territorio continental de Quebec por el estrecho de Jacques Cartier. Tiene siete mil ochocientos noventa y dos kilómetros cuadrados, es una de las islas más grandes de la provincia... y del mundo, en realidad.

Hunter observó el mapa.

—Es una isla rocosa y cubierta por bosques —observó.

—Sí, teniente. De hecho, Anticosti estaba muy poco poblada, había menos de trescientos habitantes en ella y casi todos localizados en la aldea de Port-Menier, que está en el extremo occidental de la isla. Casi todas esas personas cumplían tareas relacionadas con la conservación de los faros que erigió el

gobierno canadiense.

—Es una costa peligrosa —comentó Hunter—. ¿No la llamaban «el cementerio de San Lorenzo»?

Norris volvió a afirmar.

—Bueno, en el pasado contabilizó cerca de cuatrocientos naufragios, no se lo voy a negar, pero eso no tiene importancia ahora —repuso—. El pulso electromagnético no llegó hasta allí y tiene dos puertos de entrada, Ellis Bay y Foxy Bay. ¿Entienden lo que eso significa?

Rachel y Hunter se miraron.

—Si solo se puede acceder por mar, estaremos a salvo —dijo Nathan.

—Exacto. Los puertos estarán siempre vigilados y no habrá posibilidades de que el virus llegue.

—Pero... es territorio de Canadá —Rachel miraba el mapa, confusa—. ¿Nos permitirán entrar?

—La isla pertenece al gobierno de Quebec y ellos nos la han cedido. No la necesitan, puesto que ellos están evacuando a Groenlandia. Se han llevado a su gente de allí, de forma que ahora está libre. Otros países están colaborando también con nosotros, por ejemplo, enviándonos barcos para la evacuación.

Los tres asintieron, algo dispersos.

—Entonces —dijo Faraday—, lo que quieren es crear una especie de reducto donde los supervivientes puedan estar a salvo. Y vivir allí para siempre, ¿es eso?

—Para siempre es mucho tiempo. Mejor digamos temporalmente, hasta que podamos recuperar nuestro país.

—Pasarán años antes de eso —repuso Nathan, sin inmutarse.

—Lo sé bien, doctor. Pero mientras tanto debemos poder refugiarnos en algún lugar donde estemos a salvo, seguros y juntos.

—Qué bonito.

Rachel le pegó en el brazo con disimulo.

—Y nosotros somos vitales porque... —insistió.

—Tenemos ya allí algunas unidades acondicionando la isla. Como ha dicho el teniente, casi toda su extensión es bosque, así que estamos trabajando a la mayor velocidad para poder alojar a la gente que traslademos. Necesitamos médicos y científicos. Aunque no lo crean, ahora mismo un médico es un bien muy preciado.

Se calló, observando sus caras en busca de alguna emoción que le diera una pista sobre sus sentimientos al respecto de todo lo que acababa de

comentar.

—¿Están construyendo viviendas? —Hunter parecía perplejo.

—Hacemos lo que podemos. La aldea tiene bastantes casas y estamos habilitando superficies grandes de construcción sencilla para alojar personas.

—¿Cuándo han empezado a hacer esto? Solo han pasado quince días desde...

Él afirmó con la cabeza.

—En realidad, desde que empezó el desastre el presidente estuvo en conversaciones con el gobierno de Canadá. Con varios gobiernos, la verdad, pero ellos nos han ofrecido Anticosti. Habíamos hecho un estudio, solo que esperábamos que el antivirus fuera efectivo... lo cual parece que no está ocurriendo o es más lento de lo que pensábamos. Esto era nuestra medida de emergencia, nuestro plan B.

Nathan se inclinó hacia delante.

—Le advertí que no se podía lanzar el antivirus así como así. Si me hubiera dejado tiempo y libertad para trabajar esto no...

—Mire, doctor —lo cortó Norris—. Sé de sobra que ahora mismo no soy su persona favorita y que muchos de los problemas son resultado directo de la toma de malas decisiones. Pero no tiene sentido volver hacia atrás, eso no solucionará el problema presente. Tenemos que mirar hacia delante y pensar en qué demonios vamos a hacer —cogió aire—. No sé a ustedes, pero a mí esto me parece viable. Si se les ocurre una idea mejor, soy todo oídos.

Hunter miró a Rachel y después a Nathan.

—Continúe —invitó.

Norris pareció aliviado y puso un dedo encima del mapa.

—Hay varios viajes programados. Harán paradas por diversos puertos para recoger a cualquier superviviente —informó—. Una vez pasado el plazo, no habrá más barcos, es decir, Estados Unidos quedará desierto y las personas que no se hayan presentado ante los militares pertinentes para ser evacuadas quedarán aquí a su suerte. De ahí que estemos retransmitiendo el mensaje las veinticuatro horas todos los días.

Rachel se cruzó de brazos.

—¿Y nosotros?

—Les necesitamos, doctora Portman. Como es lógico, tener un hospital en la isla es básico, pero ya le he dicho que los médicos son un bien preciado. Hablo por boca del presidente cuando les pido por favor que nos ayuden a levantar desde cero ese proyecto en Anticosti.

—¿El hospital? —preguntó ella.

—Sí, señora. Solo tenemos cuatro médicos localizados aquí y seis enfermeros en total, además de usted. Hombres, mujeres, niños... No sé, yo creo que nos será muy necesaria.

Hunter carraspeó.

—¿Ya hay gente viviendo allí?

—No, por ahora estamos en pleno acondicionamiento. Pero si todo va como esperamos, es posible que en dos semanas podamos empezar a desplazar supervivientes... Será un caos al principio, pero pienso que lo básico es que lleguen sanos y salvos.

Faraday mantenía su rostro neutral, mirando de cuando en cuando a Nathan para ver cómo reaccionaba este, aunque él tampoco daba demasiadas pistas.

—Y a mí, ¿para qué me necesita? —preguntó el pelirrojo de pronto.

—¿Bromea usted? —Norris puso cara de ofendido, como si se estuviera riendo de él—. Es el único virólogo que tenemos. Es probable que entre los activos que aparezcan encontremos alguno más, pero por ahora no hay otro. Hay que seguir trabajando en una vacuna, un antivirus...

—Ya. ¿Igual que antes de que lo lanzaran sin mi permiso?

—Es cierto que debimos darle más tiempo. Ahora lo tendrá. Es más, si por Collins fuera, ya estaría encerrado bajo llave en un camarote de seguridad de camino a la isla. Es demasiado valioso.

—Sin embargo aquí estoy —comentó Nathan.

—Quiero que sean razonables y hagan las cosas por voluntad propia. Pero siempre entendiendo que, ahora mismo, no hay más salidas en el horizonte.

—Solo para que me quede claro —volvió a intervenir Rachel—. Usted quiere que vayamos ya a esa isla, para ayudar en la construcción y dirección del hospital, ¿correcto?

—Y en la investigación científica —Norris asintió, señalando a Nathan con la cabeza—. Y cuanto antes, mejor. El teniente Cooper puede entrar al servicio militar al llegar allí. Con su rango será mando de forma inmediata —sugirió.

Hunter sopesó sus palabras despacio y miró a los demás. Abrió la boca para decir algo, pero entonces escuchó la voz de Nathan.

—¿Y qué pasa con Emma?

Se veía que Norris esperaba la pregunta, porque puso cara de póquer y tragó saliva.

—Bueno, podemos mantenerla con vida un tiempo, pero... —trató de justificarse al ver las miradas de todos—...entiéndanlo, sería imposible llevarla en ese estado. Aquí apenas hemos conseguido acondicionar un par de plantas para la gente herida, los generadores no...

—¿Lo que está diciendo es que cojamos un barco y nos larguemos dejando a Emma aquí? —preguntó Nathan, estupefacto. No por la idea en sí, viniendo de militares no lo sorprendía en exceso, sino por el hecho de que se hubiera atrevido a sugerirlo en voz alta.

—Entiendo bien cómo se siente, pero es imposible trasladarla tal y como está. No tenemos los medios.

—Claro. La dejamos y ya morirá, ¿no? Total, es un vegetal.

—Yo no he dicho eso —se defendió Norris.

—Es exactamente lo que ha dicho.

—Creo que deberían...

—No —La voz seca de Hunter se impuso entre ambos—. No haremos eso de ninguna manera, jefe Norris. —Y se detuvo junto a él, mirándole desde arriba hasta que el hombre captó que le estaba invitando a marcharse.

Norris soltó un suspiro de exasperación, poniéndose en pie.

—Habla mañana, cuando hayan podido meditarlo mejor.

Hunter no respondió, limitándose a caminar a su lado hasta la puerta. En cuanto salió, la cerró, apoyando la espalda mientras su mirada se encontraba con la de sus compañeros de fatigas. Salir del hospital le había animado un poco, pero ahora deseaba no haberlo hecho.

—No parece que tengamos muchas opciones —comentó.

—Es lo de siempre con el ejército —replicó Nathan—. Nos lo ha intentado vender como una elección, cuando está claro que nos van a meter en un barco queramos o no.

—Nathan, entiendo que estés...

—Ni siquiera quiero discutir el tema, no hay nada que hablar. No pienso irme de aquí sin ella y punto.

Se dio media vuelta y se encerró en su habitación pegando un portazo. Hunter miró a Faraday, que se encogió de hombros.

—Yo me quedo con él —resumió el hombretón.

Y, sin más, se fue a otra habitación.

Rachel se acercó a Hunter y le acarició un hombro.

—No te preocupes por Nathan, no está enfadado contigo, es solo que...

—No estoy tan seguro de eso.

—¿Por qué lo dices?

—Fue idea mía venir aquí, yo os convencí. Emma ni siquiera quería embarcarse en esto y mira cómo está ahora por mi culpa.

—Tú no estabas en esa sala, no sabes lo que ocurrió. Ninguno lo sabemos realmente. Pero no fue culpa tuya, ni de ninguno de nosotros. Nathan se culpa por dejarla sola; Faraday también, por irse a ayudarlo a él en lugar de quedarse y... Así no llegamos a ninguna parte. Piensa que, si no hubiéramos venido, la ONU habría ordenado el ataque con bombas y ahora mismo todo el país estaría aún más arrasado de lo que ya está, incluyendo el CDC y todos nosotros. Y sí, no sabemos hasta qué punto funciona o no el antivirus que han lanzado, pero Nathan sigue vivo y...

Hunter la interrumpió besándola. Rachel parpadeó sorprendida y lo apartó unos centímetros para mirarle a los ojos, encontrándose con que, a pesar de su gesto serio, una pizca de diversión brillaba en ellos.

—Cuando te lanzas no hay quien te calle —comentó él.

—Hunter...

—¿Cuál es nuestra habitación?

Ella enrojeció ligeramente, señalando una puerta. Hunter la cogió en brazos, haciendo un gesto de molestia.

—Vaya, estoy en baja forma —dijo.

Rachel le digo una palmada en un hombro.

—Menuda forma más delicada de insinuar que he engordado. Es lo que tiene estar encerrada en un maldito edificio sin nada más que hacer que comer.

—No quería decir eso y lo sabes. —Empujó la puerta con el pie para abrirla. Dejó a la chica en el suelo y le acarició el rostro mirándola en la penumbra con intensidad—. Te he echado de menos, Rachel.

—Y yo a ti.

Le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas para poder besarle. Notó sus manos bajando por su cintura hasta meterse por debajo de su camiseta y se separó con una sonrisa.

—Espera.

Se apresuró a sacar unas cuantas velas de un cajón y repartirlas por la habitación mientras las encendía. Después cerró la puerta y se giró hacia él, que se había dejado caer en la cama y la miraba expectante.

Rachel empezó a desabotonarse la camisa ante su atenta mirada. La dejó caer al suelo y repitió la operación con sus pantalones. Se acercó despacio a

él y se colocó a horcajadas sobre su cuerpo. Pasó las manos por su pecho y le ayudó a quitarse la camiseta. Ya no tenía vendas, pero la cicatriz de la bala aún no había curado del todo y era bien visible. Estaba más delgado, pero conociéndole y teniendo en cuenta su comentario, suponía que no tardaría en ponerse a correr por los pasillos y hacer flexiones en medio del salón, con tal de recuperar su forma.

—No me duele, si es lo que te preocupa —dijo él, cogiéndola por la cintura.

—Hunter...

—Bueno, vale, me molesta un poco. Pero sabes que no es tan grave como...

Se calló abruptamente. Rachel sintió que sus ojos se humedecían y él le acarició una mejilla.

—Lo siento —se disculpó ella—. Estoy... Sé que debería estar muy feliz por tenerte de vuelta, pero no puedo dejar de pensar en Emma y...

—Lo sé. Rachel, no hace falta que... Quiero decir, podemos dormir y ya está, me basta con abrazarte y tenerte junto a mí.

Ella negó con la cabeza. Era duro, pero tenían que intentar no pensar en ella y seguir adelante porque, si no lo hacían, se consumirían por el dolor y a Emma no le habría gustado eso. Y si algo habían aprendido de todo aquel desastre era a aprovechar el tiempo que tenían juntos porque nunca se sabía cuánto les podía quedar.

Así que se inclinó para besarle mientras le desabrochaba el pantalón con una mano y se ocupó de lograr lo mismo que él había logrado la primera vez que estuvieron juntos: durante un rato, le hizo sentir que estaban solos en el mundo.

El jefe Norris hizo un nuevo intento unos días después, pero se encontró con una acogida igual de fría que la anterior. Suponía que habrían hablado del tema en consenso, pero a lo mejor se había confundido, porque la única respuesta que recibió fue silencio. Solo se comunicaban con él cuando los llevaba al hospital, donde esperaban cambios en el estado de Emma.

Cambios que, naturalmente, no llegaban. Lo tenía claro y solo necesitaba encontrar la manera de que ellos lo vieran también...

Se frotó la barbilla, acercándose a Rachel y Hunter, quienes permanecían fuera de la habitación de Emma hablando en susurros.

—Tienen que hacer recapacitar a su amigo —comentó, sin más

preámbulos.

—No es tan sencillo —Rachel se frotó los ojos, con aspecto cansado—. Somos un equipo, no nos abandonamos los unos a los otros.

—Ya, pero...

—Debería darle vergüenza insinuarlo siquiera —le cortó Hunter, poniéndose en pie y haciendo que Norris retrocediera levemente—. No vamos a marcharnos sin ella y creo que es mejor que tenga claro cuanto antes que nada hará que cambiemos de opinión. Así que busque otra solución.

Norris miró al techo, negando. No se daban cuenta de lo que implicaba lo que pedían, pero empezó a darle vueltas al tema. Murmuró una disculpa y se alejó a grandes zancadas. La doctora Zane estaba con otro paciente, pero cuando lo vio acercarse salió a su encuentro, cerrando.

—¿Qué pasa?

—Necesito que vengas conmigo para apoyarme.

—¿Sobre qué? —Ella se cruzó de brazos, observando como Norris giraba la cabeza señalando el cuarto de Emma—. ¿Qué, la chica en coma? No puedo hacer más por ella.

—Lo sé.

—Ya le estamos dando más medicación de la que...

—Tu ven conmigo, quizá haya que interrumpir esa medicación.

—¿De qué hablas?

Él echó a andar y la doctora Zane le siguió de regreso al pasillo donde Hunter había vuelto a tomar asiento y sujetaba la muñeca de Rachel.

—¿Pueden pedir al doctor Thomas que salga?

Rachel pareció sorprendida, pero abrió la puerta una rendija y llamó a Nathan, quien salió momentos después, seguido de Faraday.

—Tenemos un barco listo que sale en seis días exactos y nos gustaría que viajaran en él, para poder empezar cuanto antes. Estamos acondicionando otro que saldrá después... Los acondicionamos según nos van llegando. Ahora bien, llegados a este punto, y como está claro que ustedes no van a ceder, he tenido una idea.

—Hable —le instó Hunter.

—Podemos intentar el traslado de su amiga a la isla.

—¿Qué? —saltó al momento la doctora Zane—. Pero eso... es una locura, señor Norris. El equipamiento que necesita...

—Me hago cargo —Norris la detuvo con un gesto—. Por eso he usado la palabra «intentar». —Se giró hacia los demás—. Pondré todo de mi parte

para que pueda soportar el viaje, trataremos de acondicionar un camarote con el equipo que se pueda trasladar. Incluso sería posible que algún médico fuera con ella, porque a la doctora Zane todavía la necesitamos aquí, para dirigir este hospital.

Ella permanecía con el ceño fruncido.

—Es muy arriesgado, Jacob, creo que no...

—Es lo único que les puedo ofrecer. —Observó al grupo, que intercambiaba miradas—. Todo lo que está en mis manos es el traslado, sin garantizar que salga bien o mal. Pero, de cualquier manera, tampoco aquí tiene ninguna garantía de supervivencia.

Hunter y Rachel miraron al mismo tiempo a Nathan. Al fin y al cabo, era él quien debía tomar la decisión, o eso les parecía. Si Nathan estaba conforme, ellos lo estarían también.

—La única pega —volvió a hablar Norris—, es que no podría viajar en el primer barco. Tendrá que ser en el que está siendo acondicionado, así podremos preparar una estancia con el equipo médico que podamos.

—¿Y no podemos esperar a ir en ese mismo barco? —preguntó Nathan.

—No. Yo estoy dispuesto a ayudarles pero, a cambio, quiero que ustedes viajen ya. Los necesitamos allí cuanto antes, en serio. Pero pueden confiar en que ella irá en el siguiente, ¿tenemos algún médico que pueda acompañarla?

Escudriñó el rostro de la doctora Zane, que le devolvió una mirada difícil de descifrar.

—Bueno —gruñó al fin—, es posible que haya algún doctor que pueda hacerse cargo. Tendría que preguntar.

—No sé... —Rachel carraspeó, mirando a Nathan—. ¿Cuánto dura el trayecto hasta la isla?

Norris se rascó la cabeza, con cara de estar calculando.

—El primer barco tardó tres semanas. Paran en varios puertos antes de hacerse a la mar definitivamente, para recoger supervivientes. Por eso se alarga un poco.

—No me gusta la idea de que vaya sola —comentó Nathan.

—Doctor, afloje un poco. No puede ir todo como quisiera, estamos en una situación insostenible y estoy intentando...

—Vamos a ver —la voz de Hunter interrumpió la charla—. ¿Qué tal si nos dejan un momento y para discutir el tema?

Abrió la puerta de la habitación, indicando con la cabeza a los demás que entraran.

Norris y la doctora se miraron entre sí y a continuación afirmaron.

—Les esperaremos aquí fuera.

Hunter esperó a que todos hubieran entrado para cerrar tras él.

—Escuchad, yo entiendo que vosotros dos tengáis que estar allí lo antes posible —señaló a Rachel y a Nathan—. Sin embargo, yo no soy tan necesario, ¿correcto?

—Ni se te ocurra —interrumpió Rachel, viendo por dónde iba a continuar.

—Rachel, tú eres necesaria allí para el hospital, y lo sabes. Y tú —miró a su amigo—, sabes tan bien como yo que no nos han contado todo sobre el virus. No sabemos si ha funcionado, si no, si es lento... Solo recibimos respuestas vagas. Si quieren que vayas...

—... es porque quieren que investigue y siga desarrollando la vacuna — terminó el virólogo—. Sí, también lo he pensado. —Miró hacia la camilla—. Pero no puedo dejarla atrás.

Se acercó y le cogió una mano para, a continuación, besarla en la frente. Rachel señaló a Hunter con el dedo de forma amenazante.

—Sé lo que vas a decir y me niego en redondo.

—Rachel, cariño...

—Ah, no, no me vengas con palabras cariñosas porque no te va a servir de nada. Te lo prohíbo, Hunter, ¿me has entendido?

—Pero...

—No. —Se acercó a él y bajó la voz para que Nathan no les oyera—. ¿Crees que no sé por qué quieres hacerlo, que es una forma de expiar tu culpa? —Él apartó la vista, molesto por que le conociera tan bien—. Tu sentido de la responsabilidad es admirable, pero no puedes...

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —interrumpió Nathan.

—Hunter pretende quedarse con ella mientras tú y yo nos adelantamos a la isla —aclaró Rachel, apartándose del militar y cruzándose de brazos con gesto obstinado—. Es decir, separarnos de nuevo. Algo que, os recuerdo, hemos dicho que no volveríamos a hacer.

Nathan miró a su amigo sin poder ocultar su asombro.

—¿Harías eso? —preguntó—. ¿Te quedarías con ella por mí?

Hunter afirmó con lentitud. Nathan miró a Rachel, que parecía a punto de explotar de rabia, y luego a Emma. La oferta de Hunter era tentadora. Él había acertado con lo del virus, el tema le tenía bastante preocupado y, si lo pensaba fríamente, era lo que tenía que hacer: tener en cuenta el bien mayor y no el individual. Y solo podría hacer algo si se iba a la isla. Por otro

lado, sabía que él cuidaría de Emma, que cumpliría su promesa de no dejarla sola y, en el fondo, una parte de él temía no poder soportar verla morir.

Miró a Rachel con los ojos llenos de dolor, incapaz de pedirle que estuviera de acuerdo. Porque entendía que no quisiera separarse de Hunter después de todo lo que había ocurrido.

La doctora se sopló el flequillo impaciente, aunque su expresión se suavizó. Sacudió los brazos exasperada.

—Está bien, está bien, tenéis razón. —Señaló a Hunter con el dedo—. Pero te juro que como no vengáis en el próximo barco, de alguna forma volveré y...

Él se acercó con rapidez para interrumpirla con un beso y ella lo abrazó apoyando la cabeza en su pecho. No estaba convencida del todo, pero sabía que era lo mejor.

—Entonces, está decidido —resumió Faraday, yendo hacia la puerta—. Yo iré con vosotros en el barco, por supuesto.

Ninguno le llevó la contraria, ya tenían asumido que el gigantón era la sombra de Nathan. Faraday abrió la puerta y Norris y la doctora entraron mirándose alternativamente.

—Yo me quedaré con ella —informó Hunter—, y me aseguraré de que vaya en el próximo barco conmigo. Si no, Nathan y Rachel no se irán ahora.

Norris asintió, parpadeando.

—Entonces, ¿tenemos un trato? —preguntó Norris, expectante.

—Tenemos un trato. —Hunter le estrechó la mano, para sellar sus palabras.

Capítulo 3. La partida

Seis días después, llegó el momento de la partida. Un par de soldados fueron a buscarlos para escoltarlos hasta el puerto. Nathan había pasado prácticamente todos los días y las noches al lado de Emma. Aun así, cuando salieron de su apartamento para dirigirse al puerto, después de atravesar el túnel y pasar junto a la entrada al edificio principal, el virólogo se detuvo.

—Id yendo, enseguida os sigo.

—Tenemos órdenes de llevarles a todos, señor —replicó uno de los soldados.

—¿También piensan entrar conmigo o qué? Solo quiero despedirme a solas de mi novia, ¿es mucho pedir?

—Tranquilo —dijo Rachel con voz suave, acercándose para tocarle un brazo—. Tómate el tiempo que quieras, nosotros iremos yendo. —Miró a los soldados—. Con que nos acompañe uno es suficiente, ¿verdad? El otro puede esperar aquí.

—Yo me quedo con él —informó Faraday, exponiendo lo obvio.

Los soldados se miraron y el que había hablado se encogió de hombros.

—Yo me quedaré con ellos —declaró.

Nathan ya se había meditado en la habitación sin esperar confirmación. Estuvo a punto de pegar un portazo, pero se contuvo a tiempo. Al fin y al cabo, estaba en un hospital.

Fuera, Faraday se colocó junto a la puerta mirando al soldado que se había puesto a un lado, quien apartó la vista, se alejó un par de pasos y se puso a mirar el pasillo. El otro miró a Rachel y Hunter interrogativamente.

—¿Vamos?

Hunter se había quedado mirando la puerta y no se movió, como si no le

hubiera escuchado. Rachel le cogió de la mano, mirándole, y él se la apretó.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí, vámonos.

Esperaba poder despedirse de Nathan después. A pesar de que parecía que el virólogo no estaba enfadado con él ni le echaba la culpa de lo ocurrido a Emma, Hunter tenía la sensación de que su relación de amistad no era la misma de antes. Rachel le había intentado tranquilizar achacando su comportamiento a todo lo que Nathan estaba pasando, porque últimamente ella tampoco reconocía al chico alegre y sarcástico que caía bien a todo el mundo.

Siguieron al soldado hasta los garajes subterráneos del edificio principal, donde les esperaba un Hummer blindado y cerrado con otro par de soldados.

Uno de ellos tenía en sus manos una tablilla con un listado de personas y, al verles llegar, la leyó de nuevo.

—Según tengo aquí, deberían ser tres personas, no dos —dijo.

—La llevaremos primero a ella y luego volveremos por los demás —explicó el soldado.

El otro miró su reloj, moviendo la cabeza con gesto no muy convencido. Tenía un horario que cumplir, el barco no podía esperar a que cada uno subiera cuando le viniera en gana, para algo se organizaban los traslados. Deberían haber llegado tres y solo lo había hecho la mujer cuando, según su lista, el más importante era el tal doctor Thomas.

Tachó el nombre de mujer de la lista y señaló el Hummer con el pulgar.

—Suba, doctora Portman —ordenó.

—Yo la acompañaré hasta el barco —dijo Hunter.

—Eso no es necesario, señor...

—Teniente.

—Teniente —concedió, suavizando el tono—. Es un trayecto muy corto y...

—Creo que no me he explicado bien —interrumpió Hunter de nuevo—. No estoy preguntando si puedo ir, estoy diciendo que voy a ir.

Abrió la puerta del Hummer y cogió a Rachel de la mano para ayudarla a subir, mientras el chico miraba su tablilla, al soldado y a la pareja alternativamente.

El soldado le palmeó un hombro.

—Tranquilo, les acompañaré y volveré a por los otros dos a tiempo para el embarque.

Subió al asiento del copiloto y le indicó al conductor que podían arrancar.

El Hummer se puso en marcha y poco después estaban en el exterior. Hunter rodeó a Rachel con un brazo y ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Te voy a echar de menos —murmuró la chica.

—Yo también a ti, ya lo sabes. Pero te prometo que iremos en el siguiente barco, en un mes estaremos juntos de nuevo. Además, Nathan y tú vais a tener mucho trabajo.

—Sí, ya, pero hasta que llegemos a ver qué hacemos metidos en un barco todas esas semanas para no morirnos de aburrimiento.

—Aprovecha para descansar. Podéis jugar a las cartas... no sé, a ver si de alguna forma consigues que él también se distraiga. Seguro que si le sacas el tema del virus tenéis para esas semanas y más.

El Hummer se detuvo y los soldados se colocaron unas mascarillas. Dándoles un par a ellos también, se bajaron y les abrieron las puertas.

Hunter y Rachel se las colocaron mirándose con algo de preocupación y se bajaron. El militar recogió la bolsa con ropa de Rachel y se la llevó hasta que llegaron a una pasarela que unía el puerto con una de las cubiertas del barco. Los dos se quedaron mirando al navío que estaba atracado allí, parpadeando varias veces.

No era un carguero ni un pesquero ni nada parecido, que era lo que ambos se habían imaginado, sino un barco de crucero. Y de los de varias plantas, además.

—Vaya —comentó Rachel, recorriéndolo con la vista con admiración—. Siempre había querido hacer un crucero de lujo y, mira por dónde, se tiene que acabar el mundo para cumplir mi deseo.

—Pues no pidas vivir en un palacio, por si acaso.

Rachel le pegó un codazo. Hunter no solía hacer chistes, pero cuando se ponía sarcástico podía rivalizar con Nathan.

Un hombre vestido con uniforme de la marina y también mascarilla cubriendo su rostro descendió la pasarela. El soldado le mostró su lista.

—La doctora Rachel Portman —informó.

—Sí, la estábamos esperando. Pero creía que vendría también el doctor Thomas.

—Ahora volveremos a por él.

—Ah, de acuerdo. —Miró a la pareja—. Si no le importa acompañarme, doctora, estamos a punto de salir.

—Claro.

Rachel cogió la bolsa que Hunter le tendía y se la colgó al hombro. Le rodeó el cuello con los brazos y Hunter la apretó contra sí, maldiciendo las malditas mascarillas que no les permitían despedirse como era debido. Aquellas semanas de separación iban a ser las más largas de su vida; deseaba más que nada subir a aquel barco con ella, pero había hecho una promesa y tenía intención de cumplirla.

—Teniente, debemos regresar a por el doctor Thomas —informó el soldado.

—Vete con ellos —dijo Rachel, separándose para mirarle a los ojos—. Yo me iré instalando y le esperaré dentro. Es mejor despedirnos ya o...

Le tembló la voz y Hunter pudo ver que sus ojos brillaban. La abrazó de nuevo con fuerza.

—Te quiero —dijo—. Nos veremos pronto, ¿de acuerdo?

Ella afirmó con la cabeza. Se dio la vuelta para subir la escalera con pasos rápidos y sin mirar atrás, ya que temía echarse a llorar de un momento a otro.

Hunter la observó hasta que desapareció en cubierta. Se pasó una mano por el pelo y regresó al interior del Hummer con un suspiro de resignación.

Nathan se sentó en la cama junto a Emma, como solía hacer cada vez que la visitaba. La chica tenía mejor aspecto porque le habían quitado las vendas de la cabeza y, si no fuera por el respirador artificial, podría imaginarse que simplemente estaba dormida. El día anterior le habían dicho que esperaban poder quitárselo para el traslado, pero que aún no estaban seguros de que pudiera respirar por sí misma. De lograrlo, tampoco sería del todo significativo ya que, tal como le habían informado, había casos de personas en coma que habían sobrevivido años sin respiración asistida. Parecía que aquellos médicos solo sabían dar noticias algo buenas para, inmediatamente después, aniquilar cualquier esperanza que pudiera tener. Así que ya se había resignado a no tener ninguna, era mucho más fácil así.

Al menos Rachel estaba bien, no debía olvidar que había conseguido curarla y que juntos podrían seguir con su investigación. Parecía que esa vez sí que iban a dejarle trabajar como él quería y tener el control. Y también Hunter se había recuperado... Al pensar en él se dio cuenta de que acababa de cerrarle la puerta en las narices y sacudió la cabeza. Tendría que hablar con él antes de irse, sabía que había estado un poco cerrado con su amigo y que, visto desde fuera, podía parecer que le culpaba de lo que le había ocurrido a Emma, cuando no era así. Tenía claro quién había sido: el maldito

soldado Scott. Cuando había llegado allí, la otra soldado estaba medio inconsciente, así que era imposible que hubiera sido ella quien golpeará a Emma de aquella forma. Además, había pedido explicaciones más de una vez y la contestación que recibía siempre era que «el soldado Scott seguía órdenes e hizo todo lo necesario para cumplirlas». Lo que traducido, para él, significaba que el susodicho era el culpable del coma de Emma. Sabía que si alguna vez se lo encontraba no podría hacer nada contra el chico. Al fin y al cabo, él seguía siendo un virólogo y no tenía el entrenamiento necesario para vencerlo en una pelea. Pero al menos lo intentaría, o le dejaría a Faraday despacharse a gusto. Sabía que el hombre también le tenía ganas, no se había quedado tranquilo con el puñetazo que le había dado cuando llegó a la maldita sala de control.

Suspiró y se inclinó para besar su frente, quedándose después unos segundos con la suya apoyada sobre ella. Decirle adiós, sabiendo que era la última vez que iba a verla, le estaba desgarrando por dentro.

Aquello tenía que terminar, no podía demorarse más tiempo.

—Adiós, Emma —susurró, a punto de derrumbarse.

Se incorporó y se dirigió a la puerta con resolución, sin mirar atrás. Salió al pasillo y, de pronto, alguien se lanzó sobre él. Durante una milésima de segundo pudo ver a Faraday forcejeando con algunas personas, incluyendo el soldado que se había quedado en la puerta, antes de que le cubrieran la cabeza con una tela oscura y opaca que lo sumió en la oscuridad. Notó que le agarraban los brazos y se sacudió intentando desasirse, pero algo lo golpeó en la cabeza y perdió el conocimiento.

Hunter descendió del Hummer y se dirigía con paso resuelto hacia la salida de los garajes cuando una voz lo detuvo.

—¿Teniente Cooper?

El militar se giró, encontrándose con el soldado que había estado pasando lista.

—Tengo un poco de prisa —contestó.

—Si va a buscar al doctor Thomas, no es necesario.

—¿Qué quiere decir?

—Se ha marchado hace cinco minutos, en otro Hummer preparado para llevar a más designados.

—¿Qué? Pero... —Movi6 la cabeza con el ceño fruncido—. Pensaba... Quería hablar con él antes de que se fuera.

—Lo siento, señor. El doctor y el señor... —miró la lista—, Faraday, ya han sido embarcados. ¿Quiere enviarles algún mensaje? Puedo intentar que se lo hagan llegar.

—No, gracias, está bien.

Se dio la vuelta para entrar en los túneles de comunicación, sin ver cómo el soldado respiraba aliviado y perdía parte de la tensión en su cuerpo.

El chico se tocó el cuello de la camisa para despegarlo un poco, por unos segundos se había temido que no le creyera y él solo no habría podido hacer nada contra el teniente. Miró el reloj de nuevo y comprobó su lista. Solo quedaba un Hummer más y podría irse a informar a Adrian Scott de que todo había salido según el plan trazado.

Rachel siguió al marino por la pasarela hasta llegar a la cubierta. Allí comprobaron su identidad de nuevo y, cuando hubo pasado unas puertas de cristal, su guía le indicó que se quitara la mascarilla.

Ella obedeció con un gesto de alivio, la agobiaba llevar aquello puesto de continuo.

—El aire del interior del barco está regulado por filtros —informó el hombre—. Así que es seguro.

—¿Qué ocurre con el aire del exterior? Nadie me ha dicho exactamente...

Él pareció indeciso unos segundos, para apresurarse a contestar:

—Es por protocolo, doctora. No creemos que sea peligroso, pero el gobierno prefiere prevenir. De todas formas, en cuanto nos hagamos a la mar, no será necesario llevar mascarilla. Podrá salir al exterior siempre que quiera. Le enseñaré su camarote. Por aquí, por favor.

Empezó a andar sin esperar a ver si la seguía, así que Rachel se apresuró a alcanzarlo. Apenas si vislumbró un par de pasillos antes de que la metiera en un ascensor y bajarán un par de plantas, hasta la zona de camarotes.

El lujo se podía ver en las immaculadas alfombras, los espejos en los pasillos, las lámparas de cristal... Todo aquello parecía estar fuera de lugar. No quería ni imaginar cuando pudiera ver el resto; pensar que habría *jacuzzis* y piscinas, o incluso un casino, y que estaría viajando allí después de tanto tiempo de andar y no tener la mínima comodidad, se le antojaba absurdo.

El hombre abrió una puerta y le tendió una tarjeta de plástico.

—Aquí es —informó.

—Gracias —La cogió y echó un vistazo al interior. Era pequeña, pero al menos tenía un ojo de buey y eso disminuía la sensación de claustrofobia—.

¿Sabe qué camarote tiene el doctor Thomas?

—Sí, es justo este de al lado. Disculpe, pero tengo que volver a mi puesto. Partiremos en media hora y el primer turno de comida es dentro de dos, en la cubierta 10. Conserve esa tarjeta, le servirá también como identificación.

—Gracias de nuevo.

El marino se despidió y se marchó, dejándola sola.

Rachel suspiró y entró en la habitación. El camarote era pequeño: un baño con ducha, un armario, una nevera pequeña, un televisor y una cama de matrimonio bajo el ojo de buey. Pensó con tristeza que tendría que ocuparla sola. Sacudió la cabeza para no pensar en Hunter e intentar animarse. Para mantenerse ocupada, guardó toda su ropa en el armario y comprobó la nevera. Tenía algunas botellas de agua, pero nada más. Lo que sí hizo fue tenerla abierta unos segundos mirando la luz interior y notando salir el frío; aquello sí que hacía tiempo que no lo tenía.

Después encontró el mando de la televisión en uno de los cajones y la encendió. Casi le dio un ataque al corazón de la impresión cuando vio una imagen. Era una cámara enfocando la proa del barco, pero era más de lo que había visto en cualquier televisión en los últimos meses. Pasó canales con interés. En uno de ellos se escuchaba el mensaje del presidente, a la vez que se podía leer el texto en la pantalla. En otro había un video con información del barco y, en el siguiente, se explicaban los turnos de comida. No era gran cosa, pero se acomodó en la cama y se puso a verlos hasta que se los aprendió de memoria.

De pronto empezó a notar una vibración extraña. Se incorporó y apagó la televisión para escuchar con atención. Le pareció que se trataba de los motores del barco, que estaba poniéndose en marcha. Frunció el ceño, no había escuchado llegar a Nathan.

Se bajó de la cama y salió al pasillo, que estaba vacío. Llamó con los nudillos en la puerta del camarote contiguo, por si acaso, pero no contestó nadie. Comprobó que llevaba la tarjeta encima, cogió la mascarilla, cerró la puerta de su camarote y se dirigió a los ascensores. Aquello parecía un laberinto, con todas aquellas puertas iguales e idénticas alfombras, pero tras un par de vueltas los localizó.

Subió hasta la cubierta por la que había entrado y se asomó por una de las ventanas de cristal, cerradas a cal y canto, desde la que pudo ver cómo se bajaban tres personas de un Hummer. Entrecerró los ojos intentando ver sus caras, pero era complicado comprobar si les conocía porque los tres llevaban

mascarilla. Sí pudo distinguir que se trataba de una chica joven, con el pelo color miel recogido en una coleta, y dos chicos también jóvenes, de complexión fuerte. Ninguno de los dos era Nathan.

El Hummer dio la vuelta y se alejó del barco. Rachel siguió por el pasillo y, cuando localizó la pasarela, vio que las puertas de cristal que daban al exterior estaban cerradas y la pasarela recogida.

Su guía se encontraba allí con los tres personas nuevas. La chica estaba pálida y tosía, no parecía encontrarse en muy buena forma, pero antes de que pudiera acercarse ya se los habían llevado a los ascensores.

Se acercó a las puertas para salir a cubierta, pero un marino la detuvo.

—Señorita, no se puede salir —dijo.

Rachel le miró, reconociendo al chico.

—Disculpe, usted estaba antes pasando lista, ¿verdad?

—Sí, ¿necesita algo?

—¿Puede comprobar por favor si el doctor Nathan Thomas ha subido?

—Claro.

Se fue hasta el lugar donde había estado tachando nombres y recuperó unas hojas de papel. Las revisó un par de veces, para terminar negando con la cabeza.

—No, señorita, no ha subido.

—Pero... ¿está seguro? ¿Puede mirarlo otra vez?

—Está en la lista, pero no ha venido.

—Pero... Se suponía que venía en otro Hummer, después de mí.

—Y el otro Hummer ha llegado con tres pasajeros más, pero el doctor Thomas no estaba entre ellos.

—¿Y no sabe por qué?

—No me han informado al respecto, señorita.

—Está bien, gracias.

Se acercó a las puertas de cristal y miró cómo el puerto de Nueva York se alejaba poco a poco de ellos. Estaba preocupada, aquello no era normal en Nathan. Porque, si al final hubiera cambiado de idea, Hunter habría vuelto inmediatamente y habría embarcado en su lugar, estaba segura. Así que algo tenía que haber ocurrido para que su amigo no hubiera llegado al barco. Tendría que seguir preguntando, alguien tenía que saberlo, sobre todo teniendo en cuenta lo importante que era Nathan para ellos y lo mucho que habían insistido en que cogiera ese barco en particular, y no otro posterior.

El crucero pasó junto a la Estatua de la Libertad y Rachel se quedó

mirándola. Se suponía que era un símbolo para todos aquellos que llegaban, una bienvenida al país de los sueños y las oportunidades.

El gran sueño americano.

Ya no quedaba nada de él. Y ver a la estatua empequeñecerse hasta desaparecer en el horizonte no hacía sino afianzar la metáfora de la cruda realidad en la que se encontraba.

Capítulo 4. Adrian Scott

Cabo.

Adrian Scott rozó distraídamente los galones que le habían concedido al ascenderle a cabo por su actuación durante el lanzamiento de los drones. Más de una vez había pensado en arrancarlos e ir sin nada que indicara su rango, pero al final la gente se había acostumbrado a dirigirse a él de esa manera y no lo hizo. Aunque ya no tuviera nada que ver con ese ejército que le había concedido tal honor.

Sonrió con amargura al pensar en esa palabra. Honor. Siempre había seguido las órdenes al pie de la letra y era cierto que había sido recompensado por ello. Pero ver lo que había detrás... No, eso no se lo había esperado. No había nada honorable en aquel virus, ni en el supuesto antivirus. Ni, mucho menos, en la persona culpable de todo ello.

Ahora que ya le tenía delante, después de semanas planeando cómo hacerse con él, no estaba muy seguro de cómo abordarlo. Su primer impulso era darle una paliza y dejarle igual que a su novia. Pero, por mucho que se lo mereciera, con eso no lograría nada. Tenía que mantenerlo con vida y sano para poder utilizarlo, eso lo tenía claro.

—¿Adrian?

Él dejó de mirar a través del cristal que le separaba de Nathan para girarse hacia la voz femenina. Una chica joven le miraba con una ceja levantada interrogativamente. No era militar como él, sino que pertenecía al grupo de periodistas que habían quedado atrapados en la ONU cuando todo había comenzado.

Cassie White acababa de comenzar como corresponsal allí, por lo que aún no se había aburrido de su trabajo y estaba siempre a la búsqueda de nuevas

noticias. Cuando se quedaron aislados, no por ello había dejado de recopilar datos y buscar información. Por eso la había escogido para que se uniera a su grupo.

Y no le había costado mucho convencerla, la chica estaba deseosa de ser quien diera la noticia del siglo. Lo que le faltaba en experiencia debido a su juventud lo suplía con entusiasmo, a veces incluso demasiado.

—¿Entramos? —insistió ella.

—¿Quiénes? ¿Tú y yo?

—Claro. —Le miró como si estuviera loco, sacando una libreta y un bolígrafo—. Vas a interrogarle, ¿no? Tengo que estar presente.

—Todavía no, primero prefiero hablar con él yo solo. Te avisaré cuando esté listo.

—Eso no es lo que habíamos acordado. —Se cruzó de brazos con gesto obstinado—. No sé cómo pretendes que informe al mundo si no me dejas...

—No pienso discutir contigo. —Se acercó a ella—. Te recuerdo que aquí las órdenes las doy yo y que, si tú estás aquí, es porque yo te lo permito.

—Y porque te hago falta, así que no me vengas con amenazas porque sabes que no puedes echarme. Si lo haces, ¿qué me impediría decir dónde os escondéis tú y tus amiguitos?

Adrian entrecerró sus ojos amenazadoramente, pero ella le sostuvo la mirada sin inmutarse. Al final, la periodista se guardó de nuevo la libreta y el bolígrafo con tranquilidad.

—Tú mismo —concedió—. Pero luego no me vengas con que tengo datos imprecisos.

Se dio media vuelta y salió de la habitación, no le apetecía seguir discutiendo con él. De todas formas, ya sabía que tarde o temprano iría a buscarla para que registrara la información. Además, tampoco sería la primera vez que ella esperara a que el cabo estuviera dormido o fuera de su vista para investigar por su cuenta.

Nathan parpadeó con dificultad y emitió un quejido. Maldita sea, notaba la cabeza como si fuera a explotarle. Sentía una palpitación en la base del cráneo, como si le hubieran golpeado con algún objeto pesado... lo que, recordó de pronto, era probablemente lo que le había ocurrido. Abrió los ojos de nuevo, pero se encontró con oscuridad y por un momento temió haberse quedado ciego, hasta que se dio cuenta de que tenía algo sobre la cabeza que le cubría la visión. Y peor aún, al intentar moverse, no pudo. Estaba sentado

en una silla y notó sus piernas atadas a las patas, así como los brazos, sujetos atrás por las muñecas.

Intentó moverse, sin ningún éxito. Abrió la boca para gritar, pero justo en ese momento le quitaron la tela de la cabeza.

En la habitación donde se encontraba solo había una luz halógena de poca intensidad, pero aun así el contraste le cegó por unos segundos y tuvo que cerrar de nuevo los ojos. Reprimió una maldición ante el fogonazo de dolor que le atravesó la cabeza.

—Quizá debería verle el médico. —Oyó que decía una voz desconocida.

—Más tarde. Ahora quiero hablar con él.

Nathan inspiró hondo y, con gran esfuerzo, consiguió abrir los ojos. Distinguió un par de figuras a unos metros de él y, cuando consiguió enfocar la vista, se enfureció al momento.

El pelo rapado y esos ojos verdes que destacaban sobre una piel ligeramente oscura eran característicos de la persona que había ocupado el primer lugar en su lista de odiados, tras la muerte de su padre.

Adrian Scott. El maldito soldado Scott era quien le había secuestrado. Pero ¿quién diablos se creía que era para hacerle aquello? ¿Es que no había tenido suficiente con dejar a Emma en coma? Y, de todas formas... ¿Por qué? ¿Qué estaba pasando allí? Nathan no entendía nada. Sacudió la cabeza, pero solo consiguió marearse durante unos segundos.

—Veo que has despertado —comentó el soldado. Miró a su compañero—. Retírate.

El chico desplazó la vista entre los dos, no muy convencido, pero acabó haciendo el saludo militar a Adrian Scott y se marchó.

Nathan se concentró de nuevo para poder fijar su mirada en él.

—Suéltame ahora mismo —exigió.

—No puedo.

—¿De qué va todo esto? Yo debería estar en un barco, no sé qué...

—El barco ya ha zarpado, así que no pienses más en eso.

—Mira, soldadito, si no me sueltas...

—¿Qué? —Se acercó un par de pasos y se cruzó de brazos—. Ahora mismo no tienes nada que hacer contra mí, así que... —Se encogió de hombros—. Mejor te calmas. Ah, y es cabo, por cierto.

—Como si es general, me importa una mierda. —De pronto se dio cuenta de lo que había dicho, y temió por Faraday—. ¿Dónde está mi amigo?

—¿El grande?

—Sí, Faraday.

—En otra habitación. Está bien, no te preocupes. Tuvimos que dejarle inconsciente como a ti, pero se recuperará.

—¿Crees que voy a creerte, después de lo que le hiciste a Emma?

—Es mejor que hablemos de eso en otro momento porque, al fin y al cabo, el culpable de que tu novia esté así eres tú.

—¿Perdona? —Nathan no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Es que me he perdido algo? ¡Tú la golpeaste!

—¡Estaba haciendo mi trabajo! —Le señaló con el dedo, intentado calmarse—. Pero si tú no hubieras creado ese maldito virus, ¡nada de esto habría ocurrido!

—¿Qué? —Aquello sí que le sorprendió—. Pero... ¿de qué demonios estás hablando?

—¿Vas a negarlo?

—¡Pues claro que lo niego! Yo no tuve nada que ver con el proyecto «Anxious» y...

—No me tomes por imbécil, ¿de acuerdo? ¿Crees que no sé que el antivirus que han lanzado...?

—Que tú lanzaste —le interrumpió con rapidez.

—Que ellos lanzaron —continuó Adrian, impasible—. ¿Crees que no sé que lo creaste tú?

—Eso tampoco es del todo cierto. Yo creé un antivirus, pero...

—¿Y cómo lo habrías logrado, si no hubieras tenido tú algo que ver con el virus en primer lugar? Por no hablar de que fue tu padre quien organizó todo.

En eso tenía razón, pero a Nathan le dolía demasiado la cabeza para poder pensar con claridad y defenderse. Además, seguía sin entender nada de lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué iba el ejército a secuestrarlo, si ya tenían el poder ejecutivo de retenerlo en caso de ser necesario? No tenía ningún sentido.

—Escucha, «cabo» —recalcó la palabra como si la escupiera—. ¿Por qué no llamas a uno de tus superiores? ¿O al jefe de Estado, Jacob Norris? Esto tiene que ser un malentendido.

—No hay ningún malentendido, doctor Thomas. Pero es que, ¿sabes? Ya no estamos en la ONU.

—¿Qué?

De pronto se abrió la puerta y el otro soldado se acercó con rapidez a Adrian. Le susurró algo al oído y este afirmó con la cabeza.

—Tengo que irme —dijo—. Dejaré que te vea un médico y ordenaré que

te suelten, pero seguirás encerrado aquí. Hablaremos más tarde.

Y, sin más, se marchó dejando a Nathan confuso y aturdido. ¿Qué estaba pasando allí?

La puerta se abrió de nuevo, dando paso a un soldado y un chico vestido de civil con un maletín en la mano, por lo que Nathan dedujo que se trataba de un médico.

El soldado se acercó a él y sacó una navaja.

—Voy a cortarle las ataduras, no haga movimientos bruscos —informó.

Nathan se quedó inmóvil mientras el soldado se encargaba de liberarlo. Durante una milésima de segundo, sopesó la posibilidad de utilizar la silla para golpearle e intentar escapar, pero la desechó con rapidez. Para empezar, la cabeza le dolía demasiado y notaba las extremidades dormidas por haber estado mucho tiempo en la misma postura, lo cual no jugaba a su favor. Y, para continuar, el soldado le sacaba una cabeza. Aun en el improbable caso de que consiguiera golpearlo con la silla, Nathan dudaba que lograra hacerle algún daño grave. Además, quedaría el médico y quién sabía si habría más soldados fuera. Tendría que esperar a una oportunidad mejor.

Se quedó sentado frotándose las muñecas mientras el soldado salía y el médico se acercaba.

—Soy el doctor John Simmons —se presentó—. Voy a mirarle el golpe de la cabeza, ¿le parece bien?

Nathan se encogió de hombros. El chico se acercó y se colocó detrás de él. Abrió el maletín y se enfundó unos guantes de látex para, a continuación, palparle la cabeza. Nathan hizo un gesto de dolor.

—Con cuidado —protestó.

—Voy a limpiarle la herida. No creo que necesite puntos, pero le dieron un buen golpe.

—No me diga.

Se cruzó de brazos mientras notaba cómo el doctor le limpiaba y curaba la cabeza. Cuando estaba terminando, oyeron un par de golpes en la puerta y a los pocos segundos entró una chica.

Nathan la miró sin reconocerla. Era joven y delgada, con el pelo y los ojos castaños. No recordaba haberla visto antes.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—¿Sabe el cabo Scott que estás aquí? —preguntó el doctor, a su vez.

—Está ocupado. —Entró y cerró tras ella, sonriéndole con amabilidad—. Hola, soy Cassie White, corresponsal del *The New York Times* en la ONU.

Encantada de conocerle, doctor Thomas.

Extendió la mano hacia él y Nathan se la estrechó por inercia. ¿Una periodista? Aquello cada vez se volvía más extraño. La chica fue tras él y Nathan la siguió con la mirada, extrañado. Así pudo ver que detrás había una mesa con un par de sillas.

Cassie cogió una y la acercó para sentarse frente a él, mientras el doctor Simmons terminaba su trabajo y recogía sus cosas. Le entregó una pastilla a Nathan.

—Es para el dolor de cabeza —dijo.

Nathan la examinó con desconfianza, pero parecía un simple ibuprofeno y la cabeza le dolía tanto que decidió arriesgarse. Se la metió en la boca y se la tragó sin pestañear.

El doctor se quedó con el maletín en la mano, mirando a ambos no muy convencido. Cassie le miró con una sonrisa inocente.

—Estaré bien —dijo—. Hay vigilancia en la puerta, puedes irte, gracias.

John sacudió la cabeza y salió, pensando en que mejor avisaba, no fuera a meterse en un lío.

Una vez solos, Cassie arrimó más la silla hacia Nathan.

—No tenemos mucho tiempo —dijo, con tono apremiante—. Así que cuénteme.

—¿El qué?

—Todo. Cómo lo hizo, por qué, quién le dio las órdenes... ese tipo de cosas.

—Mira, creo que aquí hay una confusión. Habla con tu amiguito Scott y dile que te explique qué paso, ya que parece tenerlo tan claro.

—Sé su versión, quiero la suya. Y luego averiguaré la verdad, porque siempre hay tres versiones en una historia. Y usted es la clave de todo, de eso estoy segura.

—Mira, ¿Cassie, has dicho? —Ella afirmó—. Empieza tú por decirme dónde estoy y qué demonios hago aquí, y después veremos si coopero contigo.

—¿No te ha dicho nada Adrian?

—Aparte de estupideces, no.

—Ah. —Pestañeó indecisa—. Bueno, a ver cómo te lo explico... Después de que se lanzara el supuesto antivirus que tú creaste...

—Que Scott lanzara un antivirus que yo no autoricé —corrigió él.

—¿No lo creaste tú? Pero si nos dijeron que tú tenías la cura.

—Eso sí es cierto, pero... —Frunció el ceño—. ¿Por qué dices supuesto? ¿No funciona?

Cassie parpadeó de nuevo, sorprendida.

—¿Es que no sabe lo que...? —empezó.

Pero no pudo terminar, porque la puerta se abrió con brusquedad golpeando la pared y Adrian entró con gesto hosco.

—Mierda —oyó Nathan que Cassie murmuraba.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Adrian, acercándose a ellos furioso—. Te dije que te avisaría, no puedes...

—¡Ya me voy! —replicó ella, levantándose de la silla—. ¡Pero es complicado hacer mi trabajo contigo encima a cada paso!

Salió pegando un portazo que hizo retumbar las paredes. Adrian se pasó la mano por el pelo, cortado casi al cero, y por la cara, intentando armarse de paciencia. Ciertamente, él había ido a buscarla para que le ayudara, pero la había escogido porque pensaba que al ser tan joven, podría controlarla. Ahora se daba cuenta de su error, pero ya no tenía remedio: era demasiado tarde para encontrar sustituto y tampoco podía dejar que se marchara. Así que tendría que apañarse.

Se giró hacia Nathan, descubriendo que este se había recostado en la silla y le miraba con los brazos cruzados y gesto burlón.

—Vaya —comentó el virólogo—. ¿También vas a dejarla en coma para que no proteste?

—Para empezar, tu novia nos atacó, así que solo estaba defendiéndome y cumpliendo órdenes. No pretendía matarla ni dejarla en coma.

Nathan se quedó esperando, pero parecía que aquello iba a ser lo más parecido a una disculpa o explicación por su parte... si es que se podía llamar de alguna de las dos maneras. Cogió aire para tranquilizarse e intentar mantener una conversación, ya que veía que de otra manera solo acabarían discutiendo y estaba claro que había unos cuantos malentendidos que había que aclarar.

—Ella quería impedir que lanzarais el antivirus.

—Eso ya me lo imaginé solito, gracias. Pero podría haber explicado lo que iba a pasar.

—¿Acaso la dejasteis hablar?

En lugar de contestar, Adrian decidió continuar con el ataque.

—Tú no estabas allí, ni eres militar, así que no tienes ni idea de lo que es cumplir una orden. Y si sabíais lo que iba a hacer, ¿por qué lo creaste? ¿Qué

pasó? ¿Ella se dio cuenta de lo que habías hecho y corrió a salvarte el culo? Porque no te vi a ti intentando detenernos...

—¡Estaba ayudando a mi amigo! —De nuevo cogió aire—. Mira, todo esto no tiene ningún sentido, estás equivocado. Yo no creé el virus ni lo que sea que hayan echado en el aire.

—Tu padre lo ordenó. Tu padre lanzó el pulso electromagnético. Tú estabas en Camp Ripley cuando todo ocurrió. ¿Vas a decirme ahora que todo fue fruto de la casualidad?

Nathan apretó los puños para armarse de paciencia. El ibuprofeno empezaba a hacer su efecto y ya podía pensar sin notar pinchazos atravesándole el cerebro, por lo que empezaba a entender qué podía estar ocurriendo. Cuando habían llegado a Nueva York, se habían sorprendido al ver cómo Hunter y Emma eran detenidos y culpados de todo lo ocurrido en Camp Ripley. No había sido hasta mucho después que habían podido aclararlo y, en el proceso, su padre había muerto. Muerto no, se corrigió, había sido asesinado por él. Pero con Emma en coma, Hunter herido y ellos encerrados sin saber qué estaba ocurriendo, lo más lógico era pensar que habría habido cierta confusión al explicar qué había pasado y por qué el coronel Thomas estaba detrás. No tenía ni idea de qué habría dicho el presidente ni cuántos datos habrían sido revelados; no era tan extraño que la gente pudiera haber recibido información confusa.

Eso podía entenderlo.

Lo que no comprendía era dónde estaba ni por qué había sido llevado allí a la fuerza.

—Creo que hay muchas cosas que no sabes —dijo despacio, como si le hablara a un niño—. Y otras que quizá no te hayan explicado bien. Así que creo que debería comenzar desde el principio, pero antes quiero que me digas dónde estoy y por qué.

—Estás en una estación de metro inutilizada. El porqué te lo contaré después.

—¿Qué hace el compuesto que se lanzó?

Adrian le estudió unos segundos, pensativo, dándose cuenta de que Nathan había usado un pronombre reflexivo en lugar de nombrarle a él, como hasta entonces. Eso y su tono más tranquilo, le dieron a entender que el virólogo estaba intentando mostrarse más receptivo, así que decidió hacer lo mismo. Si continuaban atacándose, no llegarían a ninguna parte.

—Si te lo muestro, ¿después me contarás todo lo que sabes?

—Sí.

—Está bien. Me parece justo.

—¿Puede venir Faraday con nosotros?

—Sigue inconsciente. —Nathan frunció el ceño, por lo que Adrian se apresuró a aclarar: —Está bien, de verdad. Pero le dieron cloroformo y estará un par de horas así.

Nathan se imaginó que el hombretón les habría dado más trabajo que él, y se alegró.

—Sígueme, necesitaremos protección —añadió Adrian, incorporándose.

—¿Mascarillas?

—Y armas. Aunque no te daré una, claro. Pero sí un uniforme de kevlar, mejor prevenir.

Cogió el pomo de la puerta y la abrió, pero Nathan no se movió. Se había levantado para seguirle y, al escuchar su última frase se quedó parado. ¿Kevlar? ¿Qué podía haber ahí fuera para necesitar una armadura?

Adrian le hizo un gesto con la cabeza de forma interrogativa, aún esperando. Nathan respiró hondo y salió. Mejor saberlo cuanto antes.

Capítulo 5. En el exterior

Nathan tiró de la parte superior del uniforme de kevlar, incómodo. No entendía cómo los soldados podían moverse y luchar como si nada con aquello puesto. Ciertamente, no pesaba tanto como había imaginado y no limitaba los movimientos en exceso, pero le daba mucho calor y se sentía atrapado.

Cogió el casco que le tendió Adrian y se lo puso sin muchas ganas. El cabo le ayudó a atárselo y le colocó en la posición correcta el micrófono que llevaba adherido, dando unos golpecitos a un lado.

—Estarás en comunicación con todos nosotros —explicó—. Por si ocurre algo y te separas, pero procura no alejarte.

—Tranquilo, no pienso echar a correr.

Un soldado se acercó y les pasó unas mascarillas de goma negras, con filtros a ambos lados. Adrian colocó un extremo en el casco de Nathan para, a continuación, hacer lo mismo en el suyo.

—Solo hace falta en el exterior, por precaución. —Se alejó unos pasos e hizo un gesto circular con la mano—. Chicos, en marcha.

Pulsó un botón en el casco para encender una luz que llevaba incorporada. Nathan palpó hasta encontrarla y, tras conseguirlo, empezó a caminar tras él, con varios soldados detrás y a los lados. No sabía si estarían allí para protegerle o evitar que escapara. Lo más probable es que fuera para ambas cosas.

Salieron de la habitación donde se encontraban. Al otro lado había un túnel oscuro con unas vías de metro, así que Nathan dedujo que se estaban escondiendo en las salas de mantenimiento. Él no era claustrofóbico aunque, tras varios minutos caminando, empezaba a sentirse como tal. El ominoso silencio tampoco ayudaba.

—¿Tardaremos mucho? —preguntó.

—Una media hora —contestó Adrian, sin girarse y en voz baja—. Intenta no hacer ruido.

Nathan captó la indirecta de mantenerse callado, así que continuó caminando, concentrándose en el suelo para no tropezar. Pasaron varias estaciones, vacías y oscuras como todo lo demás.

Se detuvieron en un desvío entre dos túneles que se ramificaban en diferentes direcciones, mientras Adrian comprobaba un mapa. Al reiniciar el camino, Nathan pisó algo blando y bajó la vista. Apartó el pie con rapidez haciendo un gesto de desagrado: acababa de pisar el cuerpo de una rata muerta. Al mover la cabeza vio más como ella. Las esquivó frunciendo el ceño, pero no dijo nada ni se paró, ya que el resto continuaba andando como si nada.

Por fin llegaron a una estación que parecía ser su destino, porque subieron por unas escaleras hacia el andén. Nathan miró a su alrededor e iluminó con la linterna varios carteles que indicaban las salidas, comprobando que se dirigían hacia la que llevaba hasta el zoo de Central Park.

Comenzaron a subir las escaleras mecánicas, paradas como todo lo demás, y cuando se empezó a ver la luz del exterior, todos sin excepción se colocaron las mascarillas. Nathan no esperó a que se lo ordenaran, sino que les imitó, aliviado por salir de aquellos túneles y receloso de lo que se iba a encontrar.

Una vez en la estación, Adrian se detuvo con la mano en la puerta que daba al exterior, mirando hacia el grupo.

—¿Listos? —preguntó.

Esperó a ver que todos afirmaban y tiró de la manilla. El grupo salió al exterior, ocupando posiciones y rodeando de nuevo a Nathan, que se quedó quieto mientras veía cómo apuntaban a todos lados, incluso hacia el cielo.

Tras comprobar que el camino estaba despejado, siguieron caminando hacia el zoo. Nathan miró a su alrededor y de pronto se detuvo, parpadeando.

El suelo estaba lleno de pájaros muertos. Levantó la vista al cielo por inercia, temiendo que estuvieran cayendo en ese mismo momento, pero no vio ninguno. Y entonces fue cuando se dio cuenta del silencio que reinaba también en el exterior: no se oían los trinos de ningún pájaro, ni el sonido de los gorriones que solían poblar los árboles de los parques...

Hasta que, de pronto, un rugido le hizo sobresaltarse.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, mirando inquieto a su alrededor.

—Parecía un leopardo —contestó Adrian, señalando con la cabeza hacia el arco de entrada del zoo—. Vamos, tienes que ver el resto.

—Espera, ¿un leopardo?

—Tranquilo. Algún ecologista amante de los animales tuvo la brillante idea de entrar en el zoo y liberarlos a todos, pero la mayoría se han quedado en sus recintos o cerca de ellos, supongo que por costumbre. Hay unos leopardos de las nieves dentro, pero no nos acercaremos a ellos. Tendremos cuidado, son otros los que quiero enseñarte. También intentaremos evitar a los osos.

—Ah, qué bien, eso me reconforta mucho.

—Vamos a la zona infantil. Ya sabes, patos, conejos, ovejas... Las demás son más peligrosas. ¿Seguimos?

Nathan afirmó, no sin antes lanzar otra mirada de preocupación hacia las decenas de pájaros muertos a su alrededor.

Según avanzaban, pudo ver cierto patrón en ellos: enseguida se dio cuenta de que todos eran pequeños. Atravesaron un camino que llevaba hasta el otro extremo del zoo, donde se encontraba la zona de la granja. A medida que se acercaban fueron escuchando más sonidos de animales, lo cual ayudaba a rebajar en cierta medida el ambiente de desolación que les rodeaba.

La puerta de acceso a la zona estaba abierta, como todas las demás que habían visto en el zoo. Nathan iba distraído mirando los carteles indicadores, por lo que chocó contra Adrian, que se había detenido con un puño en alto. Retrocedió inclinando la cabeza para mirar por un lateral y se quedó pasmado al ver cómo todos apuntaban a una oveja que pastaba tranquilamente.

—¿Pero qué...?

Adrian le indicó que se callara con un gesto enérgico, pero el animal le había oído y los miró rumiando la hierba que tenía en la boca. Se quedó quieta unos segundos... para volver su atención a la hierba. Nathan notó que el ambiente se relajaba, pero de pronto la oveja levantó la cabeza y dirigió de nuevo la vista hacia ellos. Pateó el suelo con sus pezuñas delanteras, abriendo y cerrando la boca de forma frenética como si quisiera morder, lo que hizo que Nathan recordara a los rabiosos. El animal dio un par de pasos hacia ellos pero, antes de que le dispararan, se detuvo sacudiendo la cabeza y se alejó para volver a pastar como si nada hubiera ocurrido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Es lo que quería que vieras, parece que...

No pudo terminar la frase porque una sombra se cernió sobre ellos. Nathan

levantó un brazo por instinto y algo alado lo golpeó haciéndolo caer al suelo.

Los soldados ampliaron el círculo a su alrededor para intentar apuntar sin que él resultara herido y, cuando iba a levantarse, lo vio descender de nuevo hacia él. No era un águila ni un halcón ni ninguna otra ave depredadora: se trataba de un pato, un simple pato de plumas marrones, de los que tantas veces había visto en charcas y lagos, dejándose alimentar por la gente.

Se quedó tan sorprendido que no reaccionó, hasta que notó que se lanzaba sobre su cara y se cubrió de nuevo con el brazo. El pato no tenía dientes, pero picoteó el kevlar como si le fuera la vida en ello hasta que, con un golpe de la culata de su arma, Adrian lo apartó y, una vez en el suelo, le pisó la cabeza.

Le tendió la mano a Nathan, que se la cogió para incorporarse.

—¿Estás bien? —preguntó el cabo.

—Confuso, más que nada.

—Subamos allí.

Señaló unas rocas en el centro del recinto. Nathan le siguió mirando el pato muerto y tocándose el brazo por instinto, agradeciendo el kevlar. Ahora lo entendía: por muy pequeño que fuera el animal, si no hubiera llevado nada seguro que le habría llegado a herir.

Subieron a las rocas con cuidado de no resbalar mientras el resto se quedaba abajo, rodeándolas para poder vigilar y protegerlos en caso de necesidad.

Adrian esperó mientras Nathan miraba a su alrededor. Desde allí, se podían ver los distintos recintos de la zona de granja. Todos estaban abiertos y, la mayoría, con las vallas rotas. Pero aún había bastantes animales: unas cuantas ovejas más, un par de cerdos, una vaca a lo lejos... Y unos cuantos patos en el estanque que se movían de forma rápida de un extremo a otro, sumergiéndose de vez en cuando como si estuvieran buscando algo. Sus movimientos le recordaron de nuevo a los rabiosos: rápidos, imprecisos, como si les sacudiera una corriente eléctrica de vez en cuando.

Siguió recorriendo los recintos con la vista y vio la zona de las tortugas. Había unas cuantas, las más pequeñas, inmóviles, por lo que dedujo que estarían muertas. Pero las que tenían un tamaño algo mayor mostraban el mismo patrón irregular de movimientos que los patos.

De repente notó una presión en la bota y, al mirar hacia abajo, vio una rata enorme mordiendo la superficie como si quisiera arrancársela. La apartó instintivamente de una patada con un gesto de asco. El animal rebotó contra un árbol y cayó, en apariencia inerte, pero inmediatamente se incorporó e

intentó saltar de nuevo hacia él. Adrian sacó un cuchillo de su cinturón y se lo clavó en la cabeza, matándola al instante. Limpió la hoja en la hierba y entonces oyeron una especie de chillidos agudos, acompañados por el repiqueteo de cientos de patas en el suelo.

—¡Cabo, vienen más!

Nathan miró hacia abajo. El soldado señalaba un grupo de animales que se acercaba por los diferentes caminos y avanzaba con velocidad hacia ellos. Durante unos instantes pensó que eran gatos o perros pequeños, hasta que vio sus colas largas y se dio cuenta de que eran más ratas: enormes, negras y con las bocas abiertas, mostrando sus dientes. Al aproximarse, algunas cogieron impulso sobre sus patas traseras para lanzarse hacia los soldados, que ya estaban preparados para ello y comenzaron a defenderse, unos con sus cuchillos y otros disparando ráfagas hacia la manada.

Algunas subían con increíble agilidad por las rocas. Nathan retrocedió golpeando a las más cercanas con sus botas, mientras Adrian iba disparando según llegaban. Retrocedió a su vez hacia Nathan, para tenderle el cuchillo.

—Que no te muerdan —dijo, sin más.

Nathan lo cogió sin mucho convencimiento, pero no pudo pensar demasiado porque cada vez subían más. Parecía que salían por todas partes y no iban a dar abasto. Entonces agradeció de nuevo el kevlar, los guantes y las botas militares, ya que sin ellas estaba seguro de que se habría llevado unos cuantos mordiscos y arañazos. Y a saber qué enfermedades contagiaban esos bichos, además de lo que temía que hiciera que se comportaran de esa manera.

No supo cuánto tiempo estuvieron así, hasta que por fin terminaron con todas. Para entonces, la zona estaba cubierta de cadáveres y tanto él como Adrian y el resto de soldados, llenos de salpicaduras de sangre.

El cabo Scott extendió la mano hacia él. Nathan titubeó, pero acabó devolviéndole el cuchillo.

Adrian lo limpió de nuevo en el suelo y se lo guardó, mirando a Nathan.

—La última vez nos atacaron unos conejos. Podría hacer el chiste de la bestia de *Los caballeros de la mesa cuadrada*, pero imagino que no estarás de humor.

Nathan negó lentamente con la cabeza, aturdido por lo que había visto.

—¿Están... están afectados por el virus? —preguntó.

—Eso parece.

—Pero no todos. —Señaló hacia la vaca, que estaba tumbada rumiando

pasto con tranquilidad.

—No sé qué decirte. Al principio eran solo los pájaros pequeños. Luego las ratas y los ratones del metro, después los conejos, las tortugas... Son cada vez más numerosos. Y ya has visto a la oveja, es como si... se fueran contagiando entre ellos.

—No lo sé, quizá lo estén y lo vayan desarrollando de forma diferente. Es extraño que un virus se transmita entre diferentes especies. —Sacudió la cabeza—. ¿Tenéis algún veterinario?

—No. Solo a John, que es médico, y ahora a ti. Pero no tenemos acceso a ningún laboratorio. Hemos conseguido alguna máquina, pero no sé si te servirá.

—¿Microscopios?

—Uno, sí.

—¿Podemos llevarnos unos cuantos diferentes, para comparar?

—Los que necesites.

—De acuerdo... —Miró a su alrededor—. Quiero un par de pájaros, de los que están muertos. Alguna de estas ratas, la oveja de la entrada y uno de los que no parecen afectados. Imagino que la vaca es demasiado grande.

—Sí, no creo que podamos llevarla por las escaleras del metro, la verdad. ¿Alguna de las cabras?

—Sí, me vale.

—Voy a decírselo a los chicos. ¿Esperas aquí?

Nathan afirmó, mientras Adrian se bajaba de las piedras y daba instrucciones a su equipo. Unos minutos después ya estaban preparados con los animales muertos, y la oveja y una cabra atadas con cuerdas. La cabra parecía no estar afectada en absoluto; la oveja, en cambio, tuvo otro par de ataques mientras la cogían. Se movía convulsamente de pronto, para luego volver a su estado de calma normal. Uno de los soldados le puso alrededor de la boca un trozo de cuerda a modo de mordaza, para evitar accidentes. Una vez listos, iniciaron el regreso hacia el metro.

Mientras atravesaban los túneles ya sin las máscaras, Nathan fue más consciente del número de ratas muertas que había por el camino. Su mente trabajaba sin cesar, distraída durante un rato del hecho de estar secuestrado y no saber aún por qué. ¿Animales contagiados? Eso no lo habían visto antes, ¿cómo se podía estar transmitiendo entre ellos? Tenía que examinarlos, el virus debía de haber mutado. Si pudiera contar con el instrumental necesario... Tendría que apañarse con lo que Adrian y su grupo tuvieran,

esperaba que fuera suficiente.

Llegaron a la zona donde estaban asentados y el grupo se dispersó. Nathan iba a seguir a los que se llevaban a los animales, pero Adrian le retuvo cogiéndole por un brazo.

—Antes tenemos que hablar, ¿recuerdas? —le dijo.

Nathan miró alejarse a los animales y luego lo miró a él. Suspiró con paciencia, tocando de nuevo el cuello del uniforme de kevlar, incómodo.

—¿Puedo cambiarme de ropa antes?

—Sí, sígueme. Te enseñaré dónde vas a dormir a partir de ahora.

Nathan se sorprendió, ya que había esperado que volviera a encerrarle en la misma sala. Pero Adrian lo llevó hasta lo que parecían unos vestuarios, donde había varios colchones de gimnasia repartidos por el suelo. Eso quería decir que no iba a encerrarle, pero que tampoco estaría solo.

Le abrió una taquilla y señaló la ropa del interior.

—Es para ti —indicó—. Estamos en la zona de mantenimiento del metro, por eso hay tantas salas y vestuarios. Está cerca de la ONU y comunica con varias líneas, lo que nos da bastante libertad de movimientos. Hay varias duchas allí. —Señaló hacia un extremo de los vestuarios—. Y tenemos luz y agua de momento, hemos conseguido unos generadores y, hasta que nos quedemos sin combustible, estaremos bien. Te esperaré fuera.

Y salió sin más. Nathan se quedó unos segundos confuso, no había esperado tanta amabilidad de la persona que más odiaba y que, además, lo estaba reteniendo contra su voluntad. Pero el cabo había conseguido su propósito, lo tenía casi más preocupado por el antivirus que por su secuestro. O por Emma... Se quitó el uniforme con gestos bruscos, maldiciéndose por haber dejado que le distrajera de esa manera y casi olvidara lo que había hecho con ella. Le daría cierta tregua mientras averiguaba qué estaba pasando pero, tarde o temprano, le haría pagar por ello, de eso estaba seguro.

Comprobó la ropa para ver si era de su talla y descubrió que también había jabón y una toalla, así que cogió ambas cosas y se dio una ducha rápida. Cuando salió, se encontraba mucho mejor. Ardía en deseos de examinar a los animales y descubrir qué estaba ocurriendo, pero un trato era un trato y antes debía contarle a Adrian lo que había ocurrido. Dudaba si decirle toda la verdad o si debía ocultarle algo, pero al final optó por la realidad. No tenía sentido mentir, él siempre había preferido ir con la verdad por delante.

Adrian le estaba esperando fuera y le llevó hasta un despacho. Se sentó y Nathan le imitó, señalando la puerta con la cabeza.

—¿No viene la periodista? —preguntó.

—Dejaré que hable contigo más adelante. Cassie está aquí para registrar todo y que el mundo sepa la verdad, pero puede ser demasiado insistente con sus preguntas y prefiero que hablemos sin interrupciones. —Entrelazó las manos sobre la mesa apoyándose en los codos para mirarle con intensidad—. Así que, empieza.

Nathan se cruzó de brazos, organizando sus ideas para ver por dónde empezar. Decidió no dar rodeos e ir al principio, a la llamada de su padre pidiéndole que fuera a Camp Ripley.

Para su sorpresa, Adrian le escuchó con atención, sin hacerle preguntas. Solo algún gesto demostraba que estaba escuchándole. Nathan perdió la noción del tiempo, hasta que llegó al momento del disparo a su padre y el lanzamiento de los drones.

Cuando se quedó callado, Adrian se recostó en la silla y se quedó pensativo unos minutos, tamborileando en la mesa con los dedos mientras decidía si creerle o no. No podía negar que el virólogo parecía sincero y que muchas cosas coincidían con lo que había oído, pero otras no. Los rumores y la desinformación eran el pan de cada día. Además, si todo era cierto... bueno, él había metido la pata hasta el fondo al no escuchar a Emma. Claro que entonces no podía saberlo; su trabajo era cumplir órdenes y eso había hecho.

—Y ahora, ¿vas a decirme por qué estoy aquí? —preguntó Nathan, al ver que permanecía callado.

—Ya lo has visto. Quería que vieras lo que yo pensaba que tú habías causado, que lo arreglaras de alguna manera.

—Soy virólogo, no Dios.

—Ya me entiendes.

—No del todo. Aún no me has explicado el porqué. Sé dónde estoy, he visto lo que pasa fuera, pero no me has dicho la razón por la que tú y tus amigos os escondéis de la ONU.

Adrian suspiró. Si fuera justo, debería contárselo, pero todavía no sabía si podía confiar en él, si debía hacerle partícipe de sus sospechas.

Por suerte, unos golpes en la puerta le libraron de contestar. Uno de los soldados que había ido con ellos se asomó.

—Perdón, cabo Scott.

—¿Qué ocurre?

—Hemos llevado a todos los animales a una sala, pero la maldita oveja no

para quieta. ¿La matamos?

—No, no. —Nathan se incorporó—. Esperad, quiero examinarla antes. —Miró a Adrian—. Iré con ellos, pero esta conversación no ha terminado. Y otra cosa. Supongo que Faraday ya se habrá despertado, yo en vuestro lugar le dejaría salir.

El cabo afirmó con la cabeza y Nathan se marchó.

Adrian se frotó la frente, apoyando la cabeza en las manos. Tenía que pensar en todo lo que Nathan le había contado, era demasiada información para asimilar en tan poco tiempo.

Necesitaba pensar.

Llamaron de nuevo y resopló fastidiado. Parecía que nadie sabía hacer nada sin antes consultarlo con él.

—¿Qué ocurre? —contestó.

Cassie asomó la cabeza. Adrian frunció el ceño al verla con su omnipresente libreta y un bolígrafo en la mano.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Cassie, no estoy de humor para interrogatorios.

—¿No te ha contado nada el virólogo? —Entró y cerró la puerta, quedándose con la espalda apoyada en ella—. ¿Cuándo me vas a dejar hablar con él?

—Mañana, si quieres. —Se reclinó en la silla, suspirando—. Está examinando animales, a ver qué encuentra. Y me ha contado su versión, pero necesito pensar.

—Está bien. —Ladeó la cabeza, mirándole con preocupación—. ¿Y tú... le has contado por qué estamos aquí?

—No, aún no. —Un gesto de dolor cruzó su rostro—. En cierto modo es... tú sabes que es personal, no sé si confío en él hasta ese extremo.

Cassie miró la cerradura de la puerta y giró el seguro para bloquearla. Había ido hasta allí para conseguir información pero, aunque tenía sus diferencias con Adrian, sabía que si él le había dicho que hablaría con Nathan al día siguiente, así sería.

Y no le gustaba verlo así, lo que la llevaba a otro de los acuerdos que tenían. Se acercó a la mesa y dejó la libreta y el bolígrafo sobre ella, para a continuación quitarse la camiseta por la cabeza. Adrian la miró sorprendido unos segundos, para sonreír al darse cuenta de que había bloqueado la puerta.

—Pensaba que nuestro acuerdo era solo por las noches —comentó.

—Bueno, podemos añadir alguna cláusula.

Se desabrochó el pantalón y se lo bajó, apartándolo de una patada. Después se subió sobre la mesa y avanzó hacia él como si fuera una pantera acechando a su presa.

Adrian alargó las manos con ojos brillantes para atraerla hacia sí y besarla de forma profunda e intensa.

Ya decidiría más tarde cómo explicarle a Nathan que todo el plan del gobierno no era más que una mentira.

Capítulo 6. Colaborar sí, amistad nunca

Adrian se incorporó de un salto en la mesa, frotándose la cara. Miró a su derecha, descubriendo a Cassie junto a él: se habían adormilado. Notó un leve dolor en la espalda por haber estado en una superficie tan dura, pero recordó lo que lo había sacado del sueño: gritos y ruidos fuera del cuarto en el que se encontraban.

—¿Qué es ese follón? —Cassie saltó de la mesa detrás de él, buscando su ropa con movimientos veloces por si acaso Adrian salía corriendo y la pillaban desnuda.

—No tengo la menor idea.

Él ya se había puesto los pantalones y la camiseta mientras la chica se afanaba buscando su ropa interior, y justo en aquel momento se oyeron unos golpes fuertes en la puerta.

—¡Adrian! ¿Estás ahí? —era la voz de la soldado Johns—. ¡Adrian, tenemos un problema en el comedor!

—¡Ya voy, demonios! —salió corriendo hacia la puerta para desbloquearla.

La soldado Maddy Johns apareció ante sus ojos, sofocada y despeinada.

—¡Es el grandote, está muy cabreado!

—Genial —masculló él con un gruñido—. Vamos.

No se molestó en cerrar la puerta y Cassie trató de cubrirse, pero no fue lo bastante rápida. La soldado Johns le dedicó una mirada de desaprobación; sospechaba desde hacía días que algo así estaba ocurriendo entre ellos y acababa de tener la confirmación. No entendería nunca qué veía su compañero de fatigas en aquella periodista repelente, pero tampoco era asunto suyo mientras no afectara a su objetivo principal. Le dedicó una

mueca y corrió para ponerse a la altura de Adrian.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, los chicos querían sacarlo del cuarto donde estaba encerrado. Ya sabes, para que se juntara con los demás en el comedor. Pero, cuando lo han intentado, se ha puesto como una fiera. Y es muy fuerte, Adrian...

No necesitaba que Maddy se lo recordara. Aquel hombretón era quien lo había noqueado en la sala de lanzamiento; no necesitaban un gigante de dos metros incontrolable.

—Vete a buscar al virólogo, esté donde esté. Él tranquilizará a ese chiflado.

—¿Seguro?

Maddy no parecía muy convencida. Habían sido compañeros en el ejército durante años y se llevaban bien, pero los últimos acontecimientos le habían dejado claro que Adrian empezaba a parecer perdido. Además, desde que le habían partido la nariz, era reacia a meterse en peleas ajenas.

—Sí. Pero vigílalo, aún no confío en él.

La empujó para que no lo pensara más e irrumpió en «el comedor», que no era más que una habitación acomodada con mesas y sillas, y las provisiones de que disponían almacenadas en cajas. Allí su grupo se reunía para compartir alimentos: su compañera la soldado Maddy; Cassie y sus tres hombres: Gruber, Mikkelson y Jonah. No había interactuado con ellos en la base antes, pero lo habían acompañado en la expedición que había cambiado su forma de pensar, y ese día se habían unido a su equipo.

Tres soldados de constitución respetable contra un solo hombre que ya debía de tener sus cincuenta años. Debería ser pan comido y, sin embargo, estaban perdiendo la batalla: Gruber había caído al suelo de culo, Mikkelsen sangraba del labio y Jonah parecía estar pensándose si atacar, a riesgo de correr la misma suerte que sus compañeros. Las sillas habían salido disparadas y la mesa estaba volcada en el suelo.

—¡Calma! —exclamó Adrian, para llamar su atención—. ¡Tranquilo! Tranquilo, hombre, calma.

Alzó las manos en gesto de paz y Faraday lo miró, sin quitar el gesto hostil de su cara. El cabo sopesó dar un par de pasos hacia él, pero decidió no aventurarse. Aquel hombre, a pesar de sus años, era fuerte y estaba sin domesticar, no deseaba que le partiera la cara de nuevo. Tendría que apaciguarlo desde donde se encontraba.

—Te conozco —dijo Faraday—. ¡Tú eres el malnacido que dejó a Emma

en coma!

Aquello no tenía buena pinta, no parecía que el tipo fuera a calmarse con facilidad.

—¿Por qué no te acercas y peleas conmigo? —continuó el gigantón—. ¿O solo golpeas a mujeres?

Joder con el señor, no se andaba con remilgos. No quería dejarse provocar, sobre todo porque no tenía claro que fuera a salir triunfante. Carraspeó, tratando de mantener su voz tranquila.

—¿Cómo te llamas?

—Ah, ¿ahora quieres saber mi nombre? Pensaba que eras de esos que pegan y después preguntan. —Faraday dio un paso hacia él, sin temor alguno.

Adrian echó la mano hacia su cinturón de forma instintiva para coger su arma, pero entonces recordó que lo había dejado todo en el cuarto tras su encuentro con Cassie. Se maldijo a sí mismo por descuidado pero él, al igual que sus hombres, no estaba acostumbrado a hacer prisioneros e ir armado a todas horas. Decidió intentar otra maniobra.

—Cálmate. Ahora traeremos a tu amigo, podrás verle si te tranquilizas un poco y dejas de pegar a mis hombres. Y de romper cosas. No tenemos demasiado, ¿sabes?

—Quiero ver a Nathan ya —exigió Faraday, sin relajar su gesto—. Y como le hayáis hecho algo, vamos a tener problemas.

—Está bien, está en el laboratorio —intentó relajarlo Adrian—. Colabora con nosotros.

—¿Pretendes que me crea eso, después de lo que le hiciste a su novia? —el hombretón se estaba cabreando otra vez, de forma que Adrian retrocedió.

Por suerte, en aquel momento apareció Maddy llevando consigo a Nathan. Faraday lo miró desde donde estaba, constatando que parecía encontrarse bien, y relajó un poco su expresión facial, aunque no tanto la corporal. No apartaba la mirada de los tres soldados, que ahora se mantenían a una distancia prudencial.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber el pelirrojo, mientras se aproximaba hacia su amigo a toda prisa.

—Solo seguimos su consejo, doctor —trató de explicar Gruber—. Lo sacamos del cuarto en el que estaba, pero se ha puesto furioso y ha arremetido contra nosotros.

—¿Y qué esperabais, un abrazo? —Puso una mano sobre el hombro de Faraday—. No pasa nada, no creo que vayan a hacernos daño.

Este relajó al fin su postura tensa y meneó la cabeza.

—¿Quiénes son y qué quieren? ¿Por qué estamos aquí?

—Esa es una muy buena pregunta que espero que me respondan pronto — le dijo Nathan, intercambiando una mirada con el cabo.

—¿Dónde te habías metido? ¡Creía que te estaban torturando! —el tono de Faraday rezumaba exasperación y se percibía que trataba de controlar su indignación.

—Me han tenido encerrado hasta hace un rato, cuando salimos al exterior... —Bajó la voz para dirigirse a su amigo—. El panorama no es muy alentador, parece ser que el antiviral que lanzaron ha causado daños en la fauna.

—¿Qué daños?

—Aún no lo sé. Estoy echando un vistazo en sus laboratorios a unas muestras que trajimos.

—Entonces es cierto que estás colaborando con ellos —repuso Faraday, y dejó caer los brazos a los lados.

A Nathan le hubiera gustado poder hablar con él en privado. Veía la cara del hombre y comprendía las emociones que leía en ella, las comprendía muy bien. Pero seguía siendo virólogo, no podía dar la espalda a lo que acababa de presenciar en el exterior.

—Faraday...

—¿Es verdad o no? ¿Colaboras con ellos?

—Estoy haciendo una investigación sobre el virus, que es mi trabajo.

—¡Para ese tipo! —señaló a Adrian, acusador.

—No, no trabajo para él. Pero si no descubrimos qué hace el antiviral, todo lo que ha pasado no habrá servido de nada... Si resulta que esto se transmite por el aire, la idea de Anticosti ya no sirve y Hunter y los demás seguirán sin estar a salvo. —Le puso la mano de nuevo en el hombro.

Faraday le miró a los ojos y pareció darse por vencido. Afirmó con la cabeza y el ambiente empezó a relajarse. Los soldados recogieron la mesa y las sillas, perdiendo parte del temor que les había inspirado aquel hombre. A partir de ese momento, seguro que no olvidarían sus armas en las mesillas, nunca se sabía qué podía suceder.

Maddy fue hasta una alacena y la abrió, tratando de aparentar confianza.

—¿Comemos algo? Creo que estamos nerviosos y hambrientos.

Adrian por fin bajó las manos y asintió. Nathan miró de nuevo a su amigo, para asegurarse de que se había calmado.

—¿Estás herido? —quiso saber.

—Aparte del golpe que me dieron, no —respondió él. Negó con la cabeza ante un tímido ofrecimiento de un plato por parte de Maddy—. No, gracias. No me sentaría en esa mesa con vosotros ni por el mejor filete del mundo.

Los miró con gesto despectivo.

—Faraday, tienes que comer —intentó convencerle Nathan—. Esto no tiene sentido, te necesito en forma.

—Chico de ojos extraños... sabes que te aprecio como si fueras mi hijo, pero ese es el tipo que golpeó a Emma hasta dejarla en coma —casi lo escupió.

—Lo sé muy bien. Pero por ahora no podemos hacer nada... Estamos en sus manos. —Le cogió del brazo, apartándolo un poco de oídos indiscretos—. Perdimos el barco, y lo sabes. De modo que vamos a tener que aguantar hasta que encontremos otra solución.

Pero Faraday parecía resistirse a dar su brazo a torcer. Pese a su aparente calma, el gesto de desconfianza no desaparecía de sus ojos.

—Salgamos de aquí —susurró—. Tratemos de subir a otro barco. Debemos intentar reunirnos con los demás.

—Si hacemos eso nada les impediría matarnos. Si no lo han hecho es por algo, solo debemos esperar a ver por qué. —Faraday suspiró—. Veamos primero qué nos cuentan —insistió Nathan—. Algo ha pasado para que se desligaran del ejército oficial y permanezcan ocultos. Cuando tengamos toda la información tomaremos una decisión juntos, ¿de acuerdo?

Ese último comentario pareció calmar del todo a Faraday, que asintió despacio.

—Muy bien, chico de ojos extraños. Te haré caso con una condición —Nathan le miró, alzando una ceja—. Quiero romperle la cara a ese cabrón —señaló con disimulo a Adrian.

Nathan le dio unas palmaditas en el brazo. Nadie sabía lo mucho que se alegraba de tener al gigantón a su lado en aquellos momentos.

—Será un placer —murmuró, con un amago de sonrisa.

Un par de horas después, cuando la noche ya había caído, Faraday notó que su amigo no dormía. Los militares habían decidido ponerlos juntos, pese a que ninguno tenía claro que no volvieran a presenciar otro estallido de furia. Sin embargo, parecía más probable que eso sucediera si los separaban, de forma que Adrian había claudicado.

Tras comprobar un cierto ritmo en las respiraciones que inundaban aquella sala, Faraday se incorporó y apoyó la espalda contra la pared.

—Si no hubiese dejado el tabaco, este sería un momento perfecto para volver a fumar —murmuró, en voz baja.

—Y que lo digas.

—¿Cuánto tiempo vamos a darles para que nos cuenten por qué se ocultan?

—No creo que tarden mucho. Ese cabo trata de aparentar que no se fía de mis palabras pero, por la cara que puso mientras le contaba todo, sé que me cree. Sabe bien que metió la pata y se dejó engañar por sus superiores.

—Soldados.

—Los soldados no cuestionan, solo obedecen órdenes.

Faraday guardó silencio unos segundos, las respiraciones continuaban. Miró los cuerpos que descansaban, pensando lo sencillo que sería atacarlos, aunque...

—No tiene sentido —Nathan pareció adivinar sus pensamientos—. A estas alturas tengo claro que no piensan hacernos daño.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Nos necesitan más que nosotros a ellos. Al cabo no solo le preocupa el virus, hay otra cosa. Y me lo dirá.

—¿Vamos a ayudarles?

Nathan hizo una mueca. Podía entender al cabo hasta cierto punto: él había conocido bien el mundo militar gracias a su padre y sabía cómo se entrenaba a los soldados hasta conseguir que hicieran cualquier cosa que se les ordenara sin la menor vacilación. El cabo Scott parecía diferente, algo le había hecho reaccionar y replantearse su vida: algo que los había separado de su grupo y los había confinado a un oscuro refugio en las profundidades del metro.

—Si decidimos quedarnos... —empezó Faraday, al ver que el pelirrojo no respondía—, o dicho de otro modo, si permanecemos aquí demasiado tiempo, no podremos irnos. Los barcos dejarán de partir.

—Sí, lo sé.

—Nos quedaremos solos, en un lugar sin recursos y atestado de infectados.

—Faraday... eres libre de irte, si no deseas continuar a mi lado. No tienes ninguna obligación conmigo y lo sabes.

El hombre le miró con cara de sorpresa.

—Estaré contigo hasta el final, pero tengo claro que yo no soy importante. Tú sí. —Vio cómo Nathan sacudía la cabeza—. Los supervivientes necesitan que sigas investigando. Por no hablar de Hunter y Rachel, que aguardan allí. Y Emma.

—Los dos sabemos que Emma no va a despertar.

—Tal vez no. —Faraday se encogió de hombros—. Y no debes olvidar gracias a quién.

Y señaló con la cabeza al cabo, que continuaba durmiendo ajeno a su charla nocturna.

—Si insinúas que lo mate, no sería capaz.

—Fuiste capaz de matar a tu padre.

—Era diferente.

—No tanto.

—No entiendo por qué intentas provocarme —Nathan sonaba irritado.

—Lo que quiero es que reacciones. —El gigantón lo miró sin pestañear—.

A Faraday no le gusta esta actitud tuya pasiva-resignada. No le gusta, no.

Y dicho aquello, se tumbó en su cama y se puso de lado, dándole la espalda. Nathan lo observó unos instantes, perplejo, pero su amigo no volvió a abrir la boca. Se recostó en aquella cama improvisada mientras contemplaba el techo y pensaba en los últimos acontecimientos.

A pesar de lo poco y mal que había dormido, algo que se estaba volviendo una molesta costumbre, a Nathan no le costó despertarse temprano. El día anterior no había podido pasar demasiado tiempo en los laboratorios gracias a lo sucedido con Faraday, pero estaba deseando echar un vistazo a lo que tenía, que no era mucho, y ni siquiera sabía si podría trabajar con ello. De cualquier forma, llevaría a cabo un intento.

Dejó a Faraday en el comedor, tomando café con expresión perdida, y se marchó acompañado de la soldado Johns, que tenía órdenes de llevarlo hasta la sala. John, el médico, se encontraba ya allí, preparando el poco material del que disponían, así que la soldado abandonó el lugar tras dejarlo allí.

Cuando el cabo Scott le había dicho que habían conseguido un microscopio no había mentido: eso era exactamente lo que poseían, aparte de dos camillas que parecían sacadas de una sala de autopsias y una colección de cadáveres animales. La luz mortecina de la habitación no ayudaba en absoluto y Nathan fue más consciente que nunca de la situación en la que se encontraban.

Faraday tenía razón: nada podían hacer allí. No hallaría la solución en un cuarto desvencijado en la zona subterránea del metro, y debía tratar de que Adrian lo comprendiera.

—No es mucho, lo sé —se disculpó John al ver su cara.

El pelirrojo recordaba su laboratorio en el CDC de Atlanta con añoranza. Desde la propagación del virus, aquella temporada había sido la más parecida a una vida normal que había tenido, a pesar de la dureza del viaje hasta llegar allí. Y ahora volvía a estar en el punto de partida: no tenía nada que ofrecer y cualquier esperanza de mejora implicaba otro viaje.

—¿Le sirve algo de esto, doctor? —preguntó, esperanzado.

Era obvio que aquel grupo de soldados había tratado de llevarse cosas que consideraban útiles, pero algunas no servían para nada.

Se pasó la mano por el pelo, acercándose al microscopio.

—Como mucho, puedo tomar muestras de sangre de esos animales y echar un ojo. —Buscó con la mirada algo que poder utilizar—. ¿Y la oveja?

—Está encerrada en un cuarto, pero no podremos dejarla ahí mucho más. Además hay que alimentarla, y no estamos para desperdiciar la comida... Nuestros víveres empiezan a escasear, y eso que siempre los hemos racionado.

—¿Trabajabas para el ejército? —preguntó Nathan, acercándose a un armario para abrirlo y revolver en busca de jeringuillas.

—Sí. Soy médico militar. A veces acompañaba a las patrullas, ya sabe, por si mordían o herían a alguien y había que tomar medidas desesperadas.

—¿Y alguna vez tuviste que tomar alguna? —No había nada que pudiera servir en el armario.

—No. Un par de veces los rabiosos mordieron a hombres, pero no tuve tiempo de hacer nada al respecto... El virus actuaba deprisa.

Qué le iba a contar que no supiera. Cerró el armario de un portazo, contrariado al no hallar nada, y abrió los cajones de mala manera.

—Sé de un soldado al que le cortaron el brazo tratando de salvarlo y murió de todas formas, así que no te preocupes.

John se lo quedó mirando pasmado, pero en ese momento Nathan soltó una exclamación que tenía mucho de alivio: jeringuillas sin usar, vendas, gasas, frascos vacíos. Algo era algo, al menos podría tomar las muestras y estudiarlas en su único microscopio.

John lo ayudaba de manera eficaz, sin molestar, pasándole objetos cuando los pedía sin dejar de observar.

—¿Es cierto que usted estaba en el lugar donde se inició el virus? Por la ONU se oían toda clase de cosas, pero algunas se contradecían tanto que ya no sabía qué creer.

—Bueno —Nathan acercó una silla al microscopio, con muestras de sangre de uno de los pájaros muertos—, cuando llegué a Little Falls, el virus ya había sido creado. Eso lleva tiempo, no se hace en un mes... Yo tenía que ocuparme de la vacuna, pero no hubo tiempo.

—¿Quiere contarme la historia? —John se aproximó, con expresión relajada, y Nathan alzó la mirada, sin saber a qué atenerse—. Adrian es un poco exaltado, pero no es mala persona.

—Esa es tu opinión, no la mía. Aun así puedo contarte la historia, si quieres oírla.

John asintió, de manera que Nathan fue relatando lo sucedido, al igual que había hecho el día anterior con Adrian. Su forma de hablar era tranquila y John lo escuchaba sin interrumpir, asintiendo de vez en cuando, moviéndose solo para pasarle gasas u otro bote con muestras de sangre. No había incredulidad en su expresión mientras escuchaba al virólogo.

—Vaya —murmuró cuando el joven dejó de hablar—. Veo que su camino ha sido difícil... Dígame una cosa, ¿confía en la palabra del jefe de Estado?

—Tanto como en la vuestra. —Nathan apartó el microscopio.

—Ya sé que no le caemos bien, pero nosotros no somos el enemigo, doctor.

—Esta sangre está infectada, pero no del virus original —el pelirrojo cortó la conversación durante un instante para volver a ojear por el microscopio.

John sacudió la cabeza.

—¿Una mutación? —Nathan afirmó—. ¿Comprobamos el resto de animales?

Nathan asintió por segunda vez, aunque estaba casi convencido de que la sangre de las ratas le revelaría los mismos resultados. El antiviral no solo no había funcionado, sino que había infectado a la fauna y todavía no sabía si también habría afectado a la flora. Por no hablar de sus efectos en el género humano. ¿De qué forma actuaría sobre los contagiados? ¿Y los no contagiados? Todo eran incógnitas.

Mientras repetía las pruebas en el resto de animales, la puerta se abrió con sigilo y apareció Adrian, que se apoyó en la pared, cruzado de brazos.

—¿Sabemos algo de interés? —preguntó.

—Ven —John le hizo un gesto para que se acercara a ellos—. El doctor

Thomas dice que...

—¿Puedes traer la oveja ahora? —le interrumpió Nathan, con tono sereno.

John se calló, pero afirmó con la cabeza. Salió sin añadir nada más, dejándolos solos.

—¿Qué has descubierto? —insistió Adrian, poniéndose las manos en la cintura.

—Es el antiviral, pero no el inicial que yo creé, sino el que autorizó el presidente. —El virólogo se incorporó, apartando el microscopio y empezando a recoger las muestras para tirarlas a la papelera—. El que tú lanzaste, para ser claros. Ha mutado, lo cual no me sorprende en absoluto.

—¿Por qué?

—Yo llevaba meses en el CDC trabajando en la cura. Funcionaba, pero de un modo rústico... Cuando sucedió el incidente con Rachel no la perdimos de milagro. Faltaba mucho trabajo por hacer. —Adrian se encogió de hombros—. Al llegar aquí, ellos me dieron el laboratorio. A cambio, les di la base y el material, y entonces me quitaron el laboratorio. ¿Lo entiendes ya, cabo? No sé qué hicieron con mi trabajo. No sé qué coño fabricaron. Pero tú lo lanzaste y ahí tienes el resultado.

—No fui yo quién te apartó de la investigación —se defendió Adrian, encolerizado—. ¡Obedecía órdenes, era un soldado! ¿Cómo iba a saberlo? No puedes comprenderlo.

—¿Y te hizo cambiar de opinión?

Adrian cerró la boca de golpe y apretó las mandíbulas hasta que notó rechinar sus dientes. Fue a decir algo, pero en aquel momento John regresó arrastrando a la oveja mediante una improvisada correa fabricada con cuerda vieja. El animal seguía pareciendo manso y no protestó cuando le extrajeron sangre. Todos guardaron silencio mientras Nathan estudiaba aquella nueva muestra.

—También está infectada —dictaminó, poco después.

—¿Y por qué ella no es agresiva? —quiso saber John.

—Ni idea. Es probable que sea por el peso.

—Lo que quieres decir es que llegará el momento en que también se vuelva agresiva, ¿no?

—No lo sé. Todo esto es pura elucubración... No puedo hacer más con este equipo, lo siento.

Ambos hombres se miraron entre ellos y Adrian le hizo al médico un gesto con la cabeza, señalando la puerta. John comprendió al momento, de forma

que, tras despedirse murmurando algo, abandonó la estancia llevándose la cabra con él.

—¿Crees que los animales se infectaron cuando se lanzó el antiviral? —preguntó el cabo.

—Probablemente. Como ya dije, es raro que animales de distintas especies se transmitan el mismo virus.

—A menos que este se administre por el aire mediante drones —acabó Adrian, tenso.

Nathan se cruzó de brazos, pero Adrian no necesitaba su confirmación, sabía de sobra que eso era así. Se aproximó hasta el virólogo con brusquedad y, al llegar a su altura, se enfrentó a su mirada acusadora.

—Antes me has preguntado qué me hizo cambiar de opinión —masculló—. Si quieres saberlo, te lo enseñaré. Ponte el traje y podrás verlo con tus propios ojos.

—¿Saldremos fuera? Quiero que Faraday me acompañe.

Adrian no encontró motivo para poner objeciones y decidió llevarse a la soldado Johns para compensar, aunque tenía claro que si aquel hombre enorme quería librarse de ellos, tenía muchas posibilidades de conseguirlo.

Una hora después, estaban fuera y en camino. Nathan no tenía la menor idea de a dónde se encaminaban, pero tener a Faraday a su lado lo tranquilizaba, pese a que su amigo permanecía igual de distante que la noche anterior. De pronto, la soldado Johns se detuvo delante de él sin previo aviso, y el virólogo casi se estampó contra ella.

—¿Qué coño...?

Miró a Adrian, que también se había detenido. Al contemplar el lugar, se dio cuenta de que ante ellos había una zanja. Cruzó una mirada con el cabo y este inclinó la cabeza para animarlo a asomarse. Nathan dudó, pero avanzó un par de pasos y se paró para contemplar lo que allí había.

Y lo que vio lo dejó boquiabierto.

Capítulo 7. Selección natural

—Ya casi es la hora —comentó el joven soldado Adrian Scott a su compañera, mientras manipulaba los mandos y se aseguraba de tener la pantalla bien enfocada.

—¿Qué haremos después?

—Supongo que marcharnos en el algún helicóptero, soldado Johns —dijo él, sin quitar ojo a lo que tenía delante—. Ya hemos cumplido con nuestro cometido. Mejor, así podrás reunirte con tu familia, ¿no es eso lo que quieres?

—Sí, claro. Salimos de aquí para meternos en un barco —suspiró la joven soldado de pelo negro.

—Mira, por lo menos no estás muerta. —Consultó su reloj, con cara de fastidio. Iba a añadir algo cuando oyó unos golpes en los cristales—. ¿Qué demonios...?

Los dos miraron hacia allí. Fuera, la mujer rubia que había aparecido hacía unos días y a la que solo habían podido ver unos segundos antes de que se la llevaran detenida junto al principal responsable del escape del virus trataba de atraer su atención.

—Mierda, ¿esa no estaba encerrada? —la soldado Johns se puso recta—. ¿Qué hacemos, Scott?

—Nada. Nosotros a lo nuestro —dijo el joven con frialdad—. Tenemos que empezar.

Johns murmuró un «vale», tratando de no prestar atención a la chica que intentaba que le hiciera caso a través del cristal. Vio cómo su compañero ponía todo en marcha, comenzando a manipular los mandos y observando la pantalla, mientras esperaba recibir las órdenes por el aparato que llevaba

colocado en la oreja.

—Atención. —Escuchó—. Permanezcan a la espera. En breves momentos el presidente dará la orden. Repito, permanezcan a la escucha.

—Entendido —aceptó el soldado.

El soldado Scott y la soldado Johns estaban tan concentrados esperando las órdenes que pegaron un bote en sus asientos cuando el cristal se rompió en mil pedazos delante de sus caras. Los dos miraron asombrados en dirección a la puerta para descubrir que la dichosa rubia acababa de reventar toda la cristalera delantera con un perchero de los grandes.

—¡Joder! —gritó Scott—. ¡Líbrate de ella, soldado!

Johns se levantó, apartando las esquirlas de cristal que se le habían posado hasta en el pelo y fue directa al encuentro de la mujer.

—¿Se ha vuelto loca? —vociferó, palpando sus bolsillos de forma apresurada en busca de su arma.

—No podéis pulsar ese botón —dijo la chica.

—Nosotros seguimos órdenes, no somos quiénes para cuestionarlas.

—Es una cura experimental —la mujer hizo un nuevo intento antes de que se acercaran del todo la una a la otra—. Si lo lanzáis, no sabemos qué efecto puede tener.

La soldado se detuvo unos segundos.

—El mismísimo presidente ha ordenado la preparación de los drones y el lanzamiento —explicó, con voz vacilante.

—¡Soldado! —gritó Scott desde su puesto—. ¡Te he dicho que te libres de ella ahora, nada de charla!

La soldado Johns dudó unos segundos, pero finalmente fue directa hacia la intrusa. Se lanzó sobre ella esperando noquearla de un simple golpe, pero la sheriff se apartó a tiempo y ella cayó al suelo, maldiciendo.

Scott lanzaba miradas furtivas de reojo sin dejar de controlar la pantalla. Lo tenía todo listo, la mano en el botón. Una simple orden por el auricular y los drones se pondrían en marcha. Esperaba que fuera cuestión de segundos, porque la soldado Johns estaba recibiendo una buena paliza a manos de aquella desconocida. Si no lograba contenerla podrían tener problemas y él no iba a dejar que una maldita civil estropeará su buen hacer.

La soldado lanzaba ya golpes a ciegas, empezando a agotarse. Trataba de ganar algo de tiempo y recuperar fuelle. Su oponente no podía permitirlo, así que regresó sobre sus pasos y le sacudió un puñetazo en plena cara que la hizo derrumbarse en el suelo. Adrian se dio cuenta de lo que estaba

sucediendo. Dejó los mandos por uno segundos y se aproximó a aquella mujer. No lo pensó dos veces: le dio un cabezazo que hizo que se tambaleara hacia atrás. La sujetó antes de que cayera inconsciente y después la lanzó hacia el otro lado de la habitación, con tanta fuerza que, más que caer, se estrelló contra la pared. Esperó unos segundos por si se movía, pero había escuchado un crujido y supuso que se había roto el cuello en la caída.

Miró a la soldado Johns, que tenía la nariz rota y el labio partido y seguía inconsciente en el suelo. Regresó a su sitio y volvió a ponerse los auriculares justo cuando estos zumbaron.

—Soldado, adelante —escuchó—. Empezamos.

Y el soldado Scott apretó el botón.

La pantalla cobró vida. Se había dividido en varios cuadrantes, cada uno de los cuales mostraba las imágenes que enviaban los diferentes drones. Estaban programados de antemano para ir en distintas direcciones y lanzar el antivirus a intervalos, para expandirlo de la forma más amplia posible. Así que lo único que tenía que hacer el soldado era comprobar que todos se estaban comportando según su programación y no había desvíos.

Revisó los itinerarios individualmente, realizó algún pequeño ajuste en un par de ellos y respiró satisfecho y aliviado al ver que todo iba según el plan.

De pronto oyó un ruido a su espalda, pero antes de que pudiera incorporarse se vio arrancado de su asiento. Recibió un puñetazo en pleno rostro que lo dejó aturdido y con un zumbido en los oídos; cayó al suelo con las manos en la cabeza, como si así pudiera aliviarlo un poco. Estaba mareado, por lo que cuando intentó levantarse se tambaleó y se dejó caer de nuevo al suelo.

Los siguientes minutos fueron muy confusos. El gigantón que le había golpeado cogió a la rubia entre sus brazos, mientras llegaba el hijo del coronel Thomas, el virólogo al que había visto un par de veces por la ONU. Y, tras él, su novia con... ¿el teniente Hunter Cooper? Parecía herido de bala y pestañeó confuso. No entendía nada. ¿Por qué el doctor Thomas abrazaba así a la chica? La morena se acercó para tomarle el pulso a la chica, pero antes de que dijera nada, el hombretón habló:

—Han lanzado el antiviral —anunció, sin apartar la vista de los paneles llenos de luces.

Scott siguió su mirada desde el suelo, sin moverse. Los drones seguían sus rutas establecidas y varios ya marcaban en sus informes automáticos que habían liberado el compuesto. Una punzada de dolor le atravesó el cráneo y

cerró los ojos. Segundos después, perdió el conocimiento.

Despertó con el sonido de voces y pasos rápidos a su alrededor. Se incorporó bruscamente y unas manos lo tumbaron de nuevo.

—Relájese, soldado —dijo un médico. Miró su placa: se llamaba John Simmons.

—¿Qué ha pasado? ¿Y mi compañera?

—Estoy aquí.

Adrian miró hacia la voz. En una camilla de hospital, junto a la silla, se encontraba la soldado Johns. Tenía varios moratones en la cara y un ojo hinchado pero, aparte de eso, parecía encontrarse en buen estado.

—¿Y la loca que nos atacó? —siguió preguntando él.

—Ni idea. También me he despertado aquí y todavía no he hablado con nadie.

Ambos miraron al doctor, que se encogió de hombros mientras sacaba una pequeña linterna para enfocar las pupilas de Adrian.

—Yo no sé mucho, la verdad es que es todo algo confuso —comentó, cambiando la luz al otro ojo—. Parece que se va a enviar un comunicado para explicar lo sucedido, el coronel Thomas ha muerto.

—¿Cómo?

—No se mueva. —Guardó la linterna y comenzó a palparle el cráneo—. He oído que era él quien estaba detrás de todo, no el teniente Cooper, como se pensaba.

—Pero... ¿quién lo ha matado?

—No está claro. —Se apartó y escribió en una tablilla—. Bien, les voy a dar el alta a los dos, no tienen nada grave, solo unas cuantas magulladuras. Pueden regresar a sus habitaciones.

Y, sin más, se dirigió a la cortina que los separaba del resto de las camillas. Ellos se miraron. Johns se encogió de hombros y se bajó al suelo, haciendo un gesto de dolor al apoyar el pie. Se lo habían vendado, ya que tenía un esguince, y acababa de tomar un calmante que, esperaba, hiciera efecto pronto.

—Me voy a dormir un rato, estoy agotada. Supongo que ya nos enteraremos de todo tarde o temprano y, además, quiero confirmar que voy en el siguiente barco.

Adrian afirmó, haciéndole un vago gesto de despedida. No entendía nada de lo que había pasado. ¿El coronel Thomas, muerto y culpable? No podía

ser. Era el comandante en jefe, la mano derecha del presidente. Era imposible que hubiera engañado a todos. Se quedó pensativo un buen rato, hasta que de pronto una enfermera apartó la cortina con brusquedad y lo sacó de su ensimismamiento. Al verle frunció el ceño, extrañada. Comprobó una lista que llevaba y volvió a mirarle.

—Señor, no debería estar aquí —dijo—. Le dieron el alta hace rato y necesitamos esta área vacía.

—Sí, ya me iba... —Se bajó, pero se detuvo junto a ella al reconsiderar sus palabras—. ¿Ha ocurrido algo para que necesiten evacuar esta zona?

—No estamos evacuando, sino haciendo sitio para instaurar una zona de cuarentena.

—¿Qué? ¿Por qué?

Ella pareció indecisa unos segundos, no muy segura de si la información era clasificada o no. Pero nadie le había advertido de que lo fuera y, además, aquel soldado había estado en la sala de manejo de drones, así que sabía lo del compuesto.

—Bueno, nos han ordenado preparar la zona para la gente que estaba en el exterior cuando se lanzaron los drones. Algunos se han quejado de que les ha provocado erupciones en la piel, dicen que al contacto picaba... No parece nada por lo que preocuparse, pero los vamos a tener en observación un par de días.

Adrian recordó de pronto las palabras de la chica que los había intentado detener. ¿Acaso ella sabía algo que los virólogos de la ONU no? ¿Cómo era posible? Si había estado encerrada...

La enfermera lo miraba impaciente, así que se despidió y salió hacia su habitación. Por el camino se encontró con unos soldados que repartían unas hojas y, al ver el sello presidencial en el membrete, cogió una.

Empezó a leer mientras caminaba, pero se tuvo que detener al poco porque no entendía nada de lo que estaba leyendo. Era el comunicado del que el doctor Simmons había hablado pero, más que aclarar, aquello lo confundió aún más. Incluso si creyera que el coronel Thomas realmente había engañado a todos como allí decía, le parecía total y absolutamente imposible que su hijo, virólogo para más señas, no hubiera tenido nada que ver en todo aquello. Según el texto, la morena no era su novia, como había hecho creer, sino la rubia loca que, además, era sheriff de Little Falls. Un cúmulo de mentiras y casualidades que no le cuadraban, lo mirara por donde lo mirara. ¿Y el presidente se lo había tragado y los había dejado libres a todos? Movi

la cabeza con incredulidad. En fin, él solo era un soldado que cumplía órdenes. Al fin y al cabo, no era nadie para cuestionar ese tipo de decisiones. Solo esperaba no coincidir con ellos en el barco que le habían asignado, no le apetecía tener que enfrentarse de nuevo al que le había dejado noqueado.

Un par de días después, Adrian fue convocado por el jefe de Estado Jacob Norris. Se dirigió a su despacho tras comprobar que su uniforme estaba impecable, sin saber qué esperar. Quería irse con su padre del país de una vez, lo que menos le apetecía era que lo enviaran en alguna misión fuera del cuadrante de seguridad. Pero, si tenía que hacerlo, que así fuera.

Llamó a la puerta del despacho y se asomó cuando oyó una voz desde el interior indicándole que entrara. Al verle, el jefe de Estado le hizo gestos para que se acercara.

—Ah, soldado Scott —dijo—. Le estaba esperando. Pase, siéntese.

Adrian obedeció, ocupando la silla tras hacer el saludo militar y manteniendo una postura recta. Norris lo miró con expresión satisfecha y le tendió unos galones que Scott cogió, intrigado al reconocer el grado de cabo.

—Felicidades —dijo el jefe de Estado—. Ha sido ascendido a cabo, soldado.

Adrian miró aturdido los galones unos segundos, sin entender.

—Gracias, señor —contestó—. Pero no entiendo...

—Por su actuación durante el lanzamiento de los drones. Hizo lo que tenía que hacer, a pesar de las circunstancias.

—Yo cumplía órdenes, señor. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—Puede que sí, puede que no, teniendo en cuenta que la sheriff Jefferson se lo estaba poniendo difícil, al igual que su amigo Faraday.

Adrian supuso que se refería al gigantón. Ahora que lo pensaba, no había vuelto a ver a ninguno desde aquello.

—¿Han sido evacuados ya, señor? —preguntó.

—Imposible, la chica está en coma. No se preocupe —se apresuró a añadir—, no es culpa suya, son cosas que pasan. Usted solo se defendía.

—Lo sé, señor.

—¿Ha comprobado ya en qué barco se va usted?

—Estoy esperando que me lo confirmen, creo que mi padre y yo saldremos en un par de semanas.

—¿Y el resto de su familia?

—Solo me queda él, señor.

Su madre había muerto en un accidente de coche producido por el pulso electromagnético cuando volvía de un viaje después de visitar a su hermana pequeña. Estudiaba en la universidad de Pittsburgh y no había sabido nada de ella desde el comienzo de todo aquello. Por descontado, el virus habría llegado hasta allí y el pulso habría afectado a la ciudad como a tantas otras. Así que hacía tiempo que la había dado por muerta. Su padre había sobrevivido gracias a sus vecinos de Brooklyn, que le habían ayudado como siempre habían hecho desde que se quedara paralizado de cintura para abajo. El pulso no había llegado hasta allí, pero en pocas semanas el caos había comenzado a dominar la zona y el ejército había tomado el control, ocupándose de la evacuación. Su padre estaba en uno de los edificios cercanos a la ONU, esperando su turno para coger el barco que les llevaría a la isla con el resto de refugiados.

—Siento oír eso. Seguro que les irá bien en Anticosti. —Se incorporó y extendió la mano—. Gracias por sus servicios, cabo.

Adrian interpretó aquel gesto como una despedida, así que se levantó y se la estrechó, despidiéndose a su vez. La conversación le había recordado que aún no había recibido confirmación del barco, así que se dirigió a la zona de control de evacuación. Entró en el despacho donde varios soldados trabajaban controlando las listas y rutas de los barcos. Al verle, el que estaba en la primera mesa suspiró con paciencia.

—Aún no tenemos confirmación —dijo, antes de que Adrian hablara—. Como le dije, le avisaré cuando lo tenga. Quedan dos barcos, no se preocupe que irá en alguno de ellos.

—Solo quiero asegurarme de que mi padre está en el mismo que yo.

El chico removi6 los papeles carraspeando.

—SÍ, claro. Si no le importa, tenemos mucho trabajo.

Se levantó y se metió en la habitación contigua, dejando a Adrian intranquilo. Aquella frase no le había sonado nada convincente, por lo que decidió ir a ver su padre, a ver si él sabía algo. Pasó por su habitación para cambiar los galones en toda su ropa militar y, poco después, se encontraba en la puerta de la ONU intentando convencer al soldado de guardia para que le dejara salir.

—Aunque tuviera permiso, no podría permitirle salir así —explicó él—. Necesita mascarilla, protección... Es el nuevo protocolo de seguridad. ¿Por qué no prueba por el garaje? Quizá alguna patrulla deje que les acompañe.

Adrian miró por encima de su hombro y comprobó que los pocos soldados

que había fuera llevaban mascarillas. Ya intranquilo, se dirigió resuelto hacia los garajes. Vio que había un par de Hummers preparándose para salir y un soldado se acercó a él.

—Te estábamos esperando —comentó, señalando el reloj—. Llegas tarde.

—¿Perdón?

—¿No eres Andrews?

—No, yo... —pensó con rapidez—. Me envían en su lugar, aunque no me han explicado muy bien de qué se trata.

—Es una operación de descarte. —Señaló el otro Hummer con la cabeza, que ya salía—. Ellos limpian, nosotros recogemos. Ya sabes.

Adrian afirmó como si supiera de lo que le estaba hablando, aunque en realidad no tenía ni idea. Cogió la mascarilla que le tendían y subió al Hummer.

Los vehículos salieron al exterior y se dirigieron hacia la zona donde estaban los refugiados. El que estaba sentado a su lado llevaba una tabilla con una lista y Adrian la miró con curiosidad.

—¿Puedo? —preguntó.

El chico se encogió de hombros y se la pasó. Adrian la revisó buscando el nombre de su padre. No lo encontró, lo que no supo si era bueno o malo. Volvió a leerla con más atención. No reconocía ningún nombre, pero aquello era extraño:

Lee Adams, diabética.

Peter Collins, diálisis.

Art Gardner, sin brazo izquierdo.

Susan Rogers, parapléjica.

Y así hasta completar varias decenas de nombres. El último nombre y descripción cuadraba con su padre, lo que lo intranquilizó aún más.

El Hummer se detuvo, así que devolvió la lista al soldado y los siguió al exterior, imitando lo que hacían para no llamar la atención. Los del primer vehículo se metieron en el interior de un edificio, mientras que ellos se dirigieron hacia la parte trasera. Allí, Adrian redujo el paso al ver una excavadora junto a un enorme agujero. Estaba echando tierra sobre él, cubriendo lo que parecían...

« No puede ser » , pensó, deteniéndose.

Tragó saliva, sin darse cuenta de que el resto de soldados seguía avanzando. Dio un par de pasos hacia allí y entonces comprobó que su primera impresión era cierta.

Sillas de ruedas, muletas...

De pronto se sobresaltó con el sonido de una ráfaga de disparos. Se giró hacia él, que provenía del interior del edificio. Desde la puerta, sus compañeros del Hummer le hacían gestos y se acercó con paso inseguro.

—Vamos, nos toca recoger —instó uno de ellos.

Lo siguió al interior y de nuevo se quedó paralizado. El lugar estaba lleno de cuerpos acribillados a balazos, cubiertos de sangre. Pero nadie parecía inmutarse. Los soldados del otro Hummer charlaban entre ellos con sus armas aún humeantes, mientras que los del suyo estaban empezando a coger los cuerpos.

Vio que una persona se movía, pero no pudo decir ni hacer nada por ayudarla: otro de los soldados la miró, resopló con impaciencia y le descerrajó un tiro en la frente sin inmutarse.

Y ese fue el momento en que se cuestionó todo lo que había visto hasta entonces y decidió hacer algo para cambiarlo.

Capítulo 8. Tomando decisiones

Nathan estaba sin palabras, lo único que Adrian les había dicho tras ver el interior de la zanja fue un lacónico: «No estaban infectados».

No fue capaz de decir nada mientras lo llevaban de regreso a su escondite junto con Faraday, que parecía tan aturdido como él. En cuanto entraron en un túnel y se pudo librar de la máscara, no aguantó más y no pudo reprimir las náuseas que le asaltaron. Se aproximó a una esquina con rapidez. Adrian hizo ademán de acercarse, pero Faraday se adelantó así que el cabo se alejó junto con sus compañeros para darle un poco de intimidad.

Faraday sujetó al virólogo por los hombros, mientras este vomitaba hasta que no quedó nada en su cuerpo. Nathan apoyó las manos en las rodillas, moviendo la cabeza.

—No puede ser... —murmuró—. Joder... —Aceptó un pañuelo que el hombretón le tendió, solícito, y se limpió la cara—. Dios mío, Faraday. Tantos cuerpos... —Su amigo se limitó a asentir—. No lo entiendo. ¿Por qué?

—Descartes —dijo Adrian, sobresaltándoles. Ambos se giraron hacia él—. Así los llaman.

—¿Qué?

El cabo le tendió un botellín de agua, que Nathan cogió para dar un largo trago y quitarse el sabor amargo de la bilis en su boca.

—¿Es una selección? —replicó Faraday, atónito.

—Eso es. —Adrian se metió las manos en los bolsillos, mirando al suelo durante unos instantes antes de volver su atención a Nathan—. Alguien está decidiendo quién va y quién no va a esa isla. Y los débiles, los enfermos, los... impedidos... son eliminados de la ecuación.

El primer pensamiento de Nathan fue para Emma. Le habían prometido llevarla allí, ¿significaba eso que no lo harían, que la matarían? Aunque, en cierto modo, era como si ya estuviera muerta... Por otro lado, sabía que Hunter cumpliría su palabra. ¿Y si, por hacerlo, acababan con él también?

—¿Cómo...? —empezó—. ¿Hay listas?

—Creemos que ya no queda nadie por descartar, hace una semana que no hay... ejecuciones. Aunque supongo que si llega algún refugiado más y lo consideran no apto, irá directo a esa fosa.

Nathan achicó los ojos, con otro pensamiento cruzando su mente.

—Tú —dijo, en tono acusatorio—. Tú has tomado parte en esto también. ¿Qué pasó, no te ascendieron después?

La piel oscura del rostro de Adrian palideció varios tonos ante aquella frase. Ciertamente, había dejado en coma a su novia, podía entender su enfado. Pero de ahí a creer que sería capaz de ejecutar a sangre fría a gente inocente...

—Yo no he hecho nada parecido —contestó.

—Lanzaste un virus.

—¿Cuántas veces tengo que repetir que seguía órdenes? ¡No sabía lo que iba a ocurrir!

—Pero, de haberlo sabido, tu actuación habría sido la misma, ¡admítelo!

—Dios, ¿es que no lo ves? ¡Lo mismo le ocurrió al piloto del *Enola Gay*, estoy seguro! Tenía órdenes, debía lanzar una bomba atómica y lo hizo. No hay cabida a remordimientos, doctor, la vida en el ejército es así: sigues órdenes, las cumples. Siempre hay un bien mayor en el que pensar, no en el individuo.

—¿A eso...? —Señaló el final del túnel con gesto tembloroso—. ¿A eso lo llamas bien mayor?

—No, ¡maldita sea! ¡Mi padre está en esa fosa!

Nathan y Faraday se quedaron en silencio, mirándolo con los ojos muy abiertos. Adrian retrocedió, pasándose las manos por la cabeza con gesto nervioso, antes de volver a acercarse a ellos. Imitó el gesto de Nathan, alargando su mano hacia la luz exterior.

—ESO... Eso es diferente. Sí, pulsé un maldito botón y en el camino, dejé a tu novia en coma. Sí, si hubiera estado yo en ese avión en la Segunda Guerra Mundial, habría lanzado esa bomba porque era lo correcto en ese momento, lo que evitó millones de muertes posteriores. Pero nunca participaría en una selección de nuestra raza como... como si fuéramos un

maldito grupo de nazis eliminando gente en un campo de concentración. Y no es solo porque mi padre fuera uno de ellos, si es lo que estás pensando. Todos tenemos una línea que no cruzaríamos... y esa es la mía. —Cogió aire—. ¿Podemos dejar a un lado mis acciones pasadas y centrarnos en el presente, en lo que está ocurriendo?

Los dos amigos intercambiaron una mirada. Faraday asintió ligeramente. Nathan cerró los ojos por unos segundos para tranquilizarse y asimilar lo que el cabo les había dicho. Apartó el tema de Emma a un lado por el momento, sabía que no avanzarían de otra manera, y por fin lo miró con gesto serio.

—De acuerdo —consintió—. ¿Qué más sabéis?

Adrian respiró aliviado al ver que parecían dispuestos a escuchar. Hizo un gesto a Johns y el resto para que siguieran avanzando y le indicó a Nathan que caminaran mientras hablaba.

—No mucho más —contestó, al poco—. Solo están evacuando a los más fuertes, los más jóvenes... No tenemos muy claro qué hay de verdad en toda esa historia de Anticosti, para eso hemos hecho varias incursiones intentando encontrar información, pero no hemos tenido suerte hasta el momento. Aunque, visto lo visto, comprenderás que no nos fiamos de que sea ese paraíso que nos han vendido.

—Rachel está de camino hacia allí. Habría que avisar a Hunter y...

—No, no. —Le cogió de un brazo para que le mirara—. No podemos arriesgarnos. Nadie sabe lo que estamos haciendo, en los listados todos nosotros aparecemos en barcos diferentes camino a Anticosti.

—Pero, no lo entiendo. —Movi6 la cabeza—. ¿Qué esperáis lograr? Cuando averigüéis lo que... —Entonces comprendió—. La periodista.

—Eso es. Cassie está encargándose de recopilar toda la información, de verificar las pruebas que encontremos. Cuando sepamos toda la verdad, la daremos a conocer al mundo.

—¿Cómo tenéis pensado hacerlo? Y ¿qué mundo? —Recordaba lo que el jefe de Estado les había contado, pero ya no tenía claro que fuera cierto—. ¿Qué sabéis del exterior?

—El virus se ha contenido en EEUU y Canadá, en la frontera con México hay destacamentos de la OTAN, de diversos ejércitos de Sudamérica... De momento están evitando que se expanda.

Nathan sonrió con amargura.

—Eso si la mutación no está en el aire —replicó—, y no sabemos si afecta a las personas, ¿verdad? Ni si ha actuado sobre los infectados.

—Por ahora, solo se han registrado picores en la piel y enrojecimiento, nada más. No sabemos nada con relación a los infectados. Y lo del aire... Suponemos que sí, que sigue latente o no tomarían precauciones, ¿no crees?

—A saber. A veces los protocolos de seguridad se extienden en el tiempo innecesariamente. Necesitamos un medidor de partículas.

—No sé si habrá.

—Tienen que tener alguno en los laboratorios. Con eso sabremos si podemos respirar fuera.

—Es complicado, pero podemos intentarlo. Tenemos planeado entrar en un par de días, hemos oído que hay reunión de altos cargos y, cuando eso pasa, concentran la seguridad en ellos así que debería ser más fácil entrar y buscar información.

Nathan afirmó con la cabeza, sin poder evitar preguntarse si entrarían cerca de la zona acondicionada como hospital. Si iba con ellos, quizá podría escabullirse para ver a Emma y...

—Si me describes ese aparato que dices, no es necesario que vengas — dijo Adrian.

Nathan frunció el ceño y lo miró, preguntándose si se habría imaginado lo que estaba pensando.

—¿Y si quiero ir? —preguntó.

Adrian sopesó la pregunta. Él no tenía ni idea de qué aspecto tenía un medidor de partículas, pero Nathan no era un soldado: no confiaba en que supiera moverse sin delatar su presencia... ni que no intentara ir a ver su novia.

—Como quieras. —Concedió, para añadir a continuación: —Pero iremos a los laboratorios y a unos despachos en la quinta planta. No más allá.

Nathan asintió, comprendiendo. Le estaba dejando claro que no se iban a acercar ni remotamente a la planta donde se encontraba Emma. Miró a Faraday, que parecía furioso, por lo que dedujo que pensaba lo mismo y le hizo un gesto para que se tranquilizara. Hablaría con él más tarde.

Llegaron hasta la estación donde tenían su escondite. Cassie los estaba esperando para hablar con Nathan, pero al ver su expresión miró a Adrian, que negó con la cabeza, y decidió dejarlo para otro momento. La primera vez que había visto la zanja llena de cuerpos y comprendido su significado, no había dormido en varios días. De hecho, a veces aún tenía pesadillas al respecto. Se acercó a Adrian pero, antes de que pudiera tocarle, Maddy se interpuso con una mirada de desagrado que no pasó desapercibida a la chica.

—Adrian, ¿vamos a repasar el plan para la próxima incursión? —preguntó la soldado.

—Sí, claro.

Tenía la mirada perdida, por lo que Cassie interpretó que estaba pensando en su padre. Sabía que él y la soldado Johns eran amigos desde hacía años, pero no terminaba de entender la animadversión que ella le profesaba. Y menos que no se diera cuenta de que, en aquel momento, él no estaba pensando en incursiones ni nada parecido. Se recordó que no debería importarle, ambos habían acordado que su relación era simplemente física, pero se había dado cuenta de que Adrian le importaba. Y mucho.

Adrian comenzó a caminar tras Maddy con la vista en el suelo y, al pasar junto a Cassie, esta le rozó el brazo. No estaba segura de que él quisiera que mostrara ningún tipo de afecto en público, por eso se sorprendió cuando él alargó la mano y le apretó los dedos un par de segundos, mientras vocalizaba un «estoy bien» sin emitir ningún sonido.

Nathan se metió en el improvisado laboratorio, con un Faraday más serio y callado que de costumbre a su lado. El virólogo miró a su alrededor, los tubos de sangre, las muestras que había estudiado, los animales diseccionados... pero sin verlo en realidad. Con todo lo que habían pasado, creía que ya había visto lo mejor y lo peor del ser humano, pero estaba claro que no era así. Ya dudaba de todo: del mensaje del presidente, del plan en Anticosti, de las evacuaciones... No sabía qué creer. Temía por Rachel, sola en un barco camino de una isla desconocida; por Hunter, que no sabía que su novia se había quedado sola y, estaba seguro, protegería a Emma con su vida si fuera necesario. Su instinto le decía que, después de todo lo que Adrian le había dicho y mostrado, podía confiar en él. Pero la experiencia le había mostrado que la gente no siempre era lo que parecía. Así que no bajaría la guardia.

Faraday le apretó un hombro y Nathan elevó la vista hacia él.

—Hay más demonios en el infierno —sentenció.

Nathan no contestó nada. Él también lo tenía claro.

Dos días después, Adrian fue a buscar a Nathan al despacho donde estaba reunido con Cassie. Ya se habían juntado un par de veces, durante las cuales ella había hecho multitud de preguntas para conseguir toda la información que creía necesitar.

Nathan estaba revisando sus notas, por si faltaba algo o lo había interpretado de forma diferente a la realidad, pero de momento no tenía ninguna objeción a lo que ella tenía apuntado.

Al verle entrar, ambos dejaron lo que estaban haciendo.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Nathan.

—Sí, nos estamos preparando.

—¿Seguimos luego, Cassie?

—Por mí, sin problema —contestó la joven, comenzando a recoger los papeles.

—Te avisaré cuando volvamos —dijo Adrian, ya en la puerta—. Para que sepas si hemos encontrado algo interesante.

Su mirada decía más cosas, por lo que Cassie apartó la suya al notar que enrojecía un poco. No quería que ninguno de los dos lo viera.

—Sí, claro —contestó, con un encogimiento de hombros para parecer indiferente.

Adrian cerró la puerta tras ellos y alcanzó a Nathan, que ya estaba andando por el pasillo.

—Hemos decidido ir separados, será más rápido y sencillo —explicó—. Tú y yo a los laboratorios; Johns, Gruber, Mikkelson y Jonah se repartirán los despachos.

—¿Y Faraday?

—No he hablado con él, supuse que se quedaría aquí.

Nathan sonrió con ironía.

—Supones mal.

Adrian frunció el ceño, pero cuando llegaron a los vestuarios supo a qué se refería: Faraday ya estaba allí con el resto, pertrechado para salir y esperando.

—Pero si nadie le ha avisado... —murmuró Adrian—. ¿Cómo...?

—Donde voy yo, va él, ya te lo dije —explicó Nathan, dándole una palmada en un brazo—. Cuanto antes lo asumas, mejor.

Se acercó a su guardaespaldas particular para coger el equipo que este le tendía y se preparó para la salida. Seguía sin sentirse cómodo con el kevlar y aquellas pesadas botas pero, desde el día de las ratas, desde luego no era algo de lo que pensara prescindir.

No cogieron mascarillas, ya que el complejo de túneles los llevaba hasta el subsuelo de la ONU y, por lo tanto, no iban a necesitar salir al exterior.

Una vez en su destino, se dividieron tal y como Adrian había planeado: Faraday y Nathan lo siguieron a través de pasillos y puertas imitando en lo

posible sus movimientos para no hacer ruido ni llamar la atención. La mayoría del personal ya había sido evacuado, así que era más sencillo moverse. Además, apenas había seguridad en el interior, ya que lo que les preocupaba era el exterior: evitar que algo o alguien entrara era la prioridad, no al contrario.

La puerta de los laboratorios estaba cerrada, pero Adrian la forzó sin mucho esfuerzo y consiguieron entrar. Le pasó una linterna a Nathan y él encendió otra, para no tener que dar las luces generales. Faraday se quedó en la puerta, vigilando el pasillo.

—¿Cómo es un medidor de partículas? —preguntó el cabo, alumbrando un armario de cristal con varios aparatos en el interior.

—¿Has visto alguna vez un medidor de radiación? —Abrió un mueble, lo inspeccionó y volvió a cerrar—. Es parecido, pero más pequeño. Busca algo en lo que ponga «fluke», suelen ser de esa marca.

A Adrian aquello le sonaba a chino, no había visto ningún medidor de ningún tipo en su vida, pero siguió buscando. De vez en cuando comprobaba la hora, no fueran a pasar demasiado tiempo allí, ya que debían encontrarse con el resto.

De pronto oyó una exclamación y se giró hacia Nathan, que sostenía triunfante un aparato entre las manos.

—¡Lo tengo! —exclamó. Bajó la voz al instante—. Lo tengo, parece que funciona.

—¿Y detectará el antivirus?

—Es programable, no hay problema. Podemos irnos.

—De acuerdo. —Echó un vistazo a su reloj—. Tenemos media hora hasta reunirnos con el resto y no hay más de cinco minutos hasta el punto de encuentro. ¿Necesitas más cosas?

—He visto un armario con informes de experimentos, no estaría de más comprobarlos.

Adrian guardó el aparato en su mochila mientras Nathan revisaba los archivos con rapidez. No sabía qué buscaba exactamente, pero mientras él había estado en los laboratorios no había visto ningún experimento con individuos como los que allí se describían. Quizá fueran anteriores a su llegada, pero necesitaba comprobarlos. Cogió unos cuantos y se los llevó a Adrian para que los guardara.

Mientras el cabo apoyaba la mochila en una mesa para abrirla, Nathan miró a Faraday, que afirmó con la cabeza. El hombretón dio un par de toques

en el hombro a Adrian, que se giró con expresión interrogante.

—¿Qué...?

Faraday le dio un puñetazo que le hizo tambalearse hacia atrás. Antes de caer, recibió otro que le hizo perder el conocimiento.

Nathan ya estaba saliendo por la puerta, reprimiendo una sonrisa ante la expresión de satisfacción de su amigo. Ya en el pasillo, tuvo que dar un par de vueltas antes de encontrar las escaleras y subir hacia la planta del hospital. Cuando llegó estaba sin aliento y tuvo que parar un par de minutos para recuperar aire.

Se asomó con cuidado a la puerta que daba a la planta y, tras comprobar que no había nadie, se arriesgó a salir. Entendía la reticencia de Adrian, pero no podía estar en el mismo edificio que Emma y no intentar verla, ni avisar a Hunter de lo que estaba ocurriendo. Tenía derecho a saber que Rachel estaba sola en ese barco.

Pero cuando llegó a la habitación de Emma y abrió la puerta, sus hombros se hundieron al mirar al interior: estaba vacía.

Durante unos segundos se quedó sin saber qué hacer. Sabían que no había salido el último barco, así que tenía que estar por allí. De pronto oyó voces por el pasillo, así que entró y cerró, esperando que no le hubieran visto.

Cuando comprobó que ya habían pasado de largo, decidió registrar la habitación, pero no había nada que le indicara dónde estaba Emma.

Se asomó de nuevo con cuidado. Comprobó que no había nadie y corrió a una mesa que había en la entrada, donde recordaba haber visto una enfermera cuando había visitado a su novia. Abrió un cajón y encontró varios archivos ordenados alfabéticamente. Los pasó con velocidad, hasta encontrar el de Emma. Lo sacó y ojeó veloz, encontrando una anotación: «Traslado planta evacuación».

Lo guardó con un gesto de enfado. A saber qué planta era aquella, no tenía ni idea y no podía seguir dando vueltas por el edificio. Frustrado, regresó a los laboratorios.

Al entrar se encontró a Faraday de pie, con una sonrisa de oreja a oreja, mientras que Adrian estaba sentado con los brazos cruzados y gesto hosco. Uno de sus ojos empezaba a mostrar signos de amoratamiento e hinchazón.

—¿La has visto? —preguntó Faraday.

—No, no estaba allí —contestó Nathan. La expresión de su amigo cambió a una de tristeza—. Siento esto, Adrian, pero no me dejaste opción.

—Pensaba que estábamos llegando a algún tipo de acuerdo, pero ya veo

que es imposible confiar en ti. ¿Podemos irnos o tenéis algún otro plan paralelo del que no os habéis dignado hacerme partícipe?

—No, podemos irnos.

Adrian se levantó, recogió su mochila y salió furioso, sin esperar a ver si le seguían.

Ya en el punto de encuentro, no tuvieron que esperar mucho al resto, que apareció a los pocos minutos. Adrian elevó las cejas interrogativamente. Mikkelson y Jonah negaron con la cabeza, mientras que Johns señaló la mochila de Gruber con la cabeza.

—Tenemos registros de barcos y unos mapas de Anticosti con unos informes, algo habrá dentro. ¿Y vosotros? ¿Estáis bien? ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada, estoy bien. —Hizo un gesto con la mano—. Vámonos.

Regresaron a su escondite por donde habían venido, sin tener ningún encuentro inesperado que delatara su presencia.

Una vez allí, Nathan se metió en su pequeño laboratorio para hacer pruebas con el medidor y revisar los expedientes, mientras Adrian y Johns se ocupaban de estudiar la documentación que habían recogido entre todos.

—¿No vas a contarme qué ha pasado? —preguntó Maddy.

—Un desencuentro con Faraday. Nada importante.

—Ya —no parecía muy convencida, pero decidió dejar el tema al ver que Adrian no tenía intención de contarle nada—. ¿Y no vas a avisar a la periodista de las narices?

Adrian elevó una ceja ante el tono.

—¿Tienes algún problema con Cassie que yo no sepa? —preguntó.

—¿Aparte de que te la estés tirando?

—¿Qué tiene que ver eso con nada?

—Esto es serio, Adrian. Tú me convenciste de venir. No puedo creer que pierdas la visión de nuestra meta por una niñata que...

—Para. —Levantó una mano con gesto serio—. Maddy, lo que yo haga con mi vida privada no es asunto tuyo.

—Lo es si afecta a...

—No afecta a nada, y lo sabes. Dime un ejemplo en el que consideres que no tengo toda mi atención puesta en esto, uno solo, y no volveré a acostarme con ella. —La soldado permaneció en silencio—. Perfecto. Pues deja de actuar como una cría y empieza a leer.

Y bajó la vista a su montón de papeles, ignorándola. Maddy resopló con

fastidio, pero lo imitó al verse sin excusas.

Para su desgracia, unos minutos después llamaron a la puerta y el origen de su malestar asomó la cabeza.

—Gruber me ha dicho que estabais aquí —dijo Cassie, fijando su atención en los papeles sobre la mesa—. ¿Tenéis algo?

—Aún no lo sabemos, estamos en ello —contestó Adrian, más brusco de lo que pretendía por su anterior conversación con Maddy—. Hablaremos luego.

—¿Qué te ha pasado en el ojo?

—Nada.

Cassie pensó en insistir, pero Adrian parecía molesto y cuando estaba así sabía que no era nada receptivo. Maddy también la miraba con animosidad, así que cerró la puerta sin despedirse y se fue a buscar a Nathan. Seguro que el virólogo se mostraría más comunicativo.

No se equivocó en su apreciación: Nathan le contó lo que habían encontrado e incluso le dejó mirar los expedientes mientras él manipulaba el medidor de partículas.

Cassie se sentó sin saber por cuál empezar, así que escogió uno al azar. Había muchos datos técnicos, palabras de compuestos que no sabía lo que eran o que no comprendía, pero sí que entendió la descripción del experimento en cuestión. Tragó saliva y miró a Nathan, que estaba concentrado en el aparato de medición.

—¿Nathan? —preguntó.

—Espera, casi tengo...

—Nathan, tienes que ver esto.

Él dejó el aparato, alertado por su tono. Se aproximó a la periodista y cogió el expediente, leyendo el párrafo que ella le señalaba. Frunció el ceño y pasó las hojas hasta el principio para encontrar más detalles, como la fecha exacta. Por fin la miró.

—Vamos a hablar con Adrian —dijo—. Ahora.

Y salió del laboratorio sin esperar a que ella le siguiera. Faraday regresaba de la cocina con un café para Nathan y al verlos tan agitados lo dejó sobre una silla que había por el camino para ir tras ellos.

Nathan entró sin llamar en el despacho, sobresaltando a Adrian y Maddy, que leían concentrados. Se acercó en dos zancadas y le puso el expediente delante.

—Lee esto —instó.

Adrian obedeció, pero tuvo que hacerlo dos veces para poder creer lo que allí ponía.

—Pero... —empezó.

—Mira la fecha. —La señaló—. Hace tres semanas. Y esto —señaló otra línea—, es el nombre de un barco, si no me equivoco.

—Tendríamos que comprobarlo, pero...

—Tenemos que ir a esa isla, cabo Scott.

Él se pasó la mano por la cara, pensando con velocidad, pero acabó negando con la cabeza.

—Solo queda un barco aquí, no podemos colarnos, nos conocen —explicó—. Y no hay forma de ir a ningún otro puerto, es muy arriesgado.

—¿Y si el aire estuviera bien?

—¿Lo has comprobado?

—No, aún no —admitió, a regañadientes—. Acabo de configurar el medidor.

Adrian intercambió una mirada con Maddy, que negaba con la cabeza.

—Imposible —replicó ella—. ¿Cómo iríamos? Además, ¿a qué puerto? No sabemos cuántos barcos quedan. Es muy complicado, es mejor que nos quedemos aquí y una vez que hayan evacuado, hacemos con el lugar y enviar una señal a todo el mundo con lo que sabemos.

—Pero lo que hay aquí no se puede ignorar —insistió Nathan—. Hay que averiguar más, si en la isla...

—Es imposible, Nathan, Maddy tiene razón —dijo Adrian.

Nathan se dio la vuelta y salió, con Faraday a sus talones. Cassie se quedó con el pomo de la puerta en la mano, mirando a Adrian.

—Creo que es el doctor quien tiene razón —opinó.

—Las decisiones militares las tomamos nosotros —interrumpió Maddy—, no los civiles.

Cassie esperó unos segundos por si Adrian decía algo pero, como no fue así, salió pegando un portazo. Corrió hacia el laboratorio, pero Nathan no estaba allí, ni tampoco Faraday. Al mirar con más atención, se dio cuenta de que tampoco estaba el medidor de partículas.

Se dirigió hacia los vestuarios, a tiempo de ver salir a Faraday y a Nathan preparados con uniformes y mascarillas.

—Os acompaño —dijo, sin aliento.

—Tendrías que ponerte un traje y... —empezó Nathan.

—Seré rápida.

Se metió dentro para buscar con rapidez ropa de su talla, recogió una mascarilla y se unió a ellos. El único que llevaba armas de fuego era Faraday. Nathan tenía las manos ocupadas con el medidor y Cassie no había usado una nunca... Así que solo tenían los cuchillos que iban con los uniformes.

Tanto Nathan como Faraday estaban aún algo confusos con los túneles y al final agradecieron que Cassie se hubiera unido, ya que ella sí los conocía.

Llegaron a una boca de metro y Faraday salió primero para comprobar que no había peligro. Tras asegurarse, les hizo gestos para unirse a él.

Una vez en el exterior, Nathan encendió el medidor y comenzó a manipularlo ante las miradas atentas de Faraday y Cassie, que apenas respiraban preguntándose qué significaban aquellos pitidos y números, si sería buena o mala señal.

Nathan dio varias vueltas para, al cabo de unos minutos, quitarse la mascarilla e inspirar profundamente.

—El aire está limpio —aseguró.

Faraday se libró de inmediato de su mascarilla. Cassie titubeó unos segundos y acabó haciendo lo mismo.

Nathan sacó una botella de plástico vacía y se acercó a una fuente para llenarla.

—Voy a comprobar si también el agua es segura —dijo—. Y entonces sabremos que podemos ir a cualquier parte sin problema.

—Pero Anticosti es una isla —intervino Faraday—. Necesitaremos un barco o un avión...

—Yo me encargo de eso —dijo Cassie. Ambos la miraron—. No os preocupéis, me las apañaré.

Adrian miró el reloj. Llevaba cinco minutos esperando a Cassie donde solían tener sus encuentros nocturnos furtivos, pero empezaba a sospechar que se había enfadado tras lo ocurrido aquella tarde y no pensaba aparecer. Se dio cuenta de que le molestaba más de lo que quería admitir, pero no quería detenerse a analizarlo. Pensó que sería mejor así: si ella lo daba por finalizado, se acabaría el tema. No quería que acabara convirtiéndose en un problema, como muy bien se ocupaba Maddy de recordarle.

Estaba a punto de irse cuando ella entró. Hizo ademán de acercarse, hasta que vio que traía unos papeles en la mano. Y entonces se dio cuenta de más detalles: su ropa de color negro, su respiración agitada... Frunció el ceño, esperando que no fuera lo que sospechaba.

—¿De dónde vienes? —preguntó, directamente.

—Mira lo que he conseguido.

Le tendió los papeles. Adrian los cogió mosqueado, enfadándose al ver que era peor de lo que había imaginado. Pensaba que se habría colado en el despacho, que quizá había discutido con Maddy... pero aquellos papeles no estaban entre los que habían recopilado ellos, él lo sabría puesto que los conocía todos.

Por un momento deseó estrangularla por haberse arriesgado así, tanto a ella como a los demás, pero apretó los dientes para reprimirse.

—Cassie, no puedes salir de aquí y meterte en la ONU como si tal cosa —replicó, a punto de ponerse a gritar—. ¡Nos has puesto en peligro!

—¡No me ha visto nadie! Y aunque no lo creas, soy tan capaz como tu querida Maddy de valerme por mí misma.

—¿Esto es por lo que te dijo esta tarde? ¿Una niñería para demostrar qué?

—Cuando quieres, eres un imbécil. —Dio un manotazo a los papeles, acercándoselos a la cara—. Me importa muy poco lo que esa soldado de pacotilla piense. Lee eso. Es un listado de barcos, puertos y fechas.

Adrian parpadeó.

—¿Qué?

—¡Míralos! —Le sacudió el brazo—. Sale un barco de Boston dentro de tres semanas, podemos meternos en ese. No nos conocen, con falsificar unos pases...

—¿Y cómo demonios piensas que vamos a ir hasta Boston? ¡El aire está...!

—¡El aire está bien! Si dejaras por un momento de tener ese pensamiento de visión túnel tan propio del ejército y miraras a tu alrededor, al resto de opciones, verías que hay otras formas de hacer las cosas. Por mucho que provengan de una mente «civil» —hizo el gesto de entrecomillar con los dedos, sin poder reprimirse—, no significa que las ideas sean malas. Nathan está comprobando el agua. No soy una experta, pero tenemos tiempo de sobra para llegar a Boston desde aquí. Podemos robar un Hummer y combustible. O incluso ir andando. Sé que me dirás que hay infectados, que el camino es peligroso... Pero si Nathan y sus amigos llegaron a Atlanta desde Little Falls, y después hasta aquí, ¿no crees que es posible?

Adrian miró las hojas, resignado. No podía sino admitir que tenía razón. En los papeles que habían encontrado había datos sobre la isla, sobre las construcciones que se iban a realizar y las actividades... pero no era

suficiente, necesitaban pruebas irrefutables. Aun así, ir hasta allí se le antojaba muy complicado, había demasiadas variables en la ecuación para su gusto.

Viendo su cambio de expresión, Cassie se arriesgó a acercarse a él. Le acarició una mejilla, de forma que él la miró.

—Por favor —musitó—, ¿hablarás al menos con Nathan? Dale una oportunidad de explicarse.

Adrian suspiró. Movi6 la cabeza para afirmar de forma vaga, sin comprometerse a nada. Hablaría con Nathan, pero aún les quedaban muchos papeles por revisar. Quizá con lo que allí había tenían suficiente. El expediente que el virólogo le había mostrado rondaba en su cabeza sin cesar, pero aunque era poco menos que inquietante, no tenían pruebas de que no se tratara más que de un caso único. Además, en la ONU se encontraban en terreno conocido: sabían que podrían emitir una señal al mundo, darse a conocer. Ir hasta Anticosti era un riesgo que no estaba seguro de querer asumir. Podían perder todo lo que habían encontrado hasta entonces.

Tenía que pensar, necesitaba aclarar sus ideas. Pero al mirar aquellos ojos castaños, su cuerpo reaccionó de una manera diferente, obligándole a apartar las preocupaciones a un lado. Alargó la mano para coger su nuca con delicadeza, acercando a la chica hacia él.

—¿Lo consultamos con la almohada? —susurró contra sus labios.

A su pesar, Cassie sonrió a medias antes de que la besara. Le encantaban aquellas treguas.

Adrian cogió un café en la cocina y se fue con él en la mano hacia el laboratorio. Esperaba que Nathan aceptara aquello como una ofrenda de paz y pudieran hablar con calma, sin acabar discutiendo como solían hacer.

El virólogo había ido a acostarse muy tarde y se había levantado temprano para encerrarse con sus pruebas, mientras el omnipresente Faraday se quedaba de pie junto a la puerta como una estatua, vigilante. Lo miró de arriba abajo con desconfianza.

Adrian decidió probar con la amabilidad, visto el cariño que el hombretón parecía profesarle.

—Buenos días, Faraday —saludó—. ¿Crees que podría pasar? Le traigo un café a Nathan, me gustaría hablar con él.

—«Porque también tus hermanos y la casa de tu padre, también ellos te han traicionado, también ellos han dado gritos en pos de ti; no les creas

aunque te digan cosas agradables.

» Aun tus hermanos, los de tu propia familia, te han traicionado, y a gritos te insultan a tus espaldas. No confíes en ellos, ni aunque te hablen con buenas palabras.»

Adrian abrió y cerró la boca un par de veces, sin saber qué decir.

—Jeremías, 12:6 —dijo Faraday, con voz firme.

Y abrió la puerta para dejarle pasar. Adrian lo hizo sin quitarle la vista de encima, por si acaso aprovechaba que le daba la espalda para atacarle, pero el gigantón se limitó a mirarlo fijamente hasta que entró y cerró tras él.

Nathan estaba sentado con los expedientes a su alrededor y un cuaderno lleno de notas. El cabo se acercó y le entregó el café, sentándose frente a él. El virólogo lo aceptó y dio un sorbo, recostándose en la silla.

—Veo que has estado ocupado —comentó Adrian.

—Sí.

—Cassie me dijo que analizaste el aire y que es respirable.

—Exacto. Y el agua también es potable. —Señaló hacia una máquina que Adrian no supo identificar—. Creo que, con el tiempo, se ha dispersado hasta hacerse inocuo. Es decir, con la primera oleada infectó a los animales e hizo lo que sea que haga a las personas e infectados. Lo normal en un compuesto aéreo es mezclarse con el agua y regresar a la atmósfera mediante la evaporación, para volver a dispersarse con la lluvia. Y así sucesivamente, hasta dispersarse en cantidades ínfimas.

—Entonces podemos respirar fuera y beber agua sin miedo.

—Eso creo, sí. —Se cruzó de brazos con gesto decidido—. Debemos ir a Anticosti. Es posible, con el aire limpio y...

—¿No hay pruebas suficientes aquí? Ir hasta allí...

—Debemos pararlo. —Señaló sus notas con la cabeza—. Lee.

Adrian cogió el cuaderno, para leer con atención todo lo que Nathan había escrito. Al terminar, no pudo sino afirmar con la cabeza, cansado.

—Los evacuados no saben lo que les espera —suspiró, derrotado.

—No. —Nathan se incorporó—. Y mis amigos están de camino hacia allí. Debo ayudarlos.

—Es demasiado arriesgado. —Se levantó también—. Lo siento, pero no. Esperaremos a que la ONU quede vacía y utilizaremos sus recursos para hablar con el exterior y dar a conocer lo que sabemos. Debería ser suficiente.

Se miraron desafiantes durante unos segundos. Nathan fue el primero en apartar la vista, y retrocedió un par de pasos.

—Creía que habías aprendido de tus errores, pero veo que no. —Se dirigió a la puerta y la abrió—. Te equivocas, Adrian. De nuevo.

Y salió pegando un portazo.

El aludido se sentó, suspirando, y cogió los papeles para volver a dejarlos sobre la mesa con gesto cansado. Quizá Nathan tenía razón, pero su plan era más seguro e inmediato. Ir a aquella isla... Podían pasar muchas cosas por el camino e incluso, una vez allí, no tenían garantías de poder hacer nada. No, era mejor quedarse.

Cassie se vistió en silencio para no despertar a Adrian, que se había quedado dormido tras su encuentro nocturno. Se acercó y le dio un beso con cuidado en la frente, mirándole con una mezcla de ternura y arrepentimiento.

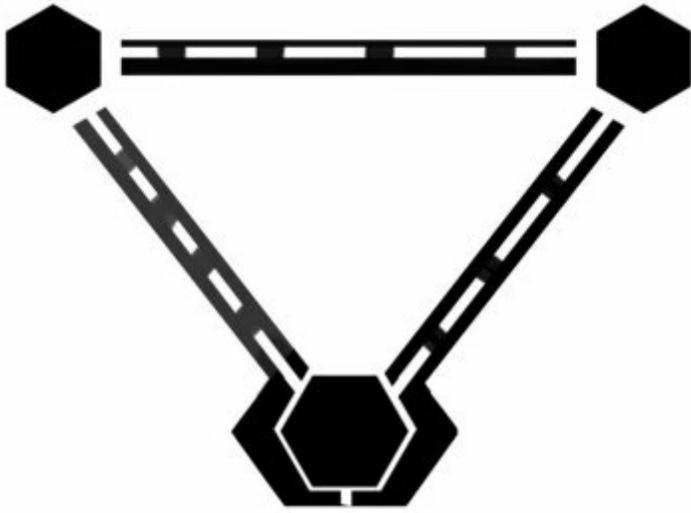
—Lo siento —susurró.

Salió sin hacer ruido, recogió sus cosas en los vestuarios y se dirigió hacia uno de los túneles. Al final del mismo, se encontró con Faraday y Nathan, que la esperaban.

—¿Lista? —preguntó el virólogo.

—Vámonos.

Y salieron al exterior sin mirar atrás.



SEGUNDA
PARTE: ANTICOSTI

Capítulo 1. Orden y tranquilidad

-**A**tención, por favor. Nos acercamos al puerto de Anticosti, preséntense en su zona de evacuación antes de una hora. Procederemos al desembarque según el orden asignado. Gracias.

Rachel cerró su bolsa con ropa y revisó los armarios por si se dejaba algo, aunque tampoco es que tuviera muchas pertenencias. Se echó la bolsa al hombro y se sujetó a la puerta, quedándose quieta unos segundos mientras se le pasaba el mareo. Nunca antes había viajado en barco, pero ya tenía claro que jamás volvería a subir a uno: durante las casi cuatro semanas de trayecto, había pasado más tiempo vomitando o mareada que en posición vertical. En la enfermería le habían dado un par de biodraminas que fueron como una luz en medio de la oscuridad. Pero las medicinas eran un bien escaso y le dijeron que tendría que sobrellevarlo como pudiera hasta terminar el viaje, ya que preferían racionarlas.

Lo único bueno de todo aquello es que se había encontrado tan mal que apenas había podido pensar en lo que había dejado atrás: Hunter, Emma... y en qué habría ocurrido para que Nathan no hubiera subido al barco.

Suspiró reprimiendo una arcada y se dirigió hacia la zona del barco que le habían asignado para la evacuación. Durante el viaje habían hecho un simulacro obligatorio a la semana, así que se sabía de memoria el camino y podría llegar con los ojos cerrados.

Al salir a la cubierta exterior, una ráfaga de aire fresco le golpeó en la cara, aliviándole parte del malestar que sentía. Se quedó unos segundos dejando que la brisa la despeinara, mientras contemplaba cómo una línea de costa poblada de árboles se aproximaba poco a poco.

El día era nublado, pero al menos no llovía y tampoco hacía demasiado

frío, algo de agradecer teniendo en cuenta que la isla estaba muy al norte y ya les habían advertido de que la temperatura media era bastante baja.

Durante el viaje había asistido a un par de charlas denominadas de «Bienvenida e información» que tampoco habían sido demasiado interesantes: apenas unos datos sobre el clima de la isla, su tamaño, orografía y fauna... Sobre el tema de la vivienda, edificios en construcción o sistema de trabajo, no les habían dado más que rasgos generales, con la excusa de que cada uno sería informado al llegar de lo que debía hacer. Con lo cual, Rachel había preferido quedarse en su habitación a descansar y esperar a que se le pasara el mareo en lugar de estar aguantando discursos que no iban a ningún lado.

Escuchó de nuevo el mensaje de aviso por los altavoces, así que apartó la vista de la isla y se dirigió a su zona. Allí se encontró con unos cuantos rostros conocidos de los simulacros y de los turnos del comedor, pero con los que no había llegado a tratar demasiado. Se apoyó en una columna, al notar que el barco empezaba a girar realizando la maniobra de atraque y el suelo se volvía inestable bajo sus pies. Poco después se escucharon un par de golpes mientras el barco se alineaba con el puerto y, por fin, los motores se apagaron.

La persona que dirigía su grupo hablaba por un *walkie talkie* de vez en cuando y al cabo de un rato les hizo gestos para que la siguieran.

—En orden y con tranquilidad, por favor —indicó—. Pasarán lista cuando hayan descendido y les dirán en qué vehículo subir. Gracias.

Su grupo empezó a moverse, así que Rachel se unió a ellos y se dirigieron en fila hacia la salida. Cuando llegaron a la pasarela, vio que había unos cuantos autobuses amarillos, típicos de colegios, que los estaban esperando para transportarlos. Un par de soldados con unas tablillas se encontraban al final de la pasarela y cuando llegó a su altura se identificó a uno de ellos.

El chico comprobó su lista e hizo una marca junto a su nombre y apellidos, repitiéndolo en alto para que su compañero hiciera lo mismo.

Señaló el primer autobús.

—Bienvenida, doctora Portman —dijo, con tono lacónico—. Ese es su transporte, la llevarán a su alojamiento designado. Allí recibirá más instrucciones, gracias.

Rachel estuvo a punto de hacerle más preguntas, pero por la forma en que había hablado dedujo que el soldado no tenía más información o que, de tenerla, tampoco se la iba a proporcionar. Así que siguió al resto de gente

hasta el autobús, sintiéndose como una oveja dentro de un rebaño, lo cual no le gustó en absoluto. Ella no era de las que se dejaban llevar, sino de las que guiaban. Y en aquel momento echó de menos a Hunter, recordando cuando se había unido a su grupo y juntos habían empezado a dirigirlo. Lo echaba de menos, hasta cuando se ponía en plan autoritario. Encima ni siquiera tenía una foto suya, ni nada que le hiciera compañía hasta que llegara. Aquel pensamiento derivó de nuevo en Nathan, en qué le habría ocurrido... y en Emma, su querida amiga, quien también había llegado a su vida en medio de la tragedia y se había convertido en su familia.

Cogió aire y miró por el cristal, intentando distraerse con el paisaje. Vendrían en el siguiente barco, Hunter nunca faltaba a su palabra. Solo tenía que ser paciente.

El autobús había estado esperando en una plataforma que parecía recién construida y comenzó a avanzar por una carretera que unía el puerto con el pueblo de Port-Menier. Rachel se inclinó para mirar por la ventanilla. Se podía ver que las primeras construcciones eran antiguas, probablemente de lo que había sido el pueblo original, porque a lo lejos se distinguían edificaciones nuevas a medio hacer. Incluso se cruzaron con varios camiones con material de construcción. Pasaron junto a uno que estaba prácticamente terminado, en el cual había varios trabajadores colgando unas letras que formaban la palabra «Hospital».

Al menos esperaba que le asignaran pronto su puesto, así estaría ocupada y además, tenía muchas ganas de comenzar. No sería igual que antes de que todo ocurriera, pero quizá ayudara a recuperar un poco la sensación de «normalidad» que también se le antojaba lejana y echaba de menos.

Cierto que ya nada sería como antes, habían ocurrido demasiadas cosas, demasiadas muertes a su alrededor... Pero ella siempre había tenido esperanza en que las cosas podían mejorar, así que aquello podía ser lo que demostrara que tenía razón.

Siguió mirando los edificios, el movimiento de los trabajadores... y del ejército. Había controles cada pocas calles, Hummers con soldados en cada esquina y, ahora que se fijaba, no vio a nadie vestido de civil caminando por las calles. No quiso darle mucha importancia, pensando que probablemente se debiera a que era media tarde y todo el mundo estaría en sus trabajos.

Poco después, el autobús llegó a lo que parecían las afueras del pueblo y se detuvo junto a un edificio de apartamentos de dos plantas. En la parte frontal, tenía la primera letra del abecedario. Cuando se abrieron las puertas y

se bajaron, Rachel comprobó que a lo largo de la calle había más edificios iguales, con diferentes letras asignadas. Y en cada uno de ellos, había soldados custodiando las puertas.

No supo si sentirse agobiada o agradecida por tanta seguridad. Cuando le llegó su turno, el soldado miró su identificación y comprobó su lista.

—Segunda planta, apartamento quince —indicó, entregándole una llave—. Encontrará un dossier en su dormitorio con toda la información que necesita. —Miró por encima de su hombro—. ¡Siguiente!

«Cuánta amabilidad», pensó. Pero estaba demasiado cansada para protestar, así que subió las escaleras interiores que llevaban a la siguiente planta y avanzó por el pasillo hasta encontrar el apartamento. Abrió la puerta y lo primero que notó fue el olor a nuevo, a madera y a pintura recién aplicada... que le provocó una arcada. Corrió a buscar la puerta que daba al cuarto de baño, donde echó la poca comida que le quedaba en el cuerpo. Se quedó un rato sentada en el suelo de azulejo, mientras esperaba que se le pasara el mareo. Estaba claro que necesitaba descansar, después de tanto tiempo con todo moviéndose a su alrededor, su cuerpo aún no se había acostumbrado a estar en tierra firme.

Salió a la habitación y buscó ropa limpia en su bolsa, para después regresar al baño y darse una ducha de agua caliente que le sentó de maravilla. Comprobó que disponía de secador, así que se lavó también el pelo y, ya con él seco y ropa cómoda, se tumbó en la cama con un suspiro. Era más cómoda de lo que había esperado y enseguida notó que se adormecía. Así que se colocó un par de almohadas y cogió el dossier que había en la mesilla, encendiendo la luz ya que, aunque era pronto, comenzaba a anochecer.

En la portada aparecían su nombre y su asignación: dirección hospital. Esto ya era un avance, porque le daba a entender que estaba todo bien organizado y la información sería específica para ella.

En el interior encontró información sobre sus horarios de trabajo, así como de la cantina del propio hospital y de su edificio de apartamentos. Aunque disponía de una pequeña cocina, que supuso estaría tras una puerta que parecía un armario doble, aún no se disponía de muchos supermercados donde abastecerse, por lo que se recomendaba el uso de los lugares comunes.

Asimismo, había información sobre los horarios de los autobuses y sus recorridos, y al final estaba escrito que la esperaban al día siguiente para comenzar su formación.

Comprobó la hora y vio que aún faltaba un rato para poder ir a cenar. Así

que echó un vistazo a la minicocina que, efectivamente, estaba oculta tras las puertas dobles, y abrió la otra puerta, que daba a un armario. Allí encontró varios uniformes blancos de diferentes tallas y abrigos, así como batas y zapatos cómodos, un par de chapas con su nombre y su puesto inscrito en ellas.

Buscó lo que era de su talla y lo apartó para el día siguiente. Comprobó que ya era la hora, cogió la llave y siguió las señales hasta el comedor. No había mucha gente aún, así que cogió comida del *buffet* y se sentó en una esquina junto a una ventana para comer tranquila. Desde allí pudo ver cómo iban llegando más autobuses con gente, tanto a su edificio como a los de alrededor.

Después regresó a su habitación y se puso el pijama. Cuando se tumbó en la cama, se quedó mirando un objeto que había pasado por alto, por lo inútil que había sido en los últimos tiempos. Colgada en la pared frente a ella, había una televisión. Pensó que quizá tenían programas pregrabados, como en el barco, y buscó en los cajones hasta encontrar un mando en uno de ellos. La encendió y casi se cayó de la cama al ver la imagen.

BBC. El canal de televisión.

Pulsó los botones, cambiando. Había varios canales disponibles, todos de la televisión británica, lo cual estuvo a punto de causarle una taquicardia de la emoción. En todos había varias series, así que volvió al principio, a la BBC 1... y de nuevo se quedó boquiabierto. Porque quien estaba en pantalla, sonriente junto al Presidente de los Estados Unidos, no era ni más ni menos que J.J.

Y bajo ellos, un gran titular: «Estrella de la música salva al mundo. Jared Jacobs: inmune, vacuna encontrada gracias a él».

Subió el volumen, pensando por un momento que estaba viendo visiones. Pero no, eran las noticias y, por lo que pudo entender, J.J. estaba de gira por Europa con el Presidente, hablando sobre el plan de Anticosti y siendo la imagen del país. Al menos no iba solo: a su lado distinguió a Erik en un par de imágenes y no pudo evitar sonreír al pensar en todos ellos. Estaban vivos y en buen estado. O al menos J.J. seguía en el mismo estado en el que siempre se había encontrado. Se quedó dormida con el mando en la mano y una sonrisa de esperanza en los labios.

Rachel despertó bruscamente al oír un sonido que tardó en identificar, hasta darse cuenta de que era un teléfono. Se dio la vuelta en la cama, confusa, hasta localizarlo sobre una de las mesitas. Recordó haberlo visto la

noche anterior, pero no le había hecho mucho caso, distraída con la televisión... que seguía encendida. La apagó y descolgó frotándose los ojos.

—¿Sí? —preguntó.

—Doctora Portman, le informamos de que son las siete de la mañana —le dijo una voz femenina—. Tiene una hora hasta que llegue su autobús. Gracias y buenos días.

Y colgaron. Rachel se quedó mirando el auricular unos segundos y lo acabó dejando con un suspiro cansado. ¿No quería volver a la normalidad? Pues madrugar era una de las desventajas de trabajar, pensó fastidiada.

Se dio una ducha para despejarse y se vistió con el uniforme que había apartado el día anterior. Bajó a desayunar y, ya con el estómago lleno y un café bien cargado, se sintió mucho mejor. Subió a coger un abrigo, se lo abrochó bien y salió a esperar al autobús. Allí se encontró con un par de chicas más que la saludaron dando saltitos para entrar en calor. Poco después llegó el autobús, puntual, y se subieron.

Tras unas cuantas paradas para recoger a más gente, el autobús recorrió el trayecto hasta el hospital y allí descendieron todos los pasajeros.

Rachel siguió al resto al interior y, una vez allí, acudió a una ventanilla que tenía el cartel de «Información» para mostrar su identificación. La chica que estaba al otro lado le sonrió con amabilidad.

—Bienvenida a Port-Menier, doctora Portman. —Le entregó un par de papeles—. Siga la línea azul para que le realicen un chequeo médico, es obligatorio para todos los recién llegados, aquí tiene los consentimientos que debe firmar. Después vaya a la cuarta planta, el doctor Sanders la está esperando, será su supervisor.

Le entregó un bolígrafo, esperando que firmara. Rachel leyó los papeles por encima, pero no vio nada extraño: solo informaban de que le realizarían un examen básico completo. Los firmó y se los devolvió a la chica, que le dio un recibo y se despidió.

Rachel siguió la línea hasta llegar a la zona de laboratorios. Allí la recibió una enfermera, que se encargó de sacarle sangre, medirla y pesarla, además de tomarle la temperatura y pedirle una muestra de orina. Después le hicieron completar un test de preguntas sobre su salud: qué enfermedades había tenido, qué vacunas había recibido, alergias... Cumplimentó todo, aunque se quedó indecisa en el apartado de comentarios. ¿Debía poner lo que le había ocurrido con el virus? ¿O ya lo sabrían?

La enfermera se acercó y recogió las hojas, mirándolas por encima.

—Creo que está todo —comentó Rachel.

—Mmmmm... Sí, bueno, no es necesario que añada nada sobre el antivirus, nos han enviado toda la información desde Nueva York. Gracias, eso es todo. Puede irse.

A Rachel no le gustó saber que tenían algún tipo de informe sobre ella que no había visto, pero tampoco le extrañaba del todo, visto cómo funcionaban las cosas últimamente. Seguro que tenían informes de todos los que habían sido trasladados a la isla.

—Le entregaremos los resultados mañana —siguió la enfermera, con una sonrisa profesional—. Gracias por su colaboración.

Rachel se despidió y cuando salió vio una señal de ascensor, otro lujo que no había utilizado en meses... Así que se subió y pulsó el botón del cuarto piso, casi esperando que no funcionara. Pero las puertas se cerraron con suavidad y, poco después, se encontraba en su destino. En aquella planta parecía que solo había despachos y enseguida encontró el que tenía en la puerta el nombre del doctor Sanders. Llamó con los nudillos y entró cuando una voz masculina le respondió desde el interior.

Cuando pasó, el hombre que estaba en el despacho se levantó sonriendo con amabilidad y se acercó a ella extendiendo la mano.

—Buenos días —saludó—. Usted debe de ser la doctora Portman, la estaba esperando.

Rachel se había quedado aturdida mirándole. No sabía qué era, si el acento de Louisiana, el pelo cano o la barba recortada, pero el recuerdo de su padre la sacudió de inmediato. Se había obligado a no pensar en él desde el momento en que se vio inmersa en todo el caos. Su madre los había abandonado cuando ella era un bebé, así que no la recordaba, y él la había criado. Su padre volaba de vuelta a su casa después de haberla visitado en el momento en que se produjo el pulso electromagnético, así que estaba segura de que su avión se había estrellado. Hunter le había preguntado una vez por su familia y ella se lo había contado pero, igual que a él, no era un tema del que le gustara hablar, así que lo había apartado a un lado de su mente.

—¿Se encuentra bien?

Rachel parpadeó y sonrió estrechando su mano.

—Sí, perdone —contestó—. Encantada de conocerle, doctor Sanders.

—Puede llamarme Robert.

—En ese caso, soy Rachel.

—Rachel. Qué bonito, mi hija... —Movió la cabeza—. En fin, siempre

decía que si tenía una niña la llamaría así. Pero siéntate, por favor.

Rachel obedeció, sin preguntarle nada. Ya imaginaba el tipo de respuesta que le daría, al haber hablado en pasado. Y dadas las circunstancias, lo extraño sería encontrarse a una persona que no hubiera perdido a alguien cercano.

Robert ocupó su asiento al otro lado de la mesa y le entregó varios papeles.

—Como verás, aún quedan un par de alas del hospital por completar. Ahora mismo yo soy el director en funciones y la idea es que compartamos esa responsabilidad. Me han dicho que dirigías un hospital.

—Sí, antes de que todo ocurriera, efectivamente.

—De momento te puedo enseñar todo lo que hay y después nos podemos dividir por departamentos, ¿te parece bien?

—Sí, claro. —Eché un vistazo a las hojas—. ¿Podríamos hacer un recorrido? Está bien tener un plano, pero prefiero ver las cosas.

—Por supuesto. Pero antes... —Sacó un aparato cuadrado de un cajón y se lo entregó—. Su busca.

Rachel lo cogió como si fuera una joya de incalculable valor. De nuevo tuvo aquella sensación de estar en un universo paralelo, después de tanto tiempo sin ese tipo de cosas. Pulsó los botones un par de veces, comprobando que se encendía y se apagaba con normalidad, y se lo guardó en el bolsillo avergonzada al ver cómo la miraba el doctor, como si fuera una niña con un juguete.

—Perdón —se disculpó ella—. Es que hace tanto tiempo que... en fin.

—Sí, nos ha ocurrido a todos. Ya te acostumbrarás. —Se incorporó—. ¿Vamos?

Rachel se levantó también y salieron del despacho. Llevaba el plano en la mano, para poder guiarse mejor. Robert la llevó hasta la primera planta para empezar con el recorrido desde allí. En esa zona se encontraban el mostrador de información, el laboratorio de análisis, la sala de urgencias y un par de consultas de medicina general.

En la primera planta estaban todas las demás consultas de especialidades, así como un par de salas para rayos X. Robert le explicó que estaban esperando un escáner que debía llegar en los próximos días. Todos los aparatos estaban siendo donados por hospitales de otros países y, poco a poco, estaban consiguiendo convertir el lugar en un hospital totalmente funcional.

La segunda era para los quirófanos y la habitaciones de los enfermos, y la siguiente era, tal y como ella había supuesto, para despachos y oficinas.

La última aún estaba sin terminar. Robert le dijo que irían más habitaciones y la zona de maternidad, que se había dejado para el final puesto que aún no tenían embarazadas ni bebés en la isla.

—Ya solo queda el sótano —le dijo, mientras volvían al ascensor—. Ahí tenemos una zona de cuarentena.

—¿Cuarentena?

Rachel se tensó al momento. ¿No se suponía que en la isla no había ni rastro del virus?

—Sí, para la gente que llega y tiene alguna enfermedad. Nada grave —se apresuró a decir, al ver su cara de aprensión—. Catarros, gripes, gastroenteritis... cosas así. Les tenemos hasta que se curan y luego cada uno se va a su destino sin problemas. Así evitamos contagios: aunque sean cosas sin importancia, aún andamos escasos de medicinas y material, es mejor prevenir.

—Claro.

Salieron del ascensor y Robert la miró como si quisiera decir algo pero no se decidiera. Rachel se dio cuenta y se paró a su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Verás... Me dijeron que tú... Bueno, eres la primera persona que fue infectada y se curó, ¿es cierto?

Rachel afirmó, no tenía sentido mentir.

—Pero lo que usaron conmigo no es lo que luego lanzaron, si es lo que ibas a preguntarme —añadió—. Ocurrieron muchas cosas y... En fin, Nathan fue quien lo hizo, no yo.

—Sí, he oído hablar de él. ¿No se suponía que venía contigo?

—Sí, se suponía. —Empezaba a ponerse nerviosa con tanta pregunta, así que señaló las puertas que les separaban de la zona de cuarentena—. ¿Entramos?

—Sí, claro.

Empujó las puertas y llegaron a una zona donde había una mesa con una enfermera, junto a otra puerta custodiada por un par de soldados.

La chica apartó la vista de su ordenador portátil y los miró extrañada.

—Doctor Sanders —saludó—. No me han avisado de que venía.

—Traigo a la doctora Portman conmigo, es la nueva adjunta a la dirección. ¿Crees que podríamos pasar para que viera el interior?

—Claro, no hay ningún problema. —Les pasó una hoja—. Firmen el registro, por favor.

Robert rellenoó las casillas con los nombres y apellidos de ambos y firmoó, pasándole el bolígrafo a Rachel para que lo hiciera también. Después le devolvió todo a la chica.

—¿Quiere un listado? —ofreció ella—. Tenemos alguna persona nueva.

—Eso estaría bien, sí.

La chica se volvió hacia el ordenador y tecleó. Poco después salió una hoja de la impresora, mientras Rachel observaba todo el proceso, sacudiendo la cabeza al terminar. Tenía que dejar de hacer eso, debía de parecer tonta mirando los aparatos eléctricos de aquella manera.

Robert leyó la hoja y se la tendió a Rachel.

—¿Ves a lo que me refiero? Ayer llegó un grupo nuevo y hay una chica que parece que tiene neumonía. Así que mantendremos a los tres aquí aislados un tiempo. Lizzie, necesitaremos un par de mascarillas y batas.

—Ahora mismo, doctor.

La enfermera se levantó para ir a sacar lo que le había pedido de un armario. Robert se colocó la bata y la mascarilla, pero cuando se lo tendió a Rachel, tuvo que tocarle el hombro para que le hiciera caso.

Ella levantó la vista, tragando saliva. No podía ser.

Se puso la bata y la mascarilla, y miró de nuevo aquel nombre de la lista antes de atravesar las puertas.

June Jefferson.

Capítulo 2. Encuentro inesperado

June despertó tosiendo, algo que parecía haberse convertido en una costumbre en las últimas semanas. Pero al abrir los ojos recordó dónde se encontraba y que algunas cosas sí habían cambiado.

Ya no tenía que levantarse y seguir caminando por inercia, dejándose llevar por sus dos acompañantes. Porque el tercero, el teniente Wallace, quien la había protegido durante el primer ataque, por desgracia no lo había logrado.

«Como tantos otros», pensó.

En ese pensamiento incluía a su padre y, por supuesto, a su hermana. Cerró los ojos con fuerza, evocando su imagen cada vez más difusa. Era algo en lo que nunca se había parado a pensar pero el hecho de no tener fotos, ni imágenes de los rostros hasta entonces tan cercanos y conocidos, hacía que su mente comenzara a olvidarlos. Así que todos los días se esforzaba por recordarla. La mayoría de las veces le venía la última imagen de ella junto a Tuesday, y entonces procuraba buscar otra. Porque no entendía lo rápido que había sucedido todo, cómo de un momento para otro había dejado de verla mientras corría junto con Connor, con Wallace y David disparando para cubrir su huida.

Y después... caminar. Caminar y seguir caminando. Hasta llegar a Saint Cloud y descubrir que todo allí se había ido al infierno también. Porque en eso se había convertido el mundo: en un infierno desolado de vehículos abandonados, cadáveres... y aquellos infectados que con el tiempo llegaron a convertirse en algo menos peligroso que la soledad interior que le atenazaba el corazón. Una soledad que procuraba no mostrar ante los demás para no parecer débil, pero que la consumía cuando lloraba a solas, pensando en

Emma.

Y quizá fue eso lo que la llevó a alejarse de David, a pesar de que seguía gustándole. Pero él parecía distante, o puede que fuera solo su reacción ante lo que estaba ocurriendo. Así que sin darse cuenta, había comenzado a acercarse más a Connor, buscando de esa forma compañía aunque fuera en forma de charla incesante que, muchas veces, más que llenar el silencio, producía ganas de abofetearle para que se callara.

Lo peor fue que aquello la había llevado a cometer un error del que se arrepentía desde el mismo momento en que sucedió. Wallace ya había desaparecido. Se había marchado a buscar comida y lo único que habían encontrado de él era un elocuente rastro de sangre... Y seguían caminando, pueblo tras pueblo, ciudad tras ciudad, estado tras estado. Una noche, en Buffalo, mientras David estaba en el río tratando de pescar algo para la cena, se había echado a llorar. Por fin, después de tanto tiempo, encontraba unos minutos para sacar todo lo que llevaba dentro. Y aquello desencadenó una serie de acontecimientos inesperados...

Connor había ido a toda prisa a su lado para consolarla y, antes de darse cuenta de lo que sucedía, había posado los labios en los suyos. Por qué se lo permitió, nunca lo supo. Quizás lo necesitaba en aquel momento, después de tanta soledad. La cercanía de otra persona, aunque fuera pasajera, era una necesidad apremiante. Fue un impulso imposible de detener, pese a que no albergaba el menor sentimiento hacia el joven... y se acostó con él.

Se arrepintió nada más ponerse la ropa. Por suerte, Connor no lo interpretó como si a partir de aquel instante tuviera que responder a sus deseos sexuales, sino que regresó a su comportamiento anterior. Probablemente él se sentía igual, pero era difícil saberlo. El Connor que ella había conocido de mano de Tuesday no tenía nada que ver con el chico con el que viajaba. No hicieron falta palabras entre ellos para saber que aquello no había significado nada, pero June se dio cuenta de que, en lo que respectaba a David, todo había cambiado. Desconocía si los había visto, pero su actitud cambió de forma considerable. Cualquier posible comienzo de interés o atracción fue anulado, quedando una simple relación amistosa. June no sabía cómo solucionar aquello, no se veía capaz de explicarle sus sentimientos, pero también entendía al rubio: debía de creer que ella estaba interesada en Connor y se apartaba del camino.

Llegaron a Nueva York extenuados, apenas sin fuerzas. En la última parte del recorrido, June había notado que cada vez le resultaba más trabajoso

respirar y había perdido peso. ¿Neumonía? Quien sabía. Ni ella era médico ni había ninguno que pudiera diagnosticarla o recetar alguna pastilla que mejorara su estado. Lo arrastraba como podía, pero cada vez tosía más fuerte y temía el día en que el pañuelo que sujetara apareciera manchado de rojo. David y Connor notaban que se iba apagando, pero trataban de ignorarlo... La ayudaban en zonas más peligrosas, iban a buscar la comida, la ropa, mataban a los infectados que aparecían por el camino y continuaban buscando supervivientes sin suerte.

No podía ser. No podía ser que solo quedaran ellos en toda la tierra. Por eso, la esperanza de Nueva York era la única que le quedaba, porque era eso o sentar su culo en el suelo y dejarse morir. Aunque la idea resultara apetecible, sabía que no podía hacerlo. Solo tenía que pensar en la cara que hubiera puesto Emma de saberlo, y esa idea siempre lograba hacerle dar un paso más.

Un paso más, otro esfuerzo, un poco más. Adelante, June, adelante. Un pie delante de otro, solo caminar. En Nueva York tenía que haber algo y esos drones que sobrevolaban la zona le daban la razón.

Caminar por inercia, sin más, un paso, dos pasos, tres...

Hasta ver un rayo de esperanza al llegar a un muro... y ver soldados al otro lado. Todo lo ocurrido era un poco confuso en su mente, suponía que debido a la fiebre o a la extenuación en general. Recordaba que los habían llevado a un edificio donde le habían dado ya alguna medicina y, unos días después, a un barco. Al menos no les habían separado, les mantenían juntos aunque no habían llegado a ver a más gente. El médico a bordo les había explicado que ella tenía una neumonía bastante avanzada y no querían contagiar al resto del pasaje. Por extensión, David y Connor debían permanecer con ella por si estaban incubando la enfermedad.

De esa manera habían pasado las semanas, encerrados en unos camarotes claustrofóbicos, hasta que el día anterior los habían sacado por fin para llevarlos a un hospital.

Había oído algo de que estaban en una isla, pero el destino en realidad le daba igual: al menos le habían puesto oxígeno, antibióticos... y se encontraba algo mejor.

Se movió en la cama con cuidado, la vía que tenía en el brazo le molestaba un poco, y enseguida se acercó una enfermera. No podía ver bien su cara, protegida con una mascarilla blanca, pero le pareció que era la misma que la había atendido el día anterior.

—Buenos días, June —saludó—. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Mejor, creo.

—Te pondré un poco de oxígeno. —Acercó la botella y le ayudó a colocarse la mascarilla para que respirara—. ¿Has descansado?

Ella se encogió de hombros. La enfermera le tomó la temperatura y lo anotó en una tablilla que había a los pies de la cama.

—Vendré dentro de un rato —le dijo.

Al salir abrió las cortinas que le daban cierta privacidad y June vio a los dos chicos sentados a los lados de la cama que había junto a ella, jugando a las cartas. Al verla despierta, David hizo ademán de acercarse, pero Connor se le adelantó.

—¿Qué tal, bella durmiente? —preguntó.

June hizo un gesto con la mano para indicar que regular, sujetando la mascarilla contra su rostro y mirando de reojo a David, que estaba recogiendo las cartas como si la conversación fuera ajena a él.

Connor cogió algo de un cajón, acercó una silla a la cama y le enseñó lo que ocultaba en su mano con una sonrisa. June parpadeó sorprendida al ver que se trataba de un mando para televisión.

—Genial, ¿verdad? —dijo él—. Estábamos esperando a que despertaras para hacer los honores.

David dejó las cartas sobre una mesa y movió otra cortina que estaba frente a ella, dejando al descubierto una televisión. Después colocó una silla al otro lado de la cama y se sentó con media sonrisa.

—Espero que no echen «Gran hermano», a ver si el mundo ha mejorado un poco al menos en eso.

June le devolvió la sonrisa como pudo a través de la mascarilla. Aquel comentario le recordó al David de su primera, y por desgracia única, cita. Durante un segundo se permitió recordar aquellos momentos con expresión soñadora, ignorando deliberadamente el hecho de que mientras ellos dos se divertían y congeniaban, Tuesday se había colado con Connor en el laboratorio de la base y así había comenzado todo. Muchas veces se había preguntado qué habría ocurrido si no la hubiera dejado ir, si le hubiera insistido en permanecer todos juntos durante la cita doble, tal y como habían quedado en un principio. Pero claro, cualquiera le decía a Tuesday lo que tenía que hacer... La chica siempre había sido un poco insensata y eso la había llevado a su final.

Y al final de todo.

—¿Preparados? —preguntó Connor.

June afirmó con la cabeza, apartando los pensamientos negativos que no llevaban a ninguna parte. Fijó la mirada en la pantalla, al igual que los dos chicos, y Connor pulsó el botón de encendido. Se quedaron en silencio mientras aparecían en la televisión las primeras imágenes de lo que parecía un documental de animales salvajes. Aquello parecía irreal: al recorrer su país y encontrar solo devastación y soledad a su paso, era como si en todo el mundo hubiera ocurrido igual. Pero no había sido así.

Connor empezó a pasar canales, dejando a veces un fragmento de algún programa, lo que les dio a entender que la vida solo se había detenido para ellos: el resto del mundo había seguido más o menos igual.

Mientras miraban diferentes canales les llevaron el desayuno y, un rato después, Connor dejó puesto uno donde estaban dando noticias. En cierto modo esperaban que se hablara de la situación de su país o de los infectados de forma alarmante, pero las noticias empezaron hablando de temas políticos normales antes de llegar a ello. Y aun así, tampoco los titulares eran alarmantes ni daban sensación de peligro, sino de algo a lo que ya parecía haberse acostumbrado el mundo.

El presentador comentó de pasada el estado de la frontera con México, con un par de imágenes de ataques de infectados rápidamente eliminados por soldados, antes de sacar al presidente dando un discurso en el parlamento europeo. A su lado, un chico joven con rostro atractivo permanecía sonriente, saludando con la mano a los presentes. Se apartó un poco la mascarilla para hablar.

—¿Quién es ese? —preguntó—. Me suena de algo.

Su rostro le era vagamente familiar, pero no conseguía ubicarlo.

—Ni idea —dijo David.

—Se parece a... —Connor se inclinó hacia delante, para ver mejor—. Joder, ¿pero no es J.J.? El cantante ese, le gustaba a Tue... Bueno, era un ídolo de esos, adolescentes, ¿no?

June miró de nuevo la pantalla y entonces su mente recordó imágenes del chico en revistas y posters. Y sí, en algún que otro CD que su mejor amiga solía escuchar. Lo que no les cuadraba a ninguno era que estuviera allí, en aquel parlamento, hasta que escucharon las palabras del presidente hablando sobre el nuevo comienzo en Anticosti y otras islas, y señaló a J.J. como la imagen de la resurrección del país y el futuro esperanzador que les esperaba. Porque, gracias a él, tenían una vacuna contra la pandemia.

Connor se rascó distraídamente una mejilla, allí donde le había caído aquella lluvia fina que le había dejado un ligero picor en la piel.

—Así que era eso —comentó—. Lo que rociaban los drones.

—Pues no parece que haya hecho aún mucho efecto —intervino David—. Lo digo por la noticia anterior, la de la frontera.

—Quizá no haya llegado a todo el territorio... o tarde tiempo en hacer efecto. —Se encogió de hombros—. De todas formas, aquí parece que estamos a salvo, ¿no?

June volvió a apartar la mascarilla, tosiendo antes de hablar.

—¿Pero dónde estamos?

—Déjate eso puesto —dijo David, ayudándole a colocársela bien—. Si te la quitas cada dos por tres, no te hará efecto. Estamos en Anticosti, nos lo ha dicho la enfermera mientras dormías.

—Aquí estamos a salvo —añadió Connor—. Solo hay gente evacuada, sin infectar. Así que ya se ha acabado, nena. —Le guiñó un ojo—. En cuanto te recuperes, nos sacarán de aquí y podremos empezar de nuevo.

Le cogió la mano para apretársela con una sonrisa. June tragó saliva y procuró sonreír mientras retiraba la mano de forma disimulada y miraba a David, que en ese momento mantenía su atención en la televisión.

Empezar de nuevo. No sonaba mal, aunque en ese momento no tenía muy claro cómo hacerlo después de tanto tiempo sin esperanza.

Siguió viendo la televisión, sin prestar mucha atención a los comentarios que hacían de vez en cuando los chicos, hasta que un rato después regresó la enfermera. Le quitó la mascarilla y cambió su bolsa de medicación.

—¿Cuánto tiempo más tengo que estar aquí? —preguntó.

—Eso depende del doctor, pero tienes que estar recuperada del todo, así que yo diría que como mínimo, un par de semanas más.

—¿Y nosotros? —preguntó Connor—. Ya deben de haber comprobado que no nos ha contagiado nada, ¿no? ¿No podríamos salir, aunque fuera un rato?

—Lo siento, es el protocolo. —Se giró al oír unas voces—. Ahí viene el doctor, podéis preguntarle a él todo lo que queráis.

Se marchó, saludando al pasar a las dos personas que se acercaban. June se quedó observándolas: ambos llevaban batas blancas y mascarillas. Se trataba de un hombre de pelo cano acompañado por una chica joven de pelo negro y ojos verdes que la miraban de una forma que la puso un poco nerviosa.

—... unos días más —escuchó decir al doctor.

Se obligó a apartar la vista de la chica para prestar atención a las palabras del doctor. No les dijo nada muy diferente a lo que ya había dicho la enfermera: debían ser pacientes y esperar a que ella se curara, y que ellos no tuvieran ningún síntoma.

—Pasaré a veros mañana —terminó el hombre—. Ah, y perdón, creo que no me he presentado. Soy el doctor Robert Sanders.

—Connor Riker —dijo el chico, alargando la mano.

Pero el doctor desvió la mirada hacia el otro chico, sin hacer ademán de acercarse.

—David Strike —se presentó este, sin moverse.

—Yo soy June Jefferson —dijo ella.

Miró a la chica, que seguía con la vista fija en ella.

—Perdón —carraspeó la morena—. Soy la doctora Rachel Portman.

Su voz temblaba ligeramente y June le sostuvo la mirada hasta que la doctora la apartó. ¿Acaso la conocía, o algo así? Porque a ella no le sonaba de nada, ni el nombre, ni su voz, ni lo que veía de su rostro.

Rachel bajo la vista al suelo. Sabía que se había quedado mirando a June como si hubiera visto un fantasma, y en cierto modo así era. Tenía el pelo más oscuro que Emma, los ojos color miel... pero se parecía a ella.

Y no sabía qué hacer. Quería decirle quién era, que conocía a su hermana, que Emma había sobrevivido... Pero ¿para qué? ¿Para terminar explicándole que estaba a cientos de kilómetros, en coma, y que probablemente no sobreviviría el viaje hasta allí? ¿Merecía la pena darle esperanzas para que luego le fueran arrebatadas?

Robert le tocó un hombro, señalando hacia el fondo de la zona, donde había una puerta.

—Y ahí está el laboratorio de investigación —indicó—. Tengo entendido que iba a dirigirlo el doctor Thomas, pero como no ha venido...

—Supongo que Nathan vendrá en el siguiente barco.

Se estaban alejando mientras hablaban, pero June les oyó. Se incorporó con rapidez, para escuchar mejor.

—Su fama le precede —decía el doctor.

—Nathan es el mejor —confirmó Rachel—. Y si de verdad le permiten dirigir la investigación, no como... —se calló antes de hablar demasiado—. Puede conseguir grandes logros, estoy segura.

—¿Lo conoces desde hace mucho?

—Es un buen amigo.

Y salieron de la zona. June se dejó caer de nuevo sobre la cama, con expresión confusa. ¿De verdad estaban hablando de Nathan? ¿Del mismo Nathan con el que había estado charlando aquella mañana en su casa, después de que él pasara la noche con su hermana?

—¿Qué te ocurre? —preguntó David—. Pareces nerviosa.

—¿No les habéis oído hablar?

—No estaba escuchando, ¿qué pasa?

Connor estaba viendo un partido de baloncesto y ni siquiera les prestaba atención, hipnotizado por las imágenes.

—No sé, creo que estaban hablando de Nathan.

—¿Qué Nathan?

—El hijo del coronel Thomas, ¿te acuerdas? El que llevó a la base.

David frunció el ceño, haciendo memoria.

—No llegué a verlo. Connor, ¿te suena? —Pero el aludido seguía con la mirada fija en la pantalla—. ¿Connor?

Chasqueó los dedos delante de su rostro. El chico parpadeó y por unos segundos pareció confuso, mientras enfocaba la mirada primero en la televisión y luego en su amigo.

—Joder, pues sí que atonta la televisión —bromeó este.

—No sé, me he quedado distraído. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué pasa?

—¿Tú llegaste a ver al virólogo? Ya sabes, el hijo del coronel Thomas.

—No, ¿por? —Miró a su alrededor—. ¿Está aquí? No puede ser, si la base estalló, ¿no?

—No, no está aquí —explicó June—. Es que he oído hablar a los médicos y no sé, parecía que hablaban de él. Pero puede que me equivoque.

Connor se encogió de hombros y cambió de canal, volviendo su atención a la televisión. June se acomodó en la cama, intentando distraerse también con las imágenes, pero no conseguía quitarse la idea de la cabeza. Connor tenía razón: la base militar había explotado y todos los que había dentro estaban muertos o infectados. Era prácticamente imposible que Nathan hubiera sobrevivido. Aun así, decidió que abordaría a la doctora la próxima vez que los visitara. El no ya lo tenía, así que no perdía nada por preguntar.

Sin embargo, la chica no volvió aquel día. Ni al siguiente, lo que comenzó a impacientarla. Si no aparecía, tendría que preguntar por ella y pedir verla.

Con ese pensamiento se quedó dormida. Como siempre, su sueño era intranquilo y ligero. Aún no se acostumbraba al hecho de estar en lugar

seguro y no tener que escuchar cada pequeño sonido por si era una señal de peligro y tenían que salir corriendo. Por ello, un par de horas después abrió los ojos.

No supo qué la había despertado, pero suspiró cansada y se giró para volver a dormirse.

Y entonces le vio.

Connor estaba de pie, a los pies de su cama. Llevaba solo un pantalón de hospital y las luces de emergencia que nunca se apagaban creaban extrañas sombras en su rostro, que permanecía impassible.

June miró a la otra camilla, donde David dormía profundamente. Se sentó mirando a Connor, preocupada.

—¿Connor? —susurró.

Él ladeó la cabeza y la luz iluminó sus ojos. June sintió un escalofrío al ver que parecían perdidos, como si no lograra enfocar la vista en ella. Entonces lo recorrió un escalofrío de forma visible y de pronto dio un respingo.

Abrió y cerró los ojos un par de veces y miró a su alrededor antes de centrar la vista en ella.

—¿Qué hago aquí? —preguntó.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, yo... —Se pasó una mano por la cara, como para despejarse—. Estaba soñando, no sé.

—A ver si ahora te has vuelto sonámbulo —intentó bromear ella, para relajar el ambiente.

—De pequeño me levantaba a veces, mi madre me dijo que una vez casi me caigo por las escaleras. —Regresó a su cama, al otro lado de la de June y se encogió de hombros—. A saber.

Vieron que se acercaba la luz de una linterna y poco después apareció la enfermera de guardia frente a ellos. Alumbró a ambos alternativamente, con una sonrisa amable.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó.

—Sí, todo bien —contestó Connor, con un guiño seductor—. Ya nos dormimos, jefa.

La enfermera miró a June, que se tumbó de nuevo cubriéndose bien con las sábanas.

—¿Queréis algo para ayudaros a dormir? —ofreció ella.

—Gracias, pero no —contestó June—. Creo que ya tomo suficientes cosas.

—Yo tampoco, me dormiré enseguida.

La enfermera los observó unos segundos, antes de darles las buenas noches y regresar a su puesto.

Connor se quedó dormido al instante.

Pero June no pudo pegar ojo. La forma en que la había mirado, aquella postura, como si estuviera perdido... Le había recordado irremediablemente a Tuesday.

Capítulo 3. Medidas protocolarias

Después de visitar el hospital y conocer a June, Rachel tuvo que esforzarse por centrar su atención en lo que Robert le explicaba, ya que su mente volvía una y otra vez a la chica. Tendría que hablar con ella, no podía ocultarle que conocía a Emma ni todo lo que había ocurrido en aquellos meses. Emma se había convertido en algo más que su amiga, era su familia y, por ende, June también. Lo complicado era explicarle en qué condiciones la había dejado en Nueva York y buscar la forma de decírselo fue lo que la mantuvo despierta aquella noche.

Al día siguiente ya había decidido que iría a hablar con ella, ya que posponer el encuentro podría ser peor y no le gustaba tener secretos. Pero, cuando llegó a su despacho tras dar un par de vueltas para acostumbrarse al lugar, se encontró con un mensaje de una doctora que había conocido el día interior. La doctora Henderson le pedía que se pasara por su consulta para hablar sobre el resultado de sus análisis. Aquello hizo que el tema de June y Emma pasara a un segundo lugar. ¿Por qué la citaban? Cuando Nathan la había curado, los análisis que le había hecho en aquel momento habían resultado negativos. Se suponía que estaba libre del virus. Pero habían pasado meses... ¿Y si se había reproducido y lo tenía latente?

Rachel buscó la ubicación de su consulta intentando recordar qué especialización tenía la doctora. El día anterior le habían presentado a tanta gente que no podía recordar todos los nombres, y menos a qué se dedicaban.

Salió de su despacho y revisó el mapa para asegurarse de que iba por buen camino, hasta llegar a la planta donde se encontraba la consulta de la doctora Henderson.

En todas las plantas había un puesto de enfermería e información, así que

preguntó por si acaso y allí le indicaron que la doctora la estaba esperando.

Rachel continuó hasta el despacho y llamó a la puerta. Frunció el ceño al ver su especialidad. Había esperado una hematóloga, o quizá una endocrina, su alimentación no había sido muy buena durante aquellos meses. Pero no, no era nada de eso.

—Adelante —contestó una voz femenina.

Al escuchar la voz, Rachel abrió la puerta y se asomó. Dentro vio a una mujer cercana a los cincuenta, de aspecto serio y formal, que la miró por encima de sus gafas examinándola de arriba abajo.

—Buenos días —saludó—. Soy la doctora Portman, tengo una nota suya.

—Ah, sí. La del antivirus. Siéntese, por favor.

A Rachel no le gustó que la etiquetara de aquella manera, pero no dijo nada y ocupó la silla situada frente a su mesa. La doctora Henderson deslizó una hoja hacia ella.

—Como podrá ver en los análisis que le hemos realizado, sus niveles de HCG indican que se encuentra embarazada. Calculo que de unas seis o siete semanas, le haré una ecografía la semana que viene para confirmarlo. Una vez que lo sepamos, le haré un nuevo análisis de sangre alrededor de la semana once. Haré un cribado de ADN para comprobar si el feto tiene alguna malformación o defecto cromosómico. Y, por supuesto, tendremos que realizar un seguimiento exhaustivo para ver si la inmunidad que usted tiene ahora por el antivirus con el que la trataron ha pasado a él. También...

—Un segundo, un segundo.

Rachel miraba la hoja, intentando asimilar todo lo que aquella doctora estaba diciendo. ¿Embarazada? No podía creerlo, aunque claro... Tampoco podía decir que era imposible. Notó que la doctora la miraba con impaciencia, pero no le importó: tenía que pensar. En ese momento echó de menos a Hunter de una forma casi dolorosa. No sabía si aquella noticia le gustaría o no, pero desde luego, lo que no quería era pasar por aquello sola. Ni siquiera estaba Nathan, que podría encargarse del tema del antivirus en su sangre. Confiaba en él más que en cualquier miembro de aquel hospital y temía que la acribillaran a pinchazos para saber qué estaba ocurriendo con su cuerpo y el de su bebé... Lo que la llevó al otro análisis del que había hablado la doctora.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Ha dicho un cribado de ADN? —preguntó.

—Sí. Necesitamos saber cuanto antes si el feto está bien.

Rachel se estaba cansando de que utilizara en todo momento la primera persona del plural. El único «nosotros» que podía existir en su mente eran Hunter y ella, nadie externo. Le daba la sensación de que aquella doctora la estaba informando de todo lo que iban a hacer sin preguntarle si estaba de acuerdo o no, lo cual no le gustó en absoluto.

—Disculpe, pero creo que en todo caso eso sería una decisión que tomaría yo. ¿Y si no quiero hacerme todos esos análisis?

—Bueno, verá, son parte del protocolo que se ha establecido.

—¿El protocolo?

—Sí. También necesitaremos saber quién es el padre para poder establecer un patrón genético. No tiene opción, son las normas.

—¿Cómo? ¿Y qué ocurre si sale algo en ese cribado? ¿Tampoco tengo opción?

La doctora se movió incómoda en su silla. Carraspeó antes de contestar, de forma pausada, como si estuviera escogiendo sus palabras con sumo cuidado.

—Por supuesto, la madre siempre puede dar su opinión. Pero este es... un nuevo comienzo, y debe entender que nuestros recursos son limitados por el momento.

—Disculpe, pero si lo que está tratando de decirme es que van a hacer algún tipo de discriminación genética, me gustaría recordarle que eso ya lo hicieron los nazis en su época.

—Creo que se está excediendo, doctora Portman. Yo no he dicho eso... —titubeó—. Mire, creo que no esperaba una noticia como esta y en estos momentos no puede pensar con claridad. ¿Por qué no le doy cita para dentro de una semana y hablamos de nuevo entonces? Seguro que verá las cosas con otra perspectiva.

Rachel cogió la hoja de análisis y salió sin despedirse, ofuscada. Odiaba que le hablaran como si fuera tonta. Si estaba equivocada, ¿por qué no se lo había negado de forma categórica? Y, sobre todo, que le dijera que no tenía opción era lo que peor le había sentado. Entendía los protocolos, tenían su función y eran necesarios, pero en aquel caso... Le sonaba todo demasiado militar, demasiado rígido. ¿Acaso las mujeres no iban a tener opinión con relación a sus embarazos y a sus hijos? No se había planteado cómo se desarrollaría la vida de forma normal en aquel lugar, hasta entonces solo había visto adultos. Pero era lógico pensar que también llegarían niños y adolescentes, que se construirían colegios. Hasta entonces lo había visto como algo tan lejano que no se había planteado cómo pensaban llevar aquel

tema. Porque, ahora que lo pensaba, todo aquello no era compatible con la separación de la gente en diferentes edificios, con los horarios de comida...

La cabeza empezaba a dolerle y pensó en ir a por alguna pastilla para paliarlo, pero entonces la realidad la golpeó y se dio cuenta de que no podía tomar nada.

Estaba embarazada.

Rachel se sumergió en el papeleo y organización de los horarios de varios departamentos para no pensar en lo que había ocurrido aquella mañana. Ya preveía que iba a dormir poco dándole vueltas al tema, así que por el momento había decidido aparcarlo a un lado de su mente. Estaba tan concentrada que no se dio cuenta de la hora que era hasta que oyó unos golpes en su puerta y Robert entró en su despacho.

—¿Necesitas algo? —preguntó ella.

—Venía a buscarte para comer, ¿no tienes hambre?

Ella miró el reloj y se levantó con un suspiro. La verdad era que no tenía nada de apetito, pero ya no se trataba solo de ella, así que tenía que comer.

—Me he liado con estos papeles y ni me había dado cuenta —le dijo, acercándose.

—Tómatalo con calma, es tu primer día.

Salieron del despacho y cogieron los ascensores para dirigirse al comedor del personal. Había bastante gente y se colocaron en la fila, cogiendo una bandeja cada uno.

—Pareces cansada —comentó Robert, mientras avanzaban.

—La falta de costumbre, supongo. —Se encogió de hombros—. Hace mucho que no trabajo.

Robert soltó una pequeña risa y cogió un plato de comida. Rachel escogió tras él y unos minutos después estaban sentados en una mesa junto a la ventana.

En el exterior estaba lloviendo, por lo que no se veía apenas gente por la calle. A excepción, claro, de varios militares de patrulla.

—Espero que no te moleste... —empezó Robert, con tono titubeante—. Pero me he enterado de que has estado con la doctora Henderson.

Rachel le miró con el ceño fruncido. Pues sí que corrían rápido las noticias por allí... Robert carraspeó.

—En realidad me ha llamado ella.

—¿Cómo? ¿Esa mujer no sabe lo que es el secreto profesional?

—No te enfades, solo quería que yo hablara contigo, me ha dicho que te fuiste un poco... —dudó, buscando las palabras adecuadas— contrariada. Y temía que te hubieras llevado una impresión equivocada.

Rachel dio un trago al zumo que había cogido, volviendo a mirar por la ventana. Odiaba encontrarse en aquella situación. Robert le había caído bien, pero demasiadas experiencias pasadas le hacían dudar si podría fiarse de él o del resto de las personas que estaba conociendo. Su corazón le decía que sí, ella siempre era optimista, pero su parte racional no estaba tan convencida. Y menos al ver que todos allí parecían saber que había estado contagiada y se había curado. Y que en ese momento estaba embarazada.

Pero estaba sola, sin nadie con quien hablar, así que decidió que tendría que arriesgarse a confiar en alguien. Apartó la vista del exterior con un suspiro.

—Ha sido... muy repentino —comentó, al fin.

—Asumo que no te esperabas una noticia así.

—No, la verdad.

—Y supongo que te sentirás muy sola ahora mismo, ¿verdad? Sin tener al padre cerca, quiero decir.

Rachel afirmó, con un nudo en la garganta.

—Vendrá en el próximo barco —dijo, tragando saliva—. Quizá ya esté embarcado.

—Puedes preguntar en el centro de mando.

Ella levantó la vista, con una chispa de esperanza. Saber si Hunter y Emma ya estaban en camino la ayudaría a sentirse mejor, estaba segura.

—¿De verdad?

—Atienden al personal civil un par de veces a la semana, unas horas por la mañana. No tienes ni que faltar al trabajo, coges tu día libre para que coincida y ya está. No hay problema.

Rachel alargó la mano por la mesa para apretarle la suya, en un gesto de agradecimiento. Robert le sonrió con comprensión.

—Todo irá bien, verás como en nada lo tienes aquí.

—Muchas gracias, Robert.

—Bien, pues un tema menos. ¿Hay algo más que te preocupe? La doctora Henderson me ha comentado que te has puesto especialmente a la defensiva cuando te ha hablado del test de ADN.

Ella sacudió la cabeza, recordando la conversación.

—No me ha gustado la forma en que lo ha dicho, sobre todo por no tener

opción. Es como si yo no contara para nada.

—Quizá ella ha sido demasiado... protocolaria. Pero piensa en qué hubieras hecho en circunstancias normales. ¿No te harías todas las pruebas necesarias?

Rachel suspiró de nuevo. Pues claro que se las haría, y seguro que si la doctora hubiera utilizado otros términos para referirse a ellas, no se habría puesto tan a la defensiva. Tampoco había dejado explicarse bien a la mujer... Si lo pensaba con frialdad, desde el punto objetivo y médico, era normal que su embarazo despertara más interés que el de cualquier otra persona. Ella misma se estaba haciendo las mismas preguntas sobre el bebé y cómo le afectaría el antivirus que Nathan le había inyectado.

—Quizá me he precipitado un poco.

—Todo es por tu bien, Rachel. Ten por seguro que no te ocurrirá nada. Ni a ti, ni a tu bebé. Como mucho, que te hagan un homenaje por ser el primer bebé nacido en el nuevo mundo.

Le guiñó un ojo con simpatía y Rachel sonrió a medias. Hablar con él la había tranquilizado un poco.

Al ver que su rostro se relajaba ligeramente, Robert sacó un papel de su bolsillo y se lo entregó.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Tu receta para pastillas prenatales. No le diste tiempo a que te la diera y deberías empezar a tomarlas cuanto antes.

Rachel se mordió un labio y cogió la receta, dándose cuenta de que se había ido corriendo sin preguntar siquiera qué debía tomar. Iría después de comer a por las pastillas y repasaría los cuidados prenatales. Aun admitiendo que había reaccionado mal, la doctora Henderson no le había caído bien, así que no quería volver a verla aquel día.

No fue hasta unos días después cuando Rachel consiguió que su día libre coincidiera con las horas de atención del centro de mando.

Desde su llegada, sus recorridos se habían limitado a su apartamento y el hospital, así que durante el viaje en autobús al edificio central no perdió detalle de lo que veía a través de la ventana. Había más edificios a medio construir y de nuevo se dio cuenta de que no había mucha gente paseando por las calles sino que, en su mayoría, eran militares realizando patrullas. Esperaba que aquello fuera algo temporal, no se podía llevar una vida normal mientras hubiera toque de queda y patrullas por todas partes. Entendía que

fuera necesario hasta que se estableciera todo el sistema, aunque también le parecía un poco excesivo. Seguro que Hunter estaría encantado de estar allí... Se tocó el vientre suspirando. No tenía ni idea de cómo reaccionaría ante aquella noticia.

El autobús giró en una calle y entre los edificios Rachel vislumbró un barracón, al fondo. Le llamó la atención porque no tenía ventanas, al menos a la vista, y solo pudo distinguir una puerta en los escasos segundos que lo tuvo a la vista.

Entonces llegó a su parada y se bajó junto con otras personas. Retrocedió unos pasos para poder verlo y se encontró con un par de soldados que le impedían el paso hacia el barracón.

—¿Se ha perdido, señorita? —preguntó uno.

—Voy al centro de mando —contestó.

—Es en aquella dirección —informó el otro, señalando el edificio—. Allí.

—Gracias... —titubeó—. ¿Y qué hay por ahí?

—Es zona restringida, señorita.

—Nada interesante —intervino el otro, en el mismo tono neutro—. Depósitos de agua y materiales.

Rachel les agradeció la información y emprendió el camino hacia el centro de mando. Siendo militares, no había esperado mucha explicación y tenía lógica que hubiera vigilancia si eran almacenes. Se suponía que la intención era que no hubiera actividad criminal en la isla pero, por mucho que se controlara a la gente que llegaba, no se podía estar seguro del todo. Que alguien no tuviera antecedentes penales no significaba que no fuera a cometer delitos en esa situación. Ella sabía bien, por desgracia, lo que ocurría en circunstancias extremas: afloraba lo mejor de cada persona, pero también lo peor.

Cuando llegó al centro de mando, siguió las indicaciones a la oficina de información y se encontró con que había varias personas haciendo cola, por lo que tuvo que esperar un rato hasta que le llegó el turno.

Al otro lado del mostrador se encontraba una chica joven, vestida de militar y con gesto serio y formal.

—Buenos días —saludó Rachel. Esperó respuesta, pero ella no dijo nada, limitándose a mirarla—. Quería saber si ha salido ya el último transporte desde Nueva York y cuándo llegará aproximadamente.

—El barco salió hace tres días, se espera que llegue en tres semanas.

—Gracias. —Respiró aliviada—. ¿Podría mirar la lista de pasajeros y

confirmarme un par de nombres?

—No.

—¿Perdón?

—Es información clasificada.

—Pero necesito saber si vienen en él tres personas.

—¿Son familiares suyos?

—Bueno, no directamente. Son dos amigos y mi novio.

—Entonces no puedo hacer nada. Si fuera su marido quizá, pero no podemos dar esa información.

Rachel resopló impaciente. La chica la miraba imperturbable y le hizo un gesto impaciente para que se moviera.

—Escuche... —siguió la doctora, inclinándose para mirar el parche que llevaba en la camisa militar con su nombre inscrito: comandante A.Sand—. ¿Comandante Sand?

Ella pareció molesta por el tono de la pregunta, pero es que Rachel no había podido evitar extrañarse al ver alguien con ese cargo haciendo trabajo de oficina.

—Sí, eso es: comandante —confirmó la chica, con tono molesto—. Y sí, no tendría que estar haciendo esto pero estamos cortos de personal. Así que muévase y deje que pase la siguiente persona o tendré que tomar medidas.

—Por favor, si solo pudiera comprobar los nombres... le llevaría un minuto.

—Señorita...

—Portman, doctora Rachel Portman. Por favor. —Habló con rapidez, al ver que ella alargaba la mano hacia el teléfono—. Emma Jefferson, Nathan Thomas y Hunter Cooper. ¿Podría mirar, por favor?

La Comandante Sand se quedó inmóvil, con el teléfono a medio descolgar. La miró con una chispa en los ojos y Rachel no supo interpretar si era de curiosidad o quizá de reconocimiento. Aunque tampoco le extrañaría eso último, ya que todo el mundo allí parecía saber quién era ella y quién era Nathan.

—¿Esos son sus amigos? —preguntó, con el ceño ligeramente fruncido.

—Sí. —Afirmó con la cabeza—. El teniente coronel Cooper es mi novio.

Esperaba que el título de Hunter reforzara su petición, pero la chica permaneció imperturbable ante aquello. La examinó de arriba abajo y al final se reclinó en su silla cruzándose de brazos.

—Veré que puedo hacer —comentó al cabo de unos interminables

segundos—. Vuelva dentro de una semana y si puedo le diré lo que haya averiguado.

No era un sí rotundo, pero al menos le dejaba un resquicio de esperanza. La semana iba a ser muy larga, pero esperaba que mereciera la pena. Le sonrió con toda la amabilidad que pudo.

—Muchísimas gracias —dijo.

—No me las de todavía, no le he prometido nada. —Se incorporó y miró hacia la cola—. ¡Siguiente!

Rachel se apartó para dejar pasar a la siguiente persona y regresó a la parada del autobús sin querer permitir que aquella última frase la desanimara.

Durante el camino de vuelta estuvo pensando a qué dedicar el resto de horas que le quedaban libres. Se le ocurrió ir a ver a June... pero lo desechó porque no quería llamar la atención y, si aparecía por allí fuera de su horario habitual, le harían preguntas que no quería contestar. Así que decidió ir al día siguiente. Tenía excusa ya que no había vuelto a hacer ningún recorrido de las instalaciones y como directora adjunta era algo que entraba dentro de sus obligaciones.

Se bajó un par de paradas antes de llegar a su zona. Aunque el día era fresco ya no llovía y decidió que un paseo le vendría bien. Por el camino pasó por una intendencia, lo que aprovechó para coger unas cuantas cosas que necesitaba para el piso.

Después continuó su paseo. Se encontró con varios soldados, pero también con otros civiles como ella, lo que le transmitió una sensación de normalidad que le hizo añorar la compañía de sus amigos y, sobre todo, de Hunter. Estaba deseando que llegaran y poder compartir todo aquello: poder pasear sin tener que temer el ataque de un infectado, no tener que preocuparse por la comida ni la luz o el agua e, incluso, la obligación de madrugar para ir a trabajar.

Ya en su apartamento, pasó el día disfrutando de otro lujo vedado durante mucho tiempo: la televisión basura y poder descansar en su cama sin tener nada que hacer.

Al día siguiente, Rachel pasó la mañana inmersa en la organización de horarios del personal para poder realizar después la visita a June con calma. Dejó terminado todo lo que tenía pendiente para aquel día y después de comer bajó a los sótanos. Se lo había comentado a Robert de pasada para que no pensara que tenía un interés especial en volver a aquella zona y él se había

ofrecido a acompañarla de nuevo. Pero Rachel había declinado con la excusa de querer aprender a moverse sola por el lugar. Él había aceptado sin hacer más preguntas.

Así que allí estaba, bajando en el ascensor hacia la zona de aislamiento y aún preguntándose qué debía contarle a June.

Se dirigió al control de la entrada y se presentó a la enfermera que se encontraba allí.

—Buenos días —saludó—. Soy la directora adjunta Portman, vengo a hacer un reconocimiento general de las personas en aislamiento.

—Ah, qué casualidad. —Le pasó el registro para que firmara—. Justo iba a llamarla, una de las ingresadas ha preguntado por usted.

Rachel le devolvió el papel ya firmado, extrañada.

—¿Alguien ha preguntado por mí?

—Sí. —La enfermera miró entre sus papeles—. June Jefferson, ingresada por neumonía. Está bastante mejor, aunque aún necesita unos días aquí. Nos ha dicho que quería hablar con usted. Como le decía, estaba a punto de llamar a su despacho.

Le entregó el listado de pacientes, que Rachel cogió por inercia. Estaba aturdida. June no la conocía... ¿por qué querría hablar con ella? Lo único que se le ocurría era que los rumores sobre ella con relación al antivirus hubieran llegado hasta allí. A pesar del aislamiento, quizá habían oído a las enfermeras hablar y si alguna había nombrado a Nathan... Sacudió la cabeza. Era mejor dejarse de conjeturas y entrar a hablar con ella.

Cogió una mascarilla y una bata y pasó a través de las puertas deslizantes. Miró la lista mientras pasaba por delante de varias camas. La lista había disminuido considerablemente desde que había estado allí, lo cual era buena noticia.

Avanzó hasta la zona donde estaba June, y, según comprobó en la lista, también estaban todavía los dos soldados que habían llegado con ella. No parecían tener nada según las anotaciones, por lo que no entendía que aún no les hubieran dado el alta.

Revisó las notas mientras se acercaba y vio que a uno de ellos le estaban realizando pruebas de sueño, ya que había tenido algunos episodios de sonambulismo. Al mirar hacia las camas, lo localizó con facilidad, puesto que estaba tumbado durmiendo con varios electrodos colocados en su cabeza y conectados a una máquina.

El otro soldado estaba leyendo un periódico, sentado en su camilla. Tenía

barba de varios días que se rascaba de forma distraída, sin prestar atención a doctora.

Y en la de al lado, June estaba tumbada con el mando de la televisión en la mano, mirando la pantalla con expresión aburrida. Seguía conectada a una bolsa de medicación a través de una vía en el brazo, pero no llevaba la mascarilla. La máquina estaba a un lado y Rachel comprobó en el informe que había disminuido la dosis, lo cual quería decir que estaba mucho mejor.

Se acercó despacio, mirando de nuevo aquel rostro desconocido y, a la vez, tan familiar. Seguía pálida, pero era algo normal, teniendo en cuenta que no le había dado el sol desde hacía semanas. En cuanto le dieran el alta y saliera a la calle, Rachel estaba segura de que su aspecto mejoraría.

Entonces June giró la cabeza hacia ella, siguiendo el sonido de sus pasos. La miró durante unos segundos, hasta que su vista se centró en el nombre de la bata, y entonces levantó la vista hacia sus ojos, incorporándose en la cama.

Ambas se quedaron en silencio, como si cada una esperara que la otra iniciara la conversación. Por fin, June carraspeó alargando la mano.

—Gracias por venir —dijo—. Yo... no sabía si la avisarían.

—Por favor, tutéame. —Se acercó y estrechó su mano sin apartar la vista de ella—. Iba a venir de todas formas, yo... —Tragó saliva—. Conozco a tu hermana.

June abrió mucho los ojos al oírla. Por eso la había mirado de aquella forma... y entonces su cerebro registró la frase: la había dicho en presente. ¿Significaba eso que Emma seguía viva?

Capítulo 4. Revelaciones

June apagó la televisión, acomodándose las almohadas para sentarse.

Desde su cama, David bajó el periódico para mirarla interrogativamente. June le hizo un gesto para indicarle que hablarían más tarde y él volvió su atención a las noticias, aunque siguió mirando hacia ella de vez en cuando.

Durante unos segundos Rachel y ella se quedaron calladas, hasta que por fin June señaló una silla.

—¿Quieres sentarte? —preguntó.

—Sí, claro, gracias.

Cogió la silla y la acercó a la cama. No sabía cómo empezar y estaba nerviosa. Dejó los informes sobre la mesita y se frotó las palmas de las manos en el pantalón, buscando las palabras.

—¿Mi hermana está viva? —soltó June, a bocajarro.

Rachel se quedó quieta, sorprendida por la pregunta tan directa. Tragó saliva, decidiendo que lo mejor era ser igual y no andarse por las ramas.

—Sí —contestó. June respiró aliviada, pero Rachel levantó la mano con gesto serio—. Pero hay más.

—¿Más? Pero... ¿dónde está?

—Es una historia un poco larga. La última vez que la vi, estaba en Nueva York. Sucedieron varias cosas y... en fin, tu hermana sufrió un golpe en la cabeza y está en coma. Deberían traerla en el próximo transporte, pero no he podido confirmar aún si ya está en él.

—Pero... ¿ella sola?

—No, Hunter se quedó con ella. ¿Conoces al teniente coronel Cooper?

—Claro, fue con ella al instituto. Estaba en Camp Ripley cuando... —La miró—. ¿También sigue vivo?

—Sí.

—¿Y Nathan? Te oí hablar de él, por eso quería hablar contigo.

—También. Iba a venir conmigo aquí, pero a última hora no subió al barco... No sé qué ocurrió.

—¿Y cómo los conociste?

Rachel miró el reloj, reclinándose en la silla.

—Tenemos para rato, creo que es mejor que te cuente todo desde el principio.

Comprobó su busca y empezó a contarle a June todo lo que había ocurrido en aquellos meses, desde el momento en que Hunter se unió a su grupo.

June permaneció en silencio todo el tiempo, atenta a sus palabras, solo haciendo algún gesto de vez en cuando, según lo que iba oyendo. Rachel intentó no extenderse con demasiados detalles, sobre todo en lo que le había ocurrido a Emma durante el tiempo que estuvo sola, pero su imaginación hizo el resto. No tenía que haber sido nada fácil.

Cuando Rachel terminó de hablar, June se quedó un par de minutos asimilando todo lo que le había contado. Luego la miró con media sonrisa.

—Bueno, no sé qué me asombra más: que hayas sobrevivido al virus gracias a Nathan o que te hayas liado con Hunter. —Rachel enrojeció—. Lo digo porque tenía una pinta de militar serio «orden y mando» que vamos...

—Eh... Sí, bueno, eso lo sigue teniendo.

June suspiró, dándole vueltas en la cabeza a la información sobre su hermana con una sensación de desasosiego. Saber que estaba viva y que había sobrevivido todo aquel tiempo la llenaba de esperanza, pero el hecho de que al final resultara que había quedado en coma le oprimía el pecho de preocupación. No sabía ni cómo reaccionar... ¿Y si llegaba el barco pero Emma había muerto por el camino? O seguía sin despertar y no lo hacía nunca... Al menos la vería, pero eso tampoco la tranquilizaba. Notó que Rachel le cogía la mano y se la apretaba con cariño.

—Imagino cómo debes de sentirte —dijo la doctora—. A mí me pasa lo mismo. No podemos hacer otra cosa que ser pacientes y esperar lo mejor.

June afirmó con la cabeza, alisando con la mano una arruga inexistente de la sábana.

—¿Y sabes cuándo nos van a sacar de aquí? —preguntó, con tono cansado—. Yo estoy mucho mejor. Y está claro que no he contagiado ni a Connor ni a David.

Les señaló con la cabeza. Rachel revisó de nuevo los papeles. Según

aquello, no encontraba motivos para que les siguieren teniendo asilados, tendría que informarse mejor.

—Lo preguntaré —le prometió—. Aunque a tu amigo Connor todavía le están haciendo pruebas.

—Empezaron hace un par de días. —Se encogió de hombros—. No sé, él dice que siempre ha sido sonámbulo, así que tampoco deberían molestarle mucho.

El aludido se movió en aquel momento, despertando. Las máquinas comenzaron a pitar para indicarlo y en unos segundos una enfermera estuvo a su lado para quitarle todos los sensores.

Al apartarle la mascarilla, Rachel se fijó en unas manchas rojas que tenía en la cara y se levantó para acercarse a él y verlas mejor.

—¿Le ha dado alergia la mascarilla? —preguntó.

La enfermera siguió la dirección de su mirada y Connor se tocó la cara por instinto.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Tienes la cara algo irritada en algunas zonas —explicó Rachel.

—Me lleva picando unos días —contestó él—. Pero nunca he tenido alergia a nada.

—Cambiamos la mascarilla y las correas, doctora —dijo la enfermera.

—Perfecto, me gustaría que me fuerais informando.

—Sin problema.

Rachel dejó que continuara con su trabajo y regresó junto a June, que había observado la escena con el ceño fruncido. Se miró el dorso de una mano: llevaba días picándole y estaba algo más rojizo que el de la otra, pero hasta entonces no le había dado importancia. Pensó en su llegada a Nueva York, cuando les había caído aquel líquido en forma de llovizna que hasta mucho después no supieron que se trataba del antivirus. Habían pasado semanas, no podía tratarse de una reacción alérgica a eso, ¿no?

—¿Te encuentras bien? —preguntó Rachel—. No te preocupes por tu amigo.

—Sí, yo solo...—Sacudió la cabeza, seguro que estaba siendo paranoica—. Estoy cansada de estar aquí encerrada.

—Veré que puedo hacer. —Le sonrió con simpatía—. Tengo que irme, pero vendré a verte todos los días, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, Rachel. —Alargó la mano que no le picaba y le apretó la suya—. Por todo.

Rachel le devolvió el gesto y se inclinó para darle un beso en la frente antes de marcharse.

Cuando hubo salido por la puerta, David dejó el periódico y se acercó a June. No había oído la conversación, pero sí veía que la chica estaba con los ojos húmedos y no podía evitar preocuparse.

—¿Quién era? —preguntó.

June suspiró para coger aire y tranquilizarse, aunque al contarle todo lo que había averiguado, no pudo evitar emocionarse de nuevo pensando en su hermana.

David la abrazó, ofreciéndole de esa manera su apoyo.

—Verás como viene pronto y estará bien —le dijo, en tono firme.

—No puedes prometerme eso.

—Lo sé, pero tu hermana es muy fuerte. Ha sobrevivido a tantas cosas que no me creo que un golpe en la cabeza vaya a terminar con ella.

—Gracias, David. —Se separó y le miró, deseando como tantas otras veces volver atrás unos meses en el tiempo y no cometer aquel error con Connor—. Siempre estás ahí cuando te necesito.

—Para eso estamos los amigos.

Aunque le dolió que utilizara aquel término para referirse a ellos, June sabía que no eran nada más que eso. Le rozó una mejilla, notando su áspera barba.

—¿Cambio de look? —preguntó, en tono de broma.

—Sí, me aburría afeitarme todos los días. —Se pasó la mano por las mejillas y barbilla—. ¿Qué te parece el cambio?

—Te queda bien.

Se quedaron mirándose unos segundos a los ojos, hasta que la voz de Connor les interrumpió.

—¿Quién era esa que ha venido? —preguntó—. ¿Me he perdido algo?

David se apartó de June y de regreso a su camilla le palmeó un hombro al chico.

—Que ella te lo cuente, dormilón.

Connor se acercó, curioso, y June forzó una sonrisa mientras relataba de nuevo lo que Rachel le había contado.

Tal y como había prometido, Rachel dedicó todos los días un rato a visitar a June. Hacía seguimiento de sus controles y recibía informes diarios sobre sus avances, así que esperaba que pronto les dieran el alta. Las pruebas de

sueño de Connor tampoco revelaban nada, aunque la alergia en su cara se había extendido hacia el cuello y le habían puesto un tratamiento de corticoides.

Aquel día su visita se retrasaría un poco, puesto que tenía la cita con la doctora Henderson. Una enfermera la había recibido y preparado para la exploración, y Rachel esperaba tumbada mirando al techo con paciencia.

Al ver entrar a la doctora, con su habitual gesto serio, no pudo evitar sentirse a la defensiva con ella de nuevo, así que se obligó a respirar hondo para tranquilizarse y no salir de nuevo alterada de la consulta.

—Todos los análisis han salido correctos por el momento —informó la doctora Henderson, sin saludar siquiera antes—. La enfermera le entregará un calendario de citas con el resto de pruebas que debe realizarse.

Y ahí estaba de nuevo aquel tono que no daba lugar a réplica. En cierto modo le recordaba a Hunter, aunque claro, a él ya sabía cómo manejarlo.

La doctora encendió el monitor fetal y Rachel tragó saliva. Cómo echaba de menos en aquel momento a su teniente coronel, por muy mandón que fuera...

La pantalla mostró unas imágenes en blanco y negro, y Rachel contuvo las lágrimas al identificar el pequeño feto y su minúsculo corazón latiendo. Apenas fue consciente de que la doctora le decía algo.

Se frotó los ojos y carraspeó.

—Perdón, ¿decía?

—Decía que todo parece en orden. —Activó el sonido, y pudieron escuchar el corazón latiendo a toda velocidad—. Dentro de los parámetros, nada fuera de lo normal.

—¿Puede darme una foto?

La doctora la miró como si le estuviera pidiendo algo imposible de conseguir.

—¿Por favor? —insistió Rachel.

No se distinguía mucho, eso era cierto, pero quería tener algo que enseñarle a Hunter cuando llegara.

La doctora pulsó un botón y, unos segundos después, de la máquina salió una hoja cuadrada con la imagen fetal. Se la entregó a Rachel sin decir nada y se apartó para apagar el monitor.

—La veré dentro de unas semanas, cuando lleguen los resultados de la prueba de ADN.

Rachel se vistió sin protestar, no tenía sentido discutir con ella. Salió sin

despedirse, pensaba darle el mismo trato que la doctora tenía con ella.

Tras recoger las citas con la enfermera, se dirigió a la zona de aislamiento. Acostumbrada a su presencia diaria, la enfermera al cargo le entregó los informes de June, Connor y David.

Rachel los miró por encima antes de entrar y vio que habían ordenado hacer más pruebas a Connor al día siguiente.

—¿Sigue mal con su alergia? —preguntó.

—Parece que los corticoides no hacen efecto.

Rachel miró los demás y señaló una anotación junto a David.

—¿Y esta medicación?

La enfermera se acercó para mirar y se encogió de hombros quitándole importancia.

—Nos ha pedido pastillas para dormir desde que le colocamos la máquina a su compañero, dice que el ruido le molesta.

—¿Y a June no?

—No se ha quejado, supongo que tendrá el sueño más profundo.

—De acuerdo, gracias.

Dejó los informes y pasó a la sala. Los tres amigos estaban sentados alrededor de la cama de David, utilizándola como mesa para jugar a las cartas.

Al verla, el rostro de June se iluminó con una sonrisa. Se había acostumbrado a sus visitas diarias y, al ver que se retrasaba, ya no esperaba verla aquel día.

—Pensaba que ya no vendrías —le dijo, incorporándose para darle un corto abrazo.

—Tenía una cosa que hacer... —titubeó, saludando a los chicos con un gesto de la cabeza—. Bueno, es que hay algo... que todavía no te he contado.

Los tres la miraron expectantes, así que Rachel sacó la ecografía y la dejó en la camilla, en el centro. June la miró, e inmediatamente se levantó con una exclamación de alegría para abrazarla.

Connor y David, en cambio, miraban el papel y a ella alternativamente, sin entender qué era lo que tenían que ver allí y que había alegrado tanto a su amiga.

—¿Qué se supone que estamos mirando? —preguntó Connor, al ver que David tampoco decía nada.

—¡Está embarazada! —exclamó June—. ¡Vuestro teniente coronel va a ser padre!

Los dos miraron a Rachel como si de pronto le hubieran salido cuernos, lo cual le dio a ella una idea de cómo reaccionaría Hunter. Todos los militares estaban cortados por el mismo patrón y suponía que no se imaginaban al teniente en otro escenario que no fuera dando órdenes con su uniforme y pegando tiros, no cambiando pañales.

David fue el primero en reaccionar y se levantó para estrechar la mano de Rachel.

—Felicidades —dijo—. Seguro que al teniente Cooper le encantará la noticia.

—Gracias.

—Sí, felicidades —corroboró Connor, imitándole—. Sorprendido va a ser poco, ¿se lo dirá en cuanto llegue? Me encantaría ver su cara, seguro que esto no se lo espera...

June le dio un codazo al ver que Rachel parecía incómoda por los comentarios.

—Es una buena noticia, y punto. Seguro que Hunter estará feliz, parece que nunca hayáis conocido a un militar con familia. En la base había un montón.

—Sí, pero el teniente estaba tan centrado en su carrera que nunca pensamos que haría algo así —siguió explicando Connor.

—Mejor seguís con la partida sin mí, ¿vale?

Cogió la ecografía y cerró la cortina que separaba su cama de la de David, buscando algo de intimidad, aunque sabía que no podía aislar el sonido.

—No les hagas caso —dijo, bajando un poco la voz—. Son hombres y militares, no lo entienden. Aunque —se apresuró a añadir—, eso no quiere que decir que Hunter tampoco, seguro que a él si le hace ilusión la noticia.

—Bueno, supongo que lo sabré cuando llegue.

June miró la ecografía una vez más y se la devolvió con una sonrisa.

—Al menos es una buena noticia después de tanto drama —comentó.

—Sí, eso sí. —La guardó con cuidado—. En fin, ¿tú qué tal te encuentras?

—Mucho mejor. —Señaló con la cabeza en la cortina—. Ahora son ellos los que están con pruebas, y David con pastillas para dormir.

—Ya lo he leído.

—¿Van a esperar a darnos el alta a todos juntos?

—No creo, porque luego tampoco os asignarán ni el mismo trabajo ni el mismo edificio para vivir.

—Ya, seguro que a ellos los mandan a algo militar. Yo era protésica

dental... No sé dónde me enviarán.

—Por eso no te preocupes, no te quedarás sin nada que hacer, aquí no hay paro. —Le guiñó un ojo—. Preguntaré a ver si averiguo algo.

—¿Y por qué has dicho lo del edificio?

—Está todo bastante... ordenado, y lo que he visto hasta ahora es que hay bloques para mujeres y bloques para hombres. Imagino que las familias irán a otros, pero tampoco he podido ver todo todavía. Tengo que irme, mañana me pasaré, ¿de acuerdo?

—Claro. Y felicidades de nuevo.

Rachel se despidió de los chicos también y cuando se marchó June se recostó en su cama, mirándoles. Tan parecidos... y a la vez tan distintos.

Entonces vio que David se rascaba la barba y se bajaba un poco el cuello de la camiseta como si le molestara. Le pareció que tenía la zona un poco roja, como Connor, pero se tapó antes de que pudiera ver más.

Se frotó los ojos con un suspiro, preguntándose si aquel encierro estaba consiguiendo que comenzara a imaginarse cosas.

Al día siguiente se llevaron a Connor justo después del desayuno. Para la hora de comer aún no había regresado, lo que comenzó a inquietar a June.

—¿No te parece que están tardando demasiado? —preguntó.

David apartó la vista del partido de baloncesto que estaba viendo. También estaba preocupado, pero no quería que ella lo viera porque sabía que solo serviría para que la chica se angustiara aún más.

—No te preocupes, seguro que le están haciendo tantas pruebas que por eso tardan.

Entonces llegó una enfermera, acompañada de un soldado que no habían visto antes. La enfermera señaló la parte del armario que contenía las pocas cosas de Connor, y June y David observaron asombrados como el hombre lo vaciaba y lo metía todo en una bolsa negra.

David apagó la televisión, levantándose para acercarse a ellos.

—Vuelva a la cama, señor —ordenó la enfermera.

—No, antes quiero que me diga qué pasa aquí. ¿Por qué se llevan las cosas de Connor? ¿Dónde está nuestro amigo?

—Es información confidencial —contestó el soldado.

—Y una mierda —intervino June, acercándose también y sin una pizca de paciencia en su cuerpo—. Exijo que nos digan lo que está ocurriendo aquí, no tienen derecho a llevarse a nuestro amigo y...

—Señorita, vuelva a su cama o haré que la seden —replicó el soldado, con gesto serio. Señaló a David—. Y eso va por usted también.

David avanzó hacia él con los puños apretados, pero June le cogió de un brazo para impedir que le golpeará.

—Rachel vendrá enseguida —le susurró, sin que ellos lo oyeran—. Le preguntaremos a ella.

El chico no parecía muy convencido, pero relajó los puños y regresó a su cama, no sin antes lanzar una mirada amenazante al soldado, que la ignoró.

June también fue a la suya, observando cómo se llevaban las cosas de Connor y rezando porque Rachel llegara pronto. Necesitaba saber qué pasaba allí.

La doctora tardó un par de horas más en hacer su aparición y, por la expresión que llevaba mientras leía sus informes, June supuso que había descubierto que Connor ya no estaba.

—¿Qué sabes de Connor? —le preguntó directamente.

Rachel se quedó de pie entre las dos camas, aún mirando las hojas con el ceño fruncido.

—¿Rachel? —insistió June.

Ella apartó los informes con un suspiro, dejándolos sobre la cama, y les miró con expresión confundida.

—No sé muy bien qué deciros —contestó, al fin—. Nadie me ha dicho nada y cuando he llegado me han entregado vuestros informes sin el de Connor. Cuando he preguntado me han sacado una copia, pero no hay mucha información nueva.

—Pero se lo llevaron esta mañana —dijo David.

—Y hace un rato cogieron sus cosas —añadió June.

—Solo pone que le han trasladado a otra zona de aislamiento, por lo de su alergia. No os preocupéis, preguntaré y averiguaré a qué edificio lo han llevado. Quizá esté aquí mismo, en otra planta.

No sabía de ninguna otra zona de aislamiento en el edificio, pero era lo único que se le ocurría decirles para darles algo de tranquilidad. No entendía qué podía haber ocurrido, había dejado órdenes estrictas para que la informaran de cualquier cambio en el estado de ellos tres, así que debían haberla informado sobre el traslado de Connor. A esas alturas ya no podía hacer nada, pero tomaría cartas en el asunto: averiguaría qué pasaba con Connor y se encargaría de que no volvieran a ocultarle algo así.

Se quedó un rato con ellos como todos los días, pero la preocupación por

la «desaparición» de Connor planeaba sobre sus cabezas, de modo que la conversación se mantuvo al mínimo y en tono preocupado, nada que ver con los días anteriores.

Cuando llegó la hora de su cena, Rachel los dejó solos y subió a su despacho. Al día siguiente tenía libre y había planeado ir al centro de mando, así que quería mirar ya en el ordenador la información de Connor. Ya era tarde, por lo que el personal del turno de noche ya había entrado. Ella siempre trabajaba de día, así que solo los conocía por sus fichas, y se dio cuenta de que la miraban con extrañeza mientras atravesaba los pasillos.

Se metió en su despacho y encendió el ordenador para buscar el historial de Connor. Sin embargo, el programa no le devolvió ninguna información, sino un mensaje que decía «Información confidencial, necesita nivel 5 de autorización».

Probó de nuevo por si acaso, pero obtuvo el mismo mensaje. Con el ceño fruncido, buscó a June y David, de quienes sí consiguió los informes, pero nada que no hubiera visto ya.

Se echó hacia atrás en la silla, tamborileando en la mesa con los dedos, pensativa. Pensaba que tenía autorización para ver el historial médico de todos los internos, pero ahora veía que no. ¿Qué podría ocurrir con Connor para que su historial fuera tan importante? ¿Tendría que ver el hecho de que fuera un soldado? Pero entonces tampoco debería poder acceder al de David... era todo demasiado extraño. Tendría que hablar con Robert, quizás él pudiera ayudarla.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos y miró hacia allí extrañada.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió y se sorprendió aún más al ver a un par de soldados.

—Buenas noches, doctora —saludó el que estaba más adelantado—. Su turno ha acabado hace ya unas horas.

—Sí, me he quedado arreglando papeleo.

—Tiene que avisar cuando vaya a hacer eso. Los transportes nocturnos no pasan tan a menudo como durante el día y no querrá pasar la noche aquí, ¿verdad?

—No, claro que no.

—La llevaremos a su residencia.

Se hizo a un lado para despejar la entrada a la puerta y Rachel se dio cuenta de que no se lo estaba sugiriendo, sino ordenando. Apagó el ordenador

aparentando tranquilidad e incluso le sonrió al pasar junto a él, pero por dentro no se sentía así. Empezaban a no gustarle aquellos horarios tan estrictos y tanto control militar.

Por la mañana, Rachel se levantó pronto para estar de las primeras en el centro de mando y no tener que esperar demasiado.

Cogió el autobús y, al llegar a la parada, de nuevo se fijó en el almacén de la otra vez. Era difícil no hacerlo, con todos los militares que había alrededor.

Se bajó cruzando los dedos mentalmente, esperaba que le dijeran algo y no haber hecho el trayecto en vano.

Cuando entró en el edificio, solo había un par de personas delante de ella, pero pudo ver que detrás del mostrador no se encontraba la misma chica de la otra vez. Aquello la desanimó un poco, ya le había costado convencer a la anterior, no creía lograrlo otra vez.

Llegó su turno y se acercó con su mejor sonrisa amable.

—Buenos días —saludó.

—¿En qué puedo ayudarla? —La chica sonrió a su vez.

—Vine hace unos días a preguntar por el último transporte de Nueva York, concretamente por unos pasajeros. Me dijeron que me informarían sobre si habían sido embarcados.

—¿Nombres?

—Teniente coronel Hunter Cooper, Emma Jefferson y Nathan Thomas.

—¿Es familiar?

—Bueno, no realmente, soy la directora adjunta del hospital, Rachel Portman. El teniente Cooper es mi novio.

—Un segundo, por favor.

Tecléo en su ordenador y a continuación cogió el teléfono para marcar un número. Apartó un poco la silla y habló en voz baja, de modo que Rachel no pudo escuchar lo que decía.

Tras intercambiar unas palabras, colgó y recolocó su silla frente a Rachel.

—Puedo confirmarle que el teniente Hunter y Emma Jefferson embarcaron en el último transporte —dijo.

—¿Y Nathan Thomas?

—Es todo lo que puedo decirle, doctora Portman.

Aunque la información le había quitado parte de sus dudas, también la había dejado aún más inquieta con relación a Nathan. Si tampoco estaba en aquel transporte... ¿dónde demonios se había metido? Allí no le dirían nada

más y no tenía ni idea de dónde podría intentar averiguarlo.

Le dio las gracias a la chica y salió a buscar un autobús que la llevara al hospital. Empezaba a sentirse un poco estresada, tenía en su cabeza tantas preguntas sobre tantas cosas... Quizá si lograra el nivel de seguridad más alto, no necesitaría tener que estar dando tantas vueltas.

Cuando llegó al hospital, se dirigió al despacho de Robert. Conocía su horario y sabía que estaría todavía allí.

Se lo encontró en la máquina de café del pasillo, y el hombre la miró con gesto extrañado.

—No esperaba verte hoy por aquí —le dijo, cogiendo su vaso de plástico humeante—. ¿No es tu día libre?

—Sí, pero he venido porque quería hablar de un tema contigo. ¿Tienes un minuto?

—No me digas que has tenido otra discusión con la doctora Henderson...

Su tono era de broma y Rachel sacudió la cabeza.

—No, no tiene nada que ver con eso.

—De acuerdo, vamos a mi despacho.

Mientras le seguía hacia allí, Rachel pensaba que no le había contado nada sobre sus visitas a June y sus amigos, ni su relación con ellos. No era que no confiara en él, porque seguía haciéndolo como el primer día, pero de cierta manera había querido conservar algo de su intimidad, visto que todo lo que hacía parecía estar controlado. Lo cual le hizo preguntarse si él no lo sabría ya, si las enfermeras de la zona de aislamiento se lo habrían contado.

—Te noto cansada —comentó él, señalando la silla frente a su mesa.

—Me he levantado pronto hoy. —Ocupó el asiento con un suspiro—. Verás, tengo una pregunta sobre los niveles de seguridad.

—¿Sobre los niveles de seguridad? —repitió él, extrañado—. ¿Has tenido algún problema?

—Bueno, he querido acceder al expediente de un paciente y no tengo permiso, me ha salido un aviso de que necesito autorización de nivel cinco.

—Qué extraño. Ese nivel es militar, no civil. Yo tampoco tengo, pero nuestros pacientes no están en esa categoría. ¿En qué planta está?

—Es uno de los soldados que está, o mejor dicho, estaba en aislamiento. Connor Riker.

—Me suena, sí. —Se giró hacia su ordenador y empezó a teclear—. Vino con otro soldado y una chica, si no recuerdo mal... Sí, aquí están. —Frunció el ceño—. Qué raro.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, tiene que haber algún error, yo tampoco puedo entrar en su historial.

—¿Puedes ver a dónde le han trasladado?

—No, no me aparece. Espera un segundo, voy a llamar al centro de mando a ver si ahí saben algo.

Cogió el teléfono y marcó un número. Rachel esperó pacientemente mientras le oía pedir hablar con un teniente y le iban pasando de una a otra persona o manteniendo en espera. Aunque solo podía oír su parte, era fácil deducir que no estaba consiguiendo ninguna información al respecto.

Al cabo de unos minutos, Robert colgó con expresión confusa.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Rachel, impaciente.

—Como no soy militar ni tengo ese nivel de autorización, no me han querido decir nada.

—¿Nada?

—Solo que lo han trasladado, pero... —Movi6 la cabeza—. No lo entiendo. Me han dicho que se lo han llevado a la zona de aislamiento controlado.

—Bueno, eso ya es un dato. ¿Qué zona es esa?

Robert se reclin6 en su silla pensativo. Por fin la mir6, con expresi6n seria y preocupada.

—Ese es el problema —dijo.

—No te entiendo, Robert.

—Que yo sepa, solo hay un lugar de aislamiento para enfermos y est6 en este hospital, en el s6tano.

—Pero... Si te han dicho eso es porque hay otra zona m6s.

—Eso es. Y te puedo asegurar, Rachel, que hasta ahora no hab6a o6do hablar de ella ni tengo idea de qu6 tipo de enfermos llevan all6.

Capítulo 5. Traslados

-Aneuploidía no detectada —decía la doctora Henderson con voz monótona, leyendo un papel que acababa de imprimir—. Es decir, trisomías 21, 18 y 13 no detectadas ni desórdenes en los cromosomas sexuales. Su niño está en perfecto estado, doctora Portman.

—¿Es un niño?

—Efectivamente. —Le entregó el papel—. Seguiremos haciéndole pruebas para poder ver si el antivirus de su organismo le ha sido traspasado, al no detectarse a nivel genético no estamos seguros de que haya sido así.

—No autorizaré ninguna prueba invasiva, doctora. —Levantó la mano antes de que ella hablara—. Y cuando nazca, ya hablaremos sobre ello. Ahora no es el momento.

—Recuerde que el protocolo indica...

Pero Rachel ya se estaba levantando de la silla. Salió del despacho sin querer escuchar el resto de la frase, llevaba días encontrándose con gente diciéndole aquella frase o «es confidencial», mientras intentaba averiguar qué había sido de Connor. Y estaba harta de encontrarse con callejones sin salida.

Ya en el ascensor de regreso a su planta, miró la hoja y sus ojos se detuvieron en la información sobre el sexo del bebé. No pudo evitar una sonrisa al pensar en que tendría un pequeño Hunter con ella al cabo de unos meses. Por poco que se pareciera a su padre, ya se imaginaba un militar en miniatura.

Dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta con un suspiro. Estaba impaciente porque llegara el barco de una vez.

Se fue a su despacho a trabajar y a la hora de la comida fue a buscar a Robert. Él también llevaba varios días intentando averiguar qué había

ocurrido con Connor y dónde estaba aquella zona de aislamiento de la que nadie parecía saber nada. Pero aquel día tampoco tenía novedades al respecto.

—He comprobado todos los planos que he conseguido de la isla y no hay nada parecido en ninguna otra parte —explicó Robert.

—¿Puede ser algo que hayan construido hace poco?

—Aun así, se trataría de una zona médica y tanto tú como yo deberíamos estar informados al respecto.

—Pues entonces lo único que se me ocurre es que sea otra cosa.

—¿Qué quieres decir?

—Otro edificio, no sé, que lo llamen de una manera pero en realidad sea otra cosa.

—Pero toda la idea de esta isla es comenzar de nuevo, hacer las cosas bien. No me creo que el gobierno ni los militares estén ocultando algo del personal civil.

—Tampoco sería la primera vez.

—Anticosti es diferente. Estoy seguro de que habrá una explicación perfectamente razonable detrás de todo esto.

Rachel no estaba nada convencida sobre eso, pero sabía que Robert se resistía a ver nada oculto en lo que estaba pasando, justo al contrario que ella, que cada vez estaba más intranquila.

Después de comer, cada uno siguió con su rutina y, cuando terminó su tiempo de trabajo, Rachel bajó a visitar a June y a David como hacía casi todos los días. Le dolía no poder darles ninguna respuesta cuando llegaba, ver cómo su mirada esperanzada al verla entrar se tornaba decepcionada cuando les decía que seguía sin novedades.

—Seguiré insistiendo —añadió Rachel, con tono de disculpa, mientras se sentaba junto a June—. También he pedido que aceleren vuestras altas, a ver si salís pronto de aquí.

Mientras la doctora hablaba, June la escuchaba mirando por el rabillo del ojo a David, que se estaba rascando el pecho de forma distraída por encima de la camiseta. No podía evitar preocuparse, llevaba varios días fijándose en él y estaba segura de que no se lo estaba imaginando. El chico tenía el rostro algo enrojecido por debajo de la barba y estaba segura de que también del cuello para abajo, por lo poco que había podido vislumbrar. Pero no le había preguntado nada, temía que tuviera la misma alergia que Connor... o lo que fuera aquello. A ella misma se le había extendido la rojez por el brazo y también se la cubría con manga larga para que no lo viera nadie. Tenía miedo

de que se la llevaran de allí como había ocurrido con Connor.

—Ojalá te hagan caso —contestó, con un suspiro—. ¿Y tú qué tal? Hoy te daban el resultado de las pruebas, ¿no?

—Sí, todo perfecto. —Sonrió—. Es un niño.

—Bueno, eso seguro que le encanta al teniente: un soldadito como él.

La enfermera se acercó en aquel momento con un carrito de comida y les pasó las bandejas. Rachel vio que en la de David había además un par de pastillas, que este se tomó de un trago.

—¿Sigues durmiendo mal? —le preguntó.

—Sí, he pedido que me suban la dosis —contestó él—. Es por estar aquí encerrado, en cuanto salga seguro que se me pasa.

—No puedes tomar tantas pastillas, David. Dos ya son un buen chute, más sería peligroso.

—¿Seguro? ¿Puedes comprobarlo? Porque no noto que me hagan mucho.

—Lo miraré, no te preocupes.

Se quedó un rato más con ellos y cuando se marchó pidió el informe de David en el puesto de enfermería de la entrada. Se lo enviaban todos los días, tal y como había pedido, pero quería comprobarlo por si acaso no tenía la última actualización. No había nada nuevo en él y la medicación que David estaba tomando era la habitual.

—Hoy ha pedido que le diéramos más pastillas para dormir —informó la enfermera—. No lo hemos incluido en el informe diario porque el doctor dijo que no es relevante, y además ya se le está administrando la dosis máxima.

—¿Se despierta con esa medicación?

—No, aunque anoche se levantó sonámbulo. Puede ser debido al estrés del encierro.

La explicación entraba dentro de la lógica, aunque a Rachel no le gustaba que le estuviera pasando lo mismo que a Connor... Al menos no tenía aquella extraña alergia, o no lo parecía, de momento. Esperaba poder sacarlos pronto de allí y acabar con su encierro, antes de que June se empezara a estresar también.

Cogió el autobús hacia su residencia pensando en ellos pero, cuando llegó a su parada, dejó de hacerlo al ver un transporte militar aparcado enfrente. Pasó junto a él mirando extrañada el interior y vio que dentro solo estaba el conductor, que la miró con indiferencia. Subió hasta su apartamento preguntándose qué estarían haciendo allí y se quedó parada al ver a dos soldados a cada lado de su puerta, que estaba abierta de par en par. Durante

un segundo pensó que quizá le habían entrado a robar, por muy extraño que le pareciera, hasta que vio salir a otro soldado cargado con una caja de cartón abierta, dentro de la cual Rachel distinguió varias prendas de ropa que reconoció como suyas.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —Se puso delante del soldado e intentó coger la caja, pero este la esquivó y siguió su camino, evitando mirarla—. ¡Esas son mis cosas!

—¿Doctora Portman?

Rachel se giró hacia la voz para encontrarse con otro militar uniformado. Miró sus galones, y vio que tenía el cargo de capitán.

—¿Está usted al mando? —replicó ella.

—Doctora, tranquilícese.

—¿Que me tranquilice? ¿Qué hacen llevándose mis cosas?

—Tiene que venir con nosotros, se ha ordenado su traslado a otro bloque de apartamentos.

—¿Qué? Pero ¿por qué? Nadie me ha dicho nada, ¿ocurre algo con el mío?

Solo se le ocurría que hubiera goteras, grietas o algo parecido en el edificio y estuvieran evacuando a todo el mundo, de otro modo no entendía a qué venía aquello. Pero entonces llegó la chica del apartamento de enfrente y entró en su casa sin apenas mirarles, así que Rachel dedujo que no era por una razón de ese tipo.

—Nosotros solo cumplimos órdenes, doctora —continuó el capitán, con tono paciente—. Nos han enviado la orden de traslado y la ejecutamos, nada más.

—¿Y si me niego?

El soldado la miró como si estuviera loca.

—Señora...

—Doctora.

—Ejem, doctora... No puede negarse. Sería desobedecer una orden militar, no creo que quiera meterse en un lío así, y menos en su estado.

—¿Mi estado? —Aquello la sorprendió y la enervó a partes iguales—. ¿Pero qué sabe usted sobre mi estado? ¿Y qué tiene que ver eso con nada?

El capitán miró a los dos soldados que custodiaban la puerta en busca de ayuda, pero estos no se movieron. Él parecía incómodo, lo cual le dio a entender a Rachel que no quería usar la fuerza bruta con ella.

—Exijo una explicación o no me moveré de aquí —insistió ella,

cruzándose de brazos con gesto obstinado.

—Bueno... es que como sus... características personales han cambiado, pues ya no puede quedarse en este bloque. Es todo lo que puedo decirle, no insista.

Hizo un gesto hacia los dos chicos, que se miraron entre ellos antes de acercarse y colocarse cada uno a un lado de Rachel. Mientras tanto, otro soldado salió con una caja llena y el anterior regresó con una vacía.

Rachel se dio cuenta de que no tenía sentido discutir, fuera a donde fuera que la trasladaban, la llevarían allí quisiera o no. No entendía el cambio, a no ser que la llevaran a un apartamento más amplio porque estuviera embarazada o por el hecho de que de Hunter estuviera a punto de llegar... Odiaba la opacidad que rodeaba todo aquello, verse obligada a hacer cosas sin saber por qué. Pero no tenía forma de evitarlo y echar a correr no era una opción en aquel momento, desde luego.

Así que se dio la vuelta y bajó al transporte con gesto serio, sin dirigirle la palabra a ninguno de los soldados que estaban allí.

Se sentó junto a una ventanilla con gesto enfurruñado, aquello no se parecía en nada a lo que les habían explicado en Nueva York. Cada vez estaba más convencida de que toda aquella isla estaba bajo un régimen militar, no civil, y no le gustaba nada.

El nuevo edificio al que la llevaron estaba más cerca del hospital que el anterior, pero por fuera era exactamente igual, como todos los bloques de viviendas que había visto. Siguió al capitán hasta su nuevo apartamento y, por lo que pudo ver en un primer vistazo, la única diferencia era que tenía un dormitorio más. Les dejó trasladando sus cosas allí y bajó al comedor común para cenar.

No era muy tarde, pero no había mucha gente allí y enseguida comprobó que solo eran chicas, como en el anterior, solo que con una diferencia: todas ellas estaban embarazadas, aunque a algunas se les notara poco. Cogió una bandeja y cubiertos, acercándose a las vitrinas de comida. Miró lo que había disponible en el buffet y de nuevo frunció el ceño. Todo era comida saludable: verduras, pollo a la plancha, pescado blanco hervido y fruta. Nada de dulces ni carnes rojas. Lo mismo para beber: solo agua mineral sin gas o zumos. Esperaba que fuera la noche sana o algo parecido, o se vería robando donuts del hospital.

Cenó sin muchas ganas aquella comida insulsa que tampoco llevaba sal, pero se quedó en el comedor hasta que vio que se marchaban todos los

militares, ya que no quería encontrarse con ellos. Después subió al apartamento, donde tuvo que volver a guardar todas sus cosas, transportadas en las cajas que habían dejado, sin más, en medio del salón. No durmió nada bien aquella noche, con la cabeza dándole vueltas a toda aquella nueva situación.

June despertó sobresaltada. Se sentó en la cama mirando a su alrededor en la penumbra, preguntándose si habría tenido una pesadilla de la que no se acordaba, pero entonces escuchó un ruido proveniente de la cama de David. Se levantó despacio y apartó la cortina con cuidado por si estaba dormido, para no despertarle. Retrocedió un paso inconscientemente al verle.

David estaba tumbado, retorciéndose sobre la cama como si estuviera sufriendo algún tipo de ataque epiléptico. Pero no solo eso, su camiseta estaba hecha jirones, parecía que hubiera intentado arrancársela, y todo su pecho estaba lleno de zonas rojas, con algunos arañazos recientes.

De pronto el chico se quedó totalmente inmóvil, con los ojos abiertos de par en par y mirando al techo con fijeza. Giró la cabeza hacia ella, sin pestañear, y emitió un gruñido extraño antes de incorporarse con brusquedad para lanzarse sobre ella.

June retrocedió con un grito y David se enredó en las sábanas. Perdió el equilibrio, cayendo al suelo con estrépito. El golpe pareció despertarlo, porque se sentó con la mirada confusa, cogiéndose la cabeza y contemplando su camiseta destrozada, desconcertado.

—Joder... —murmuró, con voz ronca—. Pero qué... —Miró a June, con el rostro descompuesto por la preocupación—. Oh, Dios mío... June, ¿estás bien? ¿Qué me ha pasado?

—No lo sé, tú...

El ruido de pasos apresurados les interrumpió. La enfermera de guardia apartó las cortinas y al verle echó a correr hacia su puesto.

David se incorporó con las manos temblando, preguntándose qué había ocurrido. Pensaba que las pastillas, aunque no consiguieran dormirle del todo, al menos le atontarían lo suficiente como para no tener esa especie de ataques... No sabía qué le pasaba, se quedaba en blanco y no recordaba nada de lo que le ocurría durante unos minutos. Hasta entonces había logrado disimular, pero estaba claro que ya no podía ocultarlo más.

Se tocó el pecho, notando el escozor de los arañazos.

—¿Te he hecho algo? —preguntó, preocupado por June.

—No, has... Bueno, has saltado sobre mí, pero... David... ¿crees que... crees que estás...?

Tragó saliva, con un nudo en la garganta, sin querer expresar en voz alta lo que tanto temía. Porque si las manchas rojas significaban eso, entonces ella también...

—Tendrá que venir con nosotros, señor —dijo una voz masculina, haciendo que ambos se sobresaltaran—. Será mejor que no se resista.

David se tensó al ver a los dos soldados, ambos apuntándoles con sus armas reglamentarias, mientras la enfermera permanecía a un lado mirándole con expresión asustada.

Uno de los soldados sacó unas esposas y, tras unos segundos tensos de indecisión, David adelantó sus muñecas para que se las pusiera. En otras circunstancias quizá se hubiera resistido, pero en aquel momento pensó que lo mejor para June era que se marchara con ellos: lo último que quería era hacerle daño.

—Tranquila, estaré bien —le dijo, aunque ni siquiera a él le sonaron sinceras sus palabras—. Habla mañana con Rachel y no te preocupes por mí.

June afirmó con la cabeza y no pudo evitar derramar alguna lágrima mientras veía cómo se lo llevaban de allí. Se sentía más sola que nunca, y totalmente impotente. Si Rachel aún no había logrado averiguar qué había sido de Connor, ¿cómo iba a poder saber a dónde se llevaban a David?

Se sentó en su cama con las piernas temblando y levantó la manga de su pijama para mirar su brazo enrojecido.

¿Y si ella era la siguiente?

Capítulo 6. Reencuentros

Rachel llegó al hospital cansada y de mal humor. Con todo lo ocurrido el día anterior, apenas había dormido y, para rematar, se había encontrado con que el desayuno seguía las mismas directrices sanas que la cena. Es decir, nada de bollería ni dulces: solo cereales, zumos y frutas. Con lo cual ya preveía que a media mañana estaría muerta de hambre, pero no pensaba dejar de ir a la cafetería del hospital y comer lo que le apeteciera.

Sin embargo, cuando llegó a su despacho todo aquello pasó a un segundo plano al encontrar un mensaje en su correo de la zona de aislamiento, con el informe actualizado de David. Tuvo que releerlo dos veces para entender lo que ponía, porque no podía creerse que a él también le hubieran trasladado de pronto. Dejó sin mirar el resto de mensajes pendientes que tenía en la bandeja de entrada y se fue directamente al sótano, no podía esperar hasta la noche.

En la entrada se encontró con una enfermera y le pidió los informes de June y David.

—El chico ha sido trasladado esta noche —le contestó ella, pasándole solo el de June—. Me lo han dicho cuando he llegado a mi turno esta mañana.

—¿Te han explicado por qué?

—Lo siento, doctora, pero no pone nada en el informe del turno de noche.

—¿Y no te ha dicho nada la otra enfermera cuando has llegado?

—Me ha comentado algo sobre que ha tenido alguna especie de ataque, pero no me ha dado detalles.

Llegados a ese punto, Rachel ya no sabía si creerla o si todos los que estaban en aquella zona mentían por igual. Ojeó el informe de June, pero como no había nada nuevo ni relevante, se lo devolvió a la chica y pasó al interior.

Cuando llegó a la cama de David, comprobó que estaba vacía y que no quedaba nada suyo allí. Apartó la cortina y respiró aliviada al ver a June al otro lado, tumbada en su cama.

La chica estaba mirando la televisión con la vista perdida, sin prestar realmente atención a lo que mostraba la pantalla. Al oír el ruido movió la cabeza hacia ella y sin decir nada se echó a llorar.

Rachel se apresuró a acudir a su lado y abrazarla, acariciándole el pelo para intentar tranquilizarla. No sabía qué podía decirle, así que se mantuvo en silencio mientras esperaba que pasaran los sollozos.

Unos minutos después, June se apartó un poco y cogió el pañuelo que le tendía la doctora para secarse la cara.

—Se lo han llevado también, Rachel —dijo, con la voz entrecortada.

—Lo sé, he visto el informe del traslado. Te prometo que no pararé hasta averiguar dónde están, June.

—Tengo miedo de que hagan lo mismo conmigo.

—Te sacaré de aquí antes.

Intentó sonar convencida, pero la verdad era que no las tenía todas consigo. Ni siquiera era dueña de sus propios movimientos, ¿cómo iba a poder hacer algo por los demás? Ser codirectora del hospital no parecía más que un nombre, sin ningún privilegio asociado.

—¿Qué es lo que ha pasado para que se lo llevaran así? —preguntó.

—No estoy segura, Rachel. —Movié la cabeza—. Estábamos durmiendo y de pronto él... No sé qué le pasó, fue como si le diera un ataque epiléptico o algo así, y... se había roto la camiseta y tenía manchas rojas, como la alergia de Connor.

Rachel frunció el ceño. ¿Podría ser que ambos se hubieran contagiado de algún tipo de bacteria y por eso compartieran síntomas? Pero estaban aislados, por lo que si habían contraído algo, tenía que haber sido antes de llegar a Anticosti, incluso antes de subir al barco, ya que durante el trayecto sabía que también habían estado aislados. Miró el rostro de June con atención, pero no le vio ninguna mancha parecida.

—¿Tú estás bien? —preguntó.

La chica dudó. Ella no había tenido ningún episodio extraño de sonambulismo como David o Connor, ni tenía aquella rojez tan extendida por todo el cuerpo, únicamente en el brazo. Quizá se le quitara solo... No desconfiaba de Rachel, pero sí de todos los de aquella zona y temía que las pudieran estar escuchando. Así que afirmó con la cabeza, esperando que la

doctora creyera sus palabras.

—Sí, no necesito pastillas para dormir. Aunque no sé yo si a este paso...

—¿Y alergias? —June negó, evitando mirarla—. Voy a insistir en que te saquen de aquí, hablaré con el codirector del hospital a ver si él también puede hacer fuerza.

—Gracias por todo, Rachel.

—Hago lo que puedo.

Le dio un abrazo y se marchó, esperando que aquella no fuera la última vez que la viera como le había ocurrido con David.

Subió al despacho de Robert, pero tuvo que esperar a que saliera de una reunión de personal para poder hablar con él. Se quedó esperando fuera hasta que el codirector apareció por el pasillo.

Al verla, este miró la hora con gesto extrañado.

—Es un poco pronto para comer, ¿no? —comentó.

—Tengo que hablar contigo, es urgente.

Al notar su tono preocupado, Robert la invitó a entrar en su despacho y sentarse. Rachel no se entretuvo con más saludos y le contó lo que había ocurrido con David.

—Robert, algo raro está pasando.

—Sí, ya lo hemos hablado varias veces, pero no veo qué más podemos hacer. Hemos hablado con todo el mundo, revisado historiales... y no hemos averiguado nada.

—Por favor, envía una petición de alta para June Jefferson, a ver si junto con la mía nos hacen caso.

—No te preocupes, lo haré. Pero en lo que respecta a esos dos chicos... De verdad, Rachel, no se me ocurre qué más hacer. —Se frotó la frente con gesto pensativo—. No sé, quizás ahora que ha llegado el jefe de Estado podríamos...

—Espera, espera. —Rachel hizo un gesto con la mano para interrumpirle—. ¿Jefe de Estado? ¿Te refieres a Jacob Norris?

—Sí. —La miró sorprendido—. ¿Lo conoces?

—Claro que lo conozco, de Nueva York. Él fue quien nos contó lo de esta isla y me convenció de venir aquí. ¿Y dices que ha llegado?

—He oído que lo comentaban en mi residencia, durante el desayuno. Yo no le conozco, pero si dices que tú sí... Podrías pedir una reunión con él, seguro que lo tienes más fácil para conseguirla que yo.

—Me voy ahora mismo al centro de mando.

Salió sin darle tiempo a contestar. Al menos tenía una oportunidad de averiguar qué estaba pasando y desde luego no pensaba esperar ni un minuto más. Pasó por su despacho para avisar a su ayudante de que se iba y que cancelara todas sus reuniones, y después cogió el autobús que iba hasta el centro de mando. Ni siquiera había comprobado que fuera día de atención civil, pero por suerte cuando llegó allí se encontró con que la puerta estaba abierta.

Había poca cola, pero se le hizo eterna mientras esperaba impaciente. Cuando le tocó su turno, comprobó que era otra chica diferente, allí parecía que había mucha rotación de personal, así que se presentó y, con toda la calma que pudo, le expuso su petición para tener una reunión con el Jefe de Estado Norris.

—La apuntaré en la lista y ya le avisaremos cuando tenga un hueco, doctora Pitman —contestó la chica, escribiendo en el ordenador.

—Es Portman. Y quiero verle ahora.

—Disculpe, doctora Portman —recalcó el apellido—. Pero ya le digo que no tiene huecos y debe esperar a que le avisemos.

—Creo que no me he explicado bien. —Rachel apoyó las manos en el mueble de la recepción y se inclinó hacia ella—. No pienso moverme de aquí hasta hablar con él.

—Escuche, no quiero hacerlo, pero si continúa con esa actitud, me verá obligada a avisar a seguridad.

—Pues llámeles. Veremos qué pasa cuando intenten sacar de aquí a la fuerza a una mujer embarazada y me ponga a gritar como una loca. ¿Cree que toda la gente que está en la cola se quedará tan tranquila?

La chica miró detrás de Rachel, comprobando cuántas personas había, y luego al teléfono.

—Mire, la pondré en la lista, pero con prioridad —cedió, suavizando la voz—. Es todo lo que puedo hacer.

—Y yo repito que no pienso moverme de aquí.

—Al menos deje que pase la siguiente persona, y...

—No-pien-so-mo-ver-me.

La cola iba aumentando y la soldado recepcionista comenzaba a ponerse nerviosa. Cogió el teléfono y llamó a su superior para explicarle brevemente lo que estaba ocurriendo. Este salió con gesto serio de su despacho, colocándose junto a la soldado.

—Señorita, si viene conmigo y me explica... —empezó.

—No —negó Rachel—. Yo de aquí no me muevo a no ser que sea para ver al jefe de Estado Norris. ¿Es que no he sido suficientemente clara?

—Mire, a mí me da igual la imagen que demos, aviso a mis hombres y la sacamos de aquí a rastras, ¿es eso lo que quiere?

Rachel le sostuvo la mirada sin amilanarse.

—Inténtelo.

El hombre resopló fastidiado, mientras en la cola comenzaban a oírse murmullos de impaciencia. Ya llegaba hasta la puerta y todos observaban a Rachel y su actitud desafiante, preguntándose qué estaría ocurriendo.

Entonces se abrió una puerta al fondo de la sala, en la parte interior, y Rachel distinguió la figura de Norris.

—¡Señor Norris! —Llamó, alzando la mano para llamar su atención—. ¡Jefe de Estado Norris! ¡Soy Rachel Portman, necesito hablar con usted!

Aquello terminó de llamar la atención de todo el mundo, por lo que aumentó el nivel de los murmullos. La soldado de la recepción le hizo gestos para que bajara la voz, nerviosa, mientras su superior daba la vuelta para dirigirse a la puerta de separación y acercarse a Rachel, dispuesto a llevársela él mismo de allí si era necesario.

La cogió del brazo con suavidad, pero Rachel se apartó con un gesto brusco y elevó la voz aún más.

—¡Jefe de Estado Norris! —insistió.

Aquello logró que el hombre volviera a coger su brazo, esta vez con más fuerza, aunque también que Norris se percatara de su presencia.

Al ver que la miraba, Rachel agitó de nuevo el brazo. El jefe de Estado la observó unos segundos como si estuviera confuso, hasta que hizo un gesto de reconocimiento y se acercó con expresión amable.

—Doctora Portman, qué sorpresa —saludó.

—¿La conoce, señor? —preguntó el que sujetaba a Rachel.

—Por supuesto que me conoce —replicó ella, deshaciéndose de su brazo y mirando a Norris—. Necesito hablar con usted con urgencia, ¿tiene unos minutos?

—En realidad estoy bastante ocupado...

—No será mucho.

El jefe de Estado miró hacia la cola de gente, que seguía la conversación con gran interés, y acabó afirmando con la cabeza.

—De acuerdo. Acompáñela a mi despacho.

El hombre no parecía muy contento con aquella decisión, pero le hizo un

gesto a Rachel para que le siguiera y le abrió la puerta hacia la zona interior.

A ella le dio igual que no le dirigiera la palabra en todo el trayecto: había conseguido su objetivo. Cuando llegaron al despacho, entró y le cerró la puerta en la cara, sin darle tiempo a entrar.

Norris señaló la silla frente a su mesa.

—¿Quiere un café, té...? —ofreció.

—No, nada gracias. —Ocupó la silla y él hizo lo propio al otro lado de la mesa—. Estoy bien.

—¿En qué puedo ayudarle?

Rachel tenía tantos temas que no sabía ni por dónde empezar.

—Han ocurrido varias cosas que me preocupan —dijo, al fin.

—¿Con respecto a su puesto? —Se giró hacia el ordenador y tecleó—. Por lo que veo aquí, está en el hospital, tal y como le dije.

—No, no tiene que ver con el trabajo, no tengo ninguna queja sobre eso. Bueno, sí, que parece que no tengo suficiente nivel de acceso para ver cualquier informe médico.

Norris seguía mirando la pantalla y Rachel esperó mientras leía lo que fuera que estaba mirando. Al cabo de unos minutos, el jefe de Estado dirigió de nuevo su atención a ella con gesto serio.

—Veamos, doctora Portman. Por lo que he podido leer, no veo dónde está el problema. Usted está embarazada, lo cual es inesperado pero bienvenido, y por ello ha sido trasladada. Tiene el nivel de acceso correcto, al igual que su codirector.

—Pero he tenido pacientes en la zona de aislamiento que han sido trasladados y de los cuales no sé nada.

—Porque ya no son sus pacientes, doctora.

—Eso no significa que no tenga derecho a saber a dónde han sido trasladados.

—Es exactamente lo que significa. —Cruzó las manos sobre el escritorio, mirándola con fijeza—. Doctora Portman, aquí ha venido a ayudar con la nueva vida en la isla, no a causar problemas.

—¿Perdón? Yo no estoy causando problemas, solo estoy preguntando...

—No tiene nada que preguntar, solo seguir las instrucciones que se le han dado y realizar su trabajo. Punto.

—Esto no es lo que nos contó en Nueva York. Nos dijo que Anticosti era el lugar donde comenzar de nuevo, que todo empezaba de cero y...

—Y así es.

—Pero esto parece un régimen militar, más que una democracia.

—¿Qué parte de «estado de excepción» no entendió cuando aquel se declaró, doctora?

Rachel parpadeó sorprendida. ¿De qué le estaba hablando? ¿Desde cuándo estaban así allí? Sacudió la cabeza.

—El estado de excepción se declaró para todo el territorio estadounidense —contestó—. No aquí.

—Eso no es cierto. Hasta que el gobierno sea de nuevo instaurado y todo vuelva a la normalidad, los militares estamos al mando. Además, esto se considera ahora territorio estadounidense. Creía que tenía eso claro.

—Pero el presidente...

—Está ocupado recorriendo el mundo para conseguir ayuda de otros países. Esto —hizo un gesto abarcando el despacho—, no es cosa suya. Es nuestra. Y si tiene un problema con el toque de queda, sus órdenes o su residencia asignada, lo siento, pero es lo que hay. No permitiremos que nadie se salga de la norma, ¿lo entiende?

—Pero... mis pacientes...

—Le repito que no son sus pacientes. Todo el personal que reside en la isla está bajo nuestro control y supervisión, y solo nosotros podemos decidir dónde se encuentra cada civil o militar, nadie más. Y, por supuesto, solo nosotros tenemos acceso a esa información. Así que le sugiero que vuelva al hospital, retome su trabajo y nos deje a los demás hacer el nuestro. De otra forma, nos veremos obligados a tomar medidas que, estoy seguro, no le gustarán.

—¿Medidas?

—Sí, doctora Portman. Nadie tiene su puesto garantizado en esta isla, cada uno tiene que demostrar su valía. Y si una persona causa más problemas que beneficios... —Se encogió de hombros—. En fin, se la expulsará.

—¿Cómo?

—Creo que he sido suficientemente claro. Si no quiere que la metamos en un transporte y la dejemos a su suerte en medio del desierto en Texas, será mejor que empiece a colaborar.

—No sería capaz de hacerme eso.

—O eso, o encerrarla en su bloque hasta que tuviera a su bebé. Supongo que ninguna de las dos opciones la atrae, ¿me equivoco?

Rachel se quedó mirándole, casi esperaba que estuviera bromeando... pero Norris le sostuvo la mirada con fijeza y seriedad.

—Y ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo por hacer —continuó él, incorporándose—. Creo que ya conoce la salida, espero no tener que volver a verla.

Confusa y derrotada, Rachel se levantó y salió del despacho sin despedirse. Sentía una opresión en el pecho que casi le impedía respirar y cuando llegó a la calle se detuvo para inspirar varias veces con profundidad y tranquilizarse.

Era peor de lo que había imaginado y no tenía ni idea de qué hacer, se veía atada de pies y manos. Ya no estaba segura de nada, ni siquiera de que el tema mejorara cuando llegara Hunter. A saber en qué puesto le pondrían, si se vería igual de limitado que ella. Estaba demasiado cansada y molesta como para volver al trabajo, por lo que cogió un autobús que la llevó a su nuevo edificio, en lugar de al hospital. Una vez en su apartamento, llamó a Robert para decirle que su reunión con el jefe de Estado había sido totalmente infructuosa y que no se encontraba bien, y después se metió en la cama a descansar. Esperaba que unas horas de sueño la ayudaran a despejar un poco la mente.

Varios días después, June se dio cuenta de que la rojez se había extendido hacia su espalda. Y lo peor de todo, despertó en el cuarto de baño sin saber cómo había llegado hasta allí.

Fue a ducharse pensando en qué debía hacer, porque no quería seguir ocultárselo a Rachel. Seguía esperando su alta, que no terminaba de llegar, pero también se preguntaba si sería correcto salir de aquella zona sabiendo que podía estar contagiada de algo o que lo que habían echado en el aire les había causado algún tipo de reacción. Ella había trabajado con Nathan, se había curado del virus, quizá podría ayudarles...

Se envolvió en una toalla y empezó a cepillarse el pelo pensando en ello, por lo que no se dio cuenta de que llamaban a la puerta. El baño no tenía pestillo, así que antes de que pudiera hacer nada, la enfermera asomó la cabeza.

—¿Te encuentras bien, June? —preguntó la chica—. Llevas ya mucho rato aquí dent...

June se giró con rapidez, pero ya era demasiado tarde: la enfermera estaba mirando su brazo, y seguro que había visto su espalda también. Su gesto se volvió serio.

—¿Desde cuándo tienes eso? —preguntó.

—No sé a qué te refieres...

La enfermera cerró la puerta. June se apresuró a vestirse, estaba segura de que iba a avisar a quien fuera que enviaba a los soldados para que se la llevaran de allí. En lugar de ir a su cama, se ocultó tras una columna y fue avanzando así hasta el puesto de enfermería. La chica estaba hablando por teléfono y June se quedó esperando a ver si se movía de allí. Pero la enfermera se quedó en su puesto hasta que llegaron un par de soldados. Les abrió la puerta para pasar al interior y June esperó hasta el último segundo para correr sin que la vieran y atravesar la puerta antes de que se cerrara. Miró el teléfono y vio que tenía varios números programados, así que pulsó el que indicaba la centralita y cruzó los dedos para que contestaran rápido.

—Buenos días, ¿con quién le paso? —contestó una voz femenina.

—Con el despacho de la doctora Portman, por favor.

—Un momento.

La voz fue sustituida por una melodía de música clásica. A través del cristal, June vio que los soldados y la enfermera habían llegado a su cama y la estaban buscando, así que se agachó para que no la vieran.

—Vamos, vamos, Rachel... —murmuró.

—Aquí la doctora Portman —contestó ella, por fin.

—¡Rachel!

—¿June?

—Rachel, escúchame, han venido a buscarme.

—¿Qué?

—Sí, unos soldados... es que me ha salido esa alergia también y... —
Movió la cabeza—. Date prisa, ven a buscarme antes de que me encuentren.

—No te muevas de ahí.

Cortó la comunicación. June dejó el auricular y se asomó por el cristal. La enfermera y los soldados estaban saliendo de los baños y se dirigían al fondo de la zona. Supuso que irían cama tras cama, verificando que no se hubiera escondido en ninguna de ellas, pero aun así no tardarían en recorrerlo todo.

Se quedó sentada con la espalda pegada a la pared, abrazándose las rodillas y sintiendo que el miedo aumentaba por momentos. Miedo a que la atraparan, a que estuviera contagiada, a quedarse de nuevo sola... a transformarse en algo irreconocible. Se frotó las mejillas para intentar no llorar, pensando que su hermana nunca se había rendido, y ella no debía hacerlo tampoco.

Un par de interminables minutos después, la puerta que daba al exterior se

abrió. Rachel entró apresurada, con el rostro lleno de preocupación.

June se levantó para recibirla, pero levantó la mano para que no se acercara a ella.

—No sé si soy contagiosa —sollozó.

—Vámonos de aquí, te llevaré arriba a una habitación y...

Pero justo en aquel momento, los soldados y la enfermera llegaron corriendo y entraron en el puesto de enfermería, ellos con sus armas en las manos, apuntando a June.

Al ver a Rachel, la enfermera avanzó hacia ella.

—Iba a avisarla después, doctora —se apresuró a explicar—. Pero es que el protocolo indica que debo llamarles a ellos primero y...

—No pueden llevársela —dijo Rachel, ignorándola y mirando a los soldados—. Soy la directora de este hospital, y ella es mi paciente.

—Lo sentimos, pero son órdenes y tenemos que cumplirlas —contestó uno—. No tiene autoridad sobre nosotros.

—No pienso permitir que se la lleven.

Se colocó delante de ella y los soldados se miraron. Uno de ellos sacó unas esposas, mientras el otro apuntaba a Rachel.

—Si no colabora, tendremos que arrestarla. No tenemos ningún problema en usar la fuerza si es necesario, doctora.

Alargó la mano para coger su brazo con fuerza. Rachel forcejeó, pero el soldado se lo dobló haciéndola girar y June levantó las manos al ver su gesto de dolor.

—¡Está bien, dejadla!

—June... —protestó Rachel, con un quejido de dolor.

—No, Rachel, tú estás embarazada, tienes que pensar también en tu bebé... y me van a llevar igual, mejor hacerlo sin que te hagan daño...

Extendió las manos hacia el soldado, que la miró con desconfianza. El otro se acercó para apuntarle a la cabeza.

—¿Vas a venir sin resistirte? —preguntó.

—Lo prometo. Soltadla, por favor.

El soldado dejó ir a Rachel con un empujón, que hizo que ella se tambaleara y tuviera que apoyarse en la mesa para no caer. Se frotó el brazo y el hombro con gesto de dolor, mientras observaba cómo esposaban a June y se la llevaban sin que ella pudiera hacer nada.

Se dejó caer en la silla que allí había, con expresión de derrota. La enfermera titubeó, pero acabó acercándose, retorciéndose las manos

preocupada.

—Doctora Portman... ¿se encuentra bien? ¿Quiere que le traiga algo?
¿Agua?

—Estoy bien. Vete a hacer una ronda o lo que quieras, pero déjame sola.

La chica no protestó, sino que cogió los historiales y se metió de nuevo en la zona de aislamiento.

Rachel ocultó la cara entre las manos, ahogando un sollozo. Ahora ya tampoco tenía a June y no sabía cómo encontrarla. Las cosas no podían ir peor.

El resto del día lo pasó como sonámbula, sin prestar realmente atención a lo que estaba haciendo. Se sentía sola y, lo que era peor, impotente por no poder hacer nada más que esperar a que llegara el maldito barco de una vez.

Cuando terminó su turno, bajó a la cafetería para cenar allí antes de ir a su apartamento, lo que menos le apetecía era una ensalada y fruta para terminar el día.

Ya era de noche cuando llegó a su bloque. Entró en su casa con un suspiro de cansancio, encendió las luces y se dirigió al salón, pero cuando estaba a punto de entrar, notó que alguien la agarraba por detrás y le cubría la boca con una mano.

Una chica salió de detrás del sofá, y la miró moviendo las manos en un gesto pacificador.

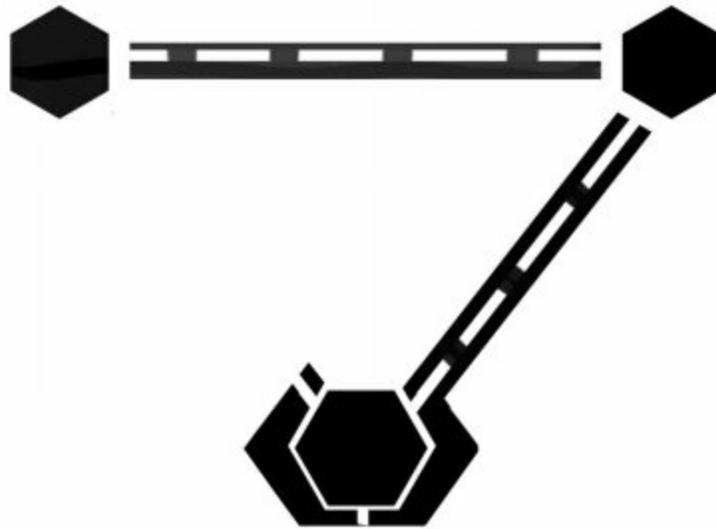
—Tranquila, no vamos a hacerte daño —dijo.

Rachel se movió intentando soltarse, pero se quedó quieta al oír otra voz.

—Soy yo, no grites.

Quitaron la mano que le impedía hablar y Rachel se giró despacio, sin poder creer sus oídos. Pero sí, ahí estaba él y, por supuesto, el fiel gigantón que se había convertido en su sombra. Se frotó los ojos por si acaso, pero cuando los abrió de nuevo, allí seguían.

—¿Nathan? —susurró, incrédula.



**TERCERA PARTE: BARCO
MADRE**

Capítulo 1. Más vidas que un gato

Hunter

Hunter sintió el frenazo de la furgoneta al detenerse y eso lo sacó de sus pensamientos. Se había acomodado en la parte trasera junto a Emma, rechazando así la invitación del cabo que conducía el vehículo para ir a su lado. Tampoco tenía mucho sentido, sabía bien cómo eran los militares, y era probable que ese cabo estuviera más callado que la propia Emma. La observó, inquieto y preocupado: el traslado había sido bastante complicado. Moverla con todo aquel equipo a cuestas se había vuelto un infierno, con cuatro enfermeros empujando la camilla para que el respirador no se saliera de su sitio. Él había ayudado, por supuesto, y sudado lo suyo, pero al menos ya estaba hecho. Solo faltaba el viaje y se reencontraría con Rachel y Nathan. Le preocupaban ambos: ella siempre estaba en su mente, la echaba de menos a todas horas; de su amigo, le extrañaba que no hubiera querido despedirse, aunque fuera con un simple adiós. No quiso pensar en nada malo. Nathan estaba raro, eso era todo. Podía perdonárselo. Más adelante seguro que encontraban tiempo para reírse de ello... Si es que volvían a reír.

Pero de momento tenía un largo viaje por delante y no pensaba perder de vista a su amiga. Ya que se sentía responsable de su situación, trataría de compensarlo de esa manera... No era mucho, pero no podía hacer otra cosa.

Se colocó la mascarilla y abrió las puertas traseras de la furgoneta para encontrar al cabo y otros dos soldados más que, por su uniforme de la marina, debían pertenecer a la embarcación. También portaban mascarillas de protección.

—Vamos allá —dijo uno, y sacaron la camilla con ayuda de Hunter.

Eran soldados, no aficionados, de forma que todo fue eficaz y rápido. Una vez estuvo en el suelo, Hunter se despidió del cabo con un gesto de cabeza y caminó tras los dos hombres que llevaban a Emma hacia la pasarela. Al llegar a la entrada apareció un hombre alto y fornido, acompañado de otros dos soldados. Más mascarillas, mascarillas por doquier. Para no saber demasiado sobre los efectos del antiviral, se cuidaban mucho de no respirarlo.

—Hola —saludó al verlos, mientras consultaba una tablilla—. Soy el sargento Mitchell. Dos, ¿correcto? Usted y la chica.

—Se llama Emma. Y yo soy el teniente Cooper.

—Sí, ya sé quién es usted, teniente. Adelante. —Y se apartó para cederle el paso mientras hacía gestos a sus hombres—. Vamos, es para hoy.

Ellos sujetaron la camilla para meterla en la cubierta mientras Hunter caminaba a la altura del sargento Mitchell, examinando el navío: otro barco de crucero, aunque no tan inmenso como le había parecido el de Rachel, y sí mucho menos lujoso.

Nada más atravesar las puertas de cristal se deshicieron de las mascarillas. Continuó inspeccionando el interior del barco. La decoración también era menos lujosa... Mejor. Aun así, se veía que tenía un montón de comodidades y, por un mapa que había en una pared, comprobó de forma fugaz que ese navío tenía tres cubiertas interiores y una superior. Parecía que la inferior era la sala de máquinas y las dos siguientes los camarotes y el comedor, pero el mapa estaba amarillento y desgastado, y Hunter no supo si todo eso continuaría de igual forma.

—¿Cuánto mide, teniente? —la voz del sargento Mitchell lo devolvió al presente.

—¿Cómo?

—¿Cuánto mide?

—Oh. Un metro ochenta y cinco, más o menos.

—¿Cuántos kilos?

—Unos ochenta y tres, he perdido algo de peso en el hospital, ¿por qué...?

—Son solo datos para la ficha.

—Ya. —Hunter tuvo que apretar para alcanzarle—. ¿Y no los apunta?

—Tengo buena memoria —el sargento Mitchell le dedicó un gesto burlón.

Hunter iba a responder algo sarcástico cuando se fijó en que uno de los soldados le ponía a Emma un colgante en el cuello: una pequeña tarjeta de plástico de identificación.

—¿Y la mía? —quiso saber.

—Tranquilo, usted no la necesita. —Mitchell empujó las puertas para que sus hombres pudieran acceder con la camilla hasta el ascensor y pulsó el botón—. Hay que llevarla al camarote que le han asignado. Y avisad al doctor Hennar para que le eche un vistazo, no sea que hayamos tocado algo durante el traslado y esta monada la haya palmado.

Hunter le cogió del brazo, molesto.

—Ese comentario ha sido bastante desagradable.

—Mis disculpas —Mitchell no parecía sentirlo en absoluto, incluso hasta se le veía divertido ante su cara huraña—. ¿Tiene usted pareja, teniente? Me refiero a viva, no a alguna mujer o novia de antes del desastre.

—No entiendo a qué viene esa pregunta.

—Podría ser un semental. ¿Nunca ha pensado que sería un trabajo de ensueño? —El sargento sacudió la cabeza, aún sonriendo—. Que me aspen si no da el tipo para serlo, con ese aspecto. Como ella, se ve que es guapa incluso estando vegetal.

—Amigo. —Hunter se le acercó—. Estoy a punto de darte un puñetazo en esa boca, así que te aconsejo que no la abras si no es para decirme el número de nuestros camarotes.

—Cómo no. —En aquel momento el ascensor se abrió y Mitchell se giró a los soldados—. Su camarote es el diecinueve, justo al lado de enfermería. Por favor, mucho cuidado, no quiero daños ni accidentes.

Los hombres afirmaron, apoderándose de la camilla para introducirla en el ascensor. Hunter hizo ademán de entrar detrás, pero el sargento Mitchell le detuvo firmemente poniendo una mano en su pecho y empujándole hacia fuera.

—Usted no va —repuso.

—Claro que sí. Puse como condición poder venir con ella para asegurarme de que estuviera bien, y es lo que voy a hacer. —Le lanzó una mirada de advertencia.

—Lo siento, teniente, pero su camarote está en otra cubierta.

—No pienso perderla de vista.

Intentó apartar aquella mano que se interponía entre él y el ascensor, siendo por primera vez consciente de la fuerza del sargento. Ciertamente que no estaba en su mejor forma como aquel capullo petulante, a juzgar por cómo le estaba costando tratar de moverlo.

—No tiene otro remedio —le dijo, y echó mano a su cinturón, que había permanecido oculto bajo su uniforme hasta ese momento.

Hunter retrocedió un paso por instinto, pero no fue lo bastante rápido y de pronto sintió una descarga recorrer su cuerpo con tanta potencia que cayó de inmediato al suelo. El dolor lo azotó de la cabeza a los pies con tanta intensidad que solo consiguió emitir un gruñido mientras se retorció. Mitchell apartó el arma de electrochoque y lo examinó, alzando una ceja. Había gente a la que aquello dejaba fuera de combate al momento, pero ese teniente parecía más duro que la media, de forma que le pegó una patada en el estómago y un puñetazo en la cara para asegurarse de que eso no sucedía. Una vez lo creyó inconsciente, abrió su radio.

—A ver —dijo—, Cáncer y Libra, ya deberíais estar aquí. No puedo trasladar a este elemento yo solo, por si no os habéis dado cuenta. —Cortó la comunicación con un gesto de exasperación y entonces se fijó en que Hunter aún intentaba moverse, sin perder del todo el conocimiento—. Vaya, eres un cabroncete duro, ¿eh?

Se agachó a su altura examinando su rostro, ahora una máscara de dolor y sangre.

—Pronto dejarás de serlo, como los demás. De ti depende llevarte más o menos palos... Solo debes recordar una cosa: agacha la cabeza cuando estés frente a mí, semental.

Hunter consiguió alzar la mirada. Quería hablar, preguntar qué sucedía, por qué lo trataba así, qué iba mal... Pero, de pronto, articular palabras resultaba un esfuerzo enorme que no estaba seguro de poder hacer. Buscó la mirada del sargento para transmitir el mensaje. Ambos eran soldados, debían ayudarse, no hacerse daño.

—Vaya, veo que no lo has entendido —dijo Mitchell—. Agacha la cabeza, soldado.

Un puñetazo y otra descarga después, Hunter perdió el conocimiento. El sargento se limpió las manos en los pantalones, dejando un par de marcas de sangre, y se frotó la boca con el dorso de la muñeca mirando a sus hombres, que aguardaban en el ascensor imperturbables.

—¿Qué esperáis, una propina? Lleváosla de una vez, par de idiotas. El doctor ya debe de estar esperando.

Los hombres afirmaron, pulsando el botón para descender un nivel. El trayecto fue breve y, cuando las puertas se abrieron de nuevo, ante ellos apareció un hombre joven con bata blanca junto a una mujer flaca y con los brazos cruzados, como él.

—Ya era hora —protestó él, adelantándose para ayudarlos a sacar la

camilla.

—Perdone el retraso, doctor —se disculpó uno.

—Cada día más inútiles —masculló la enfermera, agarrando la camilla por su lado—. Dejadlo, ya nos ocupamos nosotros. ¡Y cuidado con el respirador!

Ellos se miraron, asintiendo al mismo tiempo mientras regresaban otra vez al ascensor. Una vez que las puertas se cerraron, el hombre joven se giró hacia la mujer flaca, que no apartaba la mirada de Emma.

—Muy bien —comentó, después de carraspear—. Vamos a acomodar a la bella durmiente.

Emma

« Joder, Em, tienes más vidas que un gato. »

Como un buzo emergiendo a la superficie en busca de aire, Emma despertó de golpe y sobresaltada, quedando erguida en la cama: desorientada, mareada, miró a su alrededor en la oscuridad buscando a Joel. Parpadeó varias veces hasta que sus ojos lograron vislumbrar, poco a poco, que se encontraba en un cuarto pequeño, sola. En su mente aún se agolpaban imágenes inconexas: no sabía dónde estaba ni qué había sucedido, pero la sensación era la misma que despertar de una pesadilla. Una pesadilla muy larga que parecía no tener fin. Joel no estaba allí, pese a que sus palabras aún flotaban en su cabeza.

Bajó la mirada hacia sí misma. Hizo una mueca al ver que tenía una vía en el brazo y se la sacó sin dudar ni un segundo. Le dolió, pero duró poco. Se incorporó sin vacilar y las piernas le respondieron. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? El dolor de cabeza subió de intensidad, haciendo que tuviera ganas de llorar ante aquel martilleo. No reconocía la habitación. ¿Qué día era? ¿Estaba enferma? ¿Sería grave? ¿Por qué todo se movía, estaba alucinando?

Se acercó hasta la puerta despacio, dando tumbos. Tenía el estómago revuelto y ganas de vomitar, miedo, confusión, temblores... Las luces fluorescentes del pasillo le dieron en plena cara. Miró hacia la derecha, hacia la izquierda, no había nadie a la vista. Esa luz amarillenta enfermiza hacía que aquello luciera como un hospital, un viejo hospital abandonado. De nuevo el miedo se apoderó de ella, ¿se encontraba sola en aquel lugar? ¿Cómo había llegado allí? ¿Estaba viva?

Presa de la desesperación, empezó a gritar. Gritó, gritó y gritó, sin

preocuparse por si se quedaba ronca, y cuando ya creía que nadie acudiría, escuchó el golpe de unas puertas y unos pasos que se precipitaban en su dirección.

—¡Dios mío!

Una voz femenina, y sonaba tras ella. Emma se giró para encontrarse frente a una mujer alta y flaca que llevaba un uniforme blanco. Parecía una enfermera sacada de una película de terror bajo aquella iluminación tan poco agradable... La miraba de hito en hito, con cara de sorpresa, y alzó las manos en un gesto pacífico.

—Eh, hola —le dijo, con voz calmada—. Tranquila, soy la enfermera Hayes. —Pulsó algo que tenía adherido a la muñeca—. ¿Te encuentras bien, puedes...?

Emma quería responder, pero no conseguía articular palabra, aunque en su mente las frases se deslizaban a la velocidad del rayo. De pronto supo por qué: la ansiedad y las lágrimas no se lo permitían.

—Tranquila. Tranquila. No pasa nada, estás a salvo. —La mujer bajó la mano hacia uno de sus bolsillos y sacó un objeto que Emma no distinguió bien—. No te asustes. Cálmate.

Cuanto más le pedía que se tranquilizara, más se agitaba Emma. Otro golpe retumbó, distrayéndola, y por la espalda de aquella enfermera aparecieron dos soldados. Ambos se aproximaron en su dirección y, aunque Emma consideró la opción de echar a correr, fue como si toda ella estuviera descoordinada. Su cuerpo no obedecía las órdenes que le dictaba su cerebro y de pronto notó cómo la sujetaban por los brazos: la mujer flaca de aspecto aterrador portaba una jeringuilla y, al verla, se revolvió.

—Solo es un calmante —dijo, con una voz que lejos de tranquilizarla solo la agitó más—. Te pondrás bien, Emma.

Un dolor agudo le atravesó el brazo. Antes de perder el conocimiento, sacó fuerzas para pensar que si sentía dolor, al menos eso significaba que no estaba muerta.

Cuando volvió a abrir los ojos había tanta luz entrando por la ventana que le costó adaptarse. Giró la cabeza, descubriendo un ojo de buey. Se frotó la cara, mirando a su alrededor: estaba acostada en una cama, pero en otra habitación. Aquella no tenía nada de siniestra: era pequeña pero acogedora, con las paredes pintadas en un leve tono salmón que daba calidez a la estancia. Dos mesillas, lámparas idénticas, una colcha confortable... incluso

un televisor. Se incorporó con dificultad, frotándose la cabeza. Seguía doliendo, pero ahora el martilleo era menos intenso, como escuchar un murmullo de fondo.

Se sentía algo mejor, suponía que debido a lo que le habían inyectado. Tras unos momentos mirando a su alrededor en estado de estupefacción, Emma apartó la colcha y sacó las piernas de la cama: llevaba un camisón de tirantes blanco y el frío le mordió la piel, así que miró a su alrededor buscando cualquier cosa que ponerse encima. En una silla había ropa limpia y pulcramente doblada, así como una sudadera, así que optó por esta última y se la puso, sabiendo que la combinación de prendas debía conferirle un aspecto de lo más curioso.

Despacio, pues aún estaba atontada, se aproximó hasta el ojo de buey y miró hacia el exterior: azul. Azul intenso por todas partes, mirara donde mirara. Pensar en ese color le provocó una molestia, algo que latía pero que no identificaba. Azul, arriba, abajo, hacia dentro, hacia fuera, el movimiento ondeante era molesto, era...

Estaba en un barco. Retrocedió, con los ojos abiertos de par en par, sin poder apartar la vista de aquella visión, con la angustia naciendo de nuevo en su interior y disipando los breves momentos de paz que había sentido al despertar.

Un ruido tras de sí la hizo girarse a toda velocidad, justo a tiempo de ver cómo un hombre joven vestido con una bata blanca abría la puerta. Su primera reacción fue alejarse, pero en realidad ya estaba contra la pared y no había ningún sitio por el que huir, así que se limitó a mirarlo. No sería mayor de treinta y cinco, con expresión amable, pelo oscuro, ojos azules... Otra vez azul, azul... Y entonces la pequeña molestia que no había logrado identificar momentos antes se abrió paso a través de ella. Fue como si alguien le metiera la mano en el estómago y le retorciera las tripas, porque ese hombre se parecía a Nathan.

Un aluvión de información se abrió paso a través su cabeza. El antivirus, los gritos de dolor de Hunter resonando en el piso de arriba, Nathan desapareciendo con el arma, los drones, el soldado de ojos verdes y aquel cabezazo, ese era su último recuerdo.

—¿Dónde estoy? —preguntó a bocajarro—. ¿Dónde está Nathan?

—Oh. —El joven se detuvo unos segundos, aún estupefacto de verla en pie—. Entonces lo que dijo la enfermera Hayes es cierto, caminas bien. —Entró, cerrando tras él—. Deberías sentarte, tu estado aún es delicado.

—¿Cuál es mi estado? ¿Por qué coño estoy en alta mar y dónde están...?

—Emma notó que comenzaba a alterarse de nuevo, y se obligó a coger aire.

« Piensa, Emma, piensa. Sabes cómo hacerlo. »

Lo sabía, pero no estaba en plena forma. Notaba que su cabeza no iba tan rápida como antes.

—Es por la lesión.

Alzó la mirada hacia el hombre, intentando ignorar aquellos ojos.

—La lesión que sufriste era grave. Hubo que abrir. —Él dio un par de pasos hacia delante y se detuvo para que no se sintiera amenazada—. Soy el doctor Mike Hennar, puedes llamarme Mike. Si vuelves a la cama y te calmas, te explicaré lo que quieras. Por favor, hazme caso, no te conviene alterarte.

Parecía preocupado y su rostro transmitía paz, así que Emma se acercó vacilante hasta la cama, y se sentó encima. Satisfecho, el doctor Hennar ocupó una silla a su lado.

—¿Puedo hacerte un reconocimiento rápido? —preguntó, y ella lo miró con desconfianza—. Serán solo unos minutos.

No esperó respuesta, dando por válida su actitud. Examinó sus ojos y la cabeza. Luego le tomó la tensión y comprobó el corazón mientras Emma no lo perdía de vista.

—Bueno. —El médico abandonó todos sus aparatos—. Pues parece que estás perfectamente. Y ya que estabas levantada, deduzco que no has tenido problemas musculares... Hay muchos pacientes que necesitan rehabilitación antes de poder caminar bien tras un coma, pero el tuyo tampoco ha sido tan largo y, según creo, recibías fisioterapia a diario.

—¿Coma? ¿He estado en coma? —Le vio asentir—. ¿Cuánto tiempo?

El doctor Hennar abrió la carpeta que llevaba en las manos y consultó. De buena gana Emma le habría arrancado aquella documentación para leerla ella misma, pero no podía hacer eso. No conocía a ese hombre, no sabía dónde estaba, ni que iba a ser de ella. Más le valía permanecer callada y tratar de obtener el mayor número posible de respuestas.

—Algo más de un mes —respondió el hombre, momentos después.

Un mes... Se incorporó al momento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Consiguieron lanzar el antiviral, funcionó?

—Nadie sabe muy bien los efectos del antiviral. La gente usaba mascarillas cuando salían al exterior —explicó Mike—. Lo único que

sabemos seguro es que no recupera a los infectados, así que supongo que tendrán que seguir investigando.

—Pero ¿dónde está Nathan? Rachel, Hunter... Faraday.

—Perdona, ¿quiénes? —El doctor Hennar la miró con amabilidad.

—Estaban el edificio de la ONU cuando salieron los drones. Estábamos tratando de detener ese lanzamiento porque... No tienes ni idea de lo que te estoy hablando, ¿verdad?

El joven negó despacio, sin dejar de observarla. Emma se recostó sobre la almohada, sin poder creer lo que estaba ocurriendo.

—Entonces... no sabes dónde están. Ni si siguen con vida.

—Yo te conocí cuando te subieron a bordo, Emma, y permanecías inconsciente. El jefe de Estado Norris autorizó de forma personal tu ingreso en el barco con todo el equipo necesario para tratarte y añadir, además, que nadie tenía muchas esperanzas de que despertaras.

—¿Qué hago aquí? ¿Dónde va este barco? ¿Qué coño está pasando?

Observó cómo el médico alzaba las manos en un gesto pacífico y eso la crispó todavía más. Cada vez tenía más ganas de estamparle la carpeta en la cara.

—Te recuerdo que no es bueno que te pongas nerviosa.

—Pues entonces dime de una vez qué demonios es todo esto.

—Está bien. —Mike se incorporó para ir a por un botellín de agua y se lo acercó—. Están evacuando a los supervivientes, ya que parece que no es posible quedarse en territorio americano, y quién sabe cuándo se podrá volver. Canadá nos ha cedido una isla segura y el ejército y el gobierno están trabajando a marchas forzadas para ofrecer a la gente un lugar donde vivir. Se decretó la ley marcial hace un mes y desde entonces los militares tienen el control... Ya han salido algunos barcos hacia allá, la idea es empezar de cero. Una nueva vida en un nuevo lugar, todo en armonía.

Emma le miraba con el asombro reflejado en la cara. No sabía qué decir, solo trataba de entender lo que le explicaba, pero de nuevo su cabeza no parecía funcionar como siempre. Se sentía aturdida y exhausta.

—Entonces ¿me estás diciendo que están obligando a la gente a ir a ese lugar?

—Obligar es incorrecto. La gente es libre de decidir si quiere quedarse en un lugar infectado y peligroso, o tener otra oportunidad en uno libre del virus.

El doctor Hennar parecía creer profundamente en la causa de la que hablaba, pero Emma conocía a los militares de primera mano y no se fiaba

tanto de sus buenas intenciones. Aquel médico parecía tan ingenuo...

—De manera que alguien decidió que yo tenía que viajar sí o sí —murmuró—. ¿Y si no quiero estar en este barco?

Mike Hennar se encogió de hombros.

—Mira a tu alrededor —comentó—. No hay nada que puedas hacer, es tarde. Llevamos unos días navegando y no nos quedan puertos por los que pasar, así que no vas a tener más remedio que resignarte. A menos que quieras saltar por la borda.

Ella fue a decir algo, pero en aquel instante la cabeza le dio un aviso en forma de latigazo y se mordió el labio.

—Te daré un calmante —reaccionó él.

—No es necesario.

—El traumatismo fue muy serio. —Mike sacó un par de cosas de su bata y utilizó la mesita de noche para preparar una jeringuilla—. Tendrás dolores de cabeza fuertes. Empezarán a remitir y yo rebajaré la dosis de forma paulatina, pero hasta entonces soy tu médico y vas a tener que confiar en mí.

Emma dejó que la pinchara. Por supuesto que no confiaba en él, pero no tenía más opciones por el momento. Siempre se le había dado bien observar y sacar conclusiones antes de actuar, aunque a veces su carácter le jugara malas pasadas. Su cuerpo se relajó de inmediato.

—Necesitas descansar —lo escuchó decir.

—¿Quién está al mando del barco?

—El capitán Card, en todo lo referente a navegación, y el teniente Soerensen en cuanto a personal militar y normas a seguir.

—Quiero hablar con ellos... —Se sentía agotada.

—No te preocupes. En cuanto estés mejor podrás hablar con quien quieras —la voz de Mike sonaba cada vez más lejana y difusa—. Debes descansar.

Como si pudiera elegir... No sabía qué le había inyectado, pero era efectivo al cien por cien. El dolor de cabeza empezaba a remitir y ella estaba a punto de caer en coma de nuevo, esa vez por obra y gracia de su nuevo amigo de bata blanca.

—Mike —murmuró, evitando las formalidades.

—¿Sí?

—¿Por qué tomarse tantas molestias por una chica en coma?

Pero antes de poder escuchar una respuesta, se sumergió en un profundo y relajado sueño.

Capítulo 2. Asume tu posición

Hunter

Despertó tosiendo y con un fuerte dolor en el pecho. Coger aire de pronto se había convertido en un martirio, por no hablar de tratar de incorporarse... Miró a su alrededor, parpadeando para intentar ubicarse. No reconocía el lugar, pero tampoco había que ser un genio para darse cuenta de que estaba en una celda: paredes sombrías, una puerta con una rejilla a la altura de los ojos y un colchón tirado en el suelo, además de un urinario incrustado en el mismo suelo, en una esquina.

Se incorporó despacio, sin poder controlar una mueca. Decir que le dolía todo sería ser generoso: era como si un camión le hubiera pasado por encima. Un par de veces, de hecho. Sentía las costillas igual que si lo hubiera abrazado un oso y, cuando se levantó la camiseta de tirantes sucia y sudada, se descubrió marcas en el estómago. Por las molestias que notaba en las piernas supuso que si investigaba encontraría más hematomas.

Se pasó la mano por la cara, buscando sangre. Un par de lugares protestaron, así que dedujo que tenía algún corte o herida pero, obviamente, no había espejos en aquella especie de celda y no pudo confirmarlo.

Conclusión: alguien se lo había pasado de maravilla ensañándose con él mientras se encontraba inconsciente, con toda seguridad aquel cabrón de Mitchell que no merecía que lo tratara según su rango militar. Hijo de puta, cómo lo había frito con las descargas... Aún se preguntaba por qué no lo había visto venir. Eso le pasaba por confiar en desconocidos, debería haberse dado cuenta de que seguía sin poder fiarse de los militares.

Con un par de muecas de dolor, logró ponerse en pie y caminar hasta la

puerta. Ni siquiera sabía cuánto tiempo había estado tirado en el suelo, pero imaginó que como mucho unas horas.

Pegó un par de golpes en la puerta, siendo consciente en aquel momento de su propia debilidad. Él siempre había estado en una forma física envidiable y no sabía lo que era aquella sensación de flojera, pero no le gustaba. Su cuerpo no respondería al cien por cien en caso de necesidad, un pensamiento desagradable que pronto fue eclipsado por otros similares.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué lo habían electrocutado y arrojado a una celda mugrienta después de darle una paliza? ¿Dónde estaba Emma? ¿Qué iban a hacer con él?

El hilo de sus pensamientos se interrumpió cuando escuchó pasos fuera. Oyó un chirrido y la puerta del habitáculo donde estaba encerrado se abrió. Ante él apareció el sargento Mitchell y solo al verlo fue consciente del estado deplorable en que se encontraba él.

—Buenos días, soldado —saludó, con los brazos tras la espalda mientras mantenía aquella mueca insolente en su rostro—. O tal vez sean buenas noches, ¿quién sabe?

Hunter notó que, en efecto, no tenía manera de saber qué momento del día era aquel. Reconoció la táctica de desorientación al instante, era un método muy utilizado en el ámbito militar: encierras a una persona sin luz del día e interrumpes su sueño constantemente. En unas horas, no tendrá la menor idea de cuánto tiempo ha pasado.

—Estás aquí de forma preventiva, hasta que crea que puedo confiar en ti para dejarte salir. —Mitchell se cruzó de brazos—. Sé que seguir normas no es lo tuyo, pero vas a tener que aprender si no quieres llegar con todos los huesos rotos.

—¿Qué es esto?

—Estás en el barco Madre, soldado. Aquí tu rango no cuenta, ni nada de lo que salga de tu sucia boca. Estás para obedecer las órdenes que se te den, ni más ni menos.

—Órdenes tuyas, supongo.

El sargento Mitchell hizo chasquear la lengua, avanzó un par de pasos y se agachó a su altura con una mueca desafiante.

—Conozco tu historial —dijo—. Sé que no es fácil doblegarte. Pero cuanto antes asumas tu nueva posición, mejor para ti. Cuatro semanas metido en esta celda pueden ser muy, muy largas.

Hunter no hizo ademán alguno de lanzarse contra él. Un excelente

ejercicio de dominio, en su opinión, pues solo deseaba aplastarle la cabeza contra el suelo. Pero debía ser cauteloso, porque aquello no pintaba nada bien y, si deseaba ver a Emma, más le valía no dejarse llevar por las emociones.

—¿Qué tengo que hacer?

Mitchell se incorporó, con un leve gesto de desconfianza.

—Equipo de limpieza, y cuando digo limpieza me refiero a todo. Desde la sala de máquinas a todas las putas letrinas de este barco, ¿me entiendes? Trabajaréis de noche y siempre en la misma zona. Ni uno solo de vosotros podrá asomarse a la cubierta superior.

—¿Por qué? ¿Qué hay arriba?

—No es de tu incumbencia —cortó el sargento con rapidez—. Si descubro que has desobedecido esta orden, la paliza de ayer te va a parecer un juego de niños. ¿Lo has entendido? —Hunter lo miró desde el suelo—. Trabajar de noche, dormir de día. Ni charlas, ni risas, ni confraternizar con el resto de tu equipo. Nada de investigar por el barco. ¿Queda claro?

Hunter afirmó con lentitud. Lo más urgente ahora era salir de aquella celda y, a ser posible, recuperar un poco su maltrecho cuerpo. Después decidiría si sus narices se asomaban por alguna de las zonas «prohibidas».

—Bueno, pues parece que hemos llegado a un entendimiento entonces.

—¿Y Emma? —la pregunta se le escapó sin ser apenas consciente.

—Olvídate de ella —la voz de Mitchell fue tajante—. No volverás a verla, soldado. Ella tiene otro destino muy diferente al tuyo.

—Pero, ¿está bien?

Hunter se incorporó, haciendo que el sargento Mitchell adoptara de inmediato una postura rígida. Metió la mano dentro de su cazadora y sacó de nuevo el arma de descarga eléctrica, al tiempo que golpeaba la puerta con el puño.

—Solo quiero saber si está bien —explicó Hunter, alzando las manos en un gesto pacífico—. No voy a causar problemas, ella es mi amiga. ¿No puede entender...?

El sargento Mitchell fue más rápido de lo que esperaba: le asestó un golpe en la barbilla, haciendo que entrechocara las mandíbulas. Retrocedió con un gemido, notando el sabor de la sangre en su boca. Dos soldados se habían materializado en la puerta, ambos armados con dos porras cuyo aspecto no resultaba tranquilizador en absoluto.

—¡Espera! —Hunter retrocedió, de nuevo alzando las manos.

Sus protestas no sirvieron de nada y el sargento lo hizo retroceder hasta la

pared a golpes. Hunter solo atinó a protegerse la cabeza con los brazos, suplicando mentalmente que no se ensañaran demasiado con él. Mitchell le agarró de la cara, hablando entre dientes.

—Ya no tienes amigos, soldado. Hazte a la idea de que estás solo. —Lo soltó con una mueca de asco, limpiándose la sangre en la chaqueta mientras se ponía en pie y miraba a los otros dos—. Todo vuestro, chicos. Tratad de no romperle huesos importantes.

El último ruido que Hunter escuchó fue el de la puerta al cerrarse.

Cuando recuperó la consciencia, había una mujer arrodillada a su lado. No tenía claro que estuviera del todo despierto y no soñando, así que la observó con los ojos medio cerrados: su rostro era delgado y de cierta edad, y parecía concentrada en frotarle un lado de la cara.

—No te muevas —comentó, aunque sin desviar la mirada de lo que estaba haciendo—. Intento darte puntos en la ceja. No querrás una cicatriz en esta cara tan perfecta, ¿no?

Hunter solo quería agua, y salir de aquella celda. Ya puestos, no le importaría largarse de ese puto barco infernal, pero sabía que eso no podría hacerlo.

Tragó saliva intentando hablar, pero solo salió un gruñido. La mujer arqueó una ceja, suspirando con impaciencia, pero echó mano de un vaso que tenía junto a ella y le permitió dar un par de sorbos. Después de eso, Hunter se sintió un poco mejor. La placa que colgaba de su bata decía «Enfermera Hayes».

—Por favor —empezó, dirigiéndose hacia la mujer.

—No me hables —cortó ella con sequedad—. He venido a curarte porque a los soldados se les fue un poco la mano. Pero eso es todo, ni voy a ayudarte ni a conversar contigo y, si persistes, te dejaré la cara tal cual. ¿Has entendido?

Lo miró, buscando algún gesto de asentimiento, y de pronto soltó una risita.

—Qué vas a entender tú, si los militares sois como máquinas. —Meneó la cabeza, cortó el hilo y guardó el instrumental. Volvió a observarlo, como si valorara su estado general, y cerró el maletín con expresión de frialdad—. Lo único que tienes que hacer es asumir tu nueva posición. No tienes ni voz ni voto, no eres nadie, no pintas nada... Solo eres un «recogedor» más. Y es lo que serás también en el sitio al que vas. Así que acéptame el consejo y asume tu nueva posición.

Se incorporó y Hunter observó como agarraba su maletín segundos antes de abandonar la celda. Hizo una mueca al notar que le dolía todo. No había un solo resquicio de su cuerpo que no hubiera recibido golpes. Se apoyó contra la pared, lo que le costó un buen par de latigazos de dolor, y se quedó mirando la puerta con gesto fúnebre.

Emma

—¿Lista?

Emma se volvió hacia la puerta de su camarote, donde el doctor Hennar esperaba con paciencia. Lo había dejado llamar varias veces antes de dar permiso para que pasara, una forma sutil de demostrar que no estaba muy contenta.

Solo habían pasado veinticuatro horas desde que hablara con él y el viaje ya empezaba a hacerse largo. Con la manida frase «debes descansar», la enfermera Hayes y el doctor Hennar la habían mantenido encerrada en su camarote: solo visitas en las horas de las comidas, más una extra a última hora de la tarde para dejarle una maleta con ropa. Ropa que, por supuesto, no era suya. A saber de quién diantres eran las cosas que había allí.

Pasó el día inquieta, paseando como un león enjaulado y pensando que si esa actitud continuaba al día siguiente, armaría un escándalo. Quizás hasta echara la puerta abajo, tampoco habría sido la primera vez.

Pero, al revolver entre los trapos prestados, encontró una nota de su doctor, escrita a mano. Le ordenaba tomarse la medicación que acompañaba a la cena y anunciaba que pasaría a recogerla por la mañana, sobre las nueve, con la idea de enseñarle el barco.

Pasó una mala noche, en parte debido a las pesadillas. En cuanto lograba entrar en un duermevela, sus sueños se poblaban de imágenes que no conseguía controlar, sombras oscuras de su mente en las cuáles aún escuchaba disparos, gritos y la voz de sus amigos.

Preso del hastío, a las cinco había dejado de intentar dormir y se había metido en la ducha. Luego había pasado el rato deshaciendo la maleta, examinando su contenido. Había, en total, cinco vestidos, tres blusas, tres faldas, medias de lana de abrigo, zapatos, un cepillo de pelo, un secador, una crema para el rostro, un bálsamo labial y algunos productos de maquillaje.

Frustrada, Emma había arrojado todo al suelo. ¿Qué se suponía que iba a hacer con aquella tanda de vestidos? ¿Jugar a tomar el té? ¿Dónde estaban

sus vaqueros, sus botas y su arma? Hacía tanto tiempo que no se sentía tan desprotegida que estuvo a punto de llorar.

Una vez serena, había recogido la ropa y reorganizado las prendas en el diminuto armario. No comprendía qué le pasaba, pero se notaba muy inestable. De forma continua alternaba nervios con serenidad, llanto con calma, debilidad con firmeza.

Cuando el doctor Hennar tocó en su puerta, Emma se miró en el espejo del lavabo y apenas se reconoció: un vestido hasta las rodillas de corte clásico, una chaqueta y unos zapatos. Como disfraz resultaba genial, aunque su utilidad era cero. No se imaginaba corriendo con aquello puesto, pero entonces dedujo que nadie esperaba que ella corriera ni disparara. Sabían su nombre y seguro que conocían su historial. ¿Tal vez el mensaje era que se despidiera de su antiguo puesto?

—Vaya —comentó Mike al verla—. Tienes muy buen aspecto. Te sienta bien ese vestido.

—Gracias. Creo que hace unos veinte años que no me pongo uno, más o menos el tiempo que debe de tener este, ¿no?

Él sonrió al escuchar su tono de voz hosco.

—Siento que no estemos muy a la moda —respondió—. El ejército rescató lo más aceptable que pudo encontrar. Toma. —Le tendió una botella pequeña.

—¿Qué es?

—Es una bebida vitaminada elaborada con extracto de frutas y plantas, además de minerales. Te ayudará a estar mejor hidratada y a recuperarte más deprisa.

La joven asintió.

—También te he preparado un plan de comidas suaves durante la primera semana —siguió Mike, mientras salían al pasillo y ella cerraba su camarote con llave—. Al haber estado tanto tiempo intubada, debes tener cuidado y hacer dieta blanda.

Emma asentía a todo, siguiéndolo por el pasillo. La noche que había despertado del coma era una especie de mancha borrosa, así que era como si lo estuviera viendo por primera vez. Había bastantes puertas, todas cerradas.

—¿Cuánta gente viaja aquí?

—No lo sé con exactitud. —Mike se encogió de hombros—. Entre el personal del barco y los pasajeros hay bastante gente, pero no sabría decirte.

—Entonces, han ido apareciendo supervivientes.

—Sí, eso parece, y sin contar los otros transportes. El lugar al que vamos... Bueno, será lo más parecido a tener un hogar —Mike parecía algo lejano mientras pronunciaba esas palabras, pero se recuperó casi al momento—. El comedor está arriba.

Señaló el ascensor y ambos subieron un piso. Una vez arriba, Mike empujó una puerta, cediéndole el paso. Emma se deslizó hacia el interior, observando todo con atención. Si en algún momento aquel barco había sido un crucero de lujo, estaba claro que ya no era así. Pese a todo, se esforzaban por darle buen aspecto y había manteles y flores de plástico en las mesas alargadas. Al contrario de lo que podía esperarse en un lugar concurrido, había bastante silencio entre las personas que lo ocupaban, mujeres en su mayoría.

—Me sentaré contigo —se ofreció Mike, y antes de que Emma pudiera oponerse, agarró una bandeja y se puso en una cola, tras dos jóvenes de cabello castaño.

Ella imitó su gesto, un tanto irritada. No necesitaba niñera, podía apañarse sola. Sí, era cierto que se encontraba débil pero, aun así, sus piernas la sostenían sin ayuda.

Mike dejó un par de cosas sobre su bandeja.

—Fruta y avena —informó.

—Estupendo. Esto es el paraíso.

También escogió la mesa donde sentarse, una cercana a la puerta de entrada. Una mujer que rondaría la treintena alzó la vista al verlos y meneó la cabeza a modo de saludo.

—Hola, doctor Hennar. Buenos días.

—Buenos días, Alexa, ¿has dormido bien? —Ella asintió—. Esta es Emma, ¿te molesta que se siente contigo hasta que se vaya aclimatando?

—Pues claro que no. —Alexa mostró una sonrisa cálida mientras le tendía la mano—. Es un placer conocerte, Emma. ¿Cómo es que no nos habíamos visto hasta ahora?

Mike se frotó el entrecejo unos segundos y después sorbió su café.

—Ha estado en la enfermería hasta hoy —explicó, sin dar más detalles.

—Bueno, entonces me alegro de que ya estés recuperada.

Emma estrechó su mano, mirándola de reojo. Alexa poseía una belleza clásica y su rostro transmitía serenidad. El ambiente del comedor era, en general, relajado y distendido: las mujeres se dedicaban a charlar con discreción, soltando alguna carcajada de manera esporádica y los pocos

hombres que había tampoco alborotaban. Todo parecía en orden.

Algo empezó a vibrar en el bolsillo de la bata de Mike, que se incorporó.

—Disculpadme —comentó—. Volveré en seguida.

Se alejó hasta la entrada del comedor para responder en privado y Emma miró a Alexa.

—¿Qué sabes del sitio al que vamos? —preguntó.

—Oh —la mujer pareció sorprendida ante aquella pregunta tan directa, siendo ella tan amiga de los rituales de cortesía—. Yo iba a empezar mejor por un «¿cómo estás?».

Emma sonrió, sin poder evitarlo, y sacudió la cabeza.

—Tienes razón, es que me encuentro rara y desubicada, y se me olvida la educación. Pero tengo algo a mi favor, acabo de despertar de un coma.

Alexa la observó, tan consternada como fascinada.

—¡No me digas! ¿Te embarcaron estando en coma? ¡Eso sí que resulta extraño! Normalmente, hacen muchas pruebas para que puedas viajar a Anticosti.

—Ah, ¿sí? ¿Qué pruebas?

—Ya sabes, lo típico. Análisis de sangre y de orina. Electrocardiograma, espirometrías. Hasta una revisión ginecológica exhaustiva, todo el lote completo... Aunque quizá te hicieron todo eso en coma, pero es raro. Parece que no quieren gente que no esté muy en forma.

Aquellas palabras coincidían con los propios pensamientos de Emma, pero era demasiado pronto para ponerse a desvariar.

—Seguro que tu pronóstico era bueno. —Alexa sonrió para animarla—. Y habría sido peor si te hubieran dejado allí, al menos aquí estamos tranquilos y a salvo. Tenemos todas las comidas diarias, una cama... y estamos vitaminadas. —Y se rio.

La mujer policía sonrió de nuevo al escucharla hablar con tanta naturalidad. Sí, eso parecía, al menos a simple vista. No veía nada raro, aunque eso no la iba a disuadir de intentar averiguar más detalles por su cuenta. Eso si el doctor de marras la dejaba sola en algún momento. Momento que no era aquel, porque lo vio aproximarse tras colgar su teléfono móvil.

—Bueno —dijo, haciendo un gesto para que se levantara—, ¿te enseñó el resto, o prefieres terminar tu desayuno?

—¿En serio? ¿Visita de barco o gachas de avena horribles? —Emma se levantó a la velocidad del rayo, ante las risitas de Alexa—. Ha sido un placer.

—Lo mismo digo. —La chica se despidió con un gesto de cabeza—. Mi camarote es el número doce, por si necesitas algo.

—Muchas gracias. —Emma le guiñó un ojo antes de salir tras el doctor.

Apretó el paso hasta ponerse a su altura, pues Mike ya se adentraba en el largo pasillo con gesto decidido.

—Ahora vamos a salir a cubierta y te explicaré más o menos dónde está todo para que te vayas orientando —comentó, abriendo una puerta—. Tienes relativa libertad para pasear por el barco, siempre que respetes el toque de queda.

Emma frunció el ceño al oír aquello.

—¿Has dicho toque de queda?

—Exacto. —Mike abrió un enorme portón y la dejó pasar—. Estamos en estado de excepción, bajo mando militar. Supongo que conoces la ley marcial.

Aquellas puertas daban a unas escaleras y, cuando Emma empezó a subir las, sintió como el aire del mar le revolvía el cabello. El frío y las ligeras salpicaduras de agua estallaron contra su piel, proporcionándole unos breves momentos de placer y libertad. Aspiró ese aire puro como si fuera una droga ya olvidada y sonrió mientras terminaba de ascender.

—Este barco tiene una eslora de unos ciento cincuenta metros, más o menos, y funciona con cinco motores diesel. Antes, cuando formaba parte de la flota de cruceros, cabían aquí alrededor de novecientas personas —explicó Mike—. Pero cuando apareció el virus lo dejaron apartado y se ha deteriorado bastante rápido. Es una pena, es un barco muy bonito.

La joven no lo escuchaba sino a medias, fascinada por la magnífica visión del agua. El aire olía a sal, a mar... el cielo estaba despejado, proporcionando un radiante brillo en las olas. Supo que podría sobrellevar mejor ese viaje si le permitían pasar tiempo allí, de modo que se giró hacia Mike.

—Explicame las normas —exigió, interrumpiendo su diatriba marinera.

—Está bien. —Mike se cruzó de brazos—. Pero que conste que no las he puesto yo. Solo soy el doctor de a bordo, esto es cosa del capitán Card y el teniente Soerensen.

Ella hizo un gesto de impaciencia, dando a entender que comprendía esa parte.

—No debes faltar a las comidas, ni una, tienes los horarios pegados en la puerta de tu camarote. Si tuvieras el estómago revuelto o te encontraras mal, habla conmigo y lo solucionaremos. —Hizo un gesto con la cabeza—. Hay

un gimnasio pequeño en la cubierta segunda, justo al final de los camarotes, y debes hacer ejercicio al menos una hora al día. Se pide que hagáis todo lo posible por manteneros sanos.

—Ejercicio, bien.

—Después de la comida se recomienda un descanso de una media hora. El toque de queda es a las ocho, dos horas después de la cena.

—¿Quieres decir que a las ocho debemos meternos en el camarote hasta el día siguiente?

—Eso es —asintió Mike.

—¿Por qué? ¿A partir de esa hora salen los fantasmas?

—También tienes que acudir a mis visitas médicas, mis órdenes son hacerte un seguimiento estricto. Me darás detalles de tu estado todos los días.

Emma se puso las manos en la cintura.

—¿Todos los días? ¿No cree que eso es casi acoso, doctor Hennar? —ironizó al pronunciar su nombre, molesta por tantas «normas».

—Son las normas y hay que respetarlas. El resto del tiempo es libre y puedes disfrutarlo como creas conveniente. —Dio dos pasos para sostener su mirada—. Comprendo cómo te sientes. Cuando hemos tenido tanta libertad, vernos forzados a seguir una serie de obligaciones puede resultarnos molesto, pero es lo que hay, y el capitán Card no se anda con rodeos... En este momento, tus privilegios son cierta libertad de movimiento en tus ratos de ocio y poder disfrutar de la compañía de los demás. Pero, si no sigues las normas, eso cambiará. Y casi un mes encerrada en un camarote puede ser muy largo.

Emma sintió el inmenso deseo de derribarlo de un puñetazo. Pero no estaba en forma como para eso y tampoco hubiera sido del todo justo para el doctor Hennar: como bien había explicado momentos antes, él no dictaba las normas, solo las repetía. Lo que le hacía pensar que, en el lugar al que iba, las cosas no iban a ser muy diferentes. Tenía que conseguir información como fuera, pero iba a tener que familiarizarse con el barco antes de ponerse a husmear. Eso y recuperar fuerzas porque, aunque su espíritu seguía igual de resuelto que siempre, su cuerpo no la acompañaba. La idea del ejercicio no le parecía tan mal, si con eso volvía a ser la de siempre.

Miró los ojos azules del doctor, buscando en ellos desdén, ironía, algo que ocultar. Pero no encontró nada de eso, solo una mirada preocupada, humana. Sin duda, tener que charlar con él sería la peor parte de todas sus obligaciones: no le gustaba rendir cuentas, ni personales ni de ningún otro

tipo.

—Emma, puedes confiar en mí. Lo sabes, ¿verdad?

Era pronto para eso, pero tampoco tenía motivo alguno para desconfiar. De momento, la habían sacado del país infectado, proporcionado cuidados médicos, ropa y un lugar donde dormir. Todo parecía correcto, no veía nada raro, excepto lo de obedecer órdenes. Lo cual no era tan raro si estaban en estado de excepción, era *vox populi* que a los militares les encantaban las normas. Y la ley marcial era severa, los tribunales militares no se andaban con tonterías... Las penas se endurecían mucho, incluso para delitos que en circunstancias normales no resultarían graves, como saqueos o robos. No era algo que tomarse a la ligera, de forma que más le valía actuar con inteligencia y no permitir que su carácter le ocasionara problemas antes de tiempo.

Como siempre... No actuar con precipitación. Pensar. Valorar la situación.

—Una cosa más —Mike volvió a hablar, captando su atención—. No bajes a la cubierta inferior.

—¿Por qué no? ¿Qué hay ahí abajo?

—La sala de máquinas, nada que sea de interés. Pero algunas son peligrosas y los hombres que trabajan con ellas tampoco son lo mejor de lo mejor.

Emma permaneció pensativa unos instantes y terminó por asentir.

—De acuerdo —accedió.

Podía cumplirlo, seguro. No bajaría... de momento.

Capítulo 3. Imperfecta armonía

Hunter

En teoría, salir de la celda de aislamiento debía de ser una suerte, pero Hunter pronto comprobó que eso no era del todo cierto.

Lo recibió la luz de un atardecer que casi besaba la noche, algo que lo sorprendió en un principio. Entonces recordó las palabras del sargento Mitchell justo antes de darle su segunda paliza: dormir de día, trabajar de noche. Equipo de limpieza.

Los soldados lo acompañaron hasta un camarote que supuso que sería el suyo. Al abrir la puerta, se encontró con que dentro había otros tres hombres. La estancia no era amplia y las camas aparecían apretujadas unas contra otras, lo que dejó claro las condiciones en las que se iba a encontrar durante el resto del viaje.

—Muy bien, «recogedor». —El soldado más bajo lo empujó hacia el interior—. Este será tu camarote y esos tres desechos, tus compañeros. Encima de la cama tienes la ropa de trabajo, solo se lavará dos veces por semana, así que te recomiendo que la cuides.

Hunter miró en dirección al único colchón que permanecía libre y sí, allí descansaba una especie de mono naranja oscuro que había conocido épocas mejores.

—Vosotros, explicadle cómo funcionan los turnos —intervino el otro soldado, cuya expresión era más seria que la de su compañero—. En una hora vendremos a por todos.

—¿Puedo darme una ducha antes? —preguntó Hunter con cautela.

Los soldados se miraron, echándose a reír.

—¿Para qué? A nadie le importa si vas limpio o no... Espera a que termine tu turno. Las duchas en tu tiempo libre.

—Luego nos vemos, panda de despojos.

La puerta se cerró y Hunter contempló a los tres hombres sin moverse de la puerta. En aquel camarote había poco aire para tantas personas y no sabía si serían hostiles. No sabía nada y, tras los golpes recibidos, estaba decidido a mantener la boca cerrada y el carácter taciturno, al menos hasta que viera alguna solución clara.

—Sí que has debido de abrir la boca, amigo —comentó uno de ellos, de cabello corto canoso y gafas de pasta—. Te han dejado como un mapa. Soy Tesco. —Estiró la mano en su dirección.

Despacio, Hunter se aproximó para corresponder al gesto. Tesco rondaría los cincuenta, tenía ojos pequeños, cejas pobladas y rostro inteligente. No encajaba en absoluto en aquel escenario, pero tampoco él.

—Bundy —se presentó el ocupante de una de las literas superiores—. Tú eres el militar, ¿no? Hemos oído hablar sobre ti. Eres quien más tiempo ha pasado en la celda de castigo.

Bundy era joven y parecía estar en buena forma. Resultaba amistoso y receptivo pese a todo, y Hunter se preguntó cómo podía ante semejante panorama. Quizá tuviera que ver el hecho de que no había sido encerrado, menospreciado, humillado, electrocutado y apaleado.

—Soy Hunter. Y sí, soy militar. Era teniente, de hecho.

Los dos hombres que habían hablado articularon un «oh», observándolo con mayor atención. El tercero, que miraba una revista tumbado sobre su cama de manera despreocupada, sacudió la cabeza con gesto exasperado.

—Nos traerá problemas, ya veréis —murmuró.

Era difícil determinar su edad, porque tenía un aspecto muy desaliñado. Pelo largo rubio, barba poblada sin arreglar, corpachón de aspecto poco ágil. Mascaba chicle de forma ruidosa y su ceño permanecía fruncido.

—No seas tan duro, hombre —dijo Tesco, quitándose las gafas y frotándose el puente de la nariz con cara de cansancio—. Aquí ninguno somos angelitos.

—No estoy aquí para traer problemas a nadie —trató de justificarse Hunter—. Yo solo...

—No me interesa tu vida, amigo. Solo pretendo seguir viviendo en paz hasta que llegemos a la isla, y eso no sucederá si no dejas de crear problemas. —El tipo saltó de la cama y se estiró la ropa, sin cambiar el gesto

huraño—. Voy a plantar un pino.

Bundy soltó una carcajada.

—Ese es Leon —explicó, una vez el hombre poco amigable hubo salido del camarote—. Encantador, como puedes ver. Aunque no es mala gente, pero no lo ha pasado bien. Se acostumbrará a ti, no te preocupes.

Hunter estaba más preocupado de si él se acostumbraría a ellos. La enfermera Hayes le había aconsejado que asumiera su nueva posición y ya tenía claro que si no lo hacía solo recibiría palos, o algo peor. Pero entonces, ¿cómo iba a averiguar sobre Emma?

—Por lo que veo, estás en el equipo de limpieza —comentó Tesco, cruzando las piernas sobre la cama para acomodarse—. Nosotros también. Hay otros equipos: están los de cocina y los que sudan en la sala de máquinas. Ese cabrón de Mitchell dijo que iríamos cambiando hasta llegar para que así pasemos por todos los trabajos.

—Conozco a un par de tipos que trabajan abajo y dicen que es un puto infierno.

Hunter dedujo que «abajo» era la sala de máquinas. No lo dudaba, manejar aquellos aparatos era una ardua tarea y, encima, en esos sitios la ventilación era escasa y hacía un calor sofocante. Esperaba llegar antes de tener que pasar por ese puesto, aunque lo de la cocina no le desagradaba.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Limpiar —respondió Tesco—. Eso y no crear problemas. Cuanto menos hables mejor, pero creo que ya te ha quedado claro.

—Cada noche, cerca de las nueve, vienen a buscarnos para empezar la jornada. Limpiamos por cubiertas: lavabos, cocinas, todo. Cada noche una parte.

—¿También los camarotes? —preguntó Hunter.

Los dos hombres intercambiaron una mirada entre ellos.

—También, pero hay que tener cuidado con eso —contestó Bundy—. Durante la jornada hacemos dos pausas para comer. Los camarotes son lo último y tenemos que limpiarlos entre las siete y media y las ocho, que es cuando las damiselas van al desayuno. A las ocho en punto más nos vale estar de regreso aquí.

—¿Por qué? —quiso saber Hunter—. El sargento me dijo que no asomara la cabeza por la cubierta primera, pero cuando pregunté el motivo no me respondió. ¿Quiénes son las damiselas y por qué no podemos verlas?

Bundy empezó a mover la cabeza negando y Tesco carraspeó.

—¿Ves? A eso nos referimos con lo de no hacer preguntas, tú haces demasiadas. No importa quiénes son las damiselas ni por qué no podemos verlas, simplemente no podemos. Están a otro nivel, y no hablo metafóricamente.

La respuesta no dejó satisfecho a Hunter, pero le quedó claro que aquellos dos no tenían ninguna información que pudiera servirle.

—También me ordenó que no confraternizara con mi equipo.

—No les gusta que charlemos. —Tesco se incorporó, frotándose la zona lumbar—. Es posible que teman un motín, no lo sé. De ninguna manera vamos a arriesgarnos, hay bastante personal militar en este barco como para que nos salga caro el atrevimiento.

—Bien, solo por si no lo he entendido bien. —Hunter se cruzó de brazos—. Nos embarcan con idea de llevarnos a una isla libre de infección donde comenzar de cero. Pero, al partir, nos hacen como a pollos, nos ponen a trabajar como esclavos en condiciones inhumanas y nos parten la boca si osamos hacer preguntas o charlar entre nosotros.

Bundy se encogió de hombros.

—Me temo que así están las cosas, amigo.

—¿Y de verdad pensáis que esto cambiará al llegar a la isla?

Tesco se frotó la barbilla, cogiendo su mono naranja del armario compartido. Con gestos lentos, comenzó a desvestirse para ponérselo.

—En serio lo creéis —el tono de voz de Hunter estaba cargado de ironía—. Que un grupo de militares que ahora os llama desechos y os pone a limpiar mierda, en la isla os dejará tranquilos.

Bundy lo observaba como si acabara de recibir una noticia sorprendente. Era obvio que ninguno de ellos se había detenido a pensar con calma en aquello. Pero Hunter, desconfiado por naturaleza, estaba seguro de que, si allí los trataban mal, en la isla los tratarían peor.

Se sacó la camiseta por la cabeza y, al momento, sus dos nuevos compañeros silbaron. Bajó la mirada, entendiendo por qué: su pecho y espalda eran un lienzo de tonos verdosos y púrpuras, y un montón de cortes que aún no habían comenzado a cicatrizar.

—Dios mío —escuchó murmurar a Bundy.

El joven había palidecido y de pronto Hunter comprendió que era muy joven. Demasiado para estar allí, ya doblegado a ser una especie de esclavo.

—Amigo, debes de haber cabreado mucho a alguien —observó Tesco, terminando de abrochar su ropa de trabajo—. Te recomiendo pasar

desapercibido durante unos días. O, ya puestos, hasta el final del viaje.

« Ya veremos » , pensó él, subiéndose aquel mono destartado y con el color ya apagado por el uso. Callarse nunca había sido su especialidad. Sin embargo, coincidía con Tesco en que, al menos por unos días, debía pasar desapercibido. Si conseguía dejar de estar en el punto de mira del sargento Mitchell, algo que no parecía sencillo, podría empezar a husmear aquí y allá.

Leon regresó poco antes de que los soldados pasaran a recogerlos y se puso su uniforme de manera mecánica. Luego se hizo una coleta apresurada y la introdujo dentro del mono para que no llamara la atención.

Acababa de cerrar la cremallera y atarse las botas cuando sonaron los golpes en la puerta. Hunter consultó el reloj, viendo que eran las ocho en punto. Esa primera jornada de trabajo no solo se limitaría a limpiar, sino a controlar a los soldados. Todos tenían puntos débiles, descuidos que él podía aprovechar en su beneficio. Por mucha rabia que le diera, Tesco y Bundy tenían razón: lo mejor era agachar la cabeza y volverse invisible, que nadie se fijara en su persona mientras él se fijaba en todo.

—Muy bien, piojosos —vociferó el soldado serio, cuya placa decía «Wert»—. Hoy nos toca vuestra parte favorita, los baños. Seguro que os lo vais a pasar muy bien.

Hunter miró al frente y siguió a sus compañeros, uniéndose a la fila que ya acompañaba a los soldados encargados de agruparlos. Aunque al ver el mono naranja no le había gustado nada, ahora se daba cuenta de que la uniformidad podía conseguir que no lo observaran de manera especial. Tantos hombres vestidos de la misma forma era un camuflaje perfecto, y él era un experto en camuflaje.

Cuando el grupo estuvo completo, con unos veinte hombres en total, empezó una interminable jornada de doce horas de trabajo.

Emma

Una semana después, Emma se sentía mejor en lo que al físico se refería. Su cuerpo reaccionaba de manera favorable, sobre todo desde que había comenzado a hacer el ejercicio que les imponían por obligación.

La rutina en el barco era muy sencilla. Tal y como el doctor Hennar había explicado, todo se construía a base de horarios que debían respetarse. Debían estar listas para ir a desayunar a las siete y media, y a las ocho el comedor se vaciaba. Si por algún motivo aún quedaba comida en alguna bandeja, allí se

dejaba. Emma siempre subía a cubierta después y recorría la distancia de lado a lado, disfrutando del olor a mar y el aire puro.

La mayor parte de los días, tras ese pequeño momento de oxigenación, regresaba al camarote y se cambiaba para ir al gimnasio. Dedicaba un par de horas a hacer ejercicio y charlar con las otras chicas, y después se duchaba con toda la calma del mundo. A pesar de su carácter, las horas se le hacían tan largas que había aprendido a tomarse todo el tiempo del mundo en sus actividades.

Tras la ducha, llegaba la hora de alimentarse. Emma subía al comedor y se sentaba junto a Alexa, con la que hablaba de temas intrascendentes mientras pinchaban trocitos de una comida en su mayoría insulsa. Estaba claro que los cocineros no eran reputados chefs ni mucho menos, aunque ese detalle no tenía importancia para Emma. Nada tenía sabor en su paladar.

Después de comer llegaba otro de sus momentos favoritos del día: se dejaba caer en la cama de su camarote y dejaba divagar su cerebro durante un par de horas. Pensaba en Nathan y en cómo extrañaba tenerlo a su lado, poder abrazarlo o hablar con él. Nathan siempre la comprendía, sabía qué decir en todo momento. Quería creer que estaba bien, que lo vería en la isla.

También encontraba tiempo para pensar en June y en su padre. Las probabilidades de que estuvieran vivos eran casi nulas, pero siempre los tenía presentes y hacía el esfuerzo de recordar sus rostros. No quería olvidarlos.

Echaba de menos a Rachel, su mejor amiga; a Hunter, su compañero de fatigas; a Faraday... y ansiaba reunirse con todos ellos, pero no tenía nada claro que eso fuera a suceder. Quizás los habían destinado a otros lugares y, si eran tan rígidos como en ese barco, no dudaba que habrían tenido que seguir las órdenes.

La idea de llegar a la isla y que no estuvieran allí la llenaba de amargura, pero intentaba que sus pensamientos se encaminaran hacia recuerdos agradables y no a sentimientos negativos.

Tras ese descanso, llegaba la peor parte del día: visitar al doctor Hennar.

Odiaba ese momento. No odiaba al médico, que solo hacía su trabajo y además era muy considerado en su trato hacia ella, pero sí sentir esa vigilancia. La obligación de rendir cuentas día tras día. Qué comía, cuánto ejercicio hacía. Si le dolía esto, o aquello, a qué hora tenía ardor de estómago, si se tomaba las vitaminas. Si le dolía la cabeza.

Sí, le dolía. Su cuerpo ya estaba más fuerte, pero los dolores de cabeza y la sensación de inestabilidad no desaparecían. Mike explicaba que era normal,

que no olvidara que había estado en coma con un traumatismo craneal serio, y ella se obligaba a convencerse de que tenía razón. Pero eso le producía frustración, porque no estaba del todo recuperada. Emma no estaba acostumbrada a estar enferma o tener molestias y le estaba costando tomarlo con calma, pero tampoco tenía más opciones.

Ese día, como los anteriores, se abrochó despacio la blusa verde y observó su reflejo en el espejo. Blusa y falda, medias de lana, zapatos. Un suéter por encima. Cada vez que se ponía esa ropa, era como si automáticamente se colocara un disfraz, y actuaba en consecuencia al personaje que representaba: la dama que necesitaba ser rescatada.

Emma era lo bastante inteligente para saber que lo mejor era callar y observar, y eso era lo que estaba haciendo, ni más ni menos.

Cerró su camarote y caminó con calma hasta la consulta del doctor Hennar, saludando a todo el mundo que se encontraba con una sonrisa amistosa que proyectaba una calma que no sentía.

Cuando tomaba el ascensor, siempre sentía la tentación de pulsar el botón que la conduciría a la cubierta inferior. Saber que no podía bajar allí estimulaba su curiosidad, pero hasta entonces había logrado mantenerla a raya. Su mano siempre se desviaba hacia la cubierta tercera, donde se encontraba la enfermería, el despacho de Mike, y, creía, las habitaciones del capitán Card y el teniente Soerensen, a los que aún no había tenido el placer de conocer.

En ese momento del día era cuando su humor se ensombrecía. Tras la charla con Mike, solo quedaba un breve paseo por cubierta y acudir al comedor a las seis para cenar otra tanda de comida difícil de tragar. Un rato de parloteo absurdo mientras regresaban a sus camarotes demasiado pronto, para que a las ocho se recluyeran dentro, tras cerrar con llave.

A veces, Emma se sentaba con la espalda contra la puerta y aguardaba. Dos noches había escuchado ruidos, gente caminando, hablando en susurros, golpeteos, deslizar de objetos... y se preguntaba qué demonios sería todo aquello. Al igual que con la cubierta inferior, resistía la tentación de asomar la cabeza y contemplar con sus propios ojos quién pasaba por allí y qué hacía.

Los días eran largos, anodinos y frustrantes, y ella no llevaba nada bien sentirse frustrada. Cuando tocó en la puerta del despacho de Mike, lo hizo con una creciente irritación.

—Adelante —accedió él, desde el interior.

Emma entró, cerrando tras de sí, y ocupó la silla que había frente a él con

expresión hastiada.

—¿Qué tal estás hoy, Emma? —preguntó Mike en tono agradable, como siempre.

—Estoy bien —se limitó a responder ella.

El joven se quitó las gafas y la miró con atención. La joven apartó la vista, incómoda. Era verdad que recordaba a Nathan cuando veía sus ojos, los gestos, las gafas, la bata. Parecía casi imposible no pensar en él, pero eso era algo que solo se concedía cuando estaba sola, por si acaso sus emociones se descontrolaban. No podía perder los papeles allí, en ese despacho.

—Emma, debes hablar conmigo —repuso Mike.

—Ya lo hago, vengo a verte todos los días a la misma hora.

—Lo sé, y eres eficiente con tu información, pero me gustaría que pudieras sincerarte de forma más personal. ¿Te sientes a gusto, bien tratada? ¿Cómo es tu relación con el resto de pasajeros? Puedes comentar cualquier duda que tengas, habla con libertad.

—La libertad de preguntar no sirve de nada si no me das respuestas.

—Tienes que comprender que yo no hago las reglas, me limito a cumplirlas. Soy igual que el resto de trabajadores del barco, solo soy el médico.

—Y yo te doy información sobre mi salud —replicó ella.

Él observó su expresión obstinada y suspiró.

—Está bien, no tienes que hablar conmigo si no quieres. Solo pensé que podías necesitar un amigo para desahogarte o algo así... Has tenido una experiencia muy fuerte y es normal que te sientas desubicada o perdida.

Emma se cruzó de brazos y se mantuvo callada. Mike hizo lo mismo, recostándose sobre su silla. Al parecer, aunque no tuviera ganas de hablar no pensaba dejarla marchar antes.

Se obligó, una vez más, a recordar que el médico no era su enemigo. Que nadie en aquel barco lo era, aunque no entendía por qué todo el tiempo tenía la sensación de estar retenida contra su voluntad y sin conocer la verdad. Empezaba a pensar que se estaba volviendo paranoica, quizá el traumatismo en la cabeza la había dejado un poco tocada.

Entonces llegó a la conclusión de que el doctor Hennar le sería mucho más útil si lo tenía de su parte, y no al revés, y cedió.

—Esto es muy difícil para mí —admitió, y Mike le hizo un gesto para que siguiera—. No me siento yo misma. Es como si no tuviera control sobre mi cuerpo. Los dolores de cabeza y esos mareos que me dan a veces, ya sé que el

golpe fue fuerte, pero...

—Es cuestión de tiempo, eso es todo. Se te pasará, y antes de lo que crees.
—Mike apoyó los codos sobre el escritorio—. Tus análisis han salido bien, solo que es una recuperación lenta. Cuando se trata del cerebro, todo es nuevo e imprevisible.

La chica afirmó con lentitud. Sí, eso se lo repetía ella a menudo y tenía razón, pero no evitaba la paranoia.

—Odio pensar que quizá me estoy volviendo loca.

—Nada de eso —él atajó esa idea al instante, en tono firme—. Emma, no se trata solo del coma, sino de todo. Esto ha sido un *shock* para ti, despertar en un lugar extraño, rumbo a otro que no conoces, sin siquiera poder decidir. Te has visto alejada de tu familia o la gente con quien compartías tu vida, no sabes qué ha sido de ellos y, para rematar, aquí tampoco dan explicaciones de nada, solo órdenes.

Exacto, por una vez el doctor Hennar acertaba.

—Tu estado de ánimo es totalmente normal. Yo te ayudaré con la medicación en lo que respecta a los dolores, el resto es cosa tuya y de cómo decidas afrontarlo. Pero, si necesitas un amigo, no un médico, sabes que también puedes contar conmigo.

Eso parecía, al menos en teoría. Pero Emma no confiaba del todo en él como para abrirle su corazón, aunque no había necesidad de decírselo en ese momento. Se limitó a asentir, poniendo cara de niña buena.

—Hay una cosa que me gustaría —añadió.

—Adelante.

—Quiero hablar con el capitán Card —pidió con firmeza—. Me dijiste que cuando estuviera mejor podría hablar con la persona al mando.

El doctor Hennar la observó, con expresión pensativa. Seguro que valoraba si estaba lo bastante cuerda como para meterla en una reunión con el mismísimo capitán del barco o, por el contrario, se lanzaría sobre él como una chiflada.

Tras unos segundos de vacilación, Mike se encogió de hombros.

—No veo por qué no —respondió—. Lo comunicaré y pronto sabrás la respuesta.

—Gracias.

—¿El resto, bien? ¿Pasas tiempo con tus compañeras? Te vendría bien pasear menos y confraternizar más.

Emma se incorporó, echándose aquel absurdo suéter por encima de los

hombros.

—Poco a poco —comentó—. Aunque, desde luego, me resulta curioso que haya tan pocos hombres... Uno por cada cinco mujeres. ¿Eso es casualidad, o tiene alguna explicación lógica?

Mike sonrió, sacudiendo la cabeza.

—No lo había pensado, pero sí, es curioso. —El médico hizo un gesto de despedida—. Nos veremos mañana, Emma. Descansa.

Ella cerró al salir, sin dejar de notar que Mike no había respondido a la pregunta. Faltaba poco para la hora de la cena, así que la joven se encaminó hacia el camarote de Alexa. Al igual que ella, la mujer hacía su ejercicio por la mañana y dedicaba a la lectura gran parte de las tardes. Emma acudía a buscarla al salir de sus sesiones, encontrándola casi todas las veces sin terminar de vestir y con lo que estuviera leyendo tirado sobre la cama.

Esa vez, sin embargo, Alexa le abrió la puerta con una sonrisa radiante. Llevaba su melena castaña suelta y un leve rubor cubría sus mejillas.

—¿Cómo estoy? —preguntó, señalando su ropa.

Las prendas no era especialmente favorecedoras, al igual que las suyas, pero Emma decidió que una mentira piadosa en aquel tema no la llevaría de cabeza al infierno.

—Perfecta —contestó—. ¿A qué se debe? ¿Tenemos cena de gala y yo no me he enterado?

—En absoluto —dijo Alexa, saliendo del camarote—. Es solo que no sé, creo que ese tío, Parker, anda ligando conmigo. Y bueno, no me importaría nada que así fuera.

—Ahora mismo no caigo.

—Al principio pensé que solo estaba siendo simpático, pero cada vez va a más. Ayer hasta dimos una vuelta por cubierta antes de dormir, y fue casi como una cita. —Alexa suspiró—. La verdad, no pensé que volvería a sentirme así después del virus, pero también tengo ojos en la cara y es muy guapo. ¿No crees?

Emma rebuscó entre sus recuerdos el rostro de alguno de los hombres que hubiera revoloteado alrededor de Alexa.

—Todos lo son —comentó.

—Cierto, hemos tenido suerte con los pasajeros masculinos.

—Sí, es como si estuviera hecho a propósito, ¿no?

Alexa se detuvo a mitad de camino, echándole una ojeada.

—¿*Conspiranoica*? —preguntó, con voz burlona.

—¿Qué?

—No creas que no me he fijado en cómo actúas. Todo el tiempo lo pasas observando todo y a todos, es deformación profesional. ¿A qué te dedicabas antes del virus?

Emma no esperaba aquello. No había tomado demasiado en serio a Alexa, metiéndola en el saco de mujer banal que apenas se cuestionaba nada de lo que sucedía a su alrededor. Se había equivocado, al parecer poseía cierta perspicacia, y eso demostraba que no estaba tan centrada como debía.

—Era policía —respondió.

—Bueno, eso lo explica. —La morena la cogió por el brazo, para que siguieran caminando—. Puedo entender tu desconfianza, tu caso es diferente. Pero piénsalo, ¿qué complot podría haber donde hombres guapos tuvieran un papel importante?

No lo sabía, pero seguía resultándole extraño.

—Supongo que sí, que estoy un poco loca —atinó a decir, queriendo abandonar ese tema—. Háblame de ese Parker. ¿Es rubio de pelo rizado, muy alto?

—Justamente ese, veo que te acuerdas —Alexa sonreía, risueña.

Emma lo recordaba. Hablaba con Alexa y con varias más. Aunque debía tener unos cuarenta años, poseía un rostro juvenil, pecoso, con ojos azules y cabello ensortijado, lo que lo convertía en un gran atractivo para las mujeres. Siempre sonreía mucho y era educado, con un pequeño punto de timidez.

—Seguro que estás pensando en cómo soy capaz de sentir interés por un tío después de lo ocurrido...

—No, en absoluto. No le veo nada de particular, las circunstancias extremas crean relaciones extremas —dijo Emma.

—Estuve ocho años casada con un mediocre que me engañaba con su secretaria —Alexa contó eso con cierto rencor en la voz—. Estábamos pensando en tener hijos cuando lo descubrí, al menos me alegro de no haber cometido ese error. El muy idiota se dejó abierto el correo electrónico, y la amiguita le enviaba videos cachondos.

Habían llegado frente a la entrada del comedor, donde las chicas iniciaban su lento peregrinar hacia las bandejas mientras los pocos hombres presentes se sentaban desperdigados y sonrientes. Emma se dijo que era como observar una perezosa danza de cortejo, de apareamiento. El macho paseando entre montones de hembras, esperando ser elegido para fecundar a alguna. La idea le resultó curiosa, pero Alexa reclamaba su atención hablando de temas

personales y no quería demostrar desinterés.

—¿Y qué hiciste?

—Echarlo de casa y pedir el divorcio. Luego me pasé años furiosa, enfadada con el género masculino en general... No quería saber nada de tíos, ni siquiera como aventuras esporádicas. Mi exmarido solo era otro cabrón más, pero rompió mi confianza por completo.

Emma no hizo comentario alguno.

—El caso es que Parker ha tenido esos sutiles detalles conmigo y es agradable. Anoche sentí un cosquilleo que hacía mucho que no tenía y me dije: «¿Por qué no, Alexa? Nadie dice que no puedas volver a enamorarte». ¿Te sorprende?

Ella se encogió de hombros.

—Somos impredecibles —manifestó—. Pero si ese tipo ameniza tu viaje, no veo nada de malo en que lo disfrutes.

—¿Crees que en la isla podremos tener una vida normal? ¿Un hogar, pareja, hijos?

—Me gustaría saberlo tanto como a ti.

—Supongo que no tardaremos en enterarnos. —Alexa la cogió del brazo, arrastrándola al interior del comedor—. Venga, vamos a ver con qué bazofia nos sorprenden esta noche. Cualquiera diría que tenemos monos cocinando, la verdad. —Y se echó a reír.

Emma fue detrás, aún pensando en las dudas razonables que mostraba su amiga. Esperaba conseguir la reunión con el capitán Card para poder hacer esas mismas preguntas: qué aguardaba en la isla, qué se esperaba exactamente de ellas. Porque una sensación incómoda martilleaba en su cabeza, llevaba acompañándola desde que había despertado del coma y, al parecer, no tenía intención de abandonarla.

El capitán Card era su máxima prioridad.

Capítulo 4. Paranoia

Hunter

Barrer, fregar, frotar. Limpiar moquetas, alfombras, cristales. Grasa de cocinas, de campanas extractoras tamaño industrial. Sanitarios, lavabos, duchas, mamparas. Polvo de estanterías, azulejos. Cepillar juntas del suelo, olor a lejía, a desinfectante.

La semana había sido muy dura y Hunter estaba agotado del trabajo. El horario era interminable; los descansos para comer y dormir, insuficientes.

A veces, durante la noche aparecían *Serio* y *Menudo* (los adjetivos con que sus compañeros de camarote habían apodado a los soldados) y los despertaban golpeando la puerta, solo por el simple placer de interrumpir sus escasas horas de descanso. Hunter pegaba un salto y después permanecía erguido, con el corazón a mil por hora, mientras escuchaba las risas de los soldados alejándose por el pasillo. Detestables seres humanos, que dejaban ver su auténtica naturaleza en cuanto tenían algo de poder. Con sumo gusto los molería a puñetazos.

Veinte veces al día se recordaba que debía callar y mirar hacia el suelo. Una mirada desafiante significaba una provocación; una provocación terminaba en paliza. Labio roto, ojo morado, costilla triturada, cardenales. No, gracias.

Al regresar al camarote, mientras los cuatro se quitaban el mono y pensaban en ducharse antes de meterse a dormir en sus incómodos camastros, encontraron un papel pegado en el interior de la puerta. Cambiaban de zona y de horario.

—Cocina —repuso Tesco con una mueca—. Increíble. Mi mujer no

consiguió que cocinara en los veinte años que estuve casado con ella y voy a tener que hacerlo aquí por narices.

—¿Al menos trabajaremos de día? —quiso saber Bundy, estudiando los horarios—. Mierda, no, todo se prepara de noche. Horas cocinando y luego, a limpiarlo todo... ¿Qué pretenden, envenenar a las damiselas con bazofias recalentadas?

Hunter notó que se desinflaba. Por algún motivo, había pensado que en el turno de cocina podrían tener un horario normal, incluso servir en el comedor. Eso le hubiera dado alguna oportunidad de escabullirse o intentar averiguar si Emma continuaba en enfermería. O cualquier cosa, algo a lo que agarrarse para no caer.

A pesar de todo, su cerebro empezó a maquinarse. Si supiera donde quedaba la enfermería, podría tratar de hacer llegar una nota, aunque no disponía de papel ni bolígrafo, obviamente. Y sería una misión muy complicada, por no decir imposible.

Se sentó sobre su cama, con la decepción pintada en el rostro.

—¿Qué te pasa, teniente? —preguntó Tesco—. ¿No te gusta preparar salsas?

El tono era jocoso y exento de malicia, pero no logró hacerlo sonreír ni un poquito.

—Necesito poder ver a esas mujeres —murmuró.

Los otros tres se miraron, estallando en carcajadas.

—¿Llevas mucho sin...? —empezó Bundy, a lo que Leon le pegó un manotazo—. ¿Qué?

Hunter se dio cuenta de cómo habían sonado sus palabras y se apresuró a aclararlo.

—¡No! No estoy hablando de eso, joder. Gracias, ya tengo novia. —Suspiró—. A ver cómo os lo explico... Embarqué con una amiga. Ella fue directa a la enfermería y a mí me llevaron a la celda de aislamiento. No he vuelto a verla y necesito saber si está bien.

Leon dejó el libro que tenía entre manos y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Embarcaste aquí por propia voluntad?

—Por supuesto que sí. Se suponía que iba a mantener mi rango o, al menos, eso fue lo que dijo el jefe de Estado Norris... Fue él quien nos propuso viajar a Anticosti.

—No me entero de nada —Bundy parecía perplejo.

Tesco y Leon se miraron, como si se plantearan que estuviera mintiendo.

—Estábamos presentes en la OTAN cuando se liberó el antiviral y la cosa se descontroló. Nos ofrecieron ir a la isla para ayudar y... Mirad, es muy largo para explicarlo, pero mi novia es médico y dijeron que la necesitaban. También estaba Nathan, que es virólogo, y ellos decidieron coger el primer barco para que yo pudiera encargarme de viajar con Emma.

—¿Quién es Emma? —preguntó Leon.

—Es una policía amiga mía. Sufrió un accidente y entró en coma, pero aun así accedieron a trasladarla. Me prometieron respetar mi cargo, pero nada más entrar se llevaron a Emma y a mí me dieron una paliza.

Hunter se calló de pronto, notando la desesperación en su voz. Seguramente pensarían que estaba loco, pero necesitaba respuestas.

—Entonces —intervino Tesco—, ¿tu amiga es una de las damiselas?

—No lo sé. Ni siquiera sé si continúa en la enfermería, o qué han hecho con ella. —Hunter se frotó la frente, y los miró—. ¿Cómo voy a poner un pie en esa isla, mirar a Rachel y Nathan a la cara y decirles que la perdí de vista el primer día? Mi trabajo era protegerla. Necesito encontrarla.

Bundy no abría la boca, asimilando sus palabras.

—No te estarás inventado esa historieta, ¿no? —carraspeó Tesco.

—¿Tengo aspecto de bromear?

—No, no mucho. Es que me llama la atención todo lo que cuentas. —Tesco hizo un ademán con la cabeza—. Verás, yo estaba con un grupo de supervivientes de Nueva York. Cuando lanzaron el antiviral, por suerte estábamos a cubierto.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Hunter.

—No sabría decir bien cómo reacciona en las personas, pero pudimos comprobar que afectaba a la fauna. Puede que a la flora también —explicó Tesco.

—Mierda...

—Cuando el presidente lanzó ese mensaje, nos presentamos ante el personal militar. Se llevaron a las chicas por un lado y a los hombres por otro... No sabemos bien qué pasó con ellas, pero a nosotros nos hicieron unas cuantas pruebas y nos metieron aquí. Y no hubo preguntas, como dices que te pasó a ti.

—¿Sin ninguna explicación?

Hunter aún recordaba cuánto habían apretado las tuercas al jefe de Estado Norris. Y también recordaba la clase de mentira utópica que les había contado.

—No. Solo nos dijeron que tendríamos que trabajar para pagarnos la comida, o algo así. Tampoco nos trajeron a todos, creo que se quedaron con los que mejor estado físico tenían. Pero se aseguraron de dejar claro que éramos escoria.

Bundy asentía. Leon permanecía en silencio, lanzando miradas furtivas.

—A mí me pasó algo similar —comentó el chico, sentándose a su lado—. Iba con mi familia, pero nos separaron. Espero volver a ver a mis padres en esa isla.

Hunter lo miró por primera vez con algo parecido a la simpatía. La manera de actuar de los militares no le gustaba nada, rompía con todo lo que significaba para él. No había honor alguno en abusar de los civiles y explotarlos bajo amenaza de violencia. Y tenía que asegurarse de terminar con esa actitud, pero ¿cómo? Estaba más solo que nunca, rodeado de civiles que prácticamente habían sido secuestrados y puestos a limpiar de rodillas sin ninguna explicación.

—¿Cómo es? —preguntó Leon, interrumpiendo su línea de pensamiento.

—¿Qué?

—La chica, la que buscas. La que está o no en coma. ¿Puede haber despertado? ¿Cómo es?

—¿Por qué? —preguntó, con desconfianza.

—Intento echarte una mano, capullo —gruñó Leon, envarándose—. Si no te interesa, no hay problema.

—No, espera. —Hunter se acercó a él para mirarlo a la cara—. ¿Puedes ayudarme?

—Puedo intentarlo.

Tanto Bundy como Tesco parecían tan sorprendidos por sus palabras como el propio Hunter. Leon no hablaba demasiado y un noventa por ciento de lo que decía eran gruñidos o comentarios sucintos y descorteses, así que aquella frase era lo más largo que habían escuchado de su boca.

—Yo pertenecía a un grupo de Davenport —explicó él, al fin—. No éramos demasiados. Nos desplazábamos a cubierto casi siempre, por suerte no estuvimos expuestos al antiviral. La historia es similar a la de Tesco, aunque en nuestro caso no nos presentamos de manera voluntaria ante los militares, sino que nos capturaron ellos.

—¿En serio? —preguntó Bundy—. Pero se supone que era una decisión libre. Aunque nadie con algo de cerebro se hubiera quedado allí, ya me entiendes.

—Pues nadie nos preguntó. Llevábamos un par de hombres mayores que no he vuelto a ver y al resto nos metieron aquí, aunque en otros grupos. Yo me libré por poco, mi sensación es que si pasas de los cincuenta tus probabilidades de viajar a Anticosti desaparecen.

Hunter se acarició la barbilla. Leon tenía razón en lo que decía: por lo que había observado, el ratio de edad entre su equipo era menor que eso.

—¿Cómo puedes ayudarme?

—Uno de los tíos de mi grupo está en el equipo de cocina. Lo he visto en los cambios y alguna vez hemos podido intercambiar algunas palabras —comentó Leon—. Es muy espabilado, sé que ya ha conseguido curiosear en zonas prohibidas. Si me explicas cómo es tu amiga, le preguntaré si alguna de las damiselas encaja con su descripción... y quizás haya suerte.

—De acuerdo, sí —aceptó Hunter, a la que esa opción le parecía el mejor avance en días—. Ella es de las que llaman la atención, ya sabes: rubia, ojos grises, alta. Treinta y tres años. Vaqueros, cazadora, ese estilo.

—Está bien. Lo transmitiré —repuso Leon—. Y yo también estaré alerta por si veo algo. El sargento Mitchell está tan ocupado mirándote a ti que comienza a volverse un poco descuidado.

Hunter debía darle la razón en eso. Mitchell no le quitaba ojo de encima, incluso parecía decepcionado de que no diera más problemas. Y no era porque no lo provocara, que lo hacía, pero Hunter no le daba el menor motivo.

Se tumbó en su cama mientras la ronda de duchas comenzaba y el camarote se empañaba por momentos. Cuatro hombres compartiendo aquel lavabo diminuto era algo a lo que costaba acostumbrarse, pero por primera vez desde que había pisado el barco Madre, no lo veía todo negro. Si lograban que gente de otros equipos trabajara con ellos, tenían alguna posibilidad. Estaba convencido de que ninguno de los hombres que formaban aquellos grupos de trabajo forzado estaba feliz con sus funciones. Y sí, había soldados, pero si se organizaban bien podían reducirlos.

« No seas ridículo » , se dijo, frustrado.

Necesitaría mucho tiempo y poder hablar con todos esos hombres, y no tenía ni lo primero ni lo segundo. Solo esperaba que Leon consiguiera alguna información de su amigo y que, con suerte, él pudiera husmear en algún cambio de turno. La limpieza no dejaba mucho margen de movimiento, pero las cocinas estaban más próximas a la cubierta superior y, quizá, si un día se retrasaba, podría ver a las damiselas.

Fuera como fuera, estaba dispuesto a intentarlo. Le quedaba poco tiempo de agachar la barbilla y mirar al el suelo, lo sentía en su interior.

Emma

Segunda semana a bordo del barco y Emma no conseguía relajarse. Mantenía las formas, pero por dentro creía que empezaba a volverse paranoica.

Todo le resultaba sospechoso y cada vez se hacía más preguntas para las que no obtenía respuesta. Era como un círculo vicioso, no paraba de dar vueltas a sus dudas, pero todas desembocaban en un callejón sin salida.

Ese día, tras la comida, había optado por subir un rato a la cubierta exterior para airearse. Estar tumbada en su cama echando de menos a Nathan no iba a despejar las incógnitas, de forma que había resuelto pensar en cómo lograr información.

El resto de las mujeres del viaje parecían cómodas, todas se comportaban con calma y educación. En muchas ocasiones, a Emma también le apetecía dejarse llevar por la corriente, era cómo si un brazo tirara de ella hacia el abandono y la despreocupación, pero su lado luchador la obligaba a rechazar esa sensación. No podía dejarse abrazar por aquella apatía conformista y para despejar su cabeza nada mejor que la brisa fresca del mar.

De manera que allí estaba, un rato antes de su cita con el doctor, haciendo una lista mental de preguntas. Porque, después de mucho observar, había notado ciertos detalles llamativos.

Viajaban treinta mujeres con ella, todas con edades comprendidas entre los veinte y los treinta y cinco. No recordaba haber visto ninguna mayor, a excepción de la enfermera Hayes.

Solo había seis hombres, todos muy atractivos. Agradables, simpáticos. Charlaban con todas las chicas, aunque al final habían terminado formando una especie de grupos y siempre eran los mismos en las mesas. A veces, Emma se los encontraba paseando por cubierta con una u otra, o en el gimnasio. No lo entendía, ¿por qué tan pocos hombres? ¿Por qué todos parecían sacados de un cuento de príncipes? ¿Dónde estaban las mujeres mayores? ¿Los niños?

¿Por qué a nadie le llamaba la atención?

Se tocó el bolsillo del suéter, donde permanecía doblado y guardado un mapa del barco que había encontrado en el cajón de la mesilla. Arrugado y

doblado al fondo, seguro que había pasado desapercibido. Lo había desplegado con un cosquilleo, felicitándose por su suerte: ahora sabía con exactitud dónde estaba ubicado todo. Había dos cubiertas por debajo de sus camarotes, dos lugares donde el doctor Hennar le había ordenado que no bajase. Una era la sala de máquinas; la otra parecía tener la cocina y unos camarotes que seguramente ocupaba el personal de mantenimiento, al que nunca había llegado a ver. Igual que el personal de cocina, sabía que existía porque la comida aparecía en el comedor como por arte de magia, pero nadie preguntaba quién la preparaba. ¿Dónde se metía esa gente? Porque nunca los veían...

A veces, cuando pensaba en ello, terminaba tan agotada que se sentía como la protagonista en una película de paranoia. Hacía un par de días que tenía la sensación de que alguien la vigilaba, pero si se giraba se encontraba sola.

No podía hablar de aquello con Alexa, porque esta andaba perdida en sus ensoñaciones respecto a Parker. Aunque no había hecho comentario alguno, la sonrisa de satisfacción que lucía los últimos días le hacía pensar que habían tenido varios encuentros sexuales. Seguro que a Alexa no le gustaría mucho saber que Parker se mostraba igual de amistoso con otras chicas. Ella misma lo había observado, aunque no pensaba abrir la boca.

Casi todas las mujeres del barco disfrutaban de las atenciones de los hombres en algún momento del día, excepto ella. Otro detalle curioso...

Se incorporó, dispuesta a reunirse con el doctor Hennar, sacudiéndose la ridícula falda de su conjunto. No sabía cómo todavía no se había matado subiendo escaleras con aquellos zapatos, no controlaba esos tacones en absoluto.

Cuando llegó hasta la puerta, le pareció ver un movimiento fugaz en el interior del barco. ¿Alguien había estado observándola y de pronto desaparecía al verla acercarse?

Se metió dentro a toda prisa, cerrando de golpe.

—¿Hola? —llamó, recorriendo el pasillo mientras su olfato de policía se encendía como una cerilla.

No obtuvo respuesta y poco a poco los latidos de su corazón fueron bajando.

¿Su imaginación le estaba jugando malas pasadas o de veras alguien controlaba sus movimientos?

Cuando el doctor abrió la puerta, debió notar en su cara la inquietud.

—¿Estás bien? —preguntó—. Pareces agitada.

Ella se deslizó entre la puerta y él sin decir nada, y Mike cerró con una mirada inquisitiva. Permaneció allí a su lado, sin moverse, aguardando.

—No aguanto más —murmuró la chica.

—¿Qué ha pasado?

—¡Todo! O pasa algo aquí dentro, o me pasa a mí, una de dos.

Mike pareció alarmado y se apresuró a acercarse a una silla, haciendo que se sentara con calma. Otra cosa más que compartía con Nathan, esa tranquilidad que transmitía y que hacía que todo el mundo a su alrededor se relajara de inmediato. Ojalá estuviera él ahí para clarificar su mente y no aquella especie de doble. Pero no estaba y lo echaba muchísimo de menos.

—Mike, ¿puede la medicación estar jugándome malas pasadas?

—No, no debería. ¿Por qué lo preguntas, qué notas?

—No lo sé, creo que alguien me está siguiendo —murmuró.

—¿Qué? ¿Has visto a alguien?

—No, no lo he visto, es solo una sensación. Notas cuando alguien te observa, ¿no? Pues tengo esa sensación a veces, pero después no hay nadie. Y todo el tiempo se me ocurren cosas extrañas...

Mike estiró las manos y la cogió por las muñecas con suavidad. Emma se sorprendió ante aquel contacto por parte del doctor Hennar, normalmente tan profesional, pero no hizo el menor movimiento para desprenderse de él.

—Cuéntame esas cosas extrañas que se te ocurren —pidió.

—¿Por qué solo hay mujeres en este barco, todas jóvenes? ¿Y las mujeres mayores, o los ancianos? ¿Por qué solo seis chicos, que parecen gallos en un corral, cuya misión es encandilar a todas las gallinitas? ¿De dónde vienen tantas órdenes y restricciones, como lo de no poder salir del camarote a partir de las ocho? ¿Quién cocina, cuándo? Vamos a desayunar media hora y al regresar han limpiado nuestras habitaciones, pero no sabemos quién. Y me pregunto por qué no podemos saberlo. No podemos bajar abajo, ¿por qué?

Mike la escuchaba sin abrir la boca.

—A veces me pregunto si realmente hay alguien más en este barco, porque la tripulación y el personal parecen fantasmas. Pero después escucho los ruidos por la noche, así que deben de estar ahí aunque no podamos verlos ni hablar con ellos. ¿Por qué? ¿Qué plan tienen para nosotras en la isla, Mike? ¿Qué se esperaba de nosotras? ¿Y el capitán? Hace siglos que pedí hablar con él e ignora la petición. ¡Y me duele la cabeza!

—Cálmate.

—Me duele la cabeza, los mareos no desaparecen y me siento absurda llevando esta ridícula ropa, ¿por qué no puedo llevar vaqueros y botas? ¿Tratáis de convertirme en una dama más para que venga uno de esos sementales a ligar conmigo?

—Vale, vale. Tranquila, Emma, creo que estás en medio de una crisis. Voy a...

—¡Ni se te ocurra inyectarme un tranquilizante! —avisó ella, soltándose con brusquedad.

—De acuerdo. —Mike alzó las manos con gesto pacífico—. No te daré nada, calma. Si te tranquilizas un segundo te ayudaré.

Ella lo miraba a la defensiva, pensando que había hablado demasiado. Se fiaba del doctor, pero él también estaba al mando de algún superior, suponía, y la simple idea de que le contara a este todo lo que acababa de decir no le hacía ninguna gracia.

—Respira —ordenó él, con voz pausada—. Obedece, Emma. En unos minutos te sentirás mejor.

Obedeció, siguiendo sus pautas. Coger aire, soltarlo, una y otra vez hasta que notó como la tensión de sus músculos cedía. De la mano de la calma llegó un sentimiento de impotencia tan fuerte que temió romper a llorar. ¿Qué le estaba sucediendo, en qué momento se había convertido en aquella criatura débil e incapaz de controlarse?

—¿Mejor? —preguntó Mike.

No se había dado cuenta, pero el doctor le acariciaba un brazo con lentitud. Una vez más, pensó en apartarlo y no lo hizo. Su contacto no era desagradable, sino todo lo contrario. Otra vez las ganas de llorar amenazaban con su presencia y él detectó el brillo en sus ojos.

—Bien, bien. Ven aquí.

El doctor Hennar intentaba abrazarla, ¿debía permitirlo? ¿Era una simple muestra de afecto o había algo más tras el gesto en apariencia inofensivo de consolarla? ¿Podía confiar en él de verdad, o era un peón más del juego?

No había ningún juego, no había ningún juego. Nadie la vigilaba ni acosaba, era su cabeza. Tenía que controlar cuanto antes los pensamientos paranoicos, antes de que le hicieran perder la razón.

No solo permitió el abrazo, sino que se refugió en los cálidos brazos del doctor. Brazos que la envolvieron como lo hacía su madre durante su niñez, acogedores, reconfortantes. No parecía haber nada malo tras su amabilidad.

—Todo va bien, Emma, solo estás aturdida —repetía Mike, con voz suave

— Es todo fruto de la lesión. Tu cerebro se reajusta y a veces te juega malas pasadas, créeme.

Emma lo miró, notando que tenía su rostro demasiado cerca. No, no era en absoluto profesional, pero no se alejaba. Se parecía tanto a Nathan que en aquel momento no estaba segura de a quién estaba mirando, no sabía quién la abrazaba.

El doctor podía besarla y ella corresponder a ese beso, pero salió de su especie de ensoñación y se apartó unos milímetros de aquel cuerpo atractivo.

Se sentía turbada, incómoda, molesta. El doctor había cruzado la línea que separaba al médico de la paciente y ella se lo había permitido con total tranquilidad.

—Perdona —dijo Mike—. Esto no ha sido muy apropiado, lo lamento. No me gusta verte así y quiero que te sientas mejor, pero...

—No pasa nada, también ha sido culpa mía. Estaba alterada.

El doctor Hennar parecía avergonzado y eso consoló a Emma: saber que al menos no era la única que perdía los papeles. Él fue hasta el armario, sacó una botella de la bebida vitaminada y se la tendió, carraspeando.

—Vaya —suspiró—. Creo que nunca me había visto en una situación así. Te pido perdón otra vez, Emma, ha sido muy inadecuado.

Ella aceptó la bebida y dio un trago sin muchas ganas, tan incómoda como él. ¿Habría sido un momento de debilidad del doctor o realmente se sentía atraído por ella? Si fuera lo primero no tenía importancia, pero si fuera lo segundo las visitas serían raras.

—Perdí a mi mujer cuando se propagó el virus y bueno, todos nos sentimos solos a veces. —Mike forzó una sonrisa. Pareció que seguiría dando explicaciones, pero no lo hizo.

—Ya, te entiendo. Está olvidado.

—Precisamente hoy iba a darte una buena noticia.

—¿De verdad? Y yo estropeándolo con mis ataques de paranoia... — bromeó Emma, para paliar la tensión que había quedado en el ambiente.

Mike la había confundido un poco con aquel pequeño detalle personal sobre su esposa fallecida, pero no le desagradaba. Al menos demostraba que el médico era un humano con todas sus debilidades, como el resto, y no esa máquina de comportamiento perfecto que le había parecido desde el comienzo. Por primera vez dejó de verlo como una maquinaria más del barco, alguien que solo estaba allí para controlarla. Era una persona y seguramente se sentía igual de confuso.

Un médico, tal como ella era policía. Que estuviera en aquel barco no lo volvía malvado o conspirador, sino una persona más que viajaba hacia lo desconocido. Quizá él tampoco sabía lo que lo aguardaba en la isla, si sería conducido sin mediar palabra a un hospital donde continuar ejerciendo su profesión sin poder elegir.

—Cuando te sientas así, recuerda lo que te he dicho. Tu cerebro se está reiniciando y juega contigo. Te hace ver cosas donde no las hay.

—Nadie me sigue, ¿verdad?

—No, Emma, puedes estar tranquila. Nadie te sigue. —Mike sonrió, ya recobrado del momento embarazoso sufrido con anterioridad.

Había recuperado el control y eso relajó también a la joven. Con una sola persona inestable en la consulta era suficiente.

—Gracias por tranquilizarme —murmuró Emma—. Durante toda la semana creía que me estaba volviendo loca y no sabía cómo gestionarlo.

—Cuando todo esté en su sitio, desaparecerá ese agobio. Y los dolores de cabeza, verás. Respecto a la ropa sí que no puedo hacer nada, lo siento.

Emma se echó a reír. Era la primera vez que lo hacía de manera sincera y espontánea, seguramente porque ahora veía al doctor Hennar de otra manera. Y, si seguían así, podían llegar a ser amigos.

—Tendré que conformarme —repuso.

—Entonces, te diré la buena noticia. —Mike sonrió de nuevo—. El capitán Card ha accedido a tener una reunión contigo. Te espera mañana después de cenar.

Capítulo 5. Ahora o nunca

Hunter

El trabajo de cocina era menos duro que limpiar, pero Hunter se dio cuenta de que sus posibilidades de movilidad se habían reducido de forma proporcional al trabajo. Aunque tenían bastante espacio, la mayor parte de su jornada discurría allí dentro, excepto los descansos para comer, donde les permitían subir a cubierta.

El primer día, Hunter apenas lo podía creer. No había tomado el aire desde que puso un pie en el barco Madre y recibir aquel pequeño trozo de felicidad con olor a mar lo desarmó ligeramente. Se recuperó pronto, frotándose las manos en el delantal que les obligaban a llevar.

—No está mal —comentó Tesco, mirando hacia el infinito—. Mejor que limpiar los baños, aunque lo lamento por la gente que va a comerse esta basura que cocinamos los que no sabemos cocinar.

Hunter encontró ánimos para forzar una sonrisa. Sí, el turno de cocina estaba mejor. Además, aunque seguían teniendo soldados que vigilaban, por algún motivo no les gustaba pasar mucho tiempo en la cocina, así que poseían cierta libertad, al menos para charlar. *Menudo* y *Serio* tampoco estaban, debían de ocuparse solamente de los *recogedores*. Si sus cálculos no fallaban, la próxima semana bajarían al infierno de la sala de máquinas y luego aún quedaría otra semana en el turno de limpieza antes de llegar a la isla. Y a saber qué les sucedería allí, si no lograba escapar o dar la vuelta al asunto.

Solo habían transcurrido un par de días desde que Leon prometiera intentar averiguar algo sobre Emma y los nervios le estaban haciendo polvo,

pero cuando regresó de su descanso con Tesco, vio cómo el hombre le hacía un gesto desde el fregadero.

Se aproximó con lentitud, disimulando bajo la mirada de los soldados, que no prestaban demasiada atención. Leon llevaba puesto delantal y gorro, lo que no dejaba de conferirle un aspecto ridículo. Aquel tipo grandote, con el pelo recogido en una coleta y disfrazado de cocinero.

—¿Qué hay que hacer?

—Tenemos la comida prácticamente lista, solo nos faltan las guarniciones de verdura. Nos dedicaremos a esto la mitad, el resto puede empezar a preparar las cenas.

Preparaban las comidas por día, incluyendo desayunos y meriendas, y todo se dejaba bien guardado en recipientes desechables en las neveras de la cocina. Aunque pareciera una tontería, preparar comida para tanta gente les llevaba buena parte de la noche y, cuando acababan, debían dejar todo limpio. Y eso sin contar con que la mayoría de ellos no tenía mucha idea de cocina, con lo cual todo se complicaba, con quemaduras y cortes de propina.

En aquel barco se seguía una dieta saludable como comprobaron el primer día, tras inspeccionar los armarios, refrigeradores y despensas. Legumbres, arroz y pasta en su mayor parte. Las verduras y frutas se habían convertido en un bien preciado, aunque disponían de ellas con mesura. Nada de carnes, alimentos procesados o lácteos, pero sí mucha comida enlatada. El grupo hacía lo que podía con lo que tenía.

Entre tanto calor y ruido, nadie prestó atención a Leon hablando con Hunter.

—Tengo algo para ti —dijo, mientras echaba un vistazo a una enorme olla en la que se cocinaban montañas de brócoli—. La enfermería está vacía.

—¿Qué? —repitió Hunter, como si hubiera oído mal.

—La enfermería está vacía. No hay chica. —Leon lo miró de reojo, tras asegurarse de que no habían captado la atención de ningún soldado—. Camilla y máquinas seguían allí, pero ella no. Así que una de dos: o está en una bolsa para cadáveres, o caminando por el barco.

Se alejó para coger un condimento y Hunter se quedó paralizado. Puede que hubiera sido mejor no saber nada. La idea de que pudieran haber asesinado a Emma ni siquiera se le había pasado por la mente hasta que Leon lo había mencionado.

¿Eran capaces?

Hunter sabía que sí. A nadie le importaba ni le interesaba mantener viva a

una persona en coma en aquellas circunstancias, teniendo que empezar de cero. Si habían aceptado el encargo era solo para conseguir que viajaran Nathan y Rachel. Ni más, ni menos. Ni él ni Emma importaban, quizás hasta fueran personas problemáticas que estarían mejor muertas o esclavizadas.

Cómo lo había engañado Norris, el muy cabrón.

Permaneció allí inmóvil, mientras los vapores del brócoli se arremolinaban a su alrededor, hasta que Leon le dio una palmada en el brazo.

—Muévete, hombre, te van a llamar la atención —ordenó, colocando dos enormes bolsas de judías sin pelar sobre la encimera—. Ve pelando esto y disimula. ¿Qué sucede?

Hunter obedeció de manera mecánica. Lo único que veía en su cabeza era una bolsa negra con cremallera.

—Pensé que te alegraría saber que tu amiga no está en la enfermería —murmuró Leon, troceando zanahorias con destreza.

—No, si está en una bolsa para cadáveres.

—Eso era una forma de hablar, amigo. No creo que en este barco les dé por amontonar fiambres. —El hombre echó una mirada alrededor, pero por suerte el aroma del brócoli había ahuyentado a la mayor parte de los presentes al otro extremo de la cocina.

—Tampoco me parece que sean muy amistosos con la gente en general.

—Tú no te pongas nervioso antes de tiempo. Si está con el grupo de damiselas, pronto lo sabremos.

Hunter no estaba seguro de poder esperar. A su alrededor todo se volvía negro y cada vez más difícil. La sensación de tener las manos atadas era intensa y con ella crecía la necesidad de hacer algo, cualquier cosa.

—Debemos movernos —musitó.

Leon se giró como si se hubiera vuelto loco.

—¿De qué hablas?

—Tenemos que hacerles frente. No podemos seguir así. —Hunter continuaba pelando judías y mirando hacia la pared—. Si cuando desembarquemos nos siguen dominando estaremos perdidos.

—Te has vuelto loco, no hay nada que podamos hacer.

—Si habláramos con el resto...

—¿Ves a los soldados? Tienen armas. Fin de la charla.

Leon se alejó con las zanahorias para ponerlas en una cazuela. Lo hizo justo a tiempo, ya que en aquel momento decidió pasearse por allí el sargento Mitchell para comprobar que todos trabajaban a buen ritmo y en silencio.

Miró a Hunter con una mueca, pero aparentemente satisfecho al ver que pelaba judías con expresión de estar medio ido.

—Por fin te veo doblegado —sonrió, mientras cogía una judía—. Sigue así, soldado. Me gusta. —Miró a los demás y vociferó: —¡Quiero ver esto tan limpio que se pueda comer en el suelo, palurdos! ¿Os queda claro? Y cocinad bien, no queremos que nuestros invitados se atraganten con la mierda que preparáis.

Hunter se tragó la rabia hasta que esta le tocó el estómago. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para seguir pelando como si nada.

Limpiar las cocinas de arriba abajo los hizo sudar pero, por suerte, ese turno terminaba antes que el de limpieza, sobre las seis podían irse a dormir.

Una vez en el camarote y con los pasos de los soldados ya lejos, Leon sacudió la cabeza mirando a Hunter.

—No vuelvas a hablar de rebelión habiendo soldados presentes, podrías meternos en un lío de cojones. ¿Te enteras?

—¿Qué rebelión? —Bundy asomó la cabeza desde el baño, donde estaba a punto de entrar en la ducha—. ¿Quiere un motín?

—Yo solo digo que esto es una mierda y vamos de cabeza a otra peor. Si pudiéramos hacernos con el control del barco antes de llegar les llevaríamos ventaja.

Tesco miró a Leon y este puso los ojos en blanco.

—Amigo, no creas que no te entiendo —dijo, en voz baja—. Sé que cuando estás acostumbrado a mandar, estar en el lugar del que besa los pies del amo es una puta mierda. Lo sé bien, pero a diferencia de ti, entiendo cuándo es el momento de actuar y cuándo de callar.

—Entonces, ¿estás dispuesto a besar los pies del amo para siempre?

Leon no respondió a eso, de forma que Hunter miró a Tesco.

—¿Y tú? ¿Estáis mentalizados para hacer esto hasta que alguno de esos capullos decida que somos demasiado viejos o demasiado torpes o lo que sea, y nos den pasaporte? Porque yo no. Y aún no sé cómo, pero algo se me ocurrirá.

Todos enmudecieron y Bundy regresó a la ducha. Hunter se tumbó en su cama y empezó a dar vueltas a la cabeza, pero no veía ninguna solución viable. Con ayuda, quizá su grupo de trabajo, tenían alguna mínima posibilidad. No le costaría desarmar a algún soldado y conseguir un arma, pero solo era imposible. El sueño lo venció, en parte por el agotamiento de la jornada, en parte por el de su cerebro, que no cesaba de trabajar.

Cuando sonó la alarma que los despertaba a las ocho, se percató de que había dormido del tirón. Algo que hacía tiempo que no sucedía. Los otros ya se desperezaban, entrando al lavabo y empezando a vestirse, ya que el turno en cocina daba comienzo a las nueve.

—Estabas agotado, ¿eh? —saludó Bundy, sonriendo mientras sacaba del armario común su delantal y gorro de cocina.

—Sí, supongo. —Hunter se frotó la frente, aún aturdido.

—¿Hablabas en serio antes sobre lo de intentar hacerte con el barco? —el joven bajó la voz, pese a que Tesco y Leon charlaban en el baño.

Hunter afirmó con lentitud.

—Yo no quiero pasar la vida que me quede así —murmuró Bundy—. Solo tengo veinte años, si deseara morir frotando suelos podría haberme quedado en territorio americano, no sé si me entiendes.

—Ojalá pudiéramos convencer al resto.

—Quizá cuando acabemos el turno, por la mañana, podamos volver a discutirlo. La mayor parte de las veces consultamos las cosas con la almohada.

—¿Y me apoyarás? —quiso saber Hunter.

—Sí, lo haré —prometió Bundy, incorporándose.

Hunter se vistió, atándose el delantal. Al entrar al baño para cepillarse los dientes, se vio reflejado en el espejo y pensó en qué cara pondría Rachel si lo viera con esa pinta. Seguro que se moriría de risa. Pensar en ella era doloroso y nada productivo, así que se obligó a centrarse en el trabajo: cocinar y limpiar. Con suerte, al término de la jornada podría volver a sacar el tema con el apoyo de Bundy para que sus colegas entraran en razón.

Sin embargo, no salió como había pensado. Mientras su grupo avanzaba en fila hacia las cocinas, todos en silencio y cabizbajos observando de reojo la oscuridad nocturna, Hunter alzó la cara y algo en las escaleras llamó su atención.

Estaba lejos y aún así sus ojos se abrieron de golpe. Dos soldados acompañaban a una chica rubia, alta, de ojos grises, guapa. No había cazadora ni botas, sino una ropa absurda que jamás hubiera asociado a su amiga, pero no cabía duda: era Emma.

La alegría de ver que estaba recuperada y caminando le hizo olvidar toda precaución.

—¡Emma! —gritó.

Hizo ademán de repetirlo, pero notó en la cabeza un golpe tan fuerte que

cayó al suelo. Dolorido, entreabrió los ojos para ver al sargento Mitchell observándolo impasible.

—Ya me tienes hartado, tú. Es la última vez que me jodes. —Se dirigió a alguien que Hunter no acertó a ver—. Llévalo a la celda de incomunicación y tirad la llave. Luego le haremos una visita.

Emma

—Siga adelante, señorita. El coronel Card la espera en su despacho, y le gusta la gente puntual.

Emma se había detenido al escuchar voces. Estaba a medio camino de la escalera y se asomó lo justo para descubrir a un grupo de hombres que se encaminaba hacia el frente. Nunca los había visto y no tenían buen aspecto en general: caras pálidas y cansadas, miradas huidizas, algunos con golpes visibles, ropas raídas y viejas. Por los delantales supuso que tal vez fueran personal de cocina, pero...

Oyó voces y un sonido seco, el grupo se revolvía. El soldado la empujó en el hombro con calma.

—Aquí no hay nada que ver —insistió—. Adelante.

Emma se vio forzada a continuar subiendo las escaleras.

—¿Quiénes eran esas personas? —preguntó—. ¿Personal de cocina?

No obtuvo respuesta, de modo que decidió callarse, fastidiada. Militares, programados para no decir nada. Tampoco le extrañaba, en aquel barco la información se dosificaba con cuentagotas.

Cuando el doctor le había notificado que el capitán Card accedía a hablar con ella, le había parecido una buena noticia. Como el hombre no hacía las comidas con los demás, tuvo que esperar en su camarote hasta después de la cena, cuando una pareja de soldados acudió a buscarla. ¿Necesitaba custodia para caminar por el barco? Según Mike, todo era seguro. Y si se trataba de evitar que paseara por donde no debía, seguía sin comprender por qué, si aquello era tan seguro.

Además, la sensación de sentirse vigilada no cesaba, a pesar de los intentos de Mike por tranquilizarla al respecto. Nunca veía a nadie, pero escuchaba ruidos. El leve sonido de unos pasos alejándose, por ejemplo. No se lo estaba imaginando, era real, aunque no hubiera podido comprobarlo. Por si acaso no la seguían de forma amistosa, había conseguido ocultar un cuchillo del comedor. Era de punta roma y totalmente inofensivo, pero Emma

sabía cómo afilarlo: cuestión de tiempo y paciencia. De lo segundo no podía presumir, de lo primero tenía a espuestas.

Llevarlo oculto bajo la manga ya le había dado buenos resultados antes y decidió que se sentiría más segura así, de modo que ahora iba armada. Nunca estaba de más ser precavida.

—No podemos dar ninguna información.

Emma sentía curiosidad por el grupo de hombres cabizbajos, pero la reunión con Card era más importante. Debía conseguir información útil, era lo prioritario, y con esa idea continuó caminando sin insistir.

El capitán Card se alojaba en la misma cubierta en la que estaba el comedor, pero en la otra punta. Poseía una especie de salón amplio decorado con austeridad y había varias puertas más. Emma supuso que serían su habitación y su despacho. Los soldados la llevaron hacia una de las puertas y llamaron.

—Adelante —se escuchó una voz.

—Señor. —El soldado abrió, carraspeando—. Su visita.

—Gracias. —El hombre hizo un gesto hacia Emma para que pasara—. Retiraos.

Ella entró, mientras la puerta se cerraba a su espalda. El capitán Card no era tan mayor como había esperado, rondaría los cincuenta. Su rostro era severo y poco amistoso, los ojos de un tono azul frío, y tenía arrugas pronunciadas en las comisuras de la boca, como si en otra época de su vida se hubiera hartado de reír.

Tampoco estaba solo: un hombre más joven se encontraba sentado al otro lado de la mesa del despacho. Emma leyó su identificación: teniente Soerensen.

Muy bien, así que ahí estaban los dos sujetos que daban las órdenes.

—Señorita Jefferson —saludó el capitán, incorporándose desde su silla para alargar la mano—. Soy el capitán Card, me encargo de todo lo referente al barco y la navegación, y él es el teniente Soerensen. Lleva los temas militares y controla al personal.

—Es un placer —dijo este, estirando también su mano.

Los tonos de voz y apretones de manos eran amistosos, pero Emma detectó su tensión y rigidez. No estaban cómodos, a los hombres del ejército en general no les gustaba tener que dar explicaciones, y suponía que el capitán Card se sentiría igual.

—El doctor Hennar nos dijo que quería hablar con nosotros —comentó

Card, una vez ella hubo estrechado las dos manos y ocupado una silla junto al teniente—. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Pueden llamarme Emma —repuso ella al momento—. Supongo que están al tanto de mi caso, así que lo primero que me gustaría saber es cómo he llegado aquí.

Ambos parecieron sorprendidos ante una cuestión tan directa. El capitán Card se acarició la barbilla mirándola.

—Bueno, mmm... Veamos. —Abrió un cajón, revolviendo su contenido—. Me parece que por aquí tengo su orden de traslado.

Tras unos minutos en los cuales Emma aguardó con paciencia la mirada escrutadora y poco disimulada del teniente Soerensen, al fin el capitán sacó una carpeta.

Y, otra vez, alguien que no era ella ojeaba su historial delante de sus narices.

—El traslado lo firmó el jefe de Estado Norris —informó, cerrando la carpeta y dejándola sobre la mesa.

—¿El mismísimo jefe de Estado? —se asombró Emma—. ¿Y puedo saber el motivo? Me refiero a... ¿por qué? ¿Qué dice de mí ese historial?

—Es información confidencial —respondió Card al instante—. Como comprenderá, no podemos ir enseñando los historiales a la gente.

—Pero ese es el mío. No creo que vaya a enterarme de algo que yo no sepa —protestó la joven—. Lo siento, pero tengo muchas preguntas que nadie responde. ¿Puedo saber el motivo de que se me metiera en este barco sin mi permiso? Puede que estuviera en coma, pero...

El capitán abortó sus protestas con un gesto.

—Señorita Jefferson, según lo que he leído, un tal Hunter Cooper solicitó su traslado y el jefe de Estado Norris lo aprobó.

—¿Hunter Cooper? ¿Y dónde está él? ¿Está vivo?

—No tenemos información sobre eso y, aunque la tuviéramos, tampoco podríamos dársela.

—Creo que tengo derecho a saber dónde voy y por qué. Qué se supone que tendré que hacer en esa isla de la que me ha hablado el doctor Hennar.

El capitán Card tomó aire, tras cambiar una mirada desdeñosa con el teniente. Este continuaba sin abrir la boca, aunque no cesaba de estudiarla.

—Señorita Jefferson, entienda que no tengo por qué dar la menor explicación a una civil. No obstante, ya que se siente usted tan inquieta, trataré de paliar su temor. El país se encuentra en estado de excepción, es

decir, bajo mando militar aprobado por el jefe de Estado y el vicepresidente. Anticosti es un lugar libre de infección, un sitio donde empezar de cero. Pero hay normas que seguir.

Emma guardó silencio. Hasta ahí, coincidía con lo que Mike le había explicado.

—Se ofrece seguridad, comida, techo, atención médica... Y se exigirá algo a cambio, no voy a engañarla. Ahora, que me aspen si tengo esa información... Yo me limito a tripular los barcos para poner a los civiles a salvo.

Emma se giró entonces hacia el teniente Soerensen.

—¿Y usted? —preguntó.

—¿Perdón? —él salió de su ensimismamiento.

—Entiendo que el capitán Card trabaja en la marina y quizás no sepa, pero usted es personal militar, teniente para más señas. He tenido contacto con militares toda mi vida y me extrañaría mucho que no tuviera ninguna información.

Las comisuras de la boca del teniente se curvaron levemente hacia arriba, un amago de sonrisa burlona que decía más de lo que el hombre pensaba.

—Clasificada —se limitó a decir—. No podría hablar de esto con una civil.

—Pero yo no soy civil —dijo ella—. Soy agente de policía.

—Bueno, quizá fuera así antes del virus, pero... —empezó Soerensen.

—Ah, ya entiendo —murmuró Emma—. Así que ustedes conservan sus puestos y rangos, pero el resto de la gente no.

—Se está extralimitando, señorita Jefferson —comentó el capitán, en un tono sosegado que a Emma no le gustó nada—. ¿Piensa usted causar problemas?

Tras unos segundos, Emma negó con la cabeza. No necesitaba seguir hablando con ellos para saber que no pensaban dar la menor información sobre nada, y no tenía la menor duda de que sabían mucho más de lo que decían. Pero no conseguiría que lo compartieran con ella, de manera que lo mejor que podía hacer era cerrar el pico y tratar de averiguarlo por su cuenta.

—¿Alguna pregunta más? —el tono del capitán volvía a ser engañosamente amable—. ¿Se encuentra a gusto a pesar de sus dudas? ¿Su camarote, la compañía, la comida, el doctor?

—La comida... mejorable. —Emma forzó una sonrisa mientras se ponía en pie.

—En eso sí que tengo que darle la razón. —Card imitó su gesto, acercando de nuevo su mano a modo de despedida—. Esperemos que mejore al llegar a la isla.

—Y no dude en venir a vernos si necesita algo más —añadió el teniente Soerensen, de manera innecesaria.

—Por supuesto. Muchas gracias por recibirme.

Emma mantuvo su sonrisa hasta salir del despacho, donde la borró de su cara. Las cosas no cambiaban, buena prueba de ello eran los militares con sus malditos secretos... Lo único bueno había sido escuchar que su traslado lo había solicitado Hunter. Eso significaba que al menos seguía con vida, lo que la aliviaba, aunque... ¿dónde estaba? ¿Se encontraría ya en la isla de marras? ¿Qué tendría que hacer allí?

Caminó detrás de los soldados pensativa, muda, dando vueltas a la cabeza. Cuando entró en su camarote, se mantuvo pegada a la puerta escuchando cómo ellos se alejaban tras comprobar que echaba el cerrojo. Al parecer, no se planteaban que ninguna de ellas pudiera salir de noche a echar un vistazo y seguro que daban por hecho que con la vigilancia nocturna sería suficiente.

Emma controló las ganas de abrir la puerta y salir a husmear. Se sentó sobre su cama, frotándose la frente. No se encontraba demasiado bien, como empezaba a ser habitual, y la charla con el capitán tampoco había resultado de gran ayuda, excepto para llamar la atención sobre su persona.

Por el día sería imposible escaquearse o revolver papeles: el número de soldados era el triple y con las rutinas tan instauradas que tenían, si faltaba en algún momento lo notarían. Si quería descubrir algo, tendría que arriesgarse a salir por la noche.

Cogió la botella de su mesilla para beber un poco, pero estaba harta de la bebida vitaminada. La tiró por el lavabo, pensando en cómo se enfadaría Mike si lo viera, y la rellenó de agua.

Después regresó a la cama, sopesando cuál sería la mejor hora para arriesgarse a salir de su camarote. ¿Y si probaba esa noche para ver hasta dónde podía llegar sin ser descubierta?

Sacó la caja de calzado que había bajo la cama y escogió las únicas deportivas de suela blanda que tenía. El resto haría ruido.

Esperó unas horas, hasta que ya eran cerca de las dos de la madrugada. Era el momento perfecto, puesto que sabía por experiencia que la mayor parte de los guardias que cabeceaban durante la vigilia lo hacían más o menos a esa hora. La primera parte de los turnos solían estar despejados, pero la última se

espabilaban ante la proximidad de acabar su guardia, así que si existía la posibilidad de que estuvieran aletargados, era entonces.

«Ahora o nunca», se dijo la chica, asegurándose de que el cuchillo afilado permanecía bajo su manga, a mano.

Descorrió el cerrojo en silencio, abrió y echó un vistazo: nadie a la vista.

Por lo que había podido observar, el primer guardia estaba junto al ascensor. Desde allí podía controlar este, las escaleras que subían y bajaban y, si alguien aparecía por el pasillo, se daría de bruces contra él. Iría con cautela para ver si lograba acercarse lo suficiente y ver en qué estado se encontraba. Si tenía suerte y estaba dormido podría tratar de subir hasta el despacho de Card, aunque eso era peligroso y arriesgado. Si estaba despierto, representaría el papel de dama en apuros y diría que le dolía la cabeza, o algo así.

Al menos, la sensación de mareo y desubicación parecía remitir un poco, se encontraba mejor.

Caminó por el pasillo, lenta pero sin pausa, en silencio y con cuidado, pegada a la pared. Después de unos minutos que parecieron eternos, llegó hasta la zona crítica y se asomó con precaución... para encontrar a un soldado con los ojos cerrados.

La mala noticia era que el acceso a las escaleras era imposible, delante habían colocado una cadena de seguridad y Emma no se veía capaz de dar saltos sin despertar a aquel inútil. Solo podía ir hacia abajo, donde no sabía si encontraría información sobre la isla.

No estaba segura de querer bajar, pero entonces recordó que era una de las prohibiciones que había escuchado a Mike, y eso la decidió.

Pasó con cuidado por delante del soldado, quien soltó un leve suspiro y se acomodó mejor sobre su propio hombro. Emma desapareció de su vista al bajar las escaleras, encontrándose en cuestión de segundos en la cubierta inferior.

Nunca había estado allí, la sensación era diferente a la que se percibía en la suya. Parte de las luces estaban fundidas y las que quedaban tintineaban de mayor a menor intensidad. Las paredes se veían poco cuidadas, con zonas donde el papel había sido arrancado, y había más suciedad que en el resto del barco. Emma estaba intranquila y miró por encima de su hombro para cerciorarse de que nadie la seguía.

Caminó hacia delante sin saber qué podía encontrar, pero el desasosiego la acompañaba en cada paso que daba. Estaba segura de que alguien iba detrás,

aunque hizo el esfuerzo de no volverse de nuevo, pues no quería parecer preocupada.

Si hasta entonces podían haber sido imaginaciones tuyas, ahora escuchaba pisadas. Por suerte, tenía una esquina cerca y allí podría despistar a quien fuera, si conseguía alcanzarla.

Emma giró al llegar y se detuvo, manteniéndose inmóvil. Oyó con claridad los pasos aproximándose. El factor sorpresa estaba de su lado, sin duda la persona que la seguía no imaginaba que estaría esperándolo, y así fue.

En cuanto la figura cruzó, Emma le salió al paso. Era un hombre no muy alto, de aspecto compacto, muy desaliñado. El tipo de persona que no deseabas encontrarte en un pasillo lúgubre en mitad de la noche.

La joven lo agarró de la ropa, empujándolo contra la pared mientras le ponía el cuchillo en la garganta. El hombre puso cara de sorpresa, pero pronto se recompuso y mostró los dientes en una sonrisa torcida.

—Vaya con el ángel —farfulló, retorciéndose para que el cuchillo no tocara su piel.

—¿Quién eres? —siseó ella—. ¿Por qué me sigues? ¡Habla!

Él meneó la cabeza, como hablando para sí mismo.

—Habla ahora mismo si no quieres que pierda los nervios —insistió Emma, acercándole otra vez el pico del cuchillo.

No estaba segura de si podría hacer realmente daño con aquella cosa improvisada, pero pensaba actuar como si fuera así.

—Me llamó Hans. Tranquila —dijo el hombre, dejando de resistirse—. No pensaba hacerte daño, solo seguía órdenes.

—¿Qué órdenes?

—Vigilarte —respondió él—. Tenía orden de vigilarte, ya está.

—¿Orden de quién?

—De un amigo —la respuesta fue breve.

Emma apartó el cuchillo de su cuello, negando al mismo tiempo.

—Yo no tengo amigos en este lugar —replicó de forma rotunda. Ante el silencio del espía desconocido, suspiró exasperada—. Muy bien. ¿Quién es? Ese amigo tendrá un nombre, ¿no? Dime cómo se llama.

Hans se tocó la garganta, allí donde ella había apoyado el cuchillo. Tras frotar la zona unos instantes, la miró con una sonrisa entre burlona y desdeñosa.

—Scalia —escupió.

Capítulo 6. Resucitado

Emma

Se apartó de Hans despacio, eliminando el cuchillo de la ecuación. Se preguntó si había escuchado de verdad aquel nombre o de nuevo su cerebro se divertía con ella. Puede que él vocalizara mal. O que ella directamente estuviera loca, era otra posibilidad.

Lo miró con los ojos muy abiertos y una mueca casi desencajada.

—¿Scalia? —preguntó, con un leve temblor en la voz.

—Reth Scalia.

—Reth Scalia está muerto —objetó Emma, sin detenerse a pensar en cómo era posible que un hombre cualquiera, en un barco cualquiera, conociera ese nombre.

—Te aseguro que no, encanto.

—Muy bien —la joven se mantuvo obstinada—. Entonces llévame con él.

Hans se encogió de hombros, pasando a su lado para continuar por el pasillo, aunque un par de metros más adelante se desvió por una puerta que los metió en otro pasillo peor iluminado y que apestaba a humedad. Emma se sentía cada vez más intranquila, como si fuera una víctima estúpida que se hubiera dejado engañar para meterse de lleno en la trampa.

Un tipo desconocido la seguía por el barco y ella se creía sus palabras. No contenta con eso, lo seguía cual corderito. ¿Y si todo era mentira y tenía otros planes? Pero, entonces ¿cómo conocía aquel nombre? Tenía que ser un truco, una mentira, alguna clase de engaño.

No podía ser Scalia. La última vez que lo había visto estaba con la pierna atrapada en una trampa para osos, con una horda de rabiosos camino de

destruirla a dentelladas y una pistola para ayudarlo a sufrir lo menos posible. Emma recordaba el apresurado abrazo entre lágrimas, perder a Reth había sido casi tan doloroso como la muerte de Joel en su momento.

Era una trampa, no había otra, pero aun así continuó siguiendo a Hans. No había soldados por aquella zona, por lo que Emma dedujo que habían hallado un hatajo y lo utilizaban con cierta libertad para andar por el barco, fuera quien fuera aquel sujeto.

—¿Qué es esta zona? Y tú ¿qué haces en el barco?

—Trabajo en la sala de máquinas —se limitó a explicar el hombre.

—¿Cómo conseguís evitar la vigilancia?

—Los militares no bajan mucho aquí abajo —comentó él, sin aminorar el ritmo—. A nadie le gusta esta zona. Hace demasiado calor y humedad, el trabajo es duro, la iluminación mala... la vigilancia es escasa y muchos de los que estamos aquí tenemos cierta experiencia en burlarla.

Sus palabras no la tranquilizaron precisamente. A pesar de todo, Emma continuó tras él. No podía alejar de su cabeza la idea de que había un noventa por ciento de posibilidades de que se la estuvieran jugando, pero algo en su interior la obligaba a seguir. No estaba pensando ni valorando la situación, sino actuando con precipitación y movida por un impulso. Contraviniendo los siempre útiles consejos de su padre, no siguiendo sus propias reglas que tan bien habían funcionado siempre. Escuchar el nombre de Scalia la había desestabilizado, ¿qué demonios estaba pasando allí?

Hans se detuvo frente a una enorme puerta de metal. A través de la ranura inferior se filtraban silbidos y nubes de vapor, y cuando el hombre la empujó hacia dentro, les recibió una oleada de calor y de ruido. Emma retrocedió automáticamente, tratando de evitar el aire viciado.

Dentro, un montón de hombres se afanaban en manejar las máquinas. Trabajan en tirantes, tratando de soportar las temperaturas de la sala, sudorosos y con manchas de grasa en sus pantalones de color beige.

La policía miró con recelo cómo Hans entraba y atravesaba el lugar mientras saludaba con la cabeza sin entretenerse. ¿Se suponía que debía seguirlo ahí dentro? Hubiera preferido hablar fuera, pero se dio cuenta al instante de que no era lo más inteligente. Aunque la vigilancia fuera escasa, si se quedaban charlando fuera podrían descubrirlos. Tenía que ir tras él, no había otra solución. Con su vestido y su suéter, se deslizó entre las máquinas y los trabajadores, acelerando para alcanzar a Hans mientras notaba los ojos de los presentes observarla, mudos de estupor. Ninguno hizo el menor

comentario, aunque comenzaron a sisear. Emma lo entendía, debía resultarles increíble verla allí, más cuando todas las mujeres estaban bien recogidas y guardadas en la zona superior.

Había hombres maduros y auténticos críos: algunos no parecían tener ni los dieciocho años y ella se preguntó qué hacían ahí abajo trabajando como mulas en la sala de máquinas. Recordó al grupo de limpieza, desgastados, con el agotamiento y la resignación pintadas en sus caras. Entonces fue completamente consciente de la injusta segregación del barco: ellas vivían como princesitas, con todas las comidas, el rato de ejercicio, su ocio, los camarotes individuales con televisión, revisiones médicas. Aquellos hombres parecían vivir en la más triste de las penurias, solo había que ver sus rostros macilentos.

Y no era casualidad, estaba dispuesto así. ¿Por el capitán Card?

—Es por aquí —la urgió Hans, al ver que se quedaba rezagada.

Emma aceleró el paso otra vez, evitando mirar de forma directa aquellos ojos inquisitivos. Casi tropezó con él cuando frenó de golpe. Ante ellos había una zona menos transitada y allí, acompañado de tres hombres más, se hallaba Scalia.

Emma se quedó muda. No había ningún error, estaba delante de su cara. Con aspecto descuidado, como siempre, quizás el pelo más largo, pero los mismos ojos verdes. La misma expresión escéptica en los labios. Era Reth.

El grupo enmudeció de inmediato al verlos llegar. Durante unos segundos interminables, Emma pensó que quizá la odiara. Al fin y al cabo, lo había abandonado en una situación de vida o muerte, por mucho que le pesara. Incluso meses después de lo sucedido, siempre se había preguntado si no podría haber hecho más fuerza para abrir la trampa de osos.

Pero Scalia sonrió al verla y con aquello se disiparon todas sus dudas: no le guardaba rencor por nada que hubiera sucedido en el pasado.

—Reth —murmuró, como si necesitara que alguien la pellizcara—. ¿Cómo...?

Scalia fue hasta ella y la estrechó con fuerza, gesto al que Emma respondió sin dudar. Ese viaje en barco se estaba convirtiendo en una sorpresa tras otra, pero al menos alguna era buena.

Se abrazó a él, consciente de cuánto lo había extrañado. Por raro que pareciera, por compleja que hubiera sido su relación en el pasado, se había convertido en alguien importante en su vida. Y se alegraba mucho de verlo vivo, aunque seguía sin comprender cómo lo había logrado.

El resto de hombres los observaban, confusos y claramente incómodos ante aquella muestra de afecto que no entendían. Parecieron aliviados cuando ambos se separaron.

—No lo entiendo —dijo ella—. ¿Cómo lograste escapar?

—Por los pelos —contestó Scalia—. Y con un poco de suerte. Había cerca un grupo de supervivientes que iban en dirección contraria a nosotros. Me oyeron disparar, así que se acercaron por si necesitaba ayuda, y vaya si la necesitaba.

Scalia sonrió, encogiéndose de hombros.

—No fue muy agradable, si te digo la verdad —explicó—. Tuvieron que forzar aquella maldita trampa y les costó lo suyo, a día de hoy no sé bien cómo lo lograron, pero me sacaron de allí. La pierna la tenía bastante destrozada, pero consiguieron sacármela entera.

—¡Podíais haberme alcanzado!

—Iban en otra dirección, Emma. Cuando dejaron de darme los calmantes y estuve más o menos en condiciones de hablar, no quisieron cambiar su ruta. Y, como me llevaban casi auestas, no me pareció muy inteligente negarme.

Emma se dio cuenta de que tenía razón. Reth había hecho lo necesario para sobrevivir, al igual que ella. Bastante hizo aquel grupo, librándolo de una muerte segura y cargando con él, no podía recriminar que no la hubieran seguido.

Al ver a Reth, parte de la carga que llevaba encima se había evaporado. No era responsable de su muerte. No era la horrible persona que había dejado a su amigo atrás.

—Me alegro mucho de verte —dijo, con total sinceridad.

—Y yo también. No sabía si estabas viva o muerta, aunque tenía la sensación de que sería lo primero.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? ¿Sabes algo del lugar al que vamos?

—¿Tú no?

—No demasiado. Al parecer, llegué en coma...

Le relató lo que el capitán Card y el doctor Hennar habían explicado sobre su traslado y también la poca información que poseía sobre la isla. Scalia la escuchó sin dejar de acariciarse la barbilla, frunciendo el ceño de cuando en cuando.

—Supe de ti porque alguien de mi grupo de supervivientes me puso al día. Está en otro turno y al parecer un teniente coronel que ambos conocemos te está buscando.

—¡No! ¿Hunter? Cuéntame todo, Reth, ahora mismo. Quiero saber qué está pasando.

—¿Deduzco entonces por tu preocupación que Hunter ya no es enemigo nuestro?

—¡Por supuesto que no!

—Está bien. Nuestro grupo estaba en Davenport cuando el mensaje del vicepresidente comenzó a retransmitirse —explicó Scalia—. Nos desplazábamos a cubierto y aun estábamos decidiendo si presentarnos ante el personal militar cuando ellos nos encontraron a nosotros.

Emma asintió.

—No hubo preguntas. Nos arrestaron para traernos a este barco, no sin antes hacernos una serie de pruebas, todas físicas. Algunas personas del grupo no entraron y no sabemos qué sucedió con ellas, Emma.

—¿Crees que las dejaron en tierra?

—Sí, lo creo. Al resto nos dividieron en grupos y nos pusieron a trabajar. Uno de mis chicos, Leon, está en otro equipo. Solo lo veo en los cambios de turno y poco más, pero comparte camarote con Hunter.

—Entonces siempre ha estado aquí —murmuró ella—. Desde el principio del viaje estaba aquí.

—Eso parece, aunque por lo que me contó Leon, ha pasado más tiempo recibiendo golpes en la celda de castigo que con ellos.

Ella sacudió la cabeza, negando.

—Joder...

—Al principio no decía demasiado, pero pronto comenzó a hablar sobre rebelarse. Leon me informa de cualquier detalle que escucha sobre él, desde que entramos en este barco he estado recabando información.

—¿Has conseguido evitar la vigilancia?

—Me entrené con el coronel Thomas, te recuerdo. Sé muy bien cómo moverme entre militares, yo fui uno de ellos.

—Cómo olvidarlo. —Ella puso los ojos en blanco.

—Leon vino a mí para hablarme sobre Hunter. Al parecer, toda su preocupación era saber si su amiga continuaba en el barco y si se encontraba bien. Imagínate mi cara al saber que el mismísimo Hunter Cooper se encontraba aquí, y en serios problemas.

Scalia se cruzó de brazos, con una mueca de desdén.

—No tenía la menor intención de ayudarlo, la verdad. Pero cuando supe que la amiga que buscaba eras tú, cambié de opinión y mandé a Leon a la

enfermería.

Emma hacía esfuerzos por unir las piezas del puzle.

—Como allí ya no había nadie, le pedí a Hans que cribara entre todas las damiselas y que siguiera a la que más se ajustara a tu descripción. Ni siquiera sabía si de verdad estabas en el barco o si todo era una locura, pero aquí estás.

Y sonrió otra vez al decirlo, cambiando la expresión de su rostro.

—Noté que alguien me seguía —dijo ella—. El doctor Hennar me dijo que seguramente sufría de paranoia, pero estaba segura.

—Y casi me clava esa cosa —refunfuñó Hans.

—Emma es una superviviente —aclaró Scalia, divertido.

—¿Dónde está ahora Hunter?

—No lo sé. Leon dice que se lo llevaron hace un par de días y no lo han vuelto a ver, ni siquiera para el turno de trabajo. Pero como lo metieron en aislamiento nada más llegar, sospechan que está otra vez ahí.

Emma estaba empezando a alterarse.

—Joder, joder... ojalá supiera lo que sucede. Conseguí una entrevista con el capitán Card, pero me mandaron a la mierda con buenas palabras.

Scalia hizo un barrido por la sala de máquinas y se encogió de hombros.

—Los hombres están cansados. A muchos de ellos ni siquiera les preguntaron si querían venir, igual que a nosotros, y no aguantarán mucho tiempo estas condiciones de esclavitud. Pero algo me dice que si aquí nos tratan de esta manera, allí no creo que sea mejor.

Emma asintió.

—Necesitamos información, pero tú no puedes subir arriba y pasearte por allí. Yo sí.

—¿Cómo lo harás?

—No tengo ni idea, pero ya se me ocurrirá algo. Mientras, intenta averiguar dónde está Hunter y si hay más dispuestos a hacer frente al personal militar.

El joven alzó una ceja al oír su tono, un tono que recordaba muy bien.

—¿Qué estás pensando?

—Corrígeme si me equivoco, pero no creo que ninguno de los grupos de trabajadores quiera seguir con este ritmo que les han impuesto. Si somos suficientes, podemos hacer presión. La idea de rebelión de Hunter es una posibilidad que no hay que descartar tan rápido.

Él se acarició la barbilla, sopesándolo.

—¿Tenemos posibilidades?

—No lo sé, dímelo tú. —Emma señaló a los trabajadores silenciosos—. ¿Te apoyarían? No olvides que eres militar, Reth, igual que Hunter. Yo soy policía. No somos precisamente gente indefensa.

Scalia alzó la vista, siguiendo con la mirada al resto de hombres que continuaban su labor. No le parecía muy complicado convencerlos, ella tenía razón.

—Puedo tratar de hablar con todos por grupos, pero me llevará unos días. Nos vigilan lo suficiente como para no querer que hablemos demasiado.

—Está bien. Llevamos aquí casi tres semanas, no puede quedar mucho para llegar. Organízate y averigua cuántos te seguirían. Tu hombre, el que comparte camarote con Hunter, puede sondear a los de su grupo. ¿Conocemos a alguien en el tercer equipo de trabajo?

—Deja que investigue. ¿Qué harás tú?

—Curiosear por arriba. Mi intención es meterme en el despacho del capitán Card a ver si descubro realmente dónde vamos y porqué.

Scalia sacudió la cabeza, dejando claro ya solo con su cara que le parecía un error.

—Es peligroso, Emma. Arriba hay mucha más vigilancia.

—Pero cuento con el factor sorpresa —corrigió la chica, veloz—. Nadie sospecha de mí. Puedo seguir haciéndome la tonta, la delicada, la chica en coma.

El joven no parecía muy de acuerdo con que se expusiera, pero tampoco tenían muchas más opciones, y al menos aquello se parecía mucho a tener un plan. Eso los hacía sentir mejor a los dos, pensar que iban a intentar algo para detener a los militares, fuera cual fuese el destino.

—Vale, se hará como sugieres —aceptó Scalia finalmente—. ¿Cuándo y cómo volveremos a vernos?

—Intentaré comunicarme contigo dentro de dos días, a esta misma hora. Por las noches los soldados se relajan, sobre todo en nuestra zona.

—Bien, pues deberías regresar ya. No levantemos sospechas antes de tiempo. —Scalia le apretó la mano y luego la liberó—. Me alegro de que nos hayamos encontrado otra vez. Y vamos a salir de esta, Emma, ya lo verás.

Ella asintió.

—Por favor, averigua dónde está Hunter —pidió, antes de abandonar la sala de máquinas.

No tuvo ningún problema durante la vuelta, ya que el soldado dormido

que había dejado atrás al inicio de su excursión seguía en el mismo estado. La joven hizo una mueca al verlo y se metió en su camarote, cerrando la puerta.

Estaba agitada y le resultaría difícil dormirse, pero debía hacer el esfuerzo si no quería que el doctor Hennar le preguntase por su mala cara. De modo que se tumbó en la cama, dando vueltas a la cabeza. Reth estaba allí, y vivo. Si no se había echado a llorar delante de él solo había sido por precaución, porque ganas no le habían faltado. De no haberse separado en el pasado, las cosas podían haber sido completamente distintas: habría caminado junto a ese nuevo grupo de Davenport, nunca habría llegado al CDC. No se habría reencontrado con Nathan, ni con Hunter. No habría conocido a Rachel, ni a Faraday. No habrían intentado evitar el lanzamiento del antiviral, porque ni siquiera habrían llegado a conocer su existencia.

Aquel militar de ojos verdes no habría podido dejarla en coma.

Y, sin embargo, igualmente habría terminado en aquel barco, viajando a una isla desconocida.

Curioso.

Capítulo 7. Vivir de rodillas o morir peleando

Emma

-**B**uenos días, ¿has dormido bien?

La voz del doctor Hennar era amable, como todos los días. Emma respondió con una sonrisa mecánica, e hizo ademán de ir a ocupar su sitio junto a Alexa.

—Espera, no tengas tanta prisa —se apresuró a detenerla él—. ¿Qué te parece si te sientas a desayunar conmigo hoy?

Emma dudó unos segundos, pero reaccionó deprisa girando en su dirección. Notó que los ojos de su compañera de comedor la seguían con gesto de sorpresa, de modo que se encogió de hombros como respuesta. Aquella invitación poco habitual la había pillado desprevenida y al momento se puso en guardia: ¿habría hecho algo que levantara las sospechas del doctor? En ese caso, ¿qué era? No se le ocurría. Es más, no había conseguido siquiera volver a reunirse con Reth, ya que la segunda vez que había decidido salir de excursión, el guardia andaba paseando y tomando café. Imposible pasar por su lado sin que la viera. Resignada, Emma había regresado a su camarote y permanecido allí esperando poder cumplir su misión, aunque fuera más tarde.

Había sido imposible comunicarse con Reth en persona, pero pronto apareció una nota garabateada a mano colándose por debajo de la puerta, con una sola palabra: «Ok?».

No tenía la menor idea de donde había salido aquella nota, ni donde debía depositarla para que regresara a su destino. Garabateó un apresurado «En espera» y la arrojó al mismo lugar donde la había encontrado ella. Al regresar

de la cena, el papel ya no estaba.

Pero ya habían pasado tres días y comenzaba a impacientarse. Necesitaba información antes de que el barco atracara en Anticosti, no quería que el tema le estallara en plena cara nada más llegar. Andaba dando vueltas a la idea de salir esa madrugada cuando el doctor Hennar la había interceptado.

—Espero que no te haya molestado mi sugerencia —estaba diciendo él, mientras repartía azucarillos para el café y sirope para los copos de avena.

—Claro que no —mintió Emma, tratando de poner una expresión natural en su rostro.

—No he podido dejar de observar que esta última semana has mejorado mucho.

—¿Tú crees?

—No me tomes por tonto, Emma.

—No lo hago —ella no mentía. Pero, tonto o no, no se atrevía a contarle ninguna de sus sospechas al buen doctor.

Mike dio un sorbo a su café y dejó la taza para que se enfriara un poco.

—Desde la última vez que viniste a verme eres otra —comentó—. No solo ya no estás desorientada, sino que pareces más despierta que nunca. Tu aspecto ha mejorado.

—Gracias.

—No pretendía que sonara como un cumplido, la verdad. Es solo que has pasado de ser una chica desvalida a otra muy diferente.

Emma bebió parte del café, pues las gachas hacía tiempo que habían sido desechadas de su vida, y le lanzó una mirada extrañada.

—Por tu tono cualquiera diría que no te gusta demasiado verme recuperada.

—Por supuesto que me gusta verte recuperada. Solo que es mucho avance en tan poco tiempo y me preguntaba si... está sucediendo algo que yo deba saber. Sabes que me preocupo por ti, una persona que despierta de un coma no es ninguna tontería.

Conque el doctor había observado indicios de mejoría. Le quedaban claras dos cosas: una, debía molestarse en fingir mejor; dos, Mike era más perspicaz de lo que parecía.

Y sí, se preocupaba por ella. Emma sopesó hablarle sobre sus sospechas, aunque no tenía claro que Mike la creyera. Por otro lado, si estropeaba su ilusión utópica sobre un paraíso libre de infección donde comenzar desde cero, quizá su reacción no fuera agradable.

Pero Mike se había portado muy bien desde el principio y se merecía la verdad. Lanzó una mirada a su alrededor, insegura, y decidió que allí no había intimidad que necesitaba. Las mujeres no solían moverse de sus mesas por norma general, pero los cuatro o cinco galanes que las distraían estaban en constante ir y venir.

—Sé que lo haces —dijo, para ganar tiempo.

—¿Sigues tomando la medicación? Puede que pienses que ya no la necesitas, pero...

—No he dejado de seguir tus indicaciones, de verdad.

Excepto el agua vitaminada, cuyo sabor le daba ganas de vomitar. Había cogido por costumbre vaciar las botellas que le llegaban y sustituirlas por agua del grifo; nadie sospechaba nada y ella no tenía que tragarse aquel mejunje repugnante.

—Emma, puedes contarme lo que sea. Lo sabes, ¿verdad? Soy tu médico, me ampara el secreto profesional.

Ella vaciló.

—Hay algo de lo que quiero hablarte —dijo al fin.

—Te escucho.

—Aquí no —respondió la joven al momento—. Después de la cena, en tu despacho. ¿Te parece bien?

Vio como la duda cruzaba por los ojos azules del doctor Hennar. Trataba de averiguar si realmente deseaba contarle algo o tenía otras intenciones. Se dio cuenta de que citarlo de noche en su despacho podría malinterpretarse, pero ya no tenía solución.

—Está bien —aceptó, segundos después—. Pero hoy es imposible, tengo reunión con el capitán Card. ¿Qué tal mañana? Te veré a las nueve en punto en mi despacho.

Emma afirmó con la cabeza y agarró su bandeja para regresar a su sitio. Alexa la contempló con curiosidad, sin dejar de picotear la comida.

—¿Qué quería el doctor tan temprano?

—Preguntas y más preguntas sobre mi estado —replicó ella, poniendo los ojos en blanco—. Estos controles médicos son casi un acoso, ¿no crees?

—Sí, lo llevan un poco lejos, supongo que lo del virus los ha vuelto en exceso quisquillosos... Aunque en mi opinión, el doctor Hennar tiene más interés de lo normal.

Emma la miró de reojo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues lo que he dicho, rubita. Creo que le gustaría examinarte mejor, no sé si me explico.

Soltó una risita ante su propio comentario, buscando después a Parker con la mirada para intercambiar una sonrisa cómplice. El pecoso se encontraba en otra mesa, charlando con otras tres mujeres, pero le dedicó un guiño.

—No es eso en absoluto —murmuró Emma—. Me ha estado ayudando un poco con mi inestabilidad mental. O algo así.

—Ya, no lo pongo en duda. El doctor Hennar es muy profesional, muy cuidadoso. Si quieres mi opinión, es bueno en su trabajo y sabe tratar a la gente. Pero también es un hombre y así es como te mira, ni más ni menos.

Ella ladeó la cabeza para observar con disimulo al doctor, que aún continuaba en su sitio tomando café y mirando su busca. No, no le parecía que Mike la mirara de ese modo.

—Si así fuera... —empezó.

—¿...lo habrías notado? ¿De verdad piensas eso? Vamos, Emma, no digas sandeces. Estás continuamente vigilando todo. No creo que vieras ni un muro hasta que te empotraras contra él.

Si su amiga estaba en lo cierto, puede que reunirse con el doctor en su despacho al anochecer no resultara una idea inteligente.

Volvió a centrarse en Alexa, que al parecer había preguntado algo y esperaba una respuesta.

—¿Qué?

—Pregunto cuál es el problema. ¿No te parece guapo? —Al ver que Emma no decía nada ante su comentario, suspiró—. ¿Entonces? ¿Hay otra persona?

—Exacto... Hay otra persona y ojalá supiera donde está. Lo he perdido.

Alexa cerró la boca de golpe, notando como la nota divertida de su pequeña y trivial charla de chicas acababa de desvanecerse. Lamentó haber sacado el tema al ver la cara de Emma.

—Oh, vaya —dijo con torpeza, y le cogió la mano—. Perdona, he sido una estúpida.

—No te preocupes. Pero, en serio, no hay nada con el doctor Hennar.

La morena afirmó, deseosa de abandonar un camino que a todas luces parecía espinoso. El rostro de su amiga se había ensombrecido, de modo que buscó un tema ligero para poder terminar el desayuno. Emma le siguió la corriente, aliviada también por no tener que hablar más sobre Nathan, y en cuanto terminaron el desayuno, fueron a hacer su hora de ejercicio

obligatoria.

Pasó el día dando vueltas al tema del doctor, a si había acertado eligiendo confiar en aquel hombre. También pensaba en Hunter y en qué le estarían haciendo. Solo esperaba poder localizarlo antes de que fuera demasiado tarde: la idea de que estuviera encerrado todo el tiempo la tenía muy intranquila. Era posible que Reth ya hubiera descubierto algo, de modo que resolvió intentar ir a verlo esa noche, antes de que su turno en la sala de máquinas finalizara y fuera a parar a otro grupo de peor acceso.

Sus dos últimos intentos se habían saldado con un fracaso, pero esa noche tuvo suerte: encontró otro soldado agotado que emitía suaves ronquidos con la cabeza apoyada en el hombro.

Dudó sobre si recordaría el lugar exacto donde Hans se había desviado hacia la puerta que daba al pasillo poco iluminado, pero no tuvo dificultad. Mantuvo las precauciones hasta llegar a la entrada de metal que cerraba la sala de máquinas y, una vez allí, la empujó lo más silenciosamente que fue capaz. Se abrió despacio y vio a Hans, montando algo parecido a una guardia mientras parecía limpiar. Al verla, se apresuró a meterla dentro y cerrar.

—¡Ya era hora! ¡Te esperábamos hace tres noches!

—Me ha sido imposible esquivar la vigilancia —se excusó ella, contrariada.

—Vamos, Scalia está preocupado.

Emma se dejó llevar hasta la zona semioculta de la vez anterior, donde Scalia pareció aliviado de ver que se encontraba bien.

—Menos mal —dijo, con un suspiro—. No sabíamos nada de ti desde la última nota, empezaba a creer que habías tenido problemas.

—Los últimos días han puesto de guardia a soldados despejados —explicó Emma, acercándose—. Y tampoco he conseguido meterme en el despacho de Card. No sé si es porque nos acercamos a la isla, pero parece que la vigilancia se ha intensificado.

Scalia empezó a decir algo, pero el silbar de las máquinas apagó su voz. Le hizo un gesto con la cabeza a Hans, que desapareció en dirección a la puerta otra vez, y arrastró a la chica a una esquina para que nadie los oyera.

—Ya he averiguado donde está Hunter —repuso—. Lo tienen en la cubierta inferior, donde están las celdas para incidentes aislados. Número tres, con dos soldados que lo vigilan por turnos y con las visitas frecuentes del sargento Mitchell y dos cabos.

—¿Podemos llegar hasta él?

—No va a ser fácil.

—Reth...

—No tengo armas, Emma, ni hombres.

—¿Has podido hablar con alguno de todos esos? —Señaló con la cabeza hacia el otro lado de la sala.

Scalia asintió. Por las ojeras y el tono de su cara, Emma dedujo que tampoco podía pegar ojo. Lo comprendía, ella se encontraba igual.

—Puedo conseguir bastantes que me sigan, pero necesitaría muchos más si queremos hacernos con el control del barco.

—¿Y de otros equipos?

—Leon está trabajando en ello, pero no sé nada seguro.

—Tenemos que sacar a Hunter de ahí abajo, Reth. Si lo están torturando no me lo perdonaré nunca, se subió a este barco por mi culpa. —Y le lanzó una mirada suplicante.

Puede que usar la baza emocional no fuera del todo correcto, y más sabiendo los sentimientos que Reth había tenido por ella meses atrás, pero no podía vacilar. Si se lanzaban a tratar de hacerse con el barco, se lanzarían con todas las consecuencias, y ella no era mujer de medias tintas. Nunca lo había sido.

—Veré con cuántos hombres reales puedo contar y pensaré en una estrategia —accedió él, tras vacilar unos segundos.

—Mañana voy a hablar con el doctor del barco. Ha llevado mi caso desde el principio, creo que tal vez podría ayudarnos. Seguro que tiene información clasificada, o al menos un pequeño acceso a ella mayor que el mío.

—No le cuentes nuestros planes, por Dios... ¡No sabemos de qué lado está!

—Es buena persona —objetó Emma, aunque entendía la reticencia del militar.

—¿A qué hora?

—Sobre las ocho, si no recuerdo mal.

Scalia negaba con la cabeza, dejando claro que aquella idea no le gustaba en absoluto.

—Si notas algo raro, lo que sea... No dudes. Nos falta una gran parte de la información, no sabemos hasta dónde llega esto con exactitud.

La joven afirmó para tranquilizarlo. Además, tenía mucha razón. Ella confiaba en el doctor Hennar, pero para Reth era un desconocido.

—Todo saldrá bien —murmuró.

—Espero que no te equivoques. —Scalia se frotó la frente, cansado—. Bien. Baja mañana a verme con lo que averigües. Es domingo, eso significa que terminamos aquí y el lunes estaré en otro equipo, que supongo será el de limpieza.

—Mañana por la noche es nuestra última oportunidad para pensar qué hacemos —añadió Emma, consciente de que una vez que Reth estuviera fuera de la sala de máquinas, la comunicación sería bastante más complicada.

—Gracias por la presión. —Él hizo una mueca.

Emma no era estúpida y notaba que Reth no lo tenía nada claro. Con tan poco tiempo a su favor, las probabilidades de que la estrategia saliera bien eran escasas. Y una vez el barco llegara a tierra, quizá no volvieran a verse más. Iban a la desesperada, pero tampoco tenían otra opción.

—Mañana sobre esta hora te traeré buenas noticias —dijo, intentando animarlo.

Reth le dedicó un amago de sonrisa. No era gran cosa, pero era mejor que nada.

—Si esto sale mal, seguramente nos peguen un tiro —observó.

—Prefiero morir peleando que vivir de rodillas.

Entonces sí, él sonrió de verdad.

Regresó a su habitación con el mismo sigilo con el que había salido. El soldado ya no dormía con tanta profundidad, pero el amodorramiento le ganaba la partida y a ratos parecía incapaz de mantener los ojos abiertos, lo que Emma aprovechó para esquivar su guardia.

El resto de la noche no consiguió dormirse. Un montón de posibilidades se abrían camino en su cabeza: Reth no conseguía hombres suficientes, Hunter ya estaba muerto en su celda, el doctor Hennar no la creía y le contaba sus sospechas al capitán...

Cuando entró al comedor por la mañana la recibió la rutina de todos los días. Mujeres que caminaban en fila, silenciosas, vestidas de la misma forma, con expresiones plácidas. Emma las observó con atención, preguntándose cómo ninguna se planteaba dudas. Lo normal era que la gente hiciera preguntas, no que se limitara a seguir al rebaño. Y Alexa, aunque parecía estar más espabilada que la media, tampoco se interesaba por hablar de sus recelos.

Buscó al doctor Hennar con la mirada y él le dedicó un saludo acompañado de una sonrisa leve. Se dispuso a jugar con sus copos de avena, pensando en lo largo que se le iba a hacer el día hasta la hora de la reunión.

Trató de prestar atención a la charla intrascendente de Alexa, pero solo lo logró a medias. Su amiga no lo notó, preocupada como estaba en un tema curioso: los anticonceptivos.

—La verdad es que vaya fallo —estaba diciendo, mientras sacudía sus bucles oscuros—. Tan preparados en todo y no tienen ni condones ni píldora. Ni nada.

Emma murmuró un sonido estándar cualquiera, sin hacer caso.

—Oye —repuso Alexa—, ¿me estás haciendo caso?

—¿Qué? Perdona, estaba con la cabeza en otra parte.

—No, si ya me he dado cuenta —Alexa resopló con una sonrisa—. A lo mejor puedes preguntarle a tu amigo el doctor si tiene.

—¿Si tiene qué?

—Gomas. Preservativos.

—¿Qué? —Emma salió de su estupor a toda velocidad.

—Tenías que haber visto tu cara —Alexa se reía, divertida—. Esto es lo que pasa cuando no haces ni caso a lo que te hablo. Decía que es un fallo gordo que no haya protección, ¿no? No es que me preocupe mucho, cuando pasas de los treinta no es tan fácil quedarte embarazada en un escarceo, pero en fin... Queda una semana de viaje y tampoco es plan de tentar a la suerte.

La policía al fin entendió lo que Alexa estaba diciendo.

—¿No hay?

—Pues no, y la verdad es que me extraña. Dios, tienen hasta bebidas vitaminadas. Se preocupan por nuestra salud a todos los niveles. ¿Por qué no hay condones?

Era una muy buena pregunta, y Emma permaneció pensativa. También era razonable preguntar al doctor Hennar el motivo de que no hubiera, o si podía repartir en caso de guardarlos en algún lugar, pero... ¿qué cara se le iba a quedar al médico si le iba con semejante cosa? Si no la había malinterpretado al pedir una reunión a solas en la consulta, con ese tema seguro que lo hacía.

—Puede que sea a propósito —comentó.

—¿Tú crees? ¿Con qué fin?

—No lo sé. Pero no me cuadra semejante despiste.

—Ni a mí, aunque no me he fijado hasta hace un par de días —explicó Alexa—. Porque el rollo con Parker empezó siendo una cosa esporádica, una vez y tal, pero ahora ya hace una semana que follamos todas las noches. Perdón por mi lenguaje —se disculpó, aunque no parecía sentirlo—. Ya sabes, hacerlo una vez a lo loco es como comer chocolate de pie, no crees que

vaya a pasar nada malo.

Emma no pudo contener una sonrisa al escucharla.

—Pero ahora ya empiezo a pensar que hay que poner medios, o al final ese semental me va a preñar antes de que tenga tiempo de deletrear mi nombre.

—Entonces contrólate.

—Ni hablar. *Carpe diem*, rubita. Nunca se sabe dónde amanecerás mañana. —Alexa le guiño un ojo, terminándose el café—. Me gusta el sexo y ese maromo, cuando se acuesta conmigo, se comporta como si llegara el fin del mundo. Hace mucho, mucho que no tenía de eso, así que pienso aprovecharlo hasta que termine.

Depositó la taza vacía en la bandeja, incorporándose.

—Me voy al gimnasio —sonrió—. Pregunta al doctor dónde esconden las gomas. Si te da miedo asustarlo dile que son para mí. —Y se echó a reír, aleándose para dejar la bandeja en el montón de.

Emma permaneció sin moverse, removiendo su propio café mientras pensaba en las palabras de su amiga. En efecto, el barco y su personal estaban demasiado bien preparados para que se les hubiera escapado algo tan simple como llevar preservativos. Aunque el mundo se fuera a la mierda, los instintos de la gente siempre florecían... O, dicho de otro modo, las personas siempre encontraban un momento para follar, aunque fuera encima de los restos de un apocalipsis. Y no era nada creíble pensar que dejarían de hacerlo, ni en el camino ni en la isla.

Por supuesto, no todas las mujeres tenían la misma respuesta. Algunas tenían un apetito sexual elevado, otras ninguno. Las había que, como Alexa, habían obviado esa parte de su vida y de pronto necesitaban desfogarse. Cada persona era un mundo, pero aun así seguía siendo incomprensible que hubieran pensado que nadie practicaría sexo durante el viaje. Y menos con mujeres de buen aspecto, saludables y relativamente jóvenes. Si a eso le sumabas los apuestos hombres que se mezclaban con ellas durante el día, era sencillo adivinar lo que iba a pasar.

Las personas tendrían sexo sí o sí, porque así era la naturaleza humana. No tener protección sexual a mano no era un despiste, sino una elección.

Emma se frotó la frente, ya agotada de tanto elucubrar. Puede que sospechara de cada minúsculo detalle, que empezara a ver fantasmas por todas partes, que estuviera perdiendo la objetividad.

El cansancio, la preocupación, la presión... iban haciendo mella.

Salió de sus pensamientos cuando notó una mano apoyada en su hombro. Al levantar la mirada, se encontró con el doctor Hennar. Sus ojos transmitían preocupación, pero los labios mostraban una sonrisa cálida. Inclino la cabeza en un breve saludo, le dio un apretón y luego abandono el comedor.

Emma sintió como si un agujero negro la absorbiera por completo.

Capítulo 8. Barco madre

Emma

Puntual como un reloj, Emma llegó a las ocho hasta la consulta del doctor Hennar. Tocó en la puerta por pura educación y la empujó unos centímetros. La estancia estaba a oscuras, sin nadie dentro. Le extrañó que el doctor Hennar no fuera puntual, no pegaba en absoluto con su carácter, así que quizás se hubiera equivocado ella. ¿La había citado a las ocho? ¿Tal vez a las nueve? No conseguía recordarlo.

Sopesó la idea de regresar a su camarote y volver una hora después, pero en lugar de eso se deslizó dentro y cerró la puerta. Después encendió la luz, si el doctor aparecía y la sorprendía allí diría que acababa de llegar y listo, pero no podía desaprovechar la oportunidad de mirar su historial. Fue hasta la mesa del médico, acomodándose en la silla mientras abría los cajones superiores. Bingo: allí guardaba las fichas de sus pacientes. Todas mujeres y, por algunas fotos que miró por encima, eran las del comedor.

Escogió uno al azar y lo miró con detenimiento: constaba de una foto reciente, datos obvios como edad, altura, peso, enfermedades o alergias, si habían sido madres, si habían estado casadas, y demás cosas por el estilo. En la parte superior derecha había un sello que decía «Apta para el EM». Emma intentó encontrar un significado para aquello, pero no se le ocurrió nada.

Buscó su historial en el mismo lugar donde estaban los de sus compañeras, pero no lo encontró. Extrañada, abrió los cajones inferiores: allí solo había resultados de pruebas médicas, nada fuera de lo corriente. Se levantó de la silla para ir a inspeccionar los armarios que había contra la pared y encontró material médico: botiquines, medicamentos, jeringuillas.

Cerró el armario sintiéndose frustrada. Tenía que haber algo más, ¿no? ¿Por qué su historial no estaba junto al resto?

Recorrió la habitación con mirada crítica, buscando posibles escondites. Había un par de cuadros y, aunque sonara a tópico mirar debajo, Emma decidió aplicar la teoría de la navaja de Ockham, según la cual la explicación más sencilla solía ser la correcta.

Descolgó el de mayor tamaño, esperando encontrar una caja fuerte en la pared, pero esta apareció lisa. Sin embargo, al ir a colocar el cuadro de nuevo en su sitio, vio que pegado a la parte trasera de este había un sobre de grosor considerable.

De nuevo, bingo. Lo despegó con cuidado y volvió a colgar el cuadro en su lugar, ocupando de nuevo la silla del doctor Hennar.

Lo primero que encontró dentro del sobre fue su historial. Podía entender que al haber ingresado en coma estuviera en algún otro lugar, pero ¿escondido con tanto detalle? Algo no cuadraba. Lo abrió con cierto nerviosismo, sin estar segura de si quería leer lo que allí había.

Al igual que el resto, contenía información sobre su estado físico, más un anexo grapado que hablaba del coma. Daba todo tipo de detalles respecto a la medicación que le habían suministrado y estaba firmado por una tal doctora Zane. Emma leyó el informe hasta que llegó al último párrafo.

Desaconsejo el traslado, así como desaconsejé en su momento el coma inducido. No obstante, si se sigue adelante con la idea, recomiendo mantener la medicación controlada y bajo ninguna circunstancia sacar a la paciente del coma de golpe, ya que podría causar lesiones de considerable importancia a nivel cerebral.

Emma dejó de leer aquello y regresó a la primera página de su historial. Allí, en la parte superior derecha, estaba el mismo sello que ya había visto antes: «Apta para el EM», con la diferencia de que debajo alguien había escrito «Precaución».

Puso el historial sobre el escritorio y metió la mano en el sobre otra vez, sacando un montón de dossieres grapados. Los apoyó sobre sus rodillas, cogiendo el primero. En la carpeta se leía «Proyecto Anticosti». Perfecto, era lo que andaba buscando, y además estaba firmado por el mismísimo jefe de Estado, Jacob Norris.

Se veía que el memorando no era original, sino tan solo una fotocopia, pero a la hora de obtener información eso era un detalle menor. Emma leyó la

primera página, donde se veía una lista de personas con sus diferentes rangos, incluidos el vicepresidente, el jefe de Estado ya mencionado, el capitán Card, el teniente Soerensen y otros nombres que no reconoció.

Las primeras páginas se referían en su mayoría a la geografía pura y dura de la isla. Había varios planos, estudios, fotos de maquetas y toda la información que podía considerarse útil.

Más adelante encontró otro tipo de planos, los de ciertos edificios: todos señalados con siglas cuyo significado, aunque buscó, no encontró.

Dejó ese memorando y pasó al siguiente: barcos. Todos firmados, por supuesto, por el jefe de Estado Norris. Aquellos informes contenían el tipo de información que a Emma le interesaba y era bastante esclarecedora: un plano detallado de cada barco, las personas que viajaban en él y las directrices a seguir. Sus ojos gravitaron por encima, leyendo sin cesar.

El personal de trabajo ocupará los camarotes inferiores. Queda terminantemente prohibido lo siguiente:

- Salir a la superficie.
- Cualquier tipo de contacto con la tripulación femenina.
- Más de dos descansos de veinte minutos en sus jornadas de trabajo.
- Cualquier conato de desobediencia o impertinencia para con el personal de mando.
- Jornadas de trabajo menores a doce horas en las modalidades de limpieza, cocina, sala de máquinas, siempre rotativos.
- Ante cualquier posible enfermedad que no aparezca en el historial, contactar de inmediato con la persona al mando.
- Transporte inmediato de la sección obrera a su llegada a la isla.

Se detuvo. No podía gastar todo su tiempo en leer un único informe, así que pasó al siguiente, titulado «Madres».

El personal femenino ocupará los camarotes superiores. Dispondrán de comida, bebida, camarote privado, ropa de mujer, gimnasio y atención médica continua. En este barco todas son aptas, pero hay que cuidar esos úteros.

Emma tuvo que leer tres veces la frase hasta que su cerebro la procesó. Úteros. Las habían reducido a un mero aparato reproductor, ni más ni menos. Tras permanecer incrédula unos segundos regresó a la lectura, encontrando otra lista de prohibiciones, entre las cuáles recordó las que ya le había comentado el doctor Hennar en su día.

Y había más. El siguiente dossier llevaba por título «Sementales», pero Emma no necesitó leerlo para imaginar qué había en su interior. Volvió al primero, buscando los planos de los supuestos edificios de Anticosti. En uno de ellos alguien había escrito EM, y se dio cuenta de que eso coincidía con las siglas que marcaban los expedientes de las mujeres.

Aptas para EM. ¿Qué diantres era EM? Fuera lo que fuera, tenía su propio bloque. Al igual que el personal de trabajos forzados, que ya tenía preparado un transporte para ir a saber dónde. Mucho se temía Emma que su situación no iba a mejorar en absoluto y que, si los habían metido allí de cabeza y los habían puesto a fregar suelos a patadas, en Anticosti recibirían lo mismo.

En los planos había más zonas marcadas y las recorrió todas hasta llegar a una bautizada como «Hospital». Buscó entre todos los archivos hasta encontrar uno y su corazón dio un vuelco al leer los nombres impresos: Nathan Thomas, Rachel Portman.

Aquello significaba que estaban vivos y bien, incluso con suerte ya en la isla. Tenía que bajar toda aquella información a Reth y entre los dos ver si podían...

—¿Emma?

La voz del doctor Hennar atravesó la estancia y ella alzó la mirada. Ensimismada como estaba, había olvidado cualquier precaución.

Él parecía sorprendido de encontrarla allí y sacudió la cabeza, con una mueca de enfado.

—¿Sueles entrar sin llamar en los despachos ajenos?

La joven se levantó despacio.

—Solo si creo que me ocultan algo —respondió, con voz cauta.

—Yo no te oculto nada. ¿Qué estabas buscando exactamente?

—Mi historial.

Él se encogió de hombros.

—Si querías verlo solo tenías que pedírmelo. —Señaló con la cabeza hacia su mesa—. Está ahí, guardado con el resto.

—¿En serio?

—Pensé que confiabas en mí —dijo el doctor, sin apartar sus ojos de ella.

—Confiaba. Y lo seguiré haciendo si me das una explicación coherente a este sobre oculto detrás de aquel cuadro.

Mike siguió la dirección hasta el óleo de la pared y luego a los papeles que ella aún sostenía en las manos. La expresión de su semblante cambió de golpe, ofreciendo una imagen que hasta ese momento nunca había

contemplado. Sus ojos azules se volvieron fríos y torció los labios en un mohín. Giró el brazo derecho para cerrar con llave, moviendo la cabeza.

—Qué pena —murmuró, acariciándose la barbilla—. Me estaba divirtiéndome mucho contigo.

Ella pegó la espalda a la pared, deslizándose hacia el lado contrario. En una consulta médica no había ningún lugar al que escapar, y menos con la puerta cerrada. Hizo un barrido rápido buscando algo que pudiera usar para defenderse, pero no parecía tener opciones.

—¿Sabes? He tenido pacientes difíciles antes. Pero tú... tú eres un desafío. —Mike se quitó la bata con movimientos suaves y la colgó del perchero—. Creo que ya no vamos a hablar de médico a paciente, ¿no?

—¿Qué significa todo esto? —Agitó el sobre ante él.

—Es información clasificada, cariño. No deberías haberla visto.

Mike dio un paso en su dirección y Emma se alejó hacia el lado contrario. Con suerte, tal vez podría saltar por encima del escritorio para alcanzar la puerta, pero no creía que tuviera tiempo de echarla abajo antes de que él la apresara.

Observó inquieta que el doctor no había dado ninguna alarma, pese a llevar un transmisor en el bolsillo de la camisa. Con la bata no era tan evidente, pero ahora se daba cuenta de que también iba armado. Había salido de circunstancias complicadas antes, pero aquella desde luego no pintaba nada bien.

—¿Qué es el EM? —preguntó, luchando entre las ganas de echar a correr y el deseo de saber.

—¿El EM? —repitió Mike, sin quitar los ojos de su persona—. Es el motivo por el que estáis en este barco, tú y todas las demás. El edificio Madre, ya sabes. —Ella lo miró como si hablara en otro idioma, lo que lo hizo suspirar—. Esto es el barco Madre. Nadie viaja a Anticosti si no es por un motivo o con una misión. Algunos las saben y otros no.

Emma trataba de atar cabos.

—Veo que te cuesta —se burló él—. Pero es porque no piensas en términos militares. Empezar de cero no es tan sencillo, hay cosas básicas que se necesitan. Una de ellas es mano de obra barata sin apenas derechos: para eso solo hacen falta tipos no muy viejos que tengan brazos y piernas. —Le guiñó un ojo—. En cambio, conseguir reproductoras no es tan sencillo.

—¿Reproductoras?

—Reproductoras, úteros, llámalo como prefieras. Mujeres capaces de

parir. No se puede repoblar nada sin mamás, ¿no es cierto?

De manera que aquello era lo que sucedía. Las personas no viajaban a Anticosti a vivir sus vidas en un lugar libre de infección, sino que formaban parte de un complejo sistema orquestado por los mandos militares donde todos debían obedecer las reglas. Si tenías que fregar el suelo con los dientes, ese era tu trabajo. Y si tenías que parir, mala suerte.

—Y nadie sabe nada —dijo, con voz ronca—. La gente confía en el gobierno, en su personal militar... y no saben la verdad.

—Tienes que reconocer que en los últimos tiempos reinaba la anarquía. Soy de la opinión de que un poco de orden no hace daño a nadie.

—Si esas mujeres supieran lo que les espera no habrían subido ni locas.

—Solo si se niegan. Piénsalo. —Mike se apoyó en la mesa—. Todas menores de treinta y cinco, fértiles, con buenos genes. Muchas de ellas ya han sucumbido a los encantos de los sementales encargados de fecundarlas. Descubrirán que están embarazadas y eso es todo, las alojamos en un edificio juntas para su mayor protección y sus hombres seguirán visitándolas.

Emma apretó los labios.

—Después de un bebé vendrá otro, así es el ciclo de la vida porque, mala suerte, no pudimos conseguir medidas de protección sexual. La mayor parte de ellas ni siquiera llegarán a enterarse de qué va esto.

—Pero nunca serán libres. ¿Verdad?

—No, eso no. Desde que subieron al barco forman parte del sistema, un sistema que proporciona techo, comida, y trabajo. Hay que contribuir al sistema.

Emma negaba con la cabeza, sin poder creer lo que estaba oyendo. El doctor Hennar volvió a ponerse en pie, comenzando a bordear el escritorio para llegar hasta ella. Era curioso, pero despojado de la bata y las gafas parecía otra persona completamente diferente; no quedaba rastro de su gesto bondadoso y comprensivo. No había duda que había interpretado su papel a la perfección, pero...

—¿Qué pinto yo? —preguntó.

—¿Tú? Bueno, para empezar ni siquiera deberías estar aquí. Eres lo que el jefe llama un clavo... o sea, alguien al que dar un martillazo. Por eso te indujeron el coma, para olvidarse de ti. A nadie le interesa una policía conflictiva.

—¿Y entonces por qué estoy despierta?

—Ya lo sabes, guapa. El interés del jefe eran el virólogo y la doctora. El

teniente y tú no estabais incluidos en el plan, pero vaya, no aceptaron viajar dejándote atrás. Así que hubo que improvisar.

Ella guardó silencio.

—Resulta que te hicimos una revisión y eras una candidata perfecta para el barco Madre. Solo había que sacarte del coma.

—En el informe la doctora lo desaconsejaba.

—Era un riesgo que había que correr. Ya que nos habían obligado a meterte en un barco, que eso tuviera alguna utilidad.

—Pero ¿y los mareos, las náuseas...?

—Que ya no tienes —observó Mike, con tono calmado—. Dejaste de tomar la bebida vitaminada hace días, por eso estás mejor. No pongas esa cara, solo lleva cierta dosis de tranquilizantes. La mínima para que nadie sospeche, hay que mantener a las hembras relajadas.

Emma notó que empezaba a enfurecerse. Tratarlas de aquel modo, como si solo fueran cosas...

—¿Y por qué ninguno de esos hombres se acercó a mí? —insistió.

Mike volvió a sonreír. Emma notó cierta alarma al ver que comenzaba a desabrocharse el cinturón con tranquilidad. ¿Pensaba usarlo como arma para dejarla fuera de juego?

—Pensaba que para ser policía había que ser más avispada. Ese era mi trabajo, cariño.

—¿Qué?

—Vamos, mírame. ¡Si hasta me puse gafas! Se suponía que debías hacer la conexión y pensar en tu novio cuando me vieras. No es por ser vanidoso, pero creo que lo hubiera conseguido si no llegas a encontrar ese sobre. —Dejó caer el cinturón y ella lo observó horrorizada—. Verás, he invertido tiempo y trabajo en ti. Todos esos ratos preguntándote si estabas bien, si me necesitabas, escuchando tus líos mentales como si supiera algo de psicología... Soy un médico normal, nada del otro mundo, pero te dediqué mi esfuerzo. Creo que merezco algo a cambio.

Se desabrochó los vaqueros y entonces Emma comprendió por fin sus intenciones. Mike tenía intención de terminar su trabajo, estuviera dispuesta o no.

—Debes de estar de broma —murmuró.

—La verdad es que no. Como ya te he dicho, desde arriba nos animan a conseguir colaboración de manera voluntaria si es posible, pero mientras se haga no hay problema.

Entonces Mike cambió su estrategia y se movió a toda velocidad hacia ella. Emma no tenía más opciones que el escritorio, pero había poco espacio entre ambos, detalle que él utilizó a su favor. La apresó por la cintura y ella le lanzó un codazo en plena cara. Mike retrocedió con un quejido ronco mientras se tocaba el labio.

—Vaya —dijo, pasándose el dorso de la mano para corroborar que sangraba—. Eres de las peleonas... mi tipo de chica.

La siguiente vez que la atrapó, lo hizo mucho mejor. El factor sorpresa se había evaporado, Mike sabía que no era una chiquilla indefensa e incrementó su fuerza para doblegarla. Y tenía mucha, más de la que había calculado en un principio. Le dio un puñetazo que impactó en su hombro. Lejos de amedrentarlo, parecía que disfrutara con su resistencia. Emma era rápida e inteligente, pero las peleas cuerpo a cuerpo no eran su especialidad.

—Pelea todo lo que quieras —le dijo con una sonrisa—. A los médicos nos gusta la sangre, ¿no lo sabías?

Dicho aquello, la lanzó sobre el escritorio sin ningún miramiento. La joven notó un dolor agudo en la espalda al chocar contra la madera, pero antes de poder emitir el menor quejido tenía al doctor sobre ella. Era horrible pelear con todas tus fuerzas y no poder hacer nada para evitar lo que estaba a punto de suceder y Emma no sabía cómo gestionar aquello. Su naturaleza pedía resistirse hasta el final y la parte lógica de su cerebro le recordaba lo que tantas veces había escuchado en sus años de estudiante en la academia de policía: cuanto menos te resistas, menos daño te hará.

—No es nada personal, cariño —susurró Mike, que ya se había desecho de los pantalones y buscaba la forma de desvestirla—. Nos dan un plus si ya os mandamos preñadas a la isla, así que estate quieta.

Emma supo que no podría tenderse y dejar que abusara de su cuerpo sin más. No era ese tipo de persona. Como le había dicho a Reth, prefería morir peleando a vivir de rodillas.

Hizo un intento de puñetazo que falló y él la abofeteó con demasiada fuerza, seguramente ya aburrido de tanta lucha. Sus manos al fin habían conseguido meterse dentro de la falda cuando de pronto se detuvo. Puso cara de sorpresa unos segundos, acompañada de una mueca de dolor a la que siguió un sonoro crujido. Después, se desplomó sobre ella.

Emma lo empujó, reuniendo toda la fuerza que le quedaba, y Mike cayó hacia atrás. Scalia estaba de pie, mirando el cuerpo del médico. Un cuchillo sobresalía de su espalda, un cuchillo que obviamente había traspasado hasta

el corazón.

—Estate quieto tú, cabrón —lo oyó murmurar.

Detrás de Scalia estaba Hans, con los ojos abiertos de par en par. Durante unos segundos nadie dijo ni una palabra, hasta que al fin el militar pareció reaccionar.

—¿Estás bien, Emma? —preguntó, acercándose hasta el escritorio.

—Sí. —La joven se tocó el lado derecho donde el médico la había abofeteado—. Sí, estoy bien. No ha llegado a... no me ha tocado.

Se apoyó en su hombro para bajar del escritorio, recolocándose la ropa. Malditas faldas, si cuando ella pedía pantalones era con razón.

—¿Este era tu médico de confianza? —preguntó Scalia, mirando al suelo de forma despectiva, y Emma afirmó—. Qué hijo de puta, ¿no?

Emma cogió aire.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, al caer en la cuenta de que en teoría Scalia debía esperarla esa madrugada para informar.

—No me fiaba mucho de que esto fuera a salir bien.

—Madre mía. Me tenía engañada por completo, joder.

Una vez serena, retrocedió hasta la mesa para recuperar el sobre. Metió todo dentro de forma apresurada, y después se lo tendió a Scalia.

—Aquí está toda la información sobre el barco y la isla. Y no es nada bueno, Reth.

—Bien. —Él cogió el sobre y se lo guardó dentro de la camisa—. Tengo todos los hombres que necesito, así que, ¿vamos a por tu amigo?

Ella miró el cuerpo del doctor Hennar, tirado en el suelo.

—Está muerto. —Scalia pareció adivinar sus pensamientos.

—¿Y si entra alguien y lo encuentran? Podrían dispararse las alarmas.

Scalia le hizo un gesto a Hans y los dos se agacharon.

—Espera. —Emma lo detuvo, inclinándose a su altura. Palpó los bolsillos hasta dar con la radio transmisora, que se guardó—. Así nos enteraremos de todo.

—Bien pensado.

La chica metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón del muerto, de donde extrajo un arma. Se la tendió a Scalia, quien la aceptó con una sonrisa.

—Esto ya es otra cosa —repuso, amartillándola con una mueca de satisfacción—. Venga, metamos al fiambre en el armario. No nos sobra tiempo.

Hunter

Desde su estallido en mitad del pasillo y posterior arresto, Hunter no había salido de la celda de aislamiento. Calculaba que llevaba varios días, pero no sabía concretar: de nuevo había perdido la noción del tiempo, al no tener ningún tipo de luz para valorar.

Los golpes habían regresado, con más potencia que nunca. No lo alimentaban con regularidad, así que además del dolor producido por las contusiones, sufría dolorosos calambres por el hambre.

Y aquello solo acababa de empezar, como había aclarado Mitchell.

—Te has pasado de listo —comentó, una vez abajo—. He sido amable contigo y te he avisado, pero te empeñas en saltarte las normas.

—Yo solo quería...

—Lo que quieras no importa. Ya no importa —lo interrumpió Mitchell, agachándose a su lado—. Si de mí dependiera te pegaría un tiro ahora mismo, porque creo que eres más peligroso que útil. Pero el capitán Card no quiere este tipo de cosas en su barco, de forma que me toca aguantar tu cara de culo hasta llegar a la isla. Así que... no puedo matarte, pero sí convertir el resto de tu viaje en un infierno.

Hunter no veía cómo podía empeorar, pero no osó abrir la boca.

—Y si esto te resulta duro, lo que encuentres en la isla será peor. Vamos a estar juntos mucho tiempo, soldado. Ya me entiendes.

Una vez hubo procesado sus palabras, Hunter llegó a la conclusión de que sería adjudicado al sargento Mitchell cuando llegaran a su destino. Con lo cual, aquella animadversión que le profesaba el hombre no terminaría nunca, estaría siempre a su merced, recibiendo golpes, insultos y humillaciones, con razón o sin ella.

No podía permitir aquello, pero no veía la manera de escapar. Estaba en una celda, aislado, con la muñeca atada a una cadena la mayor parte del tiempo, y las cosas parecía que aún iban a ponerse peor, o eso dedujo al ver entrar a *Serio* y *Menudo*.

No se equivocó. Si en algún momento creyó tener alguna oportunidad, la idea se esfumó veloz como el agua por el desagüe.

El primer día recibió una paliza mediana. Lo peor no fueron aquellos golpes —los había recibido peores, incluso en esa misma celda—, sino la continuidad. Cada vez que lograba adormecerse, aparecía un soldado para interrumpir cualquier atisbo de descanso. Aquello le impedía dormir y

encontrarse un poco mejor, como suponía que ellos pretendían.

Al principio lo alimentaron, pero después solo le dejaban pan o alguna sobra ridícula. Al menos con el agua no tenía problemas, pese a que solo podía bebérsela. Nada de pisar una ducha, era otro privilegio que había perdido.

Sentado en el suelo, sin colchón, la mayor parte del tiempo con la muñeca esposada, sin comida ni dignidad, Hunter pensaba que era imposible que las cosas pudieran ir a peor. Luego regresó Mitchell con las descargas eléctricas y pensó que se había equivocado: todo podía ir siempre a peor, sin duda.

Solo lo animaba recordar que Emma estaba viva. O al menos estaba seguro de que era ella en un noventa y nueve por ciento. Otra cosa era que la chica desconociera su presencia en el barco, pero al menos vivía y eso era un enorme consuelo.

Se preguntó si Tesco, Leon o Bundy se preocuparían por él. Probablemente no, sobre todo después de comprobar las consecuencias de rebelarse, pero quedaba una pequeña esperanza de que quisieran quitarse las cadenas metafóricas. Leon parecía tener contactos en algún grupo y a lo mejor...

«Deja de fantasear —se interrumpió a sí mismo—, no saldrás de aquí, y lo sabes.»

Y aunque sabía que no lo matarían, ya que Mitchell lo había dejado claro, la idea de pudrirse en una celda mugrienta en un barco lo consumía casi más que la idea de la muerte.

No ser capaz de detener aquello, de ponerse a salvo, de reunirse con Emma, de frenar lo que fuera que quisieran iniciar en Anticosti, de regresar junto a Rachel. La impotencia y frustración producida por aquellos pensamientos le destrozaba por dentro.

Oyó ruidos fuera de la celda y se apoyó en la pared para incorporarse. No le quedaban fuerzas para hacer frente a nadie. Estaba a punto de dejarse ir, pero entonces la puerta se abrió con un golpe contundente, muy alejado del estilo de los soldados de Mitchell.

Con el ojo dolorido y amoratado no veía del todo bien, así que tuvo que enfocar mejor con el otro: acababa de entrar una cara que le era familiar, pero que no terminaba de ubicar. Se acordaba de ese tío, seguro, había trabajado con él en...

—Teniente Cooper —lo oyó decir.

Ya se acordaba, era el sargento Scalia, de Camp Ripley. Uno de los ojitos

derechos del coronel Thomas. Se puso tenso, apretando la espalda contra la pared como si deseara fundirse con ella, pero entonces él alzó las manos en un gesto de paz. Y antes de que pudiera decir una sola palabra, apareció Emma. No la delicada que vestía suéter y falda, sino la de siempre, con sus vaqueros, botas y armas.

—¡Hunter! —exclamó, acercándose al instante para arrodillarse a su lado—. Dios mío, tu cara...

—¿Emma? —balbuceó, muy consciente de que debía tener cara de tonto—. ¿Eres tú de verdad?

—Pues claro que soy yo. —La chica sacó una llave para liberar su muñeca esposada—. No te preocupes, te vamos a sacar de aquí.

Hunter parpadeó, a tiempo de ver como Emma le hacía un gesto a alguien que no llegó a ver. Sus ojos se posaron otra vez sobre Scalia, interrogantes.

—Tranquilo, está conmigo. Gracias a él supe dónde estabas.

Un tipo penetró en la estancia, trayendo del brazo a una vieja conocida de Hunter: la enfermera Hayes. Ella se quedó plantada delante, arrugando la nariz, y entonces alguien le propinó un empujón que casi la tiró ante sus pies.

—Ya puedes aplicarte, querida —dijo Emma con voz agria—. Porque hemos matado a unos cuantos soldados ya y si no nos sirves para curar sus heridas, no te necesitamos para nada.

La mujer apretó los labios con tanta fuerza que se le pusieron blancos, pero agarró su maletín y lo abrió.

—¿Cómo...? —empezó él, mirándolos sin comprender—. ¿Cómo habéis...?

Emma le hizo un resumen mientras le pasaba instrumentos a la enfermera Hayes. Scalia se ocupaba de que esta no hiciera ningún movimiento extraño apuntando con la pistola en su nuca, hasta que Hans se asomó.

—Viene alguien.

—Voy a ver. —Scalia le pasó el arma a su hombre, saliendo de la celda.

Con la cara limpia y el trabajo de la enfermera, Hunter tenía mejor aspecto. El ojo le dolía, pero pronto se pondría verdoso y, después, amarillo. De todos los cortes, solo uno en el brazo resultaba feo y la mujer lo suturó con precisión ya que, al parecer, el arma en su cabeza ayudaba.

Después le quitó la camiseta para examinar los golpes y comprobó que, aunque magullado, no le habían roto nada.

—¿Y esas marcas? —quiso saber Emma, señalando unas líneas rojas alrededor del pecho y estómago.

—Son de las descargas eléctricas —musitó ella—. Se quitarán en unos días.

Emma le sostuvo la mirada, controlando las ganas de darle un puñetazo. Movi6 la cabeza para agarrar una bolsa que habfa dejado en el suelo y se la tendi6 a Hunter.

—Ropa. Tambi6n tenemos analg6sicos y armas —dijo—. Luego podr6s darte una ducha, pero ahora mismo no debemos entretenernos m6s aquf. Estamos tomando el barco.

—¿Qu6? —Al fin Hunter se incorpor6, tomando como apoyo la pared.

—Reth ha conseguido que casi todos los obreros nos apoyen. Solo nos falta subir hasta el capit6n Card y habremos ganado —inform6—. Habfa que sacarte de aquf cuanto antes, ni siquiera sabfa si a6n seguafas vivo.

Hunter se puso la ropa limpia y se guard6 un revolver.

—Os ayudar6 —dijo.

—¿Tienes fuerzas suficientes?

—Siempre tengo fuerzas para patear a gilipollas, cr6eme.

Emma sonri6 y ambos se abrazaron, 6l dando suaves palmaditas en el hombro de su amiga, a6n sin llegar a creerse que estuviera allf del todo. Los interrumpi6 un carraspeo desde la puerta y al girarse vieron a Scalia.

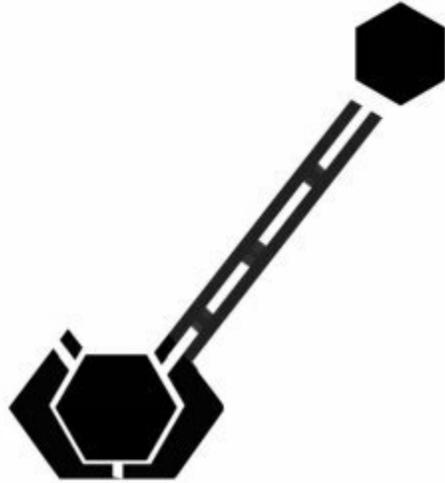
—Perd6n —dijo—. No quiero molestar, pero tengo una cosa que podrfa gustarte.

Mir6 a Hunter, que se separ6 de su amiga alzando la ceja. Scalia tir6 de alguien hasta meterlo por completo en la celda.

Hunter lo contempl6 con cara de tonto, sin poder creer la suerte que habfa tenido: intentando mantener una actitud desafiante, el sargento Mitchell se postraba ante 6l.

Por fin, el karma empezaba a funcionar.

CUARTA PARTE: TODO LO QUE DESTRUIMOS



Capítulo 1. ¿Seguro?

Rachel tuvo que parpadear varias veces para centrar la vista e incluso estuvo a punto de pellizcarse, sin poder creer lo que veían sus ojos. Por fin su cerebro creyó lo que su vista le estaba transmitiendo y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¡Nathan, por fin! —Lo abrazó con fuerza, aunque al momento se separó un poco para mirarlo con el ceño fruncido—. ¿Dónde demonios estabas? ¿Por qué no embarcaste conmigo? —Volvió a abrazarlo—. ¡Llevo semanas aquí sola preguntándome qué te había pasado!

Se apartó para mirar a su alrededor, esperanzada, pero solo vio a Faraday y a aquella chica desconocida.

—¿Y Hunter? —preguntó—. ¿No está con vosotros? ¿Y Emma? ¿Sigue en coma?

—Tenemos mucho que contarte —contestó Nathan—. Será mejor que nos sentemos, hemos tenido un viaje muy largo. —Miró a Faraday—. Dile que puede entrar.

El gigantón se asomó a la ventana e hizo señales con una linterna que llevaba en la mano. Unos pocos segundos después, una figura vestida de militar entró por la misma. Durante un segundo, al ver el uniforme, Rachel pensó que se trataba de Hunter, pero pronto se dio cuenta de que no era así. Aquel pelo rapado, el color de la piel... ¿dónde lo había visto antes? Su cerebro tardó un par de segundos en hacer la conexión.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó, retrocediendo un paso instintivamente.

—Ahora te explico lo que...

—¿No es el que soltó el antiviral? ¿El que dejó a Emma en coma?

Un gesto de dolor cruzó el rostro de Nathan antes de afirmar con la

cabeza. Cogió a Rachel con suavidad por los brazos y la llevó hasta el sofá donde se había escondido la chica.

Rachel se dejó hacer, aunque sin dejar de mirar con desconfianza al soldado.

—Lo primero, te presento a Cassie White —dijo Nathan, señalando a la chica, que ocupó una silla junto a ellos—. Es periodista.

—Encantada —saludó ella, inclinándose hacia Rachel y extendiendo la mano—. Nathan me ha hablado tanto de ti que es como si te conociera.

—¿Periodista? —fue todo lo que pudo articular Rachel, sorprendida, mientras correspondía su gesto de saludo.

—Sí. Alguien tenía que investigar todo lo que estaba ocurriendo para poder contar la verdad al mundo.

—Pero... —Sacudió la cabeza—. ¿De dónde has salido? No te vi en la ONU... ¿Y cómo habéis llegado hasta aquí? Deduzco que no por el método normal, o no estaríais en mi piso de noche y escondidos.

—Como te he dicho, es largo —repitió Nathan—. Así que lo mejor será comenzar por el principio: por qué no llegué al barco. Porque sí que iba a subir contigo, espero que no pensaras que te había abandonado o algo así.

—Supuse que algo había ocurrido porque sé que tú no faltarías a tu palabra.

—El cabo Scott se interpuso en mi camino. —Lo señaló con la cabeza—. Volví al edificio donde nos tenían, pero Emma ya no estaba. Hunter y ella deben de estar en algún barco a punto de llegar.

—Eso me han dicho a mí también... ¿Qué quieres decir con que volviste?

—Adrian... el cabo Scott —aclaró—, nos llevó a Faraday y a mí fuera de la ONU... ¿Tienes café? Porque, como te digo, esto es largo.

Rachel sacudió la cabeza.

—Solo descafeinado y algo de té, me controlan la comida.

—¿Por qué?—La recorrió con la vista, preocupado, pero no vio nada fuera de lo común—. ¿Estás enferma?

—No exactamente... Más bien embarazada.

Nathan entendió una frase que había oído antes, aquel día, acerca del edificio donde Rachel estaba asignada. Durante un segundo, se quedó sin saber qué decir, lleno de sentimientos encontrados. Se alegraría por ella y Hunter, si no fuera por todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—Ya veo que no te parece una buena noticia —comentó Rachel, con una sonrisa triste.

—No, no es eso, yo... —La abrazó de nuevo—. Claro que me alegro, ojalá Hunter estuviera aquí... Aunque imagino que tú lo desearás más que yo. Es solo que hemos averiguado algunas cosas sobre este sitio que no son... —dudó unos segundos, buscando las palabras adecuadas—. No son lo que parecen ser. ¿Tú no has visto nada extraño?

—Estoy trabajando en el hospital así que, sí, he visto cosas. —Le apretó una mano, mirándole—. Nathan, June está aquí.

Se lo soltó sin más, porque tenían tantas cosas que contarse que pensó que era mejor ir al grano. Nathan la miraba incrédulo, así que lo repitió:

—June está aquí, en la isla. Llegó con un par de soldados y los tuvieron en observación en mi hospital porque ella estaba con neumonía. Se puso bien, pero algo les pasó en el exterior cuando se lanzó el antiviral. —Tragó saliva—. Y ahora no sé dónde están. Quiero decir, siguen en la isla, pero se los han llevado a algún otro edificio.

Nathan miró a Adrian, que se sentó frente a ellos.

—Habrà que preguntarle a ella —dijo—. Puede que lo sepa.

—¿Qué «ella»? —preguntó Rachel—. ¿De quién estás hablando?

—Alexis Sand —contestó Nathan.

Rachel lo miró sin entender, hasta que recordó una conversación con Hunter muchos meses atrás, cuando le contó lo sucedido en Little Falls. No habían vuelto a hablar de aquello hasta que Nathan apareció y les contó que se habían separado, por lo que aquel nombre se había quedado apartado en un lugar de su mente. Y entonces recordó a la chica de información, con aquel parche que ponía «A. Sand». Nunca se le hubiera ocurrido pensar que podían ser la misma persona pero, por lo que parecía, así era. Moviò la cabeza, asimilando la información.

—Creo que lo vuestro es mucho más interesante que lo mío —dijo.

—Prepararé unos tés —se ofreció Cassie.

—Está todo en la cocina: no hay mucho, así que lo encontrarás fácilmente.

Cassie se dirigió allí y Nathan comenzó a contarle todo lo que había sucedido desde que sus planes fueran trastocados por aquel golpe que recibiera en la cabeza. Había mucho que explicar, incluida la presencia del cabo en aquella habitación.

* * *

Adrian despertó temprano, como siempre, y se encontró solo en la cama.

Tampoco le extrañó, ya que Cassie no se quedaba muy a menudo.

Se dio una ducha pensando en su conversación con Nathan, la noche anterior. Entendía su punto de vista, pero seguía pensando que era mejor quedarse. Aquel había sido su plan inicial y cambiarlo a aquellas alturas no le atraía demasiado. Aparte de todos los riesgos que veía en aquel viaje, por mucho que el aire fuera respirable.

Fue al comedor a desayunar y después al laboratorio, para hablar con él. Pero no estaba allí. Ni él, si su omnipresente sombra. Solo estaba Simmons, mirando unas muestras en un microscopio.

—¿Has visto al doctor Thomas? —le preguntó.

—No desde ayer. Tampoco le he visto en el comedor, quizá no se haya levantado todavía.

Adrian frunció el ceño, comenzando a sospechar.

—¿Y Faraday?

—No.

Adrian salió con rapidez y se dirigió a sus habitaciones. Como esperaba, estaban vacías. Miró los armarios y, aunque no estaban vacíos, sí que faltaban algunas cosas. Al salir se encontró con Maddy, que parecía haber llegado corriendo. Al verle, se apoyó en una pared para coger aire antes de hablar.

—Te estaba buscando —dijo.

—¿Qué ocurre?

—Han desaparecido algunas armas y tres uniformes de kevlar.

—¿Tres?

—¿Sabías algo?

—No encuentro a Nathan ni a Faraday. Ayer tuvimos un desacuerdo, así que me temo que se han marchado. Pero no entiendo para qué necesitan tres uniformes.

—Bueno, será porque Cassie se ha ido con ellos.

Aquello sí que le pilló por sorpresa. ¿Cassie se había ido? ¿Sin decirle nada? ¿Y había pasado la noche con él como si tal cosa? Pasó junto a Maddy sin contestar pero, cuando entró en la habitación de Cassie, se dio cuenta al momento de que era cierto: faltaban sus cuadernos de notas, su mochila, algo de ropa...

Salió dando zancadas.

—¡Organiza una reunión de emergencia, ahora! —ordenó.

Regresó a su despacho y se encerró de un portazo, enfadado. Se paseó

murmurando para sí mismo, sin poder creer que los tres se hubieran marchado. ¿Es que nadie los había visto ni los había detenido? A saber dónde estarían ya... Habrían salido en dirección a Boston, seguro, pero con los animales como estaban, por no hablar de los humanos infectados, a saber si habrían podido llegar a alguna parte.

¡Maldición! ¿Por qué tenían que ser todos tan cabezotas? Su plan era más seguro. Sí, más lento y a largo plazo, pero tenían más posibilidades de sacar todo a la luz que yendo a una isla en la que no sabían ni cómo entrar ni qué iban a encontrar. Como si colarse en un barco fuera tan fácil.

Maddy regresó unos minutos después para informarle de que estaban todos en la cafetería, así que fue con ella. Efectivamente, todos sus hombres estaban allí, murmurando entre ellos.

Se subió a una mesa desde la que podía verles a todos para que le pudieran escuchar.

—Anoche el doctor Thomas, Faraday y Cassie salieron de aquí —dijo, sin más preámbulos—. ¿Alguien les ha visto marcharse?

Hubo unos murmullos y un par de soldados alzaron la mano.

—Estábamos de guardia en el túnel norte —contestó uno—. Cassie nos dijo que tú les habías autorizado a salir a buscar más animales.

—¿Y no os pareció raro? ¿Por qué no me avisasteis?

—Pensamos que estarías durmiendo y nos dijeron que iban de noche para buscar animales nocturnos. Como estabas trabajando con él no pensamos que habría problema.

Adrian se pasó una mano por la cara. En fin, ya estaba hecho y tampoco podía hacer nada, salvo ir tras ellos. Aquella idea no lo atraía en absoluto, pero parecía que no le habían dejado otra opción.

—Voy a tener que marcharme a buscarlos —dijo—. No sé lo que tardaré, así que necesito dos personas para acompañarme. Maddy, doctor Simmons, vosotros os quedaréis aquí y continuaréis con el plan como estaba establecido. Aunque yo no vuelva, una vez esté todo evacuado, registráis el lugar para sacar toda la información que haya y la enviáis a los medios disponibles. Intentaré volver con ellos, pero no sé cómo estará la situación ahí fuera ni el tiempo que me llevará.

—De acuerdo —contestó Maddy.

No se la veía muy contenta y Adrian estaba seguro de que, de haber estado solos, le habría dicho alguna cosa menos agradable, pero al estar con todos delante se estaba conteniendo.

Dos de sus hombres se ofrecieron voluntarios para ir con él, así que sin perder más tiempo, para no darles más ventaja a Nathan y el resto, fueron a buscar provisiones y armas para el viaje. Se pusieron sus trajes de kevlar y en una hora ya estaban saliendo por el mismo túnel.

Adrian no tenía ni idea de qué camino cogerían para Boston, pero tenían los mismos mapas que ellos y Cassie solo conocía las salidas que él le había mostrado, no todas, así que fueron por allí.

Hasta salir de Manhattan fueron despacio, era complicado poder escapar de la isla sin que los viera el ejército que allí había y, además, esquivando a los animales. Pero por fin llegaron a una de las carreteras que los llevaría hacia Boston. Supo que iban bien encaminados porque encontraron restos de comida y algún que otro animal muerto por el camino. Seguramente no esperaban que les siguieran, así que no se preocuparían de borrar su rastro.

El viaje resultó duro, tal y como había supuesto. Justo cuando pensaban que los estaban alcanzando, perdió a uno de sus hombres en New Haven: un grupo de infectados los retrasó unas horas y los obligó a desviarse del camino, por lo que perdieron el rastro y tuvieron que volver a encontrarlo.

No fue hasta el mismo puerto de Boston que los alcanzaron. Todo el lugar estaba cerrado por un perímetro de seguridad del ejército, por lo que Nathan, Faraday y Cassie se habían refugiado en un edificio abandonado de las afueras para poder planear cómo entrar.

Y ahí fue donde Adrian y su hombre los encontraron por fin. Se quedaron en el exterior aquella noche, sin dormir, no fueran a confundirlos con infectados y a dispararles en la oscuridad.

Por la mañana, esperaron hasta que vieron a Nathan asomarse a una de las ventanas y entonces Adrian salió de su escondite para hacerle gestos hasta que consiguió llamar su atención. Como había esperado, Nathan no pareció muy contento de verlo, pero con una seña le indicó por dónde entrar.

Se dirigieron a la puerta que Nathan señalaba y Faraday abrió con cara de pocos amigos.

—No deberías estar aquí —sentenció, señalando la escalera—. Te estaré vigilando.

—Me lo imaginaba, gracias.

Subieron las escaleras y, en la planta superior, encontraron a Cassie y Nathan. Ella tuvo la decencia de parecer un poco avergonzada, pero Nathan esperaba con los brazos cruzados y gesto hosco.

—Si piensas que voy a volver contigo a Nueva York... —empezó el

virólogo.

—Ahora mismo estoy demasiado cansado para discutir, llevamos días detrás de vosotros, así que si no te importa vamos a comer algo y luego hablamos.

Nathan afirmó y les mostró dónde podían descansar.

Unas horas después y tras haber comido, Adrian dejó que el soldado siguiera durmiendo mientras él se reunía con Nathan. Este estaba estudiando con Cassie un mapa que había hecho a mano, donde habían marcado todas las entradas que habían visto y la vigilancia que había en ellas.

Adrian, hasta entonces, siempre había tenido en mente llevarlos andando de vuelta a Nueva York pero, vista la dificultad del viaje, no estaba tan seguro de que mereciera la pena el riesgo de hacerlo.

—El barco sale mañana —informó Cassie, evitando mirarlo directamente a los ojos—. Pero todavía no hemos encontrado cómo llegar a él.

Adrian echó un vistazo al mapa, pero no vio ninguna forma de lograrlo con tan poco tiempo para planificar. Sacó el suyo, mirando la línea de la costa.

—¿Habéis pensado otra forma de llegar a la isla? —preguntó.

Ellos se miraron.

—No sabemos pilotar ni navegar —contestó Nathan—. Así que las opciones son pocas.

—Yo podría llevar un barco pequeño, solía hacerlo en los veranos. Será más seguro regresar así a Nueva York.

—No, no vamos a volver. Si tu idea es robar un barco abandonado, de acuerdo, pero no para ir a Nueva York, sino para ir hasta Anticosti.

—Es complicado, Nathan, es un viaje largo para una embarcación pequeña...

—Puestos a robar, ¿qué más da el tamaño? —replicó Cassie—. Seguro que en el puerto deportivo hay de todo y los yates de lujo no necesitan mucha tripulación. Además, son más rápidos que uno grande, llegaremos antes que el transporte oficial.

—Se lo diré a Faraday. Podemos ir a mirar, no está dentro del perímetro de seguridad.

Nathan plegó el mapa. A Adrian no le hizo ninguna gracia que lo ignoraran de aquella manera, pero estaba visto que, o se unía a ellos, o se volvía solo. Odiaba tener que rendirse así, pero no parecía tener más opción.

—Voy a hablar con Allen —dijo, con resignación—. No sé si querrá venir

o volverse, dadme unos minutos.

Salió sin ver la sonrisa de satisfacción que ellos dos intercambiaban, pero se la imaginaba de todas formas.

Allen no era amigo de los barcos, puesto que no sabía nadar y, aunque los riesgos de volver estaban claros, prefirió marcharse y así comunicar al resto que Adrian, finalmente, también se iba a la isla.

Una vez se hubo marchado, Adrian regresó con los demás. Nathan ya había puesto a Faraday al día y se estaban preparando para ir al puerto deportivo. Tal y como esperaban, allí no había vigilancia, pero sus esperanzas de encontrar un yate se desvanecieron al ver que los accesos y las pasarelas que llevaban a las embarcaciones estaban destruidos, además de que las naves estaban en su mayoría sin sujeción y habían quedado a la deriva.

Por lo tanto, no les quedó más remedio que regresar al plan original y dirigirse al barco de evacuación.

No intercambiaron demasiadas palabras durante el viaje: todos pensaban que ojalá pudieran colarse sin problemas.

Durante un rato largo, se limitaron a contemplar las puertas y las medidas de seguridad. Adrian no encontraba la forma de acceder al interior pasando desapercibidos, pero tampoco le veía mucho sentido: el viaje era largo y no podrían estar tanto tiempo ocultos, viajando como polizontes. Sin embargo, no abrió la boca. Lo mejor era estar callado, así ellos solos llegarían a la misma conclusión y tal vez pudieran regresar. En ese caso él iría con la cabeza bien alta y los otros...

—Vamos.

Adrian salió de su ensoñamiento momentáneo al escuchar la voz decidida de Nathan.

—Un momento. —Cogió del brazo al virólogo, que se soltó al instante—. ¿Me he perdido algo? Sigo viendo vigilancia, es imposible colarnos.

—No vamos a colarnos.

—Disculpa esto que voy a decir, pero... ¿te has vuelto loco? Si te presentas ahí sin más nos van a pegar un tiro antes de que podamos siquiera chistar nuestro nombre.

—Que no.

—Tú no puedes...

Al ver que el cabo se estaba alterando, Faraday le puso una mano encima del hombro. Ese simple gesto detuvo sus protestas, aunque la mirada que le

lanzó el hombretón también ayudó un poco. Exasperado, se volvió hacia Cassie. Ella se encogió de hombros antes de echar a caminar tras los demás.

Adrian aspiró y expulsó aire como si fuera un animal encerrado, pero no tuvo más remedio que ir tras ellos, aunque le parecía una idea terrible. ¿Acaso no conocían a los militares? No solo no les cederían el paso, los apresarían, quizás con una paliza de regalo y...

Ya habían cubierto buena parte de la distancia cuando los cuatro militares uniformados que custodiaban las verjas de entrada notaron su presencia. Levantaron las armas al mismo tiempo, apuntando en su dirección.

—¡Alto ahí!

El grupo se detuvo en seco y Nathan alzó los brazos en señal de paz.

—No den un paso más o dispararemos —advirtió el más próximo, acercándose.

—Calma —dijo el pelirrojo, con su habitual voz sosegada—. Ninguno queremos eso.

—No se puede acceder a esta zona a menos que estén en la lista de pasajeros. Y me imagino que no es así, ¿verdad?

El hombre llegó hasta su altura y bajó el arma.

—No se equivoca —respondió Nathan—. No estoy en la lista para este barco, pero estaba en otra. Sea como sea, debería embarcar.

—Esto no funciona así, amigo. —El militar hizo una mueca, sin dejar de estudiarlos.

—Vamos a hacer una cosa —Nathan volvió a hablar para recuperar su atención—. Yo le digo mi nombre y usted hace una llamada para ver qué le dicen. ¿Es aceptable?

La seguridad en su tono hizo que el militar cavilara unos segundos antes de afirmar.

—Muy bien. —Echó mano de su radio, abriendo la transmisión—. ¿Base? Tengo aquí un grupo de cuatro personas que quieren subir al barco. ¿Puedes comprobar si están en alguna lista? —Agarró el documento que Nathan le tendía—. Nathan Thomas. Doctor, por lo que veo.

Adrian contemplaba la escena sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Cassie lo tenía agarrado del brazo, un poco tensa por la situación, y quiso transmitirle tranquilidad con un apretón en la mano. No las tenía todas consigo, pero Nathan parecía muy tranquilo mientras aguardaban que llegara la respuesta.

La radio zumbó y el militar pegó el oído a ella.

—Entendido. —Se la pasó a Nathan—. Quieren hablar con usted.

Los minutos que duró la conversación se hicieron eternos. Adrian estaba seguro de que al final los echarían fuera, o tal vez solo a él... Al fin y al cabo, el médico tenía motivos más que suficientes para deshacerse de su presencia.

Finalmente, Nathan devolvió la radio al militar y este volvió a ponerse al aparato.

—Aquí el cabo Smith, otra vez —dijo—. Sí, señor. Por supuesto que sí. Gracias, señor. —Y cortó la comunicación, guardando la radio mientras los miraba—. Pueden subir, doctor Thomas. El personal del barco les asignará camarotes.

Nathan replicó un «gracias» y se puso en marcha hacia la entrada, seguido de cerca por Faraday. Adrian, aún estupefacto, intercambió una mirada con Cassie. Ella se limitó a sonreír con cara de alivio, tirando de su brazo para que no se quedaran atrás.

* * *

—Entonces, ¿te permitieron la entrada al barco? —preguntó Rachel, atónita por todo lo que acababa de escuchar.

—Y no solo eso, sino que fuimos invitados de lujo —comentó Nathan—. Tenían tantas ganas de traerme que han venido a toda máquina, por eso supongo que hemos llegado antes que el barco de Emma y Hunter.

—Y Boston está más cerca de aquí que Nueva York —intervino Adrian.

—Eso es. En fin, mi única preocupación era si al llegar podría librarme de que me llevaran ante el jefe de estado. Admito que esa posibilidad me intranquilizaba mucho.

—¿Cómo lo eludiste?

—No fue cosa nuestra, sino de Alexis. Al estar trabajando aquí y pertenecer al cuerpo militar, tuvo acceso a toda la información. Es más, el propio jefe de estado la metió en el equipo encargado de recogerme —y al decirlo sonrió.

Adrian podía entender la expresión perpleja de aquella doctora. Ni siquiera él se creía la suerte que habían tenido. Cuando los escoltaron fuera del barco no había pensado que aquello fuera a terminar bien, ya que aunque no dudaba del interés que despertaba el virólogo entre los militares, sabía

bien que eso no los incluía en la ecuación.

El coche militar que los esperaba estaba fuera y había dos miembros del personal junto a las puertas: una chica de cabello castaño con aspecto atlético y un hombre corpulento de cabello oscuro.

Nathan había cambiado de cara al verlos, pero Adrian había deducido que era por lo que se les vendría encima. No fue hasta diez minutos después de que el hombre comenzara a cabecear ante el volante que la joven había intervenido para frenar el vehículo.

A esas alturas, Adrian ya no sabía qué pensar. Entonces la chica se había girado hacia ellos con una sonrisa.

—Nos contó que una doctora había preguntado por nosotros, de esa manera supo que seguía con vida —explicó Nathan—. Y que, poco después, había escuchado que el virólogo perdido en Nueva York al fin había aparecido. Ordenaba meterlo directamente en el barco y que el personal militar se encargara de llevarlo a las instalaciones del jefe de estado Norris.

—Y no lo hizo —repuso Rachel, aún atónita.

—No. Drogó a su compañero y nos trajo aquí. Creo que ha visto varias cosas que no terminan de gustarle.

—Pero, ¿dónde está ella ahora?

—Ha regresado a la base. Cassie le dio un golpe para que pareciera que nos habíamos escapado por sorpresa, o algo así.

Adrian miró al techo, enfurruñado. La idea la había tenido la propia Alexis, pero él se había negado a llevarla a cabo, al igual que Faraday. Cassie no había tenido tantos remilgos.

—¿Tendrá problemas por esto?

—No creo. Dice que aquí no dan mucho valor a las opiniones de las mujeres, así que se hará la tonta en apuros. Imagino que colará, de todas formas se pondrá en contacto con nosotros en cuanto pueda para informarnos de todo.

Rachel afirmó con la cabeza.

—Sí. Tener a alguien dentro es un privilegio —dijo—. Tal vez podamos descubrir lo que está sucediendo de verdad con los pacientes del hospital. Si realmente están infectados y dónde los trasladan si lo están.

—No me gusta —protestó Adrian—. Se suponía que la idea era partir de cero en un lugar sin infección, ¿no? Si tenemos infectados es porque ellos han decidido tenerlos, ni más ni menos. Todos conocemos el proceder militar.

Nathan asintió, acariciándose la barbilla. Rachel también. Pese a que estaba muy lejos de querer compartir una charla con aquel cabo, sus palabras no dejaban de tener lógica. ¿Por qué marchar para vivir tranquilos y transportar personal con el virus?

—Bueno —repuso Nathan—, el jefe de estado pretendía que yo siguiera trabajando en una cura. No sé si estará relacionado, aunque no necesito infectados para eso.

Adrian se retorció las manos, impaciente.

—¡Tenemos que averiguarlo! ¡Y ya!

Todos los presentes se giraron al escuchar sus palabras.

—¿Qué estás diciendo? —Rachel lo miró con mala cara—. ¿Quién te crees que eres aquí para tomar decisiones? No estás con militares, y tampoco eres nuestra persona favorita. Estás en mi casa y eres un invitado, así que un poco de educación no vendría mal.

El chico se quedó sorprendido, pero bajó las manos a su regazo y carraspeó.

—De acuerdo —dijo—. Sé bien que mi presencia aquí no es grata, por... lo que hice en su momento. Lo entiendo y lo respeto, y respeto el hecho de que me dejes estar aquí pese a todo. Pero si están almacenando infectados como quien colecciona insectos, tenemos que detenerlo.

Cassie se cruzó de brazos, pensativa. Faraday se frotó el entrecejo.

—No sé si me explico, pero quiero que lo entendáis. Los militares no hacen las cosas porque sí, nunca. Si lo que dices es cierto —miró a Rachel—, y se están llevando a infectados...

—Potenciales infectados —corrigió ella.

—A estas alturas creo que todos los presentes sabemos lo que hay. Si se los están llevando a otra ala en lugar de rematarlos con un tiro, tiene que haber un motivo. Quizá los van a usar para experimentar, o puede que quieran el virus para cualquier cosa.

Nathan asintió despacio.

—Tener un virus mortal a buen recaudo —comentó.

—Exacto. ¿Y si intentan evolucionarlo? Por Dios, son militares.

—Sois —volvió a corregir Rachel con suavidad.

Adrian no replicó a eso porque llevaba razón, aunque en ese instante se sintiera tan alejado del mundo militar que el tiempo dedicado al servicio le pareciera un sueño.

—¿Qué propones? —quiso saber Faraday.

—Averiguar si es cierto que tienen en el hospital un ala con infectados. Con sinceridad, después de lo que nos ha contado la doctora Portman creo que sí, pero hay que asegurarse.

—¿Cómo lo hacemos? A estas alturas ya deben de saber que llegamos y desaparecimos. Seguro que nos están buscando —dijo Cassie.

—Olvidaos de asomar la nariz durante el día —Adrian respondió al momento—. Tiene que ser de noche y necesitamos algún plano para saber exactamente dónde ir. ¿Nos ayudaría la comandante Sand otra vez?

Miró a Nathan, que se encogió de hombros.

—Lo hará —comentó Rachel—. Si os ha ayudado a entrar a riesgo de ser pillada, también lo hará en esto. Vosotros no podéis salir ni hablar con ella, pero yo sí. Puedo pedirselo.

—¿Cuándo? —preguntó Faraday.

—No deberíamos esperar mucho —comentó Nathan—. Es cuestión de días que comiencen a llamar de puerta en puerta. No sé si usarán la lógica para buscarnos.

—¿Qué quieres decir? —esa fue Cassie.

—Lo lógico es que vengan aquí, puesto que Rachel y yo nos conocemos y este sería el primer lugar al que acudiría. Pero es tan evidente que quizá lo desechen. Tendría que ser muy tonto para venir al primer sitio de la lista.

Rachel sonrió.

—Que es donde habéis venido... —repuso.

—Sí, pero solo porque teníamos que hablar contigo. Ahora debemos separarnos y lo sabes, no tardarán en tocar a tu puerta, antes o después.

—¿Dónde iréis? —De pronto, la doctora se sintió angustiada ante la idea de que, de nuevo, Nathan desapareciera—. Hay militares por todas partes, hay vigilancia.

—No te preocupes, encontraremos algo.

—No nos descubrirán —dijo Adrian—. De eso me encargo yo.

—¿Cómo podré ponerme en contacto con vosotros? Estoy convencida de que me tendrán controlada, por si acaso se me ocurre.

Hubo un breve silencio que se interrumpió con la voz de Cassie.

—Puedo encargarme yo —ofreció, y se apresuró a continuar al ver el ceño fruncido de Adrian—. Dudo mucho que nadie se fije en mí con detalle. Creo que puedo camuflarme sin problema entre el resto de mujeres, salir a la calle y esas cosas.

—Pero ya saben que en el barco llegaron tres hombres y una mujer —

objetó Adrian, aún ceñudo.

—Por eso mismo, exactamente: una mujer. Ni uno solo se molestó en echarme un vistazo, estoy convencida de que no habrán sido capaces ni de describirme. Solo les preocupaba Nathan, eso es todo y, como mucho, te recordarán a ti porque eres cabo.

Poco a poco, todos se dieron cuenta de que las palabras de Cassie encerraban mucha razón.

—Si todo lo que nos han contado la doctora y la comandante es cierto, creo que aquí las mujeres no tienen voz. Estoy segura casi al cien por cien de que puedo moverme sin ser descubierta.

Tras dos largos minutos en los que podían haber surgido pegas y protestas, Adrian se rindió a la evidencia: Cassie estaba en lo cierto, era quien más fácil lo tenía para actuar como mensajera.

—Puedes quedarte aquí —ofreció Rachel—. Si en algún momento se presenta alguien y te descubren, puedo decir que eres mi hermana y estás de visita.

—Sí, dormir seguro. Por el día intentaré husmear y encontrar información útil. —Al ver los rostros preocupados e inquietos del grupo, sonrió—. Confíad en mí. Soy periodista, estoy acostumbrada a ocultarme si la ocasión lo requiere.

—Está bien —dijo finalmente Nathan, poniéndose en pie—. Pues vámonos. Nos encontraremos mañana en el piso inferior, donde han instalado las lavadoras, cerca de esta hora.

—El toque de queda es a las nueve —informó Rachel—. Pero este edificio no está vigilado, así que no habrá problema. Voy a intentar conseguir ropa y algunas cosas básicas.

—Nos vemos mañana —dijo Nathan, después de apretarle un brazo con una sonrisa que intentaba transmitir ánimo.

Rachel los acompañó hasta la puerta, notando una leve presión en el pecho que se mantuvo allí mientras escuchaba el rumor de sus pasos alejándose escaleras abajo.

No pasaba nada, se verían al día siguiente.

¿Verdad?

Capítulo 2. Sin mirar atrás

Entre la visita sorpresa de Nathan y sus acompañantes, y la emoción de verlo de nuevo, Rachel apenas durmió aquella noche, pero aun así se levantó a su hora habitual para dirigirse a su puesto de trabajo.

Desayunó con Cassie y le dio varias indicaciones sobre los autobuses y los edificios que ella misma conocía, para que pudiera moverse sin problemas ni llamar la atención.

Ya en el hospital, encontró una nota de Robert encima de su mesa, por lo que fue a su despacho. La puerta estaba abierta y se asomó con la nota en la mano.

—Buenos días —le saludó—. ¿Querías verme?

—Sí, pasa.

Mientras lo decía, se levantó para acercarse a ella. Se asomó al pasillo y miró a ambos lados con gesto nervioso antes de cerrar la puerta.

—¿Ocurre algo? —preguntó Rachel, extrañada.

—Siéntate, tengo algo que enseñarte.

Ella obedeció, preguntándose qué ocurriría. Robert abrió un cajón y sacó varios folios del interior, que puso delante de la doctora.

Rachel los cogió y vio que eran mapas de la isla, con edificios marcados en diferentes colores y con iniciales sobre ellos. Robert le señaló uno cerca del centro de mando y al momento Rachel lo reconoció: había pasado frente a él, se trataba del lugar donde había visto tantos militares vigilando.

—Creo que tus amigos están ahí —dijo.

—¿Tan lejos del hospital? ¿Por qué? ¿Y qué hay en ese edificio?

—No estoy seguro, pero...

Su intercomunicador zumbó y la voz de su secretaria sonó a través de él.

—Doctor, hay aquí unos soldados que quieren verle —dijo.

Robert miró a Rachel, asustado, y ella recogió los papeles con rapidez, ocultándolos en un bolsillo interior de su bata blanca.

—Quizá sea una visita sin importancia... —dijo Rachel, intentando tranquilizarle.

Robert pulsó el botón del intercomunicador.

—Salgo ahora mismo.

Sin embargo, no le dio tiempo, ya que los soldados entraron en el despacho cuando él se estaba levantando de la silla.

—¿Hay algún problema? —preguntó Robert, rodeando la mesa.

—Tiene que acompañarnos —contestó uno de ellos, y miró a Rachel—. Podrá continuar su reunión más tarde.

Ambos codirectores intercambiaron una mirada: ninguno creyó que Robert volviera pronto. Rachel se preguntó qué habría hecho para conseguir aquella información. Estaba claro que, fuera lo que fuera, había dejado algún rastro y lo habían pillado.

Se obligó a quedarse sentada con tranquilidad, como si de verdad creyera las palabras del soldado, y no se movió hasta que se marcharon.

Una vez segura de que ya no estaban cerca, se fue a su despacho y cogió el teléfono para marcar el número del centro de mando. Para entonces suponía que los teléfonos estarían pinchados, así que tendría cuidado con lo que iba a decir.

Tras unos segundos de música clásica, una voz femenina contestó la llamada.

—Centro de mando de Anticosti, aquí información. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quisiera hablar con Alexis Sand, por favor —dijo Rachel.

—¿Conoce su extensión?

—No.

—¿Motivo de su llamada?

—Es un tema del hospital, soy la doctora Rachel Portman. Está esperando una información.

—Un momento, por favor.

De nuevo la música clásica, que más que relajar el momento de espera, la puso más nerviosa. Tras un par de interminables minutos, por fin oyó un click al otro lado y otra voz femenina, que reconoció como la de la chica con la que había hablado aquel día en el centro de mando.

—Buenos días, doctora —dijo ella.

—Hola —dudó unos segundos, pensando qué decirle—. Tengo la información que me pidió... no sé si tendrá tiempo para mí.

—Ehm... Sí, claro.

—¿Cuento entonces con su ayuda?

—Sin problema.

—Perfecto, gracias.

Rachel colgó el teléfono. Hubiera preferido ir en persona, pero tendría que cancelar sus citas y llamaría demasiado la atención, sobre todo después de lo ocurrido con Robert. Había quedado con Cassie en un par de horas, cuando tenía un rato libre, para ver si había visto algo, así que aprovecharía para darle los papeles y que se los llevara a Nathan: él sabría qué hacer. Y tras la conversación con Alexis, suponía que les ayudaría de nuevo.

Se comportó como cualquier otro día hasta que llegó la hora de su encuentro con Cassie. Bajó a la cafetería del hospital y la encontró allí, sentada en una mesa con un café como si fuera lo más normal del mundo. La chica tenía razón, no destacaba entre el resto.

Rachel había guardado los papeles en una carpeta, que dejó sobre la mesa al sentarse.

—Hola —saludó—. ¿Qué tal te ha ido?

—Nada interesante, mucho militar por todas partes... Pero eso ya lo sabes.

—Tengo algo. —Cassie alargó la mano hacia la carpeta, pero Rachel le impidió que la abriera—. No aquí —dijo, bajando la voz—. Por si acaso.

—¿Qué es?

—Planos, hay un edificio marcado donde pueden estar June y los chicos. Llévaselo a Nathan y Adrian, para que lo miren.

—Vale. ¿Algo más?

—He llamado a Alexis, nos ayudará. Está en el centro de mando, por si ves que puedes acercarte. Yo tengo mucho lío en el hospital, se han llevado a Robert...

—¿Robert?

—Mi director adjunto, es quien me ha conseguido esto. —Tocó la carpeta—. Tengo que irme a seguir con mis consultas, no quiero llamar la atención. Nos vemos más tarde en mi apartamento.

—De acuerdo. Si necesito hablar contigo vendré aquí a buscarte, puedo hacerme pasar por una de tus pacientes.

—Perfecto.

Miró su reloj. Ya tenía que regresar a su ronda, así que se despidió y dejó la carpeta sobre la mesa.

Cassie tamborileó con los dedos sobre ella. Le quemaban las yemas por abrirla pero no quería arriesgarse a hacerlo allí delante de tanta gente, así que decidió que lo mejor era ir al escondite de Nathan y Adrian para ver qué información contenía.

Cogió comida de una de las máquinas y salió al exterior. Se movió sin prisa entre la gente, como si tuviera algo que hacer, tal y como se había comportado durante la mañana, y nadie pareció reparar en su presencia. Nathan, Adrian y Faraday se habían ocultado en uno de los edificios a medio construir y fue al lugar sin ningún contratiempo.

Al verla llegar, Adrian salió a su encuentro.

—¿Todo bien? —le preguntó el cabo.

—Sí.

Le entregó un sándwich y él lo cogió apretando los labios.

—¿Ocurre algo? —preguntó Cassie al ver su gesto.

—No hemos podido hablar a solas desde que os encontré y...

—Creo que de todas formas no hay nada que decirnos, Adrian.

—No seas así, actúas como si fuéramos casi desconocidos, y fuiste tú quien se fue sin decir nada. Confiaba en ti y me abandonaste.

—Y puedes seguir confiando en mí, esto no tiene nada que ver. —Apartó la vista, porque era difícil hablar como si no hubiera nada entre ellos cuando la miraba de aquella forma intensa—. Ahora tenemos que centrarnos en esto y... si estás pensando en el acuerdo que teníamos en Nueva York, ahora creo que hay cosas más importantes.

Él retrocedió un par de pasos, poniéndose serio.

—Ya veo —dijo, en tono seco—. ¿Traes algo más aparte de comida?

Cassie abrió su mochila, ignorando su forma brusca de cambiar de tema, y sacó la carpeta que le había entregado Rachel.

—Sí, he estado con Rachel, tengo planos.

Adrian se hizo a un lado para que pasara y fueron al encuentro de Nathan y Faraday, que estaban en una de las zonas casi terminadas donde solo faltaban por cerrar las ventanas.

Tras entregarles la comida que había cogido para ellos, Cassie les contó su encuentro con Rachel. Sacó los papeles de la carpeta y los extendió en el suelo, para que todos pudieran verlos.

—El edificio marcado está cerca del centro de mando —indicó Adrian,

señalando ambos—. Habrá mucha vigilancia.

—Deberías hablar con Alexis —sugirió Nathan—. Ella puede saber cuántos soldados hay, los cambios de turno... cualquier cosa que pueda sernos de utilidad.

—Iré ahora, espero que no se eche atrás.

—Será mejor actuar de noche. Y cuanto antes, mejor.

—Sí, no podemos seguir escondidos demasiado tiempo —corroboró Adrian.

El cabo evitó la mirada sorprendida de Nathan, que estaba acostumbrado a que siempre estuvieran en desacuerdo. Pero en aquella ocasión, aunque no le gustara, el virólogo tenía razón: no podían alargar mucho más aquella situación. Cuanto más esperaran, más riesgo había de que les encontraran.

—Eso le diré —contestó Cassie—. ¿Y a Rachel?

—Que siga con su día normal, nos encontraremos con ella por la noche. La lavandería de su edificio es un buen sitio, después del toque de queda no habrá nadie allí.

—De acuerdo. —Recogió su mochila y se levantó—. Pues nos vemos entonces.

Se marchó sin mirar a Adrian. Él cogió el plano que detallaba el interior del edificio donde querían entrar, pero no tenía muchos datos aparte de las entradas, salidas y escaleras. Nada que dijera qué había dentro.

—Espero que tu amiga vuelva a colaborar —dijo.

—Yo también, por la cuenta que nos trae. ¿Y vosotros?

—¿Nosotros? ¿A qué te refieres?

—A que el ambiente entre tú y Cassie es tan tenso que se puede cortar con un cuchillo.

—Lo que haya entre ella y yo no es de tu incumbencia.

—Bueno, acabas de admitir que sí que hay algo... y a lo que me refería es a que espero que no os pongáis a discutir en medio de todo, porque a veces eres un poco...

—Ciñámonos al plan, ¿de acuerdo?

Cogió otro de los planos, ceñudo, y Nathan decidió dejarlo estar.

Una vez pasada la hora del toque de queda, Rachel salió de su apartamento y bajó a la lavandería. Cassie no le había especificado una hora exacta, pero supuso que no tendría que esperar mucho, puesto que ya empezaba a anochecer.

Cuando entró en la lavandería, ellos ya estaban allí. Le dio un abrazo a Nathan (después de tanto tiempo, necesitaba asegurarse de que seguía siendo de carne y hueso) y se acomodaron en los bancos que había.

—Vamos a entrar esta noche —informó Adrian.

—¿Habéis hablado con Alexis?

—Sí, está con nosotros —contestó Nathan—. Nos ha dicho lo que podemos encontrarnos en el exterior, aunque del interior tampoco nos ha podido decir qué tipo de gente hay. Si son infectados o solo están en cuarentena... no lo tiene claro.

—Vale, iré a ponerme ropa oscura y...

—No, no, tú no vienes.

—¿Perdona? ¿Cómo que no voy?

—Bueno, es que tú...

—Como me sueltes algún rollo de que no puedo ir porque estoy embarazada te doy un puñetazo. Puedo andar igual que vosotros. Y además, te recuerdo que soy inmune gracias a tu cura.

—No eres inmune a las balas. —Rachel lo miró como si fuera a matarle, pero Nathan no se amilanó—. Si te pasa algo y es por mi culpa, Hunter me mataría. Además —añadió con rapidez, viendo que ella apretaba los puños—, necesitamos que alguien se quede atrás. Por si todo falla, para que cuando llegue Hunter le informe. Y nadie mejor que tú: sigues en el hospital como si nada hubiera ocurrido y podrías obtener más información.

—No de Robert, no ha vuelto en todo el día.

—Alexis iba a intentar encontrarlo. Si lo hace te lo hará llegar de alguna manera.

Rachel no estaba muy convencida. Quería ir con ellos, encontrar a June y los chicos, pero también podía ver el sentido detrás de las palabras de Nathan. No solo la estaba protegiendo, estaba protegiendo su puesto en la isla y que, si fallaban, pudiera continuar como si nada hubiera ocurrido. Podían relacionarla con ellos, pero no con sus acciones, así que afirmó con la cabeza con renuencia.

Antes de marcharse, Nathan la abrazó con cariño.

—Todo irá bien, ya lo verás —le dijo, dándole un beso en la mejilla.

—Seguro que sí.

Lo dijo tanto para reconfortarlo a él como a sí misma. Por su parte, Faraday se despidió sin decir nada, solo dándole uno de aquellos abrazos de oso que amenazaban con romperle las costillas.

Una vez sola, Rachel regresó a su apartamento y se preparó un chocolate, lista para una noche de insomnio. Se acercó a la ventana con la taza, mirando las luces de los edificios a lo lejos, escuchando el silencio de la noche.

Y esperando que no fueran sustituidos por alarmas ni sirenas.

* * *

—¿Listos? —preguntó Hunter, echando un vistazo hacia atrás después de intercambiar una mirada final con Emma.

Delante, aunque lo bastante alejados como para no escuchar, el capitán Card y el teniente Soerensen se mantenían a la espera de órdenes. Una vez tomado el control del barco, ambos habían intentado resistirse a la rebelión pero tras unos golpes comedidos habían cedido. Tenían muy claros los pasos que había que dar, pero Hunter no confiaba mucho en que no intentaran nada, así que era mejor vigilarlos de cerca.

Detrás estaban todos los hombres recluidos sin conocimiento como personal de trabajo gratuito. Vestían los uniformes caqui que habían quitado a los auténticos militares del barco, una idea que había surgido de Scalia. La farsa no duraría mucho, pero a primera vista estaba seguro de que darían el pego. Hunter se había mostrado de acuerdo y, una vez tuvo claro que el sargento estaba de su parte, no tuvo reparo alguno en cederle el grupo bajo su mando.

Scalia los dividió en grupos para repartir instrucciones: una vez fuera del barco, debían estar atentos por si tenían que pelear contra los guardias del puerto.

La primera parte consistía en ayudar a bajar a las mujeres del barco Madre. Según Card, habría un minibús esperando para llevarlas al edificio correspondiente, casi directas a dormir, pues llegaban cerca de las diez de la noche. Una vez estuvieran a salvo, podían pasar a la segunda parte del plan, que consistía en encerrar a los guardias y dividir a los hombres por grupos para mandarlos a diversas zonas de la isla, siempre siguiendo los planos del mapa hallado por Emma.

—Nosotros iremos a buscar a Rachel—dijo Hunter, señalando el sitio en el papel.

Cambió una mirada preocupada con Emma. En el sobre hallado tras el cuadro no existía información sobre las personas que estaban en la isla pero, tras presionar al capitán Card, este les había entregado una lista que guardaba

bajo llave. Emma había encontrado a Rachel registrada en el edificio Madre.

—¿Qué? —había preguntado Hunter, al ver su expresión.

—Es el bloque de reproductoras. Los «úteros» —aclaró ella.

—¿Y eso qué demonios significa? ¿Que planean embarazarla? —Hunter parecía crispado y enfadado.

—No tengo ni idea. Tal vez esa sea la idea. —Emma había sacudido la cabeza—. O quizá... ya lo estaba. ¿Podría ser?

Él había permanecido en silencio, dando vueltas a la cabeza. No podía hacer otra cosa sino ir en su busca y salir de dudas, pero hasta que ese momento llegara, debía centrarse.

—No tenemos forma de saber dónde se aloja ese canalla de Norris, pero de algún modo lo averiguaré.

—Y ojalá encontremos a los demás —murmuró Emma.

—Exacto —asintió Hunter.

—¿Y el resto? —quiso saber Scalia.

—Aquí. Y aquí. —Hunter puso su dedo sobre el mapa de forma enérgica—. El hospital. Esto otro parece ser un hangar, aventuro que quizá donde estén guardadas las armas. Y seguro que las hay.

Tanto Emma como Scalia asintieron.

—¿Y esta pseudocomisaría de policía? —preguntó la chica—. No parece muy grande, más bien simbólica, pero puede que lo mejor sea neutralizarla.

—Estoy de acuerdo —asintió Hunter, y miró a Scalia—. ¿Hay suficientes hombres para organizar equipos y que cada uno vaya a estos tres lugares?

—Hay hombres de sobra, pero no olvidemos que no son militares —replicó Scalia—. Una cosa es hacernos con un barco y otra dar un golpe de estado en la isla.

—Soy consciente.

—Si no logran coordinarse o se descuidan, puede que los maten.

—Es una posibilidad —contestó Hunter, mirando al sargento a los ojos y sin llegar a creerse el enorme cambio que se había operado en él—. Pero, sinceramente, no creo que ocurra. Piensa que siguen necesitando manos que trabajen, no tendría mucho sentido matarlos.

Scalia permaneció pensativo, valorando sus palabras. No parecía hacerle mucha gracia enviar a todos aquellos hombres para que al final terminaran donde habían comenzado, bajo yugo ajeno. Pero tampoco veía otra solución. Ya habían llegado demasiado lejos, a partir de ese momento se jugaban todo a una sola carta: que Hunter consiguiera detener al jefe de estado Norris.

Iban a tener que arriesgarse todos, sin excepción.

—Lo más importante es el hangar con las armas. Quiero que vayas tú con el grupo que decidas. Por suerte, al llegar tan tarde habrá menos vigilancia en general.

La voz de Hunter sonó decidida y Scalia asintió sin replicar. A Emma no le gustó la idea de que Scalia se marchara por otro lado, pero no puso en duda a su amigo.

—¿Qué hacemos con el personal militar de verdad? —preguntó.

Un par de horas antes de llegar, los habían encerrado con diligencia repartidos entre la sala de máquinas, el calabozo y varios camarotes de la cubierta inferior. Tardarían en encontrarlos pero, si no lo hacían, los que ocupaban los camarotes podrían echar abajo las puertas y sacar al resto. O al menos eso esperaban, tendrían que correr el riesgo.

—Nada, se quedan donde están. Antes o después encontrarán la manera de salir.

—De acuerdo —asintió Emma—. ¿Todos nuestros hombres van armados? —preguntó a Scalia.

—Todos sin excepción. No queda nada en este barco, nada que puedan usar en nuestra contra.

—Perfecto. Pues una vez más, este es el plan: bajamos; nuestros hombres llevan ropa militar, así que me juego el cuello a que no notaran nada; nos mantenemos tranquilos mientras las mujeres suben al transporte que hayan preparado para ellas; después, nos ocupamos de la vigilancia. —Miró a Scalia, que afirmó—. Los meteremos dentro con los otros. Para cuando alguien los encuentre habrán pasado horas. Y después forma los grupos y dales su misión correspondiente, mientras nosotros vamos al edificio Madre.

Otra vez Scalia pareció un poco incómodo, pero no pronunció palabra.

—Nos mantendremos comunicados por radio —terminó Hunter—. Aún no sé cuánta resistencia vamos a encontrar por el camino, así que en cuánto te hagas con el hangar comunícate conmigo y nos reuniremos para el siguiente paso, ¿entendido?

—Así lo haré —dijo Scalia—. Voy a asegurarme de que todos tienen claro lo que deben hacer, no tardaremos en atracar y no quiero despistes.

—Muy bien. —Hunter volvió a estudiar los planos, tratando de encontrar posibles agujeros en su plan. Ya hacía aguas por muchas partes, trabajaban a la desesperada, pero tampoco había margen para nada muy elaborado. Habían terminado en un barco en circunstancias complicadas y tenían que intentar

algo, aunque el plan fuera una locura: desenmascarar los planes del jefe de estado y poder largarse de allí con Rachel y los demás para vivir a su manera, sin imposiciones de tinte fascista.

Emma se aseguró de que Hunter seguía concentrado y fue tras Scalia, que abandonaba la cabina central para reunirse con su improvisado equipo de hombres.

—Reth —llamó, haciendo que se detuviera—. ¿Va todo bien? Si hay algo que no te gusta en el plan o ves alguna grieta, dílo.

—No, no es eso —contestó él—. Creo que Hunter lo está haciendo lo mejor posible, teniendo en cuenta que lo hemos pensado sobre la marcha. Sus ideas son buenas, dentro de lo que hay.

—¿Pero?

Scalia se frotó los ojos y ella pudo notar el aspecto cansado de su rostro. Suponía que, como todos, apenas si habría conseguido dormir por los nervios.

—Aquí dentro tengo un montón de hombres que no tienen ni idea de nada, Emma. La gran mayoría no ha cogido una pistola en su vida, no digamos dispararla. No tienen técnica, no saben de estrategia. Y están a mi cargo.

—Lo sé.

—Vamos a enviarlos a una situación que ninguno controla y lo más seguro es que los maten, a pesar de lo que ha dicho Cooper. No me gusta la idea de ser responsable de sus vidas.

Ella lo entendía. Tenía razón, pero confiaba en Hunter. No tenían otro plan mejor y sabía que Scalia era consciente.

—No hay plan perfecto —repuso—. Haremos lo que podamos con los recursos que tenemos.

—Sí. Entendido.

—Reth. —Emma lo sujetó por el brazo antes de que se fuera—. En cuanto tengas las armas en tu poder, ponte en contacto y reúnete con nosotros, estemos donde estemos, ¿vale? No dejes que te atrapen. Hay que salir de aquí.

—No te preocupes. —Scalia le guiñó un ojo—. Ya me las apañaré para encontrarte. No sería la primera vez.

Emma lo vio alejarse, intranquila. Hubiera preferido que Scalia se quedara con ellos, estaba convencida de que iban a necesitarlo, pero entendía que alguien debía liderar al resto de hombres. Y Scalia era el único militar para hacerlo, así que debía pensar en el bien general y no en el suyo propio.

Regresó junto a Hunter con paso vacilante y él alzó la vista al verla entrar.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Genial. Porque estamos a minutos de atracar. —Le alargó las armas mientras se aseguraba que las suyas estaban cargadas—. ¿Lista?

Emma las amartilló, guardándose una en la parte trasera del pantalón y otra en el bolsillo interior de la cazadora.

—Ya lo creo que sí —susurró.

Hunter se situó junto al capitán Card, presionando el arma contra su cintura para que no se relajara y sintiera tentaciones de pedir ayuda. Emma hizo lo mismo con el teniente Soerensen, hundiendo la culata del revolver hasta que el hombre protestó en voz baja. Ella lo miró impasible, sin olvidar sus muecas condescendientes al darle largas en la reunión que habían mantenido días atrás.

Los minutos que tardó el barco en atracar se hicieron interminables, pero al fin pudieron descender por la rampa. Hunter hizo un barrido a su alrededor, descubriendo que el puerto no dejaba de ser un muelle improvisado. Se notaba que habían adecuado la isla a toda prisa, solo había una rampa de madera bastante rústica y unas vallas en similares condiciones. En el lado izquierdo reposaba un bote viejo y deteriorado pero, aparte de eso, no había mucho más.

Fuera había cuatro militares. Dos se aproximaron para encontrarse con el capitán y los otros permanecieron en su sitio, junto al minibús.

Los dos soldados llegaron hasta el grupo y saludaron al instante.

—Capitán —dijeron al unísono.

—Hola, cabos —respondió Card, con tono de voz sosegado.

—¿Han tenido buen viaje, señor?

—Estupendo. —Card se giró hacia Soerensen, quien se apresuró a asentir—. Cabo, le presento al teniente coronel Cooper y a la agente Jefferson. Vendrán con nosotros al edificio base, poseen información de gran utilidad para el jefe Norris.

Aquello era irregular, pero el tono del capitán era correcto y los cabos estaban adoctrinados para no replicar ni dudar de las órdenes de los superiores, de forma que ambos afirmaron.

—Sí, señor —dijo uno—. Primero ayudaremos en el traslado de la mercancía, señor. Después subirán al Hummer y los llevaré a la base.

Emma sintió una ira creciente subir por su garganta al escuchar la palabra

«mercancía», pero logró morderse la lengua. En su lugar, hizo más presión sobre Soerensen, que la observó de reojo apretando los labios.

Apareció Scalia y tras él, el grupo de hombres con ropa militar. Los soldados se habían aproximado al minibús para abrir las puertas. No prestaron especial atención, de modo que Hunter dedujo que las caras de los militares cambiaban a menudo. Eso lo relajó por el momento y le concedió unos segundos para elucubrar: un soldado se llevaría el minibús con las mujeres, el cabo se pondría al volante del Hummer que los trasladaría al centro de mando. Allí solo quedarían esos tres como vigilancia y no representarían la menor amenaza para Scalia. Después, todo dependería de sus habilidades para ocultarse. Emma y él, por el contrario, lo tendrían más complicado: pasar desapercibidos hasta llegar al edificio Madre y acceder a él no sería tan sencillo.

Se mantuvo impassible mientras Scalia y sus hombres bajaban a las treinta mujeres para conducir las al transporte. Emma se dio cuenta de que Alexa la observaba con expresión de curiosidad desde su puesto en la fila y temió que hablara. Al fin y al cabo, ellas habían seguido su viaje con total normalidad, solo habían sido informadas de que el doctor Hennar se encontraba indispuesto y permanecía acostado, razón por la que sus visitas se suspendían hasta que se recuperase. De igual forma, Emma había hecho acto de presencia en las comidas para no levantar sospechas, reuniéndose con los demás en horarios nocturnos.

Si bien Alexa parecía sorprendida, tuvo el buen tino de no abrir la boca y Emma se lo agradeció de todo corazón.

El cabo aguardó a que todas las mujeres estuvieran instaladas en el vehículo y subió para ocuparse de conducir. Cuando el minibús se alejó, Hunter cruzó una mirada con la policía: la primera parte del plan había concluido con éxito. Ahora quedaba la más difícil.

—Bien —dijo el cabo—. Ahora los llevaré al edificio base, capitán Card, y allí recibiremos nuevas órdenes.

—Muy bien —dijo este.

—Soldados —ordenó el cabo a los otros dos—, ya sabéis lo que hay que hacer. Uníos al resto del grupo para sacar y transportar la mano de obra del barco. Cuando estén en su edificio, regresad aquí para nuevas órdenes.

Ambos soldados asintieron, encaminándose hacia donde Scalia aguardaba con el resto de hombres. El cabo hizo un gesto para que entraran al Hummer, pero entonces se percató de que había dos armas apuntándolo.

—¿Qué sucede? —preguntó, mirando a Card—. ¿Capitán?

—Levanta las manos, estúpido, a menos que quieras morir —gruñó este.

El cabo miró hacia los dos soldados, sopesando si pedir ayuda. Sin embargo, ellos ya tenían las manos en alto: se habían llevado la sorpresa de su vida al descubrir que el resto de soldados también apuntaban hacia ellos.

—Muy bien —dijo Hunter—. Vamos, caminad.

Se colocó tras ellos, haciendo que se reunieran con los dos vigilantes.

—Hacia el barco —ordenó Emma, sin quitarles ojo.

—No podéis meteros ahí —protestó Soerensen, con voz trémula—. En cuanto los soldados vean que Card no llega al edificio base mandarán a un equipo aquí y si ven algo raro dispararán antes de preguntar.

Hunter hizo una mueca.

—No es mi problema —repuso.

—Yo me encargo —dijo Scalia, haciendo un gesto para que se fueran cuanto antes.

Hunter señaló la radio para recordarle que se pusiera en contacto lo antes posible y después asintió tirando del brazo de Emma.

Esta lanzó una última mirada hacia Scalia. No le gustaba dejarlo allí en una situación que, aunque no era probable, podía convertirse en un baño de sangre. El remordimiento se abrió camino a golpes: le recordó de manera cruel que ya lo había abandonado a su suerte en una ocasión y que ahora estaba haciendo exactamente lo mismo por segunda vez.

Pero ya no había marcha atrás, habían ido demasiado lejos. Solo podía confiar en que Scalia se mantuviera con vida, que se reuniera con ellos más tarde.

Empujó a Soerensen al interior del Hummer, sentándose a su lado. Y tal y como había hecho en el pasado, no miró atrás cuando este se puso en funcionamiento.

Capítulo 3. Una nube de oscuridad

Conexión por radio hecha a las 23:25 horas

23:25 *Jefe Norris, responda. Aquí el sargento Pembroke. Repito, jefe Norris, responda.*

23:26 *Aquí estoy, sargento. ¿Qué sucede?*

23:26 *Acaban de avistar personas no autorizadas en el edificio rojo.*

23:26 *Pues comunica con el edificio base cuanto antes.*

23:27 *Iba a enviar a mis hombres para ver qué pasa.*

23:27 *¿El capitán Card tampoco contesta?*

23:27 *No, señor. Desde que registró su llegada hace hora y media en el puerto no ha vuelto a comunicar para nada, pero eso tampoco es raro. Por lo general se va a dormir cuando llega de un crucero.*

23:27 *Manda un equipo hasta el puerto, por si acaso hay algo raro.*

23:27 *Sí, señor.*

23:28 *Esto no me da buena espina. Primero llega el virólogo y se esfuma, y ahora tenemos gente husmeando por la zona... ¿hay vigilancia en el edificio rojo?*

23:28 *Sí, señor.*

23:28 *Pero, ¿te has comunicado con ellos?*

23:28 *No, señor.*

23:29 *¿Y a qué esperas, imbécil? Si alguien accede al edificio rojo tendremos un grave problema. Comunica cuanto antes con la vigilancia para avisar, yo iré organizando otro equipo.*

23:29 *Sí, señor.*

23:29 *Diles que no quiero prisioneros. Las órdenes son abatir a*

cualquier intruso, ¿comprendido? Nadie, repito, nadie puede acceder al edificio rojo.

23:40 Sí, señor.

Conexión por radio finalizada a las 23:40

Rachel dejó la segunda taza de chocolate vacía sobre la mesa y cambió de canal por enésima vez. Si la variedad de programas ya era limitada de por sí, a esas horas aún lo era más. Dejó el canal de noticias internacionales, pero solo repetían las mismas que ya había visto una hora antes. Entre ellas, hablaban de la larga gira que seguían realizando el presidente y J.J., cuya imagen lograba sacarle media sonrisa. Era increíble verlo saludando a diestro y siniestro como si el mundo no hubiera estado a punto de acabar. Era un cabeza de chorlito, pero lo echaba de menos. Muchas veces pensaba en todos los que habían dejado en Atlanta. Estaban bien, de eso estaba segura, pero se preguntaba si alguna vez volvería a verlos.

De pronto, le pareció escuchar unos golpes. Quitó el sonido a la televisión y se quedó quieta, hasta que los oyó de nuevo. Se incorporó y corrió hacia la puerta de entrada, de donde procedían. Miró por la mirilla, pero el pasillo estaba oscuro y apenas distinguió una figura. Aun así, abrió, ¿quién más podría ser a esas horas aparte de Nathan?

Pero se equivocaba. Al otro lado estaba Hunter. Y, por si su imagen no la había dejado lo suficientemente asombrada, a su lado estaba Emma.

Despierta, de pie y mirándola.

—Oh, Dios mío —acertó a decir.

Sintió que se mareaba y se sujetó a la puerta. Apenas fue consciente de que Hunter dejaba la caja que llevaba al hombro para cogerla en brazos, mientras Emma le decía algo sobre llevarla a un sofá.

Apoyó la cara contra el pecho de Hunter mientras sentía que la llevaba hasta el sofá y se sentaba con ella en su regazo. Agarró la tela de su uniforme como si quisiera comprobar que era real, no un sueño.

—Rachel, ¿estás bien?

Su voz la hizo reaccionar y levantó la vista para encontrarse con sus ojos azules mirándola con gesto de preocupación.

—¿De verdad estás aquí? —preguntó, casi sin voz.

—Sí, estoy aquí. —La besó en la frente—. Dios, cómo te he echado de menos...

—¿Estás bien? Te veo más delgado. —Le tocó el rostro, donde aún había huellas de las heridas infringidas en su cautiverio—. ¿Y estos golpes?

—Es una historia un poco larga, pero estoy perfectamente. ¿Y tú? Creo que es la primera vez que te veo desmayarte. ¿Es por algo que te han hecho?

—¿Hacerme?

—Este edificio... Hemos visto para qué tipo de mujeres es, en el barco nos quedó claro que solo os quieren para repoblar esto, así que...

Rachel se quedó unos segundos confusa, preguntándose qué demonios les habría pasado en aquel barco y qué sucedía en aquella isla, aparte de lo que había averiguado por su parte. Pero Hunter seguía mirándola esperando una respuesta, por lo que tuvo que dejar sus preguntas para más tarde.

—No es que estas sean las mejores circunstancias, pero yo... tengo algo que contarte.

—¿Te han emparejado?

—¿Qué?

—En el barco había tipos haciendo las tareas de sementales, si te han hecho algo, te juro que los mataré y...

Rachel le cogió la cara con las manos para que se callara y la mirara.

—No es eso —dijo—. No ha sido necesario, porque ya estaba embarazada cuando llegué aquí.

Alargó la mano hacia la chaqueta que tenía en un extremo del sofá y sacó la ecografía que siempre llevaba encima. Se la entregó a Hunter, que la miró como quien observa una mancha de Rorschach: sin ver nada en realidad, pero imaginando qué podría haber.

—Es un niño —aclaró.

No sabía si la noticia lo alegraba o no, porque él seguía mirando la ecografía fijamente. Pero de pronto la besó con tal intensidad que, cuando se separó, estaba de nuevo mareada y su sonrisa le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Tienes razón, no son las mejores circunstancias —dijo él—. Pero no importa, saldremos de aquí y empezaremos de nuevo, juntos, fuera de esta isla.

La besó de nuevo, hasta que oyeron un carraspeo y ambos miraron hacia el sonido.

—Así que un minihunter —comentó Emma, apoyada en el marco de la puerta—. Como si no tuviéramos suficiente con uno.

—¡Emma! —exclamó Rachel, incorporándose para correr a abrazarla—.

Oh, Dios mío, perdona, con todo esto ni te he dicho nada.

—Ya, ya, donde esté tu militar macizorro que se quite una amiga.

—¿Cómo te encuentras? —Se separó para mirarla de arriba abajo y palpar su cabeza—. ¿Cuándo despertaste del coma? ¿Tienes alguna secuela? Madre mía, Emma, tengo tanto que contarte...

—Nosotros también.

—Pero es que anoche llegó Nathan, y tu hermana... Emma, tu hermana está aquí. Bueno, estaba, porque no sé dónde se la han llevado. Con sus amigos. —Miró a Hunter—. Unos soldados, Connor y David.

Ellos se miraron, ambos sin entender muy bien qué estaba diciendo, porque Rachel había hablado muy rápido y casi sin respirar.

—¿Has dicho mi hermana? —preguntó Emma, sacudiendo la cabeza—. ¿Estás segura?

—Segurísima. June, una chica encantadora.

—Tengo que sentarme.

Era su turno de sentirse mareada. ¿Su hermana, viva y en aquella isla? Era tan increíble que no podía ser verdad, pero Rachel nunca le mentiría sobre algo así. ¿Y Nathan? También había dicho que había llegado. Se frotó la frente, notando un dolor de cabeza incipiente ante todas las preguntas que llenaban su cabeza.

Rachel la llevó hasta un sillón y le dio un vaso de agua. Se sentó junto a Hunter y le cogió una mano.

—Contadme lo vuestro y luego sigo yo —sugirió.

Como Emma estaba recuperándose de la noticia, fue Hunter quien comenzó el relato de su viaje en barco hasta allí. Intentó minimizar su experiencia pero, por la cara de Rachel, supo que no había logrado su objetivo. Emma intervino de vez en cuando para contar su parte y cuando terminaron, Rachel contó sus experiencias en aquellas semanas hasta llegar a la parte de ese mismo día, en la que se encontraban Nathan y los demás. Cuando mencionó el edificio rojo, Emma se levantó.

—Pues entonces vamos allí —dijo con resolución—. Meteremos todos los papeles que hemos cogido en una mochila para poder llevarlos mejor.

—No sé si es buena idea que Rachel venga... —empezó Hunter.

—Ah, no, aquí no me dejáis —replicó ella—. No fui con Nathan porque si fallaban, aquí estaría a salvo para esperarlos. Pero ya habéis venido, así que esa excusa no vale.

Hunter suspiró, pero sabía que era imposible llevarle la contraria, ya tenía

experiencia en eso. Tampoco tenía demasiado sentido dejarla allí, ya que su intención era salir de la isla, aunque todavía no sabía cómo. Contaba con poder apretar las tuercas a Norris lo suficiente como para que les proporcionara una vía de escape.

—¿Noticias de Scalia? —preguntó.

Emma negó con la cabeza. Hunter murmuró una maldición, pues tenía claro que eso no eran buenas noticias en absoluto. A esas horas, Scalia ya debería haber llamado para ponerlo al día sobre la situación. Pero no había mucho que pudiera hacer al respecto, así que ayudó a Emma a guardar los papeles mientras Rachel se ponía ropa negra y poco después salían en busca de Nathan.

Conexión hecha por radio a las 23:55 a.m.

23:55 Jefe de estado, aquí el sargento Pembroke de nuevo, ¿me escucha?

23:55 ¡Ya era hora, sargento!

23:55 Disculpe, señor, me comunico con usted de milagro.

23:56 ¿Qué diantres ha sucedido, sargento? ¡Debía haberme llamado ya hace un rato!

23:56 Señor, fuimos al barco como ordenó, señor. Y no imagina lo que encontramos dentro: todo el personal militar que viajaba había sido encerrado, señor.

23:56 ¿Encerrado?

23:56 Sí, señor. El capitán Card nos lo ha explicado todo. ¿Recuerda usted a un militar llamado Cooper?

23:57 Cooper... ¡maldita sea! ¿Qué me está diciendo exactamente, sargento?

23:57 Pues que durante el viaje hubo una especie de motín entre la mano de obra y al parecer ese teniente Cooper se hizo con el control del barco. Y también mencionaron a una mujer que estaba supuestamente en coma.

23:57 Pero, ¿cómo ha podido pasar?

23:58 Ni yo me lo explico, pero lograron salir y engañar a la vigilancia del puerto. Les quitaron la ropa y las armas, y cortaron sus comunicaciones llevándose los radios. Por eso no he podido comunicarme hasta ahora, señor, ha sido un caos total.

23:58 Y, claro, no tenemos la menor idea de dónde están.

23:58 No, señor. Además, uno de los soldados se puso nervioso cuando quisieron meterlo en el barco y empezó a disparar. Ha estropeado el depósito del barco y recibió un tiro en un hombro.

23:58 Mierda, ¡mierda! ¿Los documentos?

23:59 No había nada en el despacho, excepto el cuerpo sin vida del doctor Hennar.

Silencio.

23:59 ¿Señor? Esperando órdenes.

23:59 Acabo de enviar a mi equipo al edificio rojo para detener a los intrusos que han sido vistos hace quince minutos. Organiza otro y sal a buscar a Cooper.

23:59 ¿Señor?

23:59 Vete derecho al edificio Madre, es donde está su mujer. Habrá ido o irá a buscarla, seguro, de modo que adelante. Tráemelo.

23:59 Sí, señor.

Conexión por radio finalizada a las 00:00

—Ahí están. Como imaginábamos, hay soldados —comentó Nathan, en voz baja.

Todos llevaban siseando desde que se habían acercado a la zona a investigar. Como tenían planeado, Alexis los había conducido hasta el edificio marcado donde sospechaban que pudieran estar June y otras personas susceptibles de poseer la infección. Había dos soldados vigilando las puertas, como la comandante suponía.

—Puedo ocuparme de ellos —comentó ella—. Son solo dos y desde aquí podéis cubrirme. Además me conocen, no creo que sospechen nada raro cuando me vean acercarme.

—No. Es peligroso que te expongas tu sola —replicó Nathan al instante.

—Yo puedo ir con ella —se ofreció Adrian.

—De eso nada —Alexis los cortó a ambos—. Si me ven con alguien que no conocen y que no está en ningún equipo de la isla sí que sospecharán. Puedo con ellos, aquí nadie espera realmente que se rompan las reglas, ¿sabéis? Deja que me ocupe, puedo hacerlo.

Su tono era insistente, de forma que Nathan terminó por asentir. Adrian también lo hizo, pasados unos segundos. Al fin y al cabo, Alexis era

comandante, estaba preparada y tenía el factor sorpresa de su lado.

La chica se despidió con un gesto, encaminándose hacia el edificio.

—¿Crees realmente que ahí dentro tienen gente infectada? —preguntó Cassie, como si no pudiera concebir semejante idea.

—Algo raro hay —contestó Nathan, sin apartar la mirada de la figura de Alexis.

—Si conseguimos entrar... —intervino Adrian—. Quiero decir, si entramos y confirmamos que han traído hasta aquí el virus, ¿qué haremos? Solo somos cinco, no podemos pelear contra todo el ejército de Anticosti.

Faraday quedó pensativo al escuchar sus palabras.

—Lo contaremos —dijo Cassie—. Recuerda que para eso empecé a colaborar contigo, Adrian, para decir la verdad al mundo. Todos sabrán que Anticosti es una farsa, que eso de un lugar libre de infección era una mentira.

—Y tanto —repuso Nathan—. Y sin contar que la ley marcial no se quedó en terreno americano. Tanto soldado y tanta vigilancia, recordad lo que nos contó Rachel. Creo que en esta «nueva y maravillosa vida» los civiles no tenemos ni voz ni voto.

—Y ese estilo es el que pretenden instaurar —comentó Faraday.

Adrian cogió los prismáticos, observando cómo Alexis hablaba con uno de los soldados. Buscó al otro con la mirada, comprobando que estaba recorriendo el perímetro del edificio. El silencio nocturno lo ponía nervioso y, si en realidad ese lugar era peligroso, ¿por qué tan solo lo custodiaban dos soldados?

Quizás no esperaran que nadie se atreviera a husmear, tenía sentido si mantenían a la población quieta y encerrada en sus falsos hogares seguros.

Volvió a mirar hacia Alexis. La chica se acercó al soldado como para decirle algo al oído y, de pronto, este comenzó a sufrir convulsiones. Ella lo apoyó contra la pared y dejó que resbalara despacio hasta el suelo, guardándose algo en el bolsillo, probablemente una *taser*.

—Es buena —murmuró, haciendo que el resto se acercaran a mirar también.

Alexis llamó al otro soldado con tono de angustia en cuanto lo vislumbró torcer la esquina. El soldado se apresuró hasta donde estaban ambos, agachándose junto al hombre caído. Mientras le buscaba el pulso en el cuello, la comandante le propinó un golpe seco y contundente en la parte trasera de la cabeza. El soldado se desplomó sobre su compañero sin emitir el más mínimo ruido.

—Vía libre —informó Adrian, apartando los prismáticos. Los ha dejado fuera de juego.

Cogió su mochila, cargándola a su espalda. Cassie lo imitó, no sin lanzarle antes una mirada furtiva que él no supo interpretar.

Faraday se acercó a Nathan con paso vacilante.

—Chico de ojos extraños —comentó—. ¿Estás convencido de querer entrar ahí?

Nathan lo miró a los ojos y se encogió de hombros.

—No lo sé, pero, ¿qué otra cosa podemos hacer? Tú y yo sabemos que no es buena idea que experimenten con el virus.

—Faraday es consciente de eso. Pero...

—Faraday, en serio. Te vuelvo a repetir que no tienes por qué seguirme. —El pelirrojo le dio una palmadita amable en el hombro—. No tengo razón en todo, no soy nadie importante.

El hombretón estudió su rostro, negando con la cabeza. Le cogió el arma con suavidad, comprobando que estaba cargada y lista, para después devolvérsela con una sonrisa.

—Vamos —carraspeó, dándose la vuelta.

Se apresuraron en la noche para reunirse con Alexis, que ya había transportado a uno de los soldados a una esquina para que no llamara tanto la atención. Adrian la ayudó con el segundo, que acomodaron junto a su compañero.

—Buen trabajo —la felicitó el cabo, sacudiéndose las manos.

—Gracias. —Ella se sopló el flequillo, sonriendo mientras se giraba hacia el resto—. Bueno, si todos estamos de acuerdo vamos allá. Yo iré en primer lugar, tened las armas a mano y preparadas por si realmente hubiera peligro aquí dentro, ¿entendido?

Durante unos segundos nadie respondió. Nathan sintió como el desasosiego se apoderaba de él, y es que notaba algo que caía sobre él, un sentimiento difícil de definir. Había demasiada calma y ya se sabía lo que se comentaba al respecto... Después llegaba la tempestad.

Miró la pistola que sujetaba entre sus manos, recordando la última vez que había tenido una. No deseaba derramar sangre de nuevo, no estaba seguro de querer cruzar esa puerta que tenía frente a él. No sin saber qué iba a ver dentro.

¿Y si allí solo encontraba muerte? ¿No sería mejor volver atrás y ocultarse un par de días? Estaba seguro de que podían si se esforzaban, las tareas de

construcción de la isla ofrecían unas opciones más que aceptables a la hora de esconderse. Tal vez podría esperar un poco, por si llegaba el barco con Hunter. Y Emma.

Las dudas se apoderaron de él mientras Faraday lo observaba con fijeza, pero ya era tarde. Adrian y Cassie estaban junto a la puerta del edificio y Alexis acababa de meter en la cerradura las llaves hurtadas a la vigilancia.

La brisa transportó hacia ellos un leve rumor que no logró identificar. Faraday se dio la vuelta e hizo un barrido raudo y veloz, lo que demostraba que también había escuchado algo. Se dio cuenta de que Nathan lo miraba de manera interrogante, pero permaneció erguido y a la escucha.

—Nathan —siseó Adrian, tratando de llamar su atención—. ¿Venís o qué?

Él afirmó, avanzando un par de pasos. Iba a seguir cuando Faraday lo detuvo agarrándole del brazo, con esa misma mirada fija en la lejanía.

—No es nada, Faraday. Solo el viento.

Segundos después, ese mismo viento trajo algo más. Escuchó una voz que gritaba su nombre, lejana pero clara, una voz que conocía bien pese a que llevaba tiempo sin escucharla.

Faraday se giró al mismo tiempo que Nathan, y ambos se miraron.

—¿Has oído eso? —preguntó el segundo—. Por favor, dime que lo has oído.

—Lo he oído. Parecía la voz de...

—Emma —terminó él.

Durante unos instantes, temió que la figura que veía a lo lejos fuera fruto de su imaginación. Algunos hombres veían agua en el desierto, a veces el cerebro jugaba malas pasadas. Pero cuando notó que Faraday estaba tan estupefacto como él se dio cuenta de que no, de que aquello era real, estaba pasando. Estaba lejos, pero era Emma.

Fue incapaz de moverse ni articular palabra, sorprendido como estaba. Olvidó el edificio, los infectados, el virus, la cura, la disciplina militar impuesta y su altruista contribución a un mundo mejor por medio del trabajo. En aquel momento, lo único que importaba era ella.

Y debido a eso, ni siquiera escuchó como Alexis abría la puerta del bloque. Ni tampoco el débil silbido que cada vez sonaba más cercano.

Adrian, al contrario, sí lo oyó. Durante un interminable segundo no reaccionó, pero siendo el militar que era, casi al momento supo qué estaba escuchando.

Agarró con fuerza la mano de Cassie, mirándola a los ojos, y sintió como

la joven apretaba sus dedos con fuerza, comprendiendo. La atrajo hacia sí para abrazarla, dando la espalda a lo que venía hacia ellos, aunque sabía que era un gesto inútil y no podría salvarla. Tanto tiempo perdido...

Faraday se lanzó sobre Nathan, protegiendo con su enorme cuerpo el de su idolatrado virólogo, que cayó al suelo sin comprender a qué venía aquello, solo pensando en que había escuchado la voz de Emma. Su Emma, viva, despierta del coma en el que la había dejado. Tenía que verla, pero con Faraday encima era imposible moverse. ¿Por qué no le dejaba levantarse? Solo quería...

Segundos después, una bola de fuego explotó sobre ellos.

A pesar de que no estaban cerca, la fuerza de la explosión lanzó a Hunter contra el suelo. Quedó aturdido unos segundos, con un intenso pitido en los oídos. Luego se incorporó a medias, apoyándose en las palmas y atisbando a su alrededor.

Rachel corrió hacia él, emergiendo de la oscuridad en la que se había ocultado minutos antes de la explosión.

—Hunter... —Se agachó junto a él.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Sí. Sí, al quedarme atrás estaba cubierta. —La joven miró alrededor, buscando a Emma con la mirada, y la localizó un poco más lejos.

También había caído, pero ya se estaba incorporando y Rachel vio con horror que se disponía a ir hacia la zona de la explosión.

—No, tú ponte a salvo —ordenó Hunter, levantándose sin perder más tiempo—. Vamos a tener que salir corriendo, así que coge la mochila y la información, que yo traeré a Emma.

Ella afirmó, retrocediendo hacia el bloque sin terminar donde se habían parapetado al llegar. La alegría que había sentido al localizar al grupo se había evaporado en cuestión de segundos. Ni siquiera habían tenido tiempo de pensar en una manera de atraer su atención. Hunter se había percatado de que había movimiento militar a unos cuantos metros y, aunque Emma había tratado de avisar, el tiempo se había agotado bruscamente.

Forzó la vista, tratando de ver en la oscuridad. La claridad de la explosión la había cegado momentáneamente, pero ahora solo veía humo y escuchaba gritos, los de los militares que ya se acercaban corriendo. Vociferando órdenes y disparando, lo que mejor sabían hacer.

Rachel estalló en lágrimas mientras intentaba obedecer las órdenes de

Hunter. Buscó la mochila a manotazos y se apoyó contra la pared, temblando. No podía creer lo que acababa de suceder. No se podía creer que los militares acabaran de borrar de un plumazo a Nathan y Faraday. Incluso Alexis, el cabo, la periodista. No merecían ser reducidos a cenizas de aquella manera. Se frotó los ojos, echando un vistazo para comprobar qué estaba sucediendo.

Hunter corría tras Emma, pero redujo el ritmo al ver que ella también se detenía. Se paró a su lado, jadeando.

—Emma, tenemos que irnos ahora mismo —urgió.

—Hunter...

—Lo sé —la cortó él, cogiendo aire y tratando de calmarse con todas sus fuerzas para no desmoronarse en ese preciso instante—. Pero sabes lo que acaba de pasar. Sabes que no hay supervivientes.

No había tiempo para convencerla ni razonar con ella. Tampoco para compartir el dolor y las lágrimas, estaban en peligro. Miró hacia la zona, donde los militares paseaban entre el humo con las armas alzadas.

«Como si pudiera haber algún superviviente», se dijo él con amargura.

El resplandor de las llamas iluminaba la zona de forma lúgubre. Entornó los ojos, distinguiendo restos de cuerpos aquí y allá, y entre ellos, la enorme figura de Faraday sobre alguien. Durante un segundo renació la esperanza en su interior, estaba seguro de que sería Nathan, pero entonces uno de los soldados lo iluminó con una linterna. Efectivamente, su amigo estaba bajo él, pero cuando el soldado apartó a Faraday, Nathan permaneció inmóvil. Por la sangre y el ángulo de su cabeza, dedujo que no había sido la explosión lo que lo había matado, sino algún ladrillo o piedra que había saltado con la detonación. Sus débiles esperanzas se desvanecieron del todo.

La puerta del edificio permanecía entreabierta, con la llave que había usado Alexis colgando. Y en ese mismo instante, Hunter observó que se abría del todo hacia fuera, con un empujón que la hizo chocar con violencia contra la pared, mientras una figura humana salía.

Su mente retrocedió meses atrás a Little Falls. En plena carretera, de noche, frente a la pequeña comisaría de policía. Emma y sus agentes parados frente a ellos, con Tuesday Latch.

Recordó de manera nítida cómo la joven había echado la cabeza hacia atrás, cómo los ojos y la mirada habían cambiado al recuperar su posición. Cómo se había lanzado hacia los soldados que tenía a ambos lados para arrancarles el cuello de un mordisco.

Miró a Emma, que tenía los ojos fijos en la escena y las pupilas dilatadas

al entender lo que estaba viendo.

La figura tambaleante salió del edificio y se abalanzó sobre el primer soldado que encontró, clavando los dientes en su cara. Escucharon sus gritos de dolor mientras caía al suelo tratando de librarse de su atacante y los otros soldados comenzaban a correr aquí y allá en un esfuerzo por averiguar qué sucedía.

Otra figura apareció en la puerta, y otra. Y otra.

Hunter agarró a Emma del brazo con tanta fuerza que hubiera podido arrancárselo y la forzó a echar a correr tras él. La chica obedeció tras un par de segundos, aún con el horror pintado en su rostro por la manera en que las cosas se habían torcido de repente.

Una nube de oscuridad acababa de abatirse sobre Anticosti... No solo habían perdido a Nathan, sino que el virus había sido liberado por segunda vez.

Capítulo 4. Vivir o morir

Emma se soltó del brazo de Hunter cuando llegaron al lugar donde esperaba Rachel.

—Tenemos que volver ahí —dijo, con tono firme y señalando al edificio rojo.

—De eso nada.

—No puedes arrastrarme todo el rato, señor militar mandalotodo. Podemos acercarnos si tenemos cuidado y ver si están heridos. Quizá...

—Emma, no queda nadie.

—¡Eso no lo puedes saber seguro!

—¡Han utilizado un puto bazuca y les han dado de pleno! ¡No ha sobrevivido nadie, es imposible!

Al escuchar el tono alto de Hunter, Rachel se frotó la cara para eliminar las lágrimas y se levantó del suelo para acercarse a su amiga. Si perdían los nervios nunca se moverían de allí y lo que necesitaban era tranquilizarse para poder escapar del peligro inminente. No podían detenerse a llorar, por mucho que doliera. No era el momento.

Cogió a Emma por los hombros, suave pero firmemente, y se puso delante.

—Emma, mírame —pidió con tono firme.

—No. —Ella negó con la cabeza, esquivando sus ojos—. No pienso irme.

—Emma.

Repitió su nombre un par de veces más hasta que la chica suspiró con resignación, antes de girar la cabeza y mirarla.

—Tenemos que irnos, aquí no hay nada que podamos hacer —explicó Rachel—. Buscaremos a June.

Escuchar el nombre de su hermana la hizo reaccionar. June. Era algo irreal, como una luz en medio de una pesadilla. Tanto tiempo después, tenía una oportunidad de encontrarla. Pero Nathan... Lanzó una última mirada a las llamas, donde ya se podían ver un buen número de figuras moviéndose y corriendo sin control.

No podía negarlo, por mucho que quisiera, ni cambiar la realidad.

Nathan ya no estaba.

Una lágrima solitaria pero llena de dolor corrió por su mejilla. Rachel esperó un par de segundos por si decía algo más. Soltó sus brazos y, al comprobar que no se movía, miró a Hunter afirmando con la cabeza. Él le devolvió el gesto y se adelantó un poco para comprobar si el camino era seguro. No vio a nadie al otro lado del camino, así que les hizo un gesto con la mano para que se acercaran a él.

—Vámonos —les indicó.

—¿A dónde? —preguntó Rachel.

—A tu apartamento, es lo único que conocemos bien y está alejado de todo esto, al menos por ahora. Allí pensaremos en nuestro siguiente paso.

De pronto, el sonido estridente de una sirena les sobresaltó. Varias luces se encendieron en las calles y un par de Hummers del ejército pasaron a toda velocidad por la carretera en dirección al edificio rojo.

—Ya pueden enviar más que eso —murmuró Hunter, moviendo la cabeza.

Lo bueno era que con la distracción de los infectados podrían escapar con más facilidad.

Lo malo era que quizá no fueran capaces de detenerlos, lo cual, visto lo visto en Little Falls, era más que probable. Teniendo en cuenta la hora que era, solo estaría despierto el personal militar mínimo. La alarma había sonado rápido, pero los tres sabían por experiencia la velocidad a la que los infectados podían propagarse.

Para cuando enviaran a más militares, sería demasiado tarde, incluso aunque se movilizaran a todos los que había en aquella isla. Y mucho se temía Hunter que no existiera un plan de evacuación, no había visto nada que lo sugiriera.

En todo caso, lo primero era huir y serenarse, así que comprobó que podían seguir e hizo gestos a las chicas.

Avanzaron ocultándose entre los edificios, esquivando las luces y los soldados que encontraban en su camino, pero que, tal y como Hunter esperaba, estaban más preocupados por lo que había ocasionado la alarma

que por la gente que pudiera estar saltándose el toque de queda.

Emma se movía por inercia, sin ver realmente por dónde iban o lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Todo había ocurrido tan deprisa que su mente no conseguía asimilarlo. O, simplemente, se negaba a aceptarlo.

En un minuto estaba a punto de reencontrarse con Nathan y al siguiente él ya no estaba. Tantas semanas separados, tanto que habían vivido juntos y ni siquiera había podido despedirse de él.

No era justo. Su mente regresó a las semanas que había pasado sola, en medio del bosque, huyendo y escondiéndose. Nada de aquello había sido justo, tampoco. Perder a Joel de aquella forma, su mejor amigo y compañero, dejar atrás todo lo que conocía sin saber qué le esperaba... pero se había recuperado. Milagrosamente, el grupo de Rachel la había devuelto a la vida. Y no solo eso: después, en Atlanta, Nathan los había encontrado. Había salvado a Rachel, creado una cura... Aparte de que juntos habían hallado la forma de mirar al futuro con esperanza. Gracias a él había conseguido superar en cierto modo toda su pérdida.

Y todo ¿para qué? ¿Para volver a encontrarse sola? Su única esperanza recaía en volver a ver a June, pero tenía miedo de encontrarla para volver a perderla, como parecía que era su sino.

Encontrar amigos para que murieran a su alrededor.

Encontrar el amor para perderlo.

Encontrar a su única familia...

Ese pensamiento fue el que la hizo continuar. Ese, y pensar en quién había tenido la culpa de todo.

El maldito jefe de estado Norris. La isla, el barco... todo había sido una mentira, los había engañado a todos. Si no fuera por él, Nathan seguiría vivo. Así que no le quedaba otra opción que encontrarlo y acabar con él. No le devolvería al amor de su vida, pero al menos haría justicia.

No tardaron mucho en llegar al apartamento. Una vez en el interior, Hunter cerró todas las persianas, dejando solo una pequeña rendija en la de la habitación de Rachel para poder ver el exterior.

Emma, por su parte, se dejó caer en el sofá con gesto de concentración.

—¿Te traigo algo? —preguntó Rachel, sin saber cómo ayudarla—. ¿Agua?

—Estoy bien.

Rachel se sentó a su lado y le cogió una mano. Estaba fría al tacto y pudo sentir que todo su cuerpo estaba tenso. Sabía que cualquier cosa que le dijera

no iba ayudarla, nada haría disminuir el dolor que debía de estar sintiendo en aquel momento.

La mención de June la había hecho reaccionar, pero no quería volver a sacar el tema, porque temía lo que pudiera ocurrir cuando la encontraran. Si aquel edificio había estado repleto de infectados... a June tenían que haberla evacuado por algo. Quizá lo estuviera también, o había desarrollado alguna reacción a la supuesta vacuna. Era imposible saberlo.

—Estoy bien —repitió Emma, apartando su mano y frotando ambas con el pantalón para calentarlas—. Tenemos que movernos.

—Vamos a esperar un poco, a ver si Scalia da señales de vida —replicó Hunter, desde la habitación—. Después lo mejor sería marcharnos de esta isla.

—¿Cómo? —preguntó Rachel.

—Iremos al puerto. Habrá alguna embarcación, espero. No hay muchas opciones.

—No voy a ir—replicó Emma.

—No podemos quedarnos aquí.

—No. Primero buscaremos a mi hermana. —Miró a Rachel—. Y después encontraremos al jefe Norris.

—¿Para qué? —intervino Rachel—. Emma, él...

—Para matarlo. Todo esto es culpa suya.

Rachel sacudió la cabeza.

—Olvidalo —dijo—. Cogemos a June y nos marcharemos, es demasiado arriesgado con todo lo que está ocurriendo.

—Voy a matar a Norris y no hay nada que podáis hacer para impedirlo.

Rachel apretó los labios, buscando argumentos que pudieran convencerla, pero por su mirada de determinación supo que no había nada que pudiera decir o hacer para conseguir que cambiara de opinión.

Miró a Hunter, que movió la cabeza de forma negativa. Estaba claro que pensaba igual que ella.

Emma se levantó del sofá.

—¿Adónde vas? —preguntó Rachel, imitándola.

—A buscar en esos papeles. En algún sitio tiene que haber una pista sobre June.

Cogió una de las mochilas.

Rachel fue a la cocina y llenó varios vasos de agua. Se bebió uno de un trago antes de dejar otro junto a Emma. El último se lo llevó a Hunter, que lo

cogió sin apartar la vista de la calle.

—No podemos dejar que vaya a por Norris —dijo ella, en voz baja—. La matarán. Si no lo hacen los soldados, lo harán los infectados.

—¿Crees que no lo sé? —Lanzó una mirada furtiva al salón, donde Emma seguía buscando entre los papeles—. Pero ahora mismo no razona. Si intentamos impedirselo se escapará y lo hará sola, lo cual es peor. Quizá si encontramos a June cambie de idea. No creo que quiera meter a su hermana en medio de una guerra justo después de recuperarla. No se arriesgará después de...

Se le hizo un nudo en la garganta, incapaz de pronunciar el nombre de su amigo. Rachel se dio cuenta de lo que ocurría y lo abrazó.

Hunter la estrechó contra sí, ocultando el rostro en su cuello. La imagen de Nathan bajo el cuerpo de Faraday estaba impresa a fuego en su cabeza, jamás podría olvidarlo.

—Si no hubiera sido por él... —empezó Hunter, aclarándose la garganta para poder seguir—. Tú no estarías aquí, no te tendría conmigo.

—Lo sé.

—Era mejor persona que yo, Rachel, no se merecía acabar así.

Rachel lo apretó con fuerza, sin palabras para consolarlo, puesto que ella estaba igual. No podía creer que después de todo lo que había ocurrido Nathan hubiera muerto de aquella forma tan rápida como cruel e inesperada. Y ella no lo conocía desde hacía tanto tiempo como Hunter o Emma. No quería ni imaginarse el dolor que debían de estar sintiendo en aquel momento.

Hunter la abrazó unos segundos más, antes de separarse frotándose la cara. Señaló el salón con la cabeza.

—Ve con ella —dijo, cogiendo aire—. Yo... estaré bien, pero es mejor que no dejemos sola a Emma.

Rachel le acarició una mejilla mirándolo con comprensión. Lo besó en los labios y regresó al salón, donde cogió la otra mochila para sacar los papeles y mapas que contenía. Se sentó en el suelo junto a Emma, que solo la miró un segundo antes de continuar con su búsqueda.

Hunter volvió su atención al exterior. En la calle seguía sonando la alarma y de vez en cuando pasaba algún grupo de soldados o vehículos militares, pero ningún civil, aunque sí podía ver luces en muchos apartamentos. La gente estaría preguntándose que ocurría, pero por el momento no parecía que nadie quisiera arriesgarse a salir a averiguarlo.

Su *walkie* crepitó en aquel momento y lo cogió con rapidez al escuchar la voz de Scalia al otro lado.

—¿Teniente? Aquí Scalia.

—Estoy aquí. Informa.

—Hemos tenido un problema con un soldado, ha jodido el depósito de combustible del barco con unos disparos. ¿Qué ha pasado? La alarma no para de sonar, ¿es por vosotros?

—No, es peor. Hemos perdido a cuatro de los nuestros y hay infectados sueltos, Scalia. El puto edificio rojo estaba lleno de ellos. Y no creo que puedan contenerlos, por lo poco que hemos visto. Ya sabes lo rápido que pueden extenderse. Tenemos que abandonar la isla como sea.

Hubo un par de segundos de silencio al otro lado.

—Entendido —dijo Scalia con voz grave—. Mis hombres y yo encontraremos una forma de salir de aquí, teniente. Aún no sé nada de los grupos que enviamos al hospital y a esa comisaría, o lo que fuera, pero en el hangar había un depósito de armas, tal y como pensabas. Así que de eso estamos bien surtidos.

—¿Transportes?

—No hay aviones ni helicópteros. Pero, aunque hubiera, creo que ninguno sabemos pilotarlos. Hay Hummers y todoterrenos, pero esos no nos sacarán de esta puñetera isla. Buscaremos alguna embarcación.

—De acuerdo.

—¿Estáis todos bien?

—No sé si bien es la palabra adecuada. Por ahora seguimos vivos, pero... ¿hasta cuándo?

Oyó crepitar la radio unos segundos y otra vez la voz de Scalia.

—Si existe una manera de huir la encontraré.

—Muy bien, capitán. Por favor, sigue en contacto. No queremos perder a nadie más.

Había dolor en su voz y lo sabía, y sabía que Scalia lo estaba notando. No deseaba desmoronarse de nuevo, así que cortó. Se guardó de nuevo el *walkie* y se asomó al salón, donde ellas seguían revisando los papeles.

—Lo hemos oído —dijo Emma, sin dejar de buscar—. Iremos a por June, mataré a Norris y después nos iremos. En ese orden. —Extendió un plano del hospital y se lo enseñó a Rachel, señalando una zona—. ¿Qué es esto?

Rachel se aproximó para ver a qué se refería. Frunció el ceño, era un ala del que nunca había oído hablar. No estaba en los planos que le había

enseñado Robert, ni él había hecho jamás mención sobre el mismo.

—No tengo ni idea —reconoció, extrañada—. No sabía que eso estaba ahí. ¿Por dónde se accede?

—Por esta escalera lateral.

—Eso está en obras, solo he ido una vez y no vi ningún acceso. —Resopló fastidiada—. Aunque claro, entonces tampoco tenía por qué sospechar que había algo fuera de lo corriente y después ni se me ocurrió volver por ahí. Solo había obreros.

—Que tú supieras.

—Claro. Ahora que veo eso... tiene sentido que nadie viera nada cuando los trasladaron, no había informes de ambulancias ni vehículos. Si siguen en el hospital, es lógico, más fácil cubrir el rastro.

—Entonces está claro. —Emma enrolló el mapa y se incorporó—. Nos vamos al hospital.

Se aproximó hacia la puerta, pegando la oreja en ella. Fuera se escuchaban follón, como si hubiera gente corriendo por las escaleras y los rellanos. Podían ser las ocupantes del bloque, o quizá no, de forma que hizo un gesto para que guardaran silencio y abrió despacio.

Dio dos pasos, se asomó... y de pronto un grito agudo hizo que retrocediera, sobresaltada. Un cuerpo de mujer cayó por el hueco de la escalera. Sus manos se agitaban desesperadas en un intento de agarrarse a algo y llevaba el vestido manchado de sangre. Tres segundos después se estrellaba contra el suelo con un golpe sordo. Emma alzó la mirada hacia arriba y al momento divisó un rabioso que corría por el descansillo.

Retrocedió a toda prisa, entrando de nuevo en el piso.

—Están dentro —informó—. Vamos a tener que correr, chicos, y más vale que lo hagamos antes de que sea imposible salir. Estamos en un cuarto piso, con el riesgo que eso conlleva.

Abajo, una mujer comenzó a gritar hasta quedarse ronca. Rachel estaba blanca como el papel, con las manos cruzadas sobre su vientre de manera instintiva.

—Dios —murmuró—. Todas esas mujeres embarazadas... ¡tenemos que ayudarlas!

Hunter miró por la ventana. En los pocos minutos que había estado sin vigilar, mientras hablaba con Scalia y las chicas, el paisaje había cambiado completamente. Había gente corriendo por las calles sin control, muchos de ellos con movimientos espasmódicos que le dejaron claro de qué tipo de

personas, si se podían seguir llamando así, se trataban.

Cogió su pistola también. Ahora, los gritos eran cada vez más numerosos: se oían golpes de puertas siendo echadas abajo, peticiones de auxilio y gruñidos...

Los gruñidos. Todos los habían olvidado durante las últimas semanas pero ahí estaban y, al parecer, habían vuelto para quedarse.

—No podemos quedarnos quietos —urgió Emma, mirando a Rachel significativamente—. Coge de una vez tu pistola y vamos.

A Rachel no le parecía un buen plan salir corriendo a tiros entre los rabiosos, pero entendía que no podían quedarse allí quietos hasta verse tan rodeados que no tuvieran escapatoria. Amartilló su arma, acercándose hasta la entrada donde ya estaban Hunter y Emma.

—Correr y disparar —dijo Emma.

—Y nada más —añadió Hunter, con toda intención—. No nos pararemos a ayudar a nadie, lo digo muy en serio.

Y la miró de una manera que significaba «no puedo perderte». Rachel asintió, tragándose las objeciones que podían haber salido de su boca. Tenía razón, bastante suerte tendrían si lograban salir con vida de esa. Muy a su pesar no podían retrasarse y, de cualquier modo, no parecía que fuera a haber muchas supervivientes. Por los chillidos desgarradores que cada vez sonaban más fuertes y violentos, muchas mujeres estaban siendo atacadas por los rabiosos.

No pudo pensar demasiado en ello: Emma abrió la puerta y echó a correr sin mirar atrás, algo en lo que empezaba a volverse experta.

Hunter y Rachel la siguieron, la doctora pegada a la espalda del militar.

Su rellano estaba libre, lo cual fue un alivio y les permitió bajar corriendo las escaleras. Sin embargo, al llegar al tercero los recibió un panorama dantesco.

Había sangre por todas partes. Una mujer convulsionaba en el suelo, con parte de la cara arrancada a mordiscos. Emma pasó junto a ella sin detenerse, consciente de que le faltaban segundos para ponerse en pie y atacarlos, segundos que podían marcar la diferencia entre vivir o morir.

Vivir o morir, ahora todo se había reducido a eso y no había tiempo que perder. No se volvió para comprobar si los otros la seguían, simplemente corrió escaleras abajo hasta que un rabioso salió a su encuentro.

Abrió fuego apuntando a la cabeza, mientras cambiaba de dirección para no chocar contra el cuerpo. Una mujer infectada que estaba alejada se giró,

con los ojos inyectados en sangre, y se precipitó sobre ella con toda la virulencia de los recién mordidos. Una ráfaga de disparos la frenó en seco, haciendo que cayera despatarrada.

Hunter llegó jadeando a su altura, sujetando la pistola en alto. Rachel miró el cuerpo caído y notó un fuerte estremecimiento: había coincidido con aquella joven varias veces en la entrada del portal, una muchacha agradable a la cual ya se le notaban con claridad los signos del embarazo. Ahora yacía en un charco de sangre y le faltaba un brazo.

Las náuseas amenazaron con hacer acto de presencia, pero entonces Hunter tiró de ella y siguió corriendo, intentando olvidar el cadáver que dejaban atrás.

Los infectados eran más numerosos en el primer piso, como pudieron comprobar cuando llegaron a ese nivel. Una mujer se desgañitaba unos metros más adelante y cuando Emma se asomó descubrió que dos infectados la tenían apresada contra el suelo mientras la mordían al mismo tiempo en diferentes sitios.

Hunter sintió como Rachel le apretaba el brazo con fuerza. Dios, cuánto la comprendía, ver aquello era terrible y no había manera de suavizarlo. Ojalá pudiera pararse a echar una mano, pero Emma ya corría por las escaleras hacia la planta baja y su instinto le ordenó seguirla.

Con una última mirada, abandonó el lugar desoyendo las súplicas femeninas y siguió a la policía en su recorrido hacia la puerta que los llevaría a la calle.

Cuando llegó, jadeando, Emma se había detenido y contemplaba horrorizada la carnicería que había entre ellos y la libertad. Rachel apartó la mirada, temiendo no poder olvidar nunca lo que estaba viendo.

Había sangre por todas partes y en mucha cantidad. Un cuerpo permanecía atrapado entre las puertas del ascensor mientras estas trataban de cerrarse continuamente: no tenía cabeza, por eso no se levantaba.

Otro estaba tirado en el suelo, en una postura tan grotesca que Emma supo que lo habían partido en dos. Extendía las manos emitiendo sonidos guturales, pero al no poder incorporarse no resultaba ninguna amenaza. Al mirarla bien reconoció a Alexa, y apartó la mirada.

Trozos de pelo y cuero cabelludo, un globo ocular flotando entre el río de sangre del suelo. Dientes. Alguien se había dejado parte de las uñas en la pared, seguramente intentando resistirse. Un pie seccionado a la altura del tobillo.

La mujer que había sido arrojada por el hueco de la escalera se encontraba ante la salida, con la mitad de la cabeza reventada. Emma pasó por encima sin mirarla y Rachel tuvo que hacer uso de todo su control para no perder los nervios y ponerse a gritar.

Los gritos habían cesado, ahora solo se escuchaban correteos y ruidos metálicos, como si alguien golpeará las barandillas.

Treinta mujeres muertas, despedazadas. Treinta mujeres embarazadas que nunca verían a sus hijos nacer. Los rabiosos acababan de aniquilar cualquier esperanza que tuviera de poder volver a llevar una vida normal. Nunca saldrían de allí.

Notó que se estaba retrasando al escuchar disparos, por lo que corrió lo más deprisa que pudo intentando no resbalar entre la sangre y los cuerpos. En el exterior, Emma y Hunter disparaban al mismo tiempo a un grupo de infectados que se precipitaban hacia ellos.

Rachel cogió aire y se unió a los disparos. Ahora la necesitaban fuerte y decidida, no destrozada. Algunos de los rabiosos llevaban ropa militar, lo que significaba que estos estaban perdiendo la batalla.

Por todas partes seguían sonando sirenas, aullidos en mitad de la noche que no se detenían porque quizá ya no quedara nadie para pulsar ese botón.

Emma corrió hasta el bloque de enfrente, ocultándose en la oscuridad. Aprovecharon ese instante para recargar sus armas, todos mirando para no llevarse ninguna sorpresa. Habían matado a ese grupo, sí, pero habría más.

—Esta isla se ha convertido en una puta ratonera —dijo Emma entre dientes—. No sé cómo diantres vamos a salir de aquí.

—Scalia está en ello.

—Scalia no puede sacarse un helicóptero de la manga. —La joven consultó el mapa—. No está muy lejos, pero vamos a tener que darnos prisa antes de que nos vean.

Hunter asintió. Se pusieron en marcha, aprovechando la oscuridad nocturna para ocultarse todo lo posible echando mano de edificios y obras a medio terminar. Cerca del hospital, los disparos y gritos se hicieron evidentes: los militares luchaban por sofocar el brote. En medio de la calle, disparaban desde sus Hummers mientras gritaban e informaban por las radios.

De modo que aún quedaba alguien dando órdenes, se dijo Hunter.

Los rabiosos siempre se habían sentido atraídos por el ruido y los cuerpos en movimiento, por lo que todos se lanzaban contra los militares. Eso les

concedió los segundos necesarios para acceder al hospital por la entrada que habían localizado en los mapas.

Las luces parpadeaban, sin iluminar de forma continua, y allí también parecía que hubiera pasado un huracán. Todo era un caos de camillas volcadas, jirones de batas de hospital y rastros de sangre en las paredes. Rachel se tapó la boca con la mano, conteniendo las ganas de vomitar hasta la última papilla al notar el intenso olor a óxido. Agarró a Hunter del brazo y avanzó junto a él mientras sus rostros se iluminaban ahora sí, ahora no.

—¿Por dónde? —preguntó Emma, cuando llegaron a un pasillo que se bifurcaba en dos direcciones.

Rachel señaló hacia la derecha, en dirección a la zona de obras. Se colocó la primera para guiarlos, con Hunter a su lado sin descuidar la vigilancia ni un segundo.

No parecía haber infectados en el hospital. Tras haberlo arrasado, habrían salido fuera para continuar buscando estímulos. Tampoco había cuerpos, aunque sí restos de los pacientes y el personal que habían sido primero atacados y después contagiados. Al igual que en el bloque Madre, dejaban atrás dedos arrancados, trozos de carne sin forma, orejas... Rachel pisó una masa rosada y, cuando se dio cuenta de que era una lengua, casi echó a correr.

Encontraron el acceso al ala que Rachel no conocía. El suelo continuaba ensangrentado, como si alguien hubiera arrastrado un cuerpo. Emma sintió un escalofrío al verlo pero, cuando estaba a punto de decir algo, escucharon a alguien sollozando.

—Espera. —Hunter apresó a Emma, cruzando un brazo delante de su pecho para evitar que saliera lanzada hacia allí—. Cuidado, puede que no sea ella, Emma.

—Es ella y lo sabes. ¿Por qué no vas a ver si logras llegar a la azotea para valorar cómo está la situación desde una panorámica fiable?

—No, Emma, no... —intervino Rachel.

—Marchaos de una vez. —Los empujó, haciendo que retrocedieran—. Dadme solo unos momentos con ella, antes de lo que sea que vaya a suceder. Por favor.

Se apartó para empujar la puerta del cuarto, sin girarse para ver si respetaban su petición. No oyó pasos a su espalda, de modo que dedujo que así habría sido.

Recorrió el cuarto de hospital con la mirada. Había tres camas que

permanecían intactas, aunque con las mantas revueltas. Y, junto a la ventana, acurrucada contra la silla donde normalmente dormitaba la gente que acudía a velar a sus familiares ingresados, estaba June.

—June —murmuró, sin poder creer lo que veían sus ojos.

Los hombros de su hermana dejaron de sacudirse al escuchar su voz. Alzó la cabeza y la miró por entre los mechones de un cabello revuelto y enmarañado.

Emma cruzó la habitación para reunirse con ella. Se agachó a su altura y June le echó los brazos al cuello de manera inmediata, llorando con más fuerza.

Emma podía notar la fragilidad de la joven que se apretaba contra ella. Nada quedaba de su cuerpo firme, podía palpar con pasmosa facilidad los huesos de la espalda.

Pero eso ya daba igual, lo único que importaba era que la había encontrado y estaba...

La sujetó por los hombros para obligarla a separarse de ella, mirando su rostro. Tenía una palidez enfermiza y ciertas partes aparecían enrojecidas, además de que tenía los labios resecos y agrietados. De igual manera, sus brazos aparecían salpicados con ronchas rojas de mal aspecto.

June se secó las lágrimas.

—Ya sé la pinta que tengo —balbuceó, notando su mirada.

—No, tranquila. —Emma la abrazó otra vez, y ella lloró con más fuerza—. No pasa nada, cariño, es que quería asegurarme de que estabas aquí de verdad.

—Pensaba que nunca más volvería a verte.

—Pues aquí me tienes —Emma mantuvo la serenidad en su voz—. Y me quedaré todo el tiempo que quieras.

—Emma, David ha muerto. Nos trajeron a este sitio lleno de gente contagiada. —June se separó con aspecto horrorizado—. Yo también estoy infectada. Estoy infectada, Emma.

—Lo sé, cariño. —Le frotó el hombro con afecto.

—Fue esa cosa que lanzaron. Nos pilló desprevenidos. Hasta entonces todo iba bien. Caminamos mucho, pero llegamos bien. Juntos. Los tres. Y luego cayó esa mierda.

Emma la dejó divagar mientras le acariciaba el cabello. Este se desprendía mechón a mechón, pero lo ignoró, dedicando todas sus fuerzas a consolar a su hermana.

—Nos sacaron de la zona de aislamiento y nos trajeron aquí. Connor mordió a dos personas y luego salió fuera. No he vuelto a verlo. Y David me dijo que me quedara aquí. Luego salió y escuché disparos. Creo que lo mataron en ese mismo momento. No sabía dónde ir. Los militares me matarán si me encuentran, y también los infectados.

—Nadie te tocará mientras yo esté aquí. Ven.

Estiró los brazos y June se recostó contra ella, como había hecho mil veces cuando eran niñas.

—Emma, no quiero convertirme en una de esas cosas y atacarte. No me dejes.

—Eso no pasará, te lo prometo.

June pareció tranquilizarse un poco al escucharla y apoyó la cabeza en su hombro, acomodando el cuerpo.

—Háblame de papá, Emma. Cuéntame algo sobre mí, lo que sea.

—Está bien —accedió ella, sin variar su tono suave—. ¿Te acuerdas de aquella vez que nos llevó a pescar al lago? Tú no debías de tener más de nueve años y te gustaba mirar la cajita donde papá llevaba los gusanos para el cebo.

—¿De veras me gustaba mirar gusanos?

—Sí. Ni siquiera comprendías para qué eran, solo te gustaba verlos allí, deslizándose unos contra otros. Fuiste todo el trayecto en coche cantando, muy contenta de que te llevaran a pescar.

Su hermana no dijo nada.

—Querías aprender y no dejabas de darme la tabarra para que te enseñara. Yo te senté a mi lado y te dije que no te iba a gustar, que cogieras tus lápices de colorear y dibujaras un sol. Pero no querías y al final papá te enseñó lo que era pescar. Cuando dejó caer el pez y este empezó a ahogarse, rompiste a llorar. Papá te dijo que no fueras un bebé, que a veces para sobrevivir había que hacer daño, y que debías aprenderlo cuanto antes para ser fuerte. ¿Sabes qué le respondiste con tu inmensa sabiduría de nueve años? Que a veces era más fuerte quien no hacía daño que quien lo hacía. Luego cogiste el pez con tus propias manos y lo lanzaste al agua de nuevo. Papá se cabreó muchísimo, pero creo que nunca te he querido más que en aquel momento, hermanita. Ya entonces demostraste de qué pasta estabas hecha.

June le apretó el brazo sin cambiar de posición.

—Me acuerdo de ese día. No demasiado, pero algo sí. Papá me castigó sin postre y estuve mucho rato llorando.

—Pensábamos que papá era una especie de héroe, June, como todos los niños. Pero la realidad es que no lo era.

—¿Crees que podría seguir vivo, en alguna parte del país?

—Todo es posible. Mira nosotras, después de tanto tiempo nos hemos encontrado.

La chica sollozaba de nuevo en silencio.

—Todos estos meses sin saber de ti han sido horribles. Voy a morir, pero...

—No digas eso —la voz de Emma sonó tensa.

—... al menos he podido estar contigo otra vez. Piensa que no todos pueden permitirse el lujo de despedirse de sus seres queridos.

Emma lo sabía por experiencia propia. Y aunque June tenía razón, aún no estaba preparada para aceptar que su hermana iba a morir.

—¿Te ocuparás? —la escuchó preguntar.

—¿Ocuparme de qué?

—De mí. De que no pueda hacer daño a nadie.

—No vamos a hablar de eso, June.

—Pero debemos hacerlo —insistió ella, vehemente, incorporándose de su regazo—. No creo que me quede mucho tiempo ya. No quiero correr el riesgo de atacar a otros y menos a ti. Deja que por una vez sea yo quien te proteja, Emma.

Ella negaba con la cabeza, sin querer siquiera considerar las palabras que escuchaba.

—Nunca podría hacerlo.

—Yo...

Emma la interrumpió con un gesto brusco. June tuvo la sensación de que iba a abofetearla, pero entonces notó cómo ladeaba la cabeza para escuchar. Fuera, en alguna parte, se escuchaban pasos. Y eran firmes y coordinados, no se trataba de ningún rabioso. Parecían pertenecer a una sola persona, con lo cual no parecía probable que fueran Hunter y Rachel.

Dejó a su hermana en el sitio donde la había encontrado y fue hasta la puerta, ocultándose detrás mientras sacaba su arma. June la observaba sin decir palabra, encogida de un modo que le partía el corazón.

Los pasos avanzaban en dirección a donde se encontraban ambas y cuando llegó a su altura se detuvieron de golpe. Al empujar la puerta, esta se abrió unos milímetros.

Emma aguardó hasta que escuchó los pasos entrar en la habitación.

Entonces, apoyó el cañón de la pistola en la nuca del invitado.

—¿Quién eres y qué haces aquí?

—Vengo a pedir ayuda —contestó el hombre, girándose con lentitud—. Uno de mis hombres vio actividad en el hospital y pensé que quizá podríais ser vosotros.

—¿Ayuda respecto a qué?

—Cada vez tengo menos hombres y necesito todas las manos posibles. Sé que Hunter Cooper es muy bueno en lo suyo y que tú eras policía. La infección se está extendiendo demasiado rápido, no somos capaces de controlarla.

—¿Quién eres?

—¿No lo sabes? —El hombre la observó unos instantes—. Soy el jefe de estado Norris. Soy el que os trajo aquí.

Capítulo 5. El amargo porvenir

El silencio duró un minuto que se hizo eterno. El jefe de estado Norris permanecía con los brazos en alto, en apariencia inofensivo, mientras Emma trataba de comprender por qué se había atrevido a pedirles ayuda.

¿Cómo tenía ese hombre la desfachatez de presentarse allí y pedirles que lucharan junto a ellos después de...?

—No hagas ninguna estupidez —murmuró el hombre al ver su expresión—. Es momento de luchar, no de hablar.

—Te equivocas: es momento de hablar —lo cortó ella con rapidez.

Él pareció exasperado.

—¡Nos están masacrando!

—¿Y de quién es la culpa? ¿De qué va a servir que vayamos nosotros tres a disparar?

—¿Solo tres?

La cara de Norris se desinfló al recibir aquella información. Era obvio que esperaba que hubiera un equipo lo bastante amplio como para ofrecer resistencia. Tres no era nada, por muy buenos que fueran. No era suficiente para lo que había fuera.

—Tú mataste al resto. ¿No lo recuerdas?

—¿Qué significa eso?

—En la puerta del bloque rojo. Una muerte inmediata. —dio un paso hacia él sin apresurarse, estudiando las reacciones del hombre.

Norris procesó la información. La gente que había avistado por las inmediaciones del edificio, a las que habían disparado el bazuca porque estaban abriendo la puerta del infierno. De manera que...

—Yo no tenía esa información —se excusó, al comprender el terrible error

que acababa de cometer al meterse en aquella habitación tétrica de hospital —. Pensaba que eran simples merodeadores e hice lo que tenía que hacer.

—¿Matarlos?

—¡Estaban abriendo la puerta de un edificio lleno de infectados!

—¿Por qué estaban en ese lugar? Aún recuerdo las sandeces que predicaba el doctor Hennar sobre un sitio virgen y sin infección donde comenzar de cero. Paz y armonía en medio de la naturaleza. ¿Por qué traer aquí el virus?

Norris tenía la frente perlada de gotas de sudor.

—Mira —carraspeó, incómodo—. Queríamos estudiar el virus. —Una ráfaga de tiros en el exterior lo distrajo unos instantes pero, como su radio no sonó, siguió hablando—. Necesitábamos saber cómo había mutado, porque es mucho más agresivo que el anterior. Y para hacerlo bien teníamos que tener ejemplares vivos.

—Personas —corrigió Emma—. Personas vivas en las que experimentar.

—Ya estaban contagiadas —explicó Norris—. De haberlas dejado en territorio americano habrían muerto igualmente. Aquí podíamos tratar sus síntomas hasta el final del proceso y obtener la información para la cura.

Emma movía la cabeza con incredulidad, como si no pudiera creer lo que oía.

—Nathan nunca se hubiera prestado a ayudar en algo así —murmuró, notando como su nombre se atascaba en la garganta—. Aunque ya no podrá decir nada, porque tus hombres se ocuparon de ello.

June, que hasta ese momento había permanecido callada y con los brazos rodeando las rodillas, ladeó la cabeza al escuchar esa última información.

—Lo siento —dijo Norris.

—Yo también —repuso ella—. La idea de este lugar era buena, pero nunca deberían haberla dejado en manos de militares. Cualquier cosa que tocáis se va al infierno.

—¡Eso no es justo! —protestó Norris—. ¡Tratamos de hacer las cosas lo mejor posible, de la única manera que conocemos!

La cara de Emma estaba tan tranquila que tanto June como Norris se sobresaltaron cuando sujetó su arma y disparó a la rodilla derecha del militar. Este se derrumbó en el suelo con un aullido de dolor y sorpresa, y se agarró la zona con fuerza. Apretó los dientes ante el fuerte dolor, un dolor que ocupaba todo y no dejaba espacio para nada más.

June enterró la cara entre sus brazos, empezando a llorar otra vez.

—Lo mejor posible —dijo Emma, repitiendo las últimas palabras de

Norris—. Así que traer gente a un sitio aislado prometiéndoles que estarán seguros y siendo eso una mentira es lo mejor que sabéis hacer. Seleccionar quién debe ir y quién no, jugar a ser Dios. Conseguir muchos «úteros» de mujeres destinadas a procrear quieran o no, eso es lo mejor que sabéis hacer.

Norris sudaba e intentaba calmarse al mismo tiempo para poder concentrarse en las palabras de la mujer, pero parecía costar demasiado.

—Conseguir hombres y esclavizarlos para poder tener aquí un pequeño paraíso fascista donde solo unos pocos dan las órdenes y el resto tiene que agachar la cabeza, y encima dar las gracias por tener la suerte de haber llegado. Todo mientras metéis a los enfermos en un cuarto sin llave para usarlos como conejillos de indias. —Se agachó a su lado a una distancia prudente—. Eso es lo mejor que sabéis hacer, eso era lo mejor para todos, ¿no?

—¡Tú no entiendes nada! —vociferó Norris, perdiendo los estribos—. ¡En este mundo existen unas reglas y hay que seguirlas! Si dejas a la gente a su libre albedrío siempre elegirán hacer lo malo, porque así somos. Había que instaurar el orden y la rectitud o...

No terminó la frase. Se secó el sudor del cuello con una mano mientras con la otra seguía presionando la herida de la rodilla.

—Me das lecciones de moral, pero todo funcionaba hasta que llegaron tus amigos y decidieron husmear en el edificio equivocado —gruñó—. Ellos abrieron la puerta y liberaron a los infectados, no yo. Si quieres culpar a alguien...

—Respóndeme a una cosa, ¿el presidente Collins tenía conocimiento de todo esto? ¿Sabía lo que estabais haciendo aquí?

Norris la sorprendió con una risotada poco agradable.

—¿Collins? Debes de estar bromeando. ¿Ese alfeñique que se pasa los días en un helicóptero con una estrella pop? Si de él dependiera, el mundo ya se habría ido a la mierda. Te recuerdo que fue él quien liberó el antiviral.

—Un antiviral que no sabía lo que iba a hacer, solo lo que vosotros le dijisteis. Le mentisteis.

—No sabíamos que afectaría así a las personas no infectadas. Los virólogos nos dijeron que acabaría con los infectados...

—¿Cómo?

—Algo sobre acelerar el proceso en sus cuerpos, de forma que reventaran sus organismos. ¡No soy científico, no lo sé!

—Nathan no hizo nada parecido, seguro que por eso afectó a la gente.

Manipularon su trabajo y lo jodieron todo.

Más disparos en la calle. Norris giró el cuello al oírlos, preocupado, aunque a esas alturas había perdido la esperanza de que ganaran la partida.

—¿Habéis informado de lo que está pasando? —preguntó Emma, poniéndose de rodillas junto a él y comenzando a vaciar sus bolsillos.

—Sí. Cuando se abrió el bloque rojo informamos a Collins y desde entonces estamos mandando actualizaciones.

—¿Qué medidas van a tomar?

—No lo sé, aún no han comunicado nada. —Norris la observó, sin comprender—. Escucha, muchacha, si...

—Emma.

—Emma, si logramos aguantar del modo que sea el ataque de los infectados, lo más probable es que manden un equipo de rescate.

—¿Tú crees? Si de verdad habéis informado, ya deben de saber que esta es una zona caliente —replicó la joven, sin mirarlo.

Cogió el cuchillo que acababa de encontrar con una mueca. Norris siguió sus movimientos con creciente angustia.

—Puedo sacaros de aquí —ofreció, tratando de que lo mirara a los ojos.

—No te creo.

—No tienes que matarme, Emma, por favor. Ella también puede venir si es lo que quieres, no tiene por qué morir nadie más. —Señaló a June con la cabeza.

Emma observó a su hermana unos segundos y después su atención regresó al hombre que yacía a su lado, con un charco de sangre que manaba de la rodilla.

—Está infectada —comentó—. Y en la última fase, por lo que parece. No hay nada que puedas hacer por ella.

Norris veía como sus argumentos se desinflaban con la misma rapidez que el dolor de la bala se extendía por su pierna. Apretó las mandíbulas para intentar olvidarlo, lo que se reflejó en su cara, ya de un tono verdoso.

—Podemos hacer un trato —intentó, desesperado.

—No vamos a hacer ningún trato. Si piensas que voy a darte la oportunidad de que salgas con vida después de todo lo que has hecho, es que estás loco.

La mano se movió con rapidez hacia su cara. Norris se giró, pero no consiguió hacerlo a tiempo y una delgada línea roja brotó entre la ceja y las comisuras de los labios, allí donde el cuchillo acababa de cortar. Lanzó un

grito, mezcla de rabia y dolor.

—¡Emma! —gritó June, aún con la cara escondida entre sus brazos—. ¡Emma, por favor, no hagas eso!

Ella ignoró las súplicas de su hermana. Sabía que no debía actuar así delante de ella, pero en ese momento no sentía escrúpulo alguno. Y si ese pensamiento intentaba pellizcar su corazón, solo tenía que pensar en Nathan. O en June, quien de no haberse escapado los rabiosos habría sufrido lo indecible siendo un conejillo de indias en manos de aquellos desalmados.

No, ese hombre no iba a salir con vida de allí. Ni siquiera iba a morir deprisa.

—Lo que quieras —decía él, entre jadeos—. Te daré lo que quieras, lo prometo.

—Lo que quería ya me lo has quitado.

June lloraba cada vez con más fuerza. No reconocía a su hermana en la fría mujer que no mostraba la más mínima compasión hacia ese hombre. Nunca hubiera imaginado que Emma pudiera ser capaz de comportarse así, de no ser porque lo estaba viendo con sus propios ojos. Escuchaba los gritos ahogados del hombre y solo deseaba que todo aquello terminara de una vez, poder tener un poco de paz. Tantos meses de angustia, miedo, presión, soledad, muerte.

Al fin se reencontraba con su hermana, le quedaba poco tiempo y no quería pasarlo escuchando la agonía de un desconocido. Comprendía que era un miserable, que todo lo que ocurría lo había provocado él, pero...

No pudo soportarlo más.

—¡Para! —gritó, con todas las fuerzas que pudo reunir—. ¡Para! Por favor, por favor, Emma, no sigas, ¡para!

Por fin, Emma la miró. Se guardó el cuchillo después de limpiar la sangre en sus vaqueros, y se levantó.

—Está bien —dijo, para calmar a su hermana—. No te preocupes, ya he terminado.

Norris alzó una ceja al oírla, con la súbita esperanza de que le permitiera continuar con vida. Pero entonces la mujer rubia lo apuntó directamente y esa esperanza se evaporó tan deprisa como había aparecido.

—Nunca debí sacarte del coma, zorra estúpida —masculló, sabiendo que eran sus últimos segundos de vida.

June cerró los ojos mientras el disparo retumbaba en el cuarto y no los abrió hasta que escuchó a su hermana caminar hacia ella. Segundos después,

Emma se sentó en el suelo junto a su lado y la obligó a alzar la mirada.

—Lo siento —murmuró, mientras le limpiaba las lágrimas de las mejillas con cariño.

—Ha sido horrible lo que has hecho.

—Lo sé, cariño. Perdona. —La rodeó con el brazo.

Se quedaron calladas, June con la cabeza apoyada en el hombro de su hermana mayor. Su cabeza estaba embotada, los recuerdos pasados y presentes comenzaban a mezclarse y sentía que no pensaba con claridad. De pronto se veía paseando por el instituto y esa imagen desaparecía, sustituida por la cama del hospital y el rostro enrojecido de David. David, con quien se había resignado a mantener una amistad por un error estúpido cometido en un momento de extrema soledad.

June, higienista dental, pasando las escasas y soleadas tardes de verano de Little Falls comiendo helados con su mejor amiga, Tuesday.

Cerró los ojos, tratando de regresar a esos momentos felices de su vida, cuando sus únicas preocupaciones eran llenar de gasolina el depósito del coche y pensar en la ropa que se pondría al día siguiente.

Emma notó que cabeceaba y la observó con el dolor reflejado en la cara. June se marchaba, pero no estaba lista para dejarla ir. No todavía.

La estrechó contra sí con fuerza, resistiéndose a la idea. Tal vez el virus no fuera tan agresivo con ella, había aguantado más que el resto, por lo que sabía. Era un antiviral experimental, no sabían cómo podía reaccionar, cada persona era diferente...

Sus esperanzas se vinieron abajo cuando notó que su escuálido cuerpo se sacudía, lo que indicaba que los primeros signos comenzaban. Había visto demasiados para ignorarlo.

Se levantó, poniendo distancia entre ambas mientras sujetaba la pistola. Ya no ocultaba sus lágrimas como cuando Nathan había muerto, no podía fingir ni un segundo más.

Esquivó el cuerpo de Norris, colocándose junto a la puerta mientras observa cómo June sufría la transformación final. No iba a ser capaz de matarla. Había estado en sus brazos desde que era un bebé, era imposible que pudiera volarle la cabeza.

Escuchó voces y alguien que se acercaba por el pasillo. Hunter y Rachel regresaban, lo sabía por los jadeos ahogados que emitía ella. La pobre debía de estar agotada físicamente.

—¡Emma! —Hunter empujó la puerta—. Las cosas están muy mal ahí

fuera. Tenemos que largarnos de aquí cuanto antes o...

Se calló abruptamente al ver el cuerpo del jefe Norris en el suelo. Después, sus ojos se posaron en June, que todavía sufría los espasmos finales antes del cambio.

—Oh, joder... joder, joder, ¡joder! —exclamó, furioso.

Rachel apretó el brazo de su amiga. No había nada que pudiera decir, ya no. Todo estaba dicho, nadie debería pasar por algo como aquello.

Las sacudidas pararon de golpe: ya estaba. La chica que había sido June se incorporó de un salto, con los ojos vacíos y las mandíbulas entreabiertas. Miró hacia delante e hizo chocar los dientes.

Hunter miró a Emma con los ojos desencajados.

—Emma...

Ella negó con la cabeza y le entregó la pistola, con una súplica muda en los ojos. Luego se dio la vuelta y Rachel la empujó fuera de la habitación. Emma se quedó en el pasillo, temblando como una hoja, permitiendo que su amiga la abrazara pese a que su cabeza parecía estar en otra parte.

Se escuchó un único disparo y Hunter salió un segundo después, frotándose la frente. También estaba pálido, todos lo estaban. Parecían los supervivientes de un apocalipsis.

¿Era aquello un apocalipsis?

—Mírame. —Hunter la sujetó por los hombros, haciendo que tuviera que prestarle atención y así dejara de divagar—. Ahora mismo sé que quieres mandar todo a la mierda, pero no lo vamos a permitir. Vamos a salir de aquí.

—¿Reth? —preguntó Emma—. ¿Ha llamado?

—No —dijo Hunter, derrotado.

—Eso no significa nada —intervino Rachel—. Puede que no haya podido, incluso que haya perdido la radio. Quizá está bien.

Podía ser, pero Emma no se sentía optimista en absoluto y creía tener todo el derecho a sentirse de esa manera. Estaba al límite de sus fuerzas.

—Tenemos una sola oportunidad —Hunter atrajo de nuevo su atención—. El barco tendrá el depósito vacío y tampoco sabemos llevarlo, pero recuerdo que había una barca.

—¿Aquellas cuatro tablas viejas y mal selladas? —preguntó Emma.

—Sí, esa misma.

—No creo que lleguemos muy lejos con eso, y aunque así fuera, ¿dónde iremos? ¿A flotar por el mar sin más? ¿Este es tu plan?

—No tengo otro. No tengo nada más —Hunter admitió lo evidente, con el

pesar reflejado en la mirada—. Sé que es una mierda, que las posibilidades de que salga bien son escasas, pero es lo único que tengo. Debemos intentarlo, ¿no?

Rachel asintió, acariciando su brazo. Tras unos interminables segundos, Emma aceptó.

—Mejor morir peleando que vivir de rodillas —dijo, en voz baja.

—Bien —respondió él—. Tendremos que correr hasta la zona del puerto otra vez. La mayor parte de los infectados se concentra en el centro de la isla, donde aún queda algo de actividad.

—¿Hay gente con vida?

—Sí, hay varios grupos militares que resisten en los Hummers, pero no sé por cuánto tiempo, si te soy sincero. No podemos detenernos a ayudarlos.

Emma negó con la cabeza.

—En absoluto. Mejor para nosotros, mientras estén distraídos con ellos tendremos más facilidades para llegar.

Hunter asintió con suavidad. Rachel contempló a ambos comprendiendo que tenían razón. Y sí, era egoísta sentir así, pero debían pensar en sí mismos. Tenían que jugar todas sus cartas para tratar de seguir con vida. Quizás luego se encontraran flotando en alta mar sin muchas posibilidades, pero si no subían a esa barcaza no tendrían ninguna.

—No nos pararemos para nada —dijo Hunter, con su tono de teniente—. ¿Vale? Esta carrera es a vida o muerte. No nos pararemos.

Las dos mujeres afirmaron al mismo tiempo. Parecía que correr se había vuelto una constante en las últimas horas y, aunque se sentían como si hubiera pasado una eternidad desde que bajaran del barco, todavía no había amanecido.

Abandonaron el hospital tras asegurarse de que tenían vía libre. Hunter tenía razón respecto a que los infectados concentraban su interés en zonas con ruido y actividad. Ganaron ventaja al principio pero, aunque las ordenes de Hunter sonaban bien, pronto se dieron cuenta de que no podrían cumplirlas a rajatabla. Rachel no estaba tan en forma como en el pasado, las molestias del embarazo y el aumento de peso no le permitían mantener el ritmo de los dos. Hunter se retrasaba continuamente para forzarla a seguir y cuando Emma echó un vistazo hacia atrás se dio cuenta de que estaban perdiendo la ventaja conseguida.

Los infectados los seguían. Y aunque no estaban todos, la cantidad que vislumbraba superaba cualquier probabilidad de que salieran ilesos en un

enfrentamiento.

—No lo vamos a conseguir —dijo.

Rachel intentaba recuperar el aliento, pero notaba como si no quedara ni una gota de aire en sus pulmones.

—Ya casi estamos —dijo Hunter, señalando hacia delante.

Una última carrera, no hacía falta más. Pero esa última carrera con una Rachel extenuada sería el doble de larga, y después había que subir a la barca. Y remar. Remar hasta alejarse lo suficiente como para que los rabiosos no los alcanzaran. Ni siquiera sabían si podían ser igual de rápidos en el agua.

No lo conseguirían, Emma lo tenía claro. Y tomó su decisión en aquel instante, notando su cabeza despejada.

—Marchaos —ordenó, sin desviar la mirada de la lejanía, por donde ya se aproximaban esas siluetas que tan bien conocía.

—¡No! —la voz de Hunter tenía un timbre diferente, pese a que era una protesta.

—Escúchame. —Le dio un empujón para obligarlo a mirar a Rachel. La doctora estaba apoyada en un tronco, aún jadeando y sujetando su estómago—. Mírala. Tienes una mujer embarazada y debes ponerla a salvo. No sé si podréis salir de esta en una barca, pero si os quedáis no lo vais a conseguir.

—Pero...

—Son demasiados. Moriremos todos, así que deja que os dé unos minutos —la voz de Emma sonaba serena en contraste con la del militar—. Por favor, déjame.

Hunter contempló aquellos ojos, la determinación en ellos, y asintió. Desde que ella había tomado la decisión supo que nada la haría cambiar de idea, ni siquiera sus torpes intentos. La abrazó con fuerza, con cariño, con desesperación y agradecimiento, ya que gracias a sus últimos minutos de vida tendrían una oportunidad.

—*You rock, baby* —bromeó, y se giró sin volver la vista atrás.

Rachel vio cómo se acercaba, dejando a Emma atrás.

—¡No! —gritó al momento—. ¡Ni hablar, Hunter, no haremos esto! ¡No nos marcharemos sin ella!

Tenía la boca curvada en un rictus desafiante, decidida a oponer resistencia. Pero no esperaba que él la cogiera por la cintura y la levantara en volandas, para acto seguido echar a correr hacia el pequeño muelle.

—¡Suéltame! —Rachel volvió a gritar, tratando de liberarse con todas sus fuerzas—. ¡No podemos dejarla ahí! ¡Da la vuelta, lucharemos!

Hunter se blindó contra el llanto y las protestas. Si se permitía escuchar, aunque solo fuera una vez, cedería. No podía permitirlo, así que se volvió hermético e ignoró las súplicas, los golpes en los hombros, su propio dolor. Rachel no dejaba de agitarse intentando ralentizar su huida, y pese a que la impotencia le añadía una fuerza que nunca había tenido, de alguna manera consiguió llevarla hasta el muelle. La desvencijada madera crujió bajo el peso de ambos, pero no cedió. Hunter soltó la cuerda y entró en la barca, que estaba en peor estado del que recordaba. Ni siquiera tenía claro que no hiciera aguas, pero aquella era su única opción.

Soltó a Rachel para depositarla en mitad de la embarcación. Sin perder un solo segundo, agarró los remos y comenzó a dar brazadas fuertes para aprovechar los minutos que poseían. No sabía si los rabiosos podían seguirlos por el agua, de forma que debía alejarse todo lo posible.

Por fin, Rachel dejó de llorar y lo miró, acurrucada en la otra esquina. Se mantenía de brazos cruzados, con un mohín de niña pequeña en los labios y las mejillas brillantes por las lágrimas.

Hizo dos intentos de hablar, pero le temblaba demasiado el labio inferior. Cuando al fin abrió la boca para decir algo, se dio cuenta de que él también luchaba por contener las lágrimas.

Abandonó el rincón donde se encontraba para acercarse y lo abrazó con toda la fuerza que pudo reunir.

Emma vio como Hunter desaparecía con la doctora y también escuchó los gritos de Rachel resistiéndose a abandonarla.

La comprendía, pero ya todo daba igual: había perdido a Nathan y a June. A Faraday. No sabía nada de Reth. Solo quedaban ellos dos y no iba a dejarlos morir, no cuando estaban vivos, ilesos y con un bebé en camino. Tenían futuro, ella no. Y no había mucho más que añadir.

Sacó sus dos armas, que tenían los cargadores llenos. No aguantaría la avalancha de rabiosos con eso, pero se llevaría unos pocos por delante, los justos para dar tiempo a Hunter a remar lo más lejos que pudiera.

Apuntó hacia el frente, donde ya las sombras comenzaban a tomar formas definidas, y disparó una y otra vez hasta que terminó con el primer cargador. Su puntería seguía siendo buena, porque vio caer a bastantes.

El segundo cargador se agotó más deprisa que el primero. Emma lanzó las armas al suelo y sacó su cuchillo. No quedaba otra que esperar, esperar y preguntarse si sería rápido, si no sufriría demasiado.

Ahora, el breve espejismo en el que la mayor parte de ellos caían había desaparecido. Las figuras que avanzaban en su dirección eran cada vez más numerosas, no tenía la menor oportunidad de salir viva de aquella.

¿A quién intentaba engañar? Sí, iba a doler, seguramente mucho más de lo soportable. Iba a correr sangre, la suya. A pesar de eso, moriría peleando si eso conseguía ventaja para sus amigos.

Los rabiosos estaban ya tan cerca que podía observar sus rostros desfigurados y llenos de ira. Los había tenido detrás a menudo, pero nunca tan próximos. Cerró los ojos y se retrotrajo en el tiempo, bloqueando cualquier sonido exterior.

Su madre, su padre. Todavía jóvenes. June, un bebé; ella una niña ya.

Felicidad y risas, hasta el amargo día en que su madre murió. Ella adolescente, June tan solo una niña. Un padre que las había educado de forma severa, aunque útil.

Instituto, amigos, primer amor: Nathan.

Después él se marchó y eso también dolió. Pero siguió adelante, conoció otros lugares, otras personas. Academia de policía, Joel. Amistad, ligues ocasionales, relaciones breves. June crecía ante sus ojos mientras su padre se apergaminaba en su sofá favorito.

La vida avanzó, de repente otra vez Nathan. El virus. Perdió a June. Perdió a Joel, a Reth, y creyó que moriría de pena, pero entonces encontró a Rachel. Luego recuperó a Nathan, como en una mala película romántica de encuentros y desencuentros. Unas pocas semanas buenas que se fueron al traste en Nueva York. Tiempo en blanco.

El barco, la promesa de una vida segura que se había marchitado antes de empezar. Algo se había roto en su interior con las muertes de Nathan y June, y eso no se podía arreglar.

Abrió los ojos, dejando caer el cuchillo. Pensándolo mejor, estaba cansada de pelear y, una vez decidida a morir, daba igual cómo lo hiciera. Los rabiosos la abrazarían con toda su violencia descarnada, pero ella también los abrazaría, a su vez.

Verlos tan cerca le produjo un estremecimiento, mientras el miedo se abría paso y subía por su garganta. Aquellos ojos que no enfocaban, la violencia de sus movimientos, el entrechocar de sus mandíbulas... le ponía los pelos de punta. Cerró los ojos dispuesta a soportar lo que le venía encima...

Pero entonces una ráfaga de disparos hizo que se moviera hacia atrás, saliendo del bloqueo.

Los rabiosos estaban siendo tiroteados desde arriba y Emma se percató entonces de que se acercaba un helicóptero. Escuchó una explosión lejana, seguida de otra.

Los primeros mordedores habían caído, pero seguían llegando más. Emma recuperó el cuchillo del suelo, dispuesta a pelear si hacía falta, a pesar de que desde el aire dos militares la cubrían sin dejar de disparar. Se preguntó qué pretendían hacer, ya que en aquella zona era imposible aterrizar y menos con los montones de infectados que continuaban avanzando. No podían matarlos a todos desde el aire y ella no tenía otro sitio al que ir.

Sus dudas se resolvieron al observar cómo uno de los hombres se precipitaba hacia abajo a toda velocidad, enganchado de un cable. En cuanto puso los pies en el suelo, notó una fuerte sensación de alivio al reconocer a Reth.

Lo miró, sin ser capaz de decir nada. No parecía que le quedaran palabras, pero sí ganas de continuar viva.

—¿Quieres quedarte un rato más, o nos vamos? —comentó él, tratando de hacerse oír entre los disparos y los ruidos del helicóptero.

Se sujetó a él y al instante ascendían, dejando abajo un montón de figuras tambaleantes que gruñían. Miraban en todas direcciones sin ver, como si el trofeo les hubiera sido arrebatado, como esos galgos que nunca conseguían atrapar al conejo mecánico que perseguían.

Emma notó el aire frío y la ceniza chocar contra su piel: la isla estaba siendo bombardeada y ardía ante sus ojos, no tardaría en quedar reducida a escombros. Apretó los labios sin apartar la mirada, conocedora de lo que esas llamas escondían, y el dolor amenazó con llevársela de nuevo a su terreno. Pero en ese momento llegaron al helicóptero y el soldado que había disparado desde arriba alargó los brazos para meterla dentro.

Scalia se coló inmediatamente después, echando una mirada como si no pudiera creer que hubieran logrado salir de aquella. El hombre que había ayudado a Emma a entrar llevaba una placa en la que se leía Leon, y su aspecto grande y descuidado le recordó un poco a Faraday.

—¿Queda alguien más con vida? —preguntó a gritos el piloto.

La expresión de Scalia dejaba claro que no sabía bien qué decir.

—Hunter y Rachel intentan escapar en una barca —murmuró ella—. No sé dónde estarán exactamente.

Scalia asintió, acercándose al piloto para dar instrucciones. Después se sentó a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó, en tono preocupado al ver sus rasguños.

—¿Cómo me has encontrado?

—Ya te dije que daría contigo.

Por fin, vio asomar un amago de sonrisa en el rostro de la chica. Una de las más tristes que había visto nunca, pero sonrisa al fin y al cabo. Ella cogió su mano para apretarla con fuerza, en un gesto que evidenciaba lo mucho que se alegraba de verlo en buen estado.

—¿Solo habéis sobrevivido vosotros? —preguntó.

—Y por los pelos. Estábamos atrapados en una azotea cuando este helicóptero de rescate nos vio.

—¿Quién los ha enviado? ¿Collins?

—Creo que sí. Van a reducir la isla a cenizas para acabar con el brote.

—Perdón —la voz del piloto hizo que ambos se giraran en su dirección—. Estoy recibiendo órdenes por la radio para dirigirnos a Groenlandia. Allí no existe infección.

Durante un instante, ambos permanecieron mudos, como si hubieran oído mal.

—Repito, no existe infección. Canadá nos recibe en Groenlandia.

Emma suspiró, recostándose sobre su asiento. Se dio cuenta de que aún mantenía la mano de Scalia entre las suyas más tiempo del que se consideraba normal y pensó que quizás no resultaba apropiado. Pero entonces notó que él correspondía al gesto y se relajó.

—¿Qué pretendías enfrentándote a todos esos infectados sola? —lo escuchó decir.

—Solo ganar algo de tiempo para la parejita. —Emma se encogió de hombros—. Y he estado tan cerca que pensé que era el final.

—No sé si alguna vez te lo habrán dicho, pero tienes más vidas que un gato.

Emma no replicó nada a eso, pero se dejó caer contra él con una sensación de pura nostalgia. Por el momento estaban bien y camino a un refugio seguro en Groenlandia, donde quizás por fin lograrían sentirse a salvo.

EPÍLOGO



La barca se movía a la deriva, arrastrada por una corriente marina quién sabía adónde. Hacía ya un buen rato que Hunter había dejado de remar, agotado tras unos primeros minutos de desesperación en los que había logrado alejarse lo suficiente como para escapar del horror de la isla. Los brazos aún le palpitaban, doloridos por el esfuerzo, pero no le importaba.

Había conseguido sacar a Rachel de allí, sí, pero no sabía si eso los habría salvado. Porque, en aquel momento, lo único que podían ver en el horizonte era la isla en llamas, envuelta en explosiones. Podían escuchar el ruido de helicópteros, pero estaban demasiado lejos para que los vieran.

Al menos, allí los rabiosos no podrían seguirlos. Alguno había saltado tras ellos al agua, pero sus movimientos sin control no les permitían nadar, por lo que se habían hundido antes de lograr alcanzarlos.

—¿Crees que habrá salido? —musitó Rachel, siguiendo la dirección de su mirada.

Hunter la atrajo hacia sí y ella se acomodó entre sus brazos, cerrando los ojos.

—Ojalá —musitó él, con un suspiro de derrota—. Pero no lo creo.

—No hay ningún barco cerca.

Lo dijo sin ninguna entonación, como si fuera algo normal y no significara el fin de sus vidas. Porque no tenían agua potable, ni comida, ni siquiera una

manta para protegerse del frío. Y, en aquellas condiciones, no sobrevivirían mucho tiempo.

Hunter deslizó una mano hasta su vientre y Rachel la cubrió con la suya, como si de esa forma pudieran proteger al bebé que albergaba en su interior.

—Enseguida saldrá el sol —dijo él, intentando sonar tranquilo—. Podremos ver si hay costa cerca, algún sitio al que remar.

Rachel no contestó. Sabía que él estaba intentando animarla, hacer que no perdiera la esperanza, pero en aquel momento ella no veía ninguna. La isla destruida, todos sus amigos muertos... Cerró los ojos de nuevo con fuerza, reprimiendo unas lágrimas que eran más de furia que de pena.

La verdad era que estaba furiosa. Con Norris, por engañarlos de aquella forma. Con los militares que habían creado toda aquella mentira en Anticosti.

Y, sobre todo, con el maldito destino que los había llevado por aquel camino. ¿Para qué había servido todo lo que habían hecho? La cura de Nathan, sobrevivir hasta Atlanta, el viaje a Nueva York buscando ayuda... Formar una familia, cuando todo estaba perdido. Para ella, todos eran su familia, incluso Faraday, con todo lo extraño que era.

Aunque ya no importaba si lo era o no, puesto que también estaba muerto. Todos lo estaban.

Se estremeció entre los brazos de Hunter, pensando en los últimos momentos de Emma con June. Otra vez el maldito e injusto destino. ¿Por qué llevar a la pobre chica hasta aquella isla? ¿Para que su hermana la encontrara y, minutos después, ver cómo se transformaba? No era justo. Nada lo era.

—Mira, ya amanece.

Las palabras de Hunter le hicieron abrir los ojos y mirar al horizonte. El sol emergía radiante iluminando el mar azul y sus primeros rayos cálidos fueron bienvenidos por ambos. Juntos se daban calor mutuamente, pero no el suficiente para el frío nocturno de aquellas latitudes.

El sol también trajo la luz, pero no la esperanza porque, cuando pudieron ver lo que había a su alrededor, se dieron cuenta de que la única costa cercana era la isla.

Nada más, ni una línea de tierra a lo lejos, ni un barco, nada que les indicara hacia dónde dirigirse.

Hunter miró hacia la isla, donde ya solo se veía fuego por todas partes. Varios helicópteros la sobrevolaban, pero los vio girar y alejarse de ella en dirección contraria a la que se encontraban.

—No nos han visto —dijo Rachel.

—Quizás hagan más vuelos o nos crucemos con algún barco. No tenemos que rendirnos tan pronto, solo llevamos un par de horas aquí.

—Lo sé, pero... —Se encogió de hombros—. Hunter, no queda nadie.

Él la estrechó más contra su cuerpo, sin rebatir sus palabras. Podía intentar pensar que los rescatarían o que aparecería algún barco de la nada, pero ella tenía razón: no quedaba nadie más. Y eso no iba a cambiar.

—Puede que la corriente nos lleve a la costa —aventuró—. Este lado de la isla daba a Canadá, y no parece que nos esté llevando a mar abierto.

—No, no lo parece. Cuando venía en el barco pasamos cerca, pero no sé cuántas millas habrá.

—Ahora que ha salido el sol, sabemos dónde está el Este, y la costa estaba allí. Así que intentaré mantener el rumbo en esa dirección.

—Espero que...

Se calló de pronto, incorporándose.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hunter.

Pero ella solo sacudió la cabeza, mirando hacia atrás. Él la imitó, manteniéndose en silencio, y entonces lo oyó.

El motor de un helicóptero, al principio muy lejano, pero cada vez más nítido. Se quedaron quietos, mirando hacia el lugar del que provenía el sonido. Por fin, entre el humo de la isla, distinguieron la forma alargada y negra de un helicóptero. Según se iba acercando, Hunter pudo ver que no era militar, no tenía armas a la vista ni ningún distintivo del ejército, pero sí un círculo con un águila en el centro.

—Oh, Dios mío —musitó Rachel.

—Es el helicóptero del presidente —dijo él, a la vez.

El aparato se quedó en el aire varios metros por encima de ellos. Las puertas se abrieron y pudieron ver a un par de hombres uniformados que lanzaron una escala.

Y entre ellos, una figura que reconocieron al momento.

—¡Estoy aquí! —gritó J.J., con un megáfono en las manos—. ¡No os preocupéis, he venido a salvaros!

Hunter puso los ojos en blanco, mientras alargaba la mano para coger la escalera.

—No sé si podré subir por ahí, no lo veo muy estable —dijo Rachel.

Sabía que era ridículo en comparación con lo que habían pasado, pero le temblaban las piernas y no estaba segura de poder aguantar hasta arriba.

Por suerte, en ese momento les lanzaron también una cuerda con un arnés

para sujetarse.

Hunter la ayudó a ponérselo y sujetó la escala por el final.

—Iré justo detrás de ti —le dijo.

—Pero no estás atado.

—No te preocupes por mí, sube.

La besó para darle ánimos y le colocó un pie en la primera tabla de madera para que comenzara a subir.

Rachel tragó saliva y comenzó el ascenso, procurando no mirar hacia abajo, salvo para asegurarse de que Hunter iba detrás. Desde arriba, J.J. los animaba a voz en grito lo que, al final, hizo que tuviera ganas de matarlo. El muy insustancial siempre provocaba ese efecto en ella...

Pero cuando llegó al helicóptero y los hombres le quitaron el arnés, lo único que hizo Rachel fue abrazarlo hasta casi cortarle la respiración.

—Joder, R, que me ahogas —protestó él—. Ya sé que me agradeceréis esto eternamente, pero no hace falta que me rompas ninguna costilla.

—Eres idiota. —le dijo, mientras negaba con la cabeza.

Hunter llegó arriba y lo abrazó también.

—Has avanzado desde que aprendiste a abrir latas —le dijo, de forma condescendiente aunque con un claro matiz humorístico.

—Bienvenidos a bordo —dijo entonces una cuarta voz.

Se giraron hacia ella para encontrarse cara a cara con el presidente Collins, que extendió la mano hacia ellos. Se la estrecharon por inercia, aún sin creer que estuvieran a bordo de su helicóptero.

—Gracias por rescatarnos, señor —dijo Hunter.

—Lamento todo lo que ha ocurrido. No sabía nada de lo que estaba pasando en Anticosti...

—No teníamos ni idea —corroboró J.J., moviendo la cabeza enérgicamente.

—Se hará una investigación, la ONU se va a hacer cargo de ello —continuó él—. Pero os aseguro que no va a haber más experimentos extraños ni sistemas totalitarios. Nos vamos a encargar de ello.

Su móvil sonó en aquel momento y se disculpó para regresar a su asiento y contestar la llamada.

Rachel se echó a llorar y J.J. miró a Hunter sin saber qué hacer.

—Tranquila, R. No tienes que llorar, estáis salvados...

—No lo entiendes —hipó ella, entre sollozos—. Solo quedamos nosotros.

—¿Solo vosotros? Qué va.

—¿Has visto cómo ha quedado la isla? —replicó Hunter, con la voz rota por los dramáticos hechos que habían tenido que soportar—. Nathan estaba allí, y Faraday, pero los han matado. Y Emma...

—Emma está bien —dijo el chico, levantando las cejas en un gesto que pretendía paliar parte del dolor de sus amigos.

Aquello los dejó mudos a los dos. Rachel dejó de llorar, mirándolo con incredulidad.

—¿Qué quieres decir con «bien»? —consiguió preguntar.

—Pues que está en otro helicóptero. —Señaló por la ventana y ellos se asomaron para ver un aparato que se alejaba de ellos—. Vamos a Groenlandia, el gobierno canadiense nos deja unirnos a sus evacuados. Creo que es por mí, por mi fama mundial...

—¿Estás seguro de que está allí? —preguntó Hunter, interrumpiendo sus delirios de grandeza.

—Claro, ella y otro tipo, un tal Res Espátula...

—Reth Scalia —dijo Hunter, con paciencia.

—Eso. Los llamaremos por radio, si os tranquiliza.

Hizo señas a uno de los hombres que los acompañaban y les acercaron una radio. J.J. manipuló un par de botones, habló por el micrófono y se lo pasó a Rachel.

—Ahí la tienes.

Rachel lo cogió con la mano temblando y pulsó el botón para poder hablar.

—¿Emma? —preguntó, casi sin voz.

La radio crepitó y entonces llegó la respuesta. Alta y clara.

—Estoy aquí.

Y con esas dos palabras, renació su esperanza para el futuro. En Groenlandia o donde fuera, lo habían logrado.

Habían sobrevivido.

AGRADECIMIENTOS

Eva M. Soler: Hay un largo camino entre nuestra primera publicación y esta que tienes ahora en tus manos, y mucha gente que nos ha acompañado durante el viaje a la que dar las gracias. Por mi parte, mi familia ocupa el primer lugar, como es lógico: mamá y Diego, que siempre están a mi lado pase lo que pase; papá, porque sé que espera esta continuación como agua de Mayo. Mabel, Agur, Ángela, que me leen de manera religiosa y sin cuyo apoyo todo esto sería un poco más difícil.

Amigos: Emma, de lo mejor que me ha dado este mundillo. Izaskun, no solo por tu ayuda (desinteresada y, además, excelente), sino por tu amistad. Mis queridísimas “amibetas”, Toñi y Salomé, a las que quiero y echo mucho de menos, y que me espabilan cuando hace falta. Ainara B, mi chiquilla linda, te veo poco pero te quiero mucho.

A nuestras chicas norteñas: Iria, Valeria, Alicia, Aitziber, Amaia B. Madison, Aranzazu, Ana Silva, Susana Perez, Izaskun, Luz y Sugi. Gracias por estar ahí siempre, y gracias por esas comidas tan divertidas que hacemos cuando podemos ù

A Belén Edreira y las chicas del “Sofá”: muchas gracias por proporcionarnos una de las mejores experiencias que hemos tenido desde que publicamos. Si esto siempre fuera tan divertido y respetuoso, todo sería perfecto ;)

Ido: Las cosas no podrían ir mejor. ¿O sí?

Idoia Amo: Gracias a mi familia por estar siempre ahí: a mis peques. por alegrarme los días como solo ellos saben; a mi madre y mi hermana, que lo leen todo y siempre tienen algún comentario; y a Gurko, por aguantarme como solo él sabe.

Poco que añadir a todas las personas que ha mencionado Eva, solo añadir a un par más:

Ceci, por apoyarnos con esas Divinas que son ya parte de nuestra vida, y a China, por esas portadas maravillosas y estar siempre dispuesta a ayudar.

Mención especial a quienes nos han puesto piedras en el camino y se las han tenido que comer... ¡karma!

Eva: Adelante y mejor, siempre ;-)

A nuestras lectoras: nos hace felices saber que estáis ahí, sentimos vuestro apoyo siempre y nos encanta saludaros o charlar con vosotras. Ojalá pronto podamos veros en persona. Gracias también por la presión popular para que este libro saliera adelante, sin esa insistencia no creemos que lo hubiéramos escrito.

SOBRE ANTICOSTI



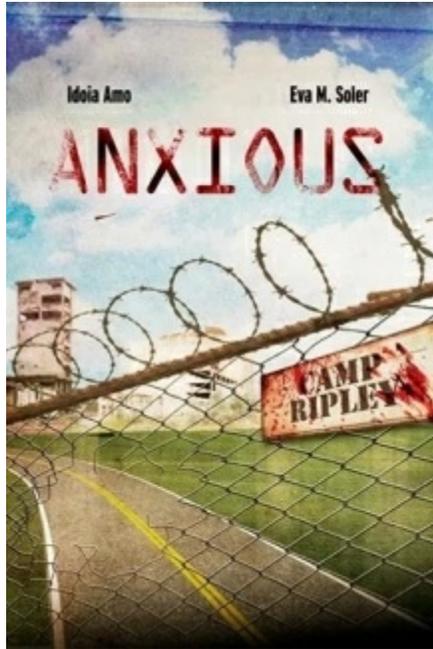
La **isla de Anticosti** (en [francés](#), *Île d'Anticosti*; en [inglés](#), *Anticosti Island*) es una gran isla de [Canadá](#) situada en el [golfo de San Lorenzo](#), en la provincia de [Quebec](#). Con sus 7892,52 km² de superficie, es la isla más grande de la provincia y es la [90º más grande del mundo](#). Por el norte, la isla de Anticosti está separada del territorio continental de Quebec por el [estrecho de Jacques Cartier](#) y, por el sur, de la [península de Gaspesia](#) por el [estrecho de Honguedo](#). Su lago más grande es el [lago Wickenden](#), que alimenta al [río Júpiter](#). Es rocosa y está cubierta en su mayoría de bosques.

A pesar de su gran tamaño (217 km de largo y entre 16-48 km de ancho), Anticosti está muy escasamente poblada: 266 habitantes en [2001](#), localizados en su mayor parte en la pequeña localidad de [Port-Menier](#), en el extremo occidental de la isla. Muchos de los habitantes cumplen tareas relacionadas con la conservación de los numerosos faros erigidos por el gobierno canadiense. La costa es peligrosa; los más de 400 naufragios contabilizados han hecho a Anticosti acreedora del sobrenombre de «el cementerio del San Lorenzo». Los dos únicos puertos son Ellis Bay y Fox Bay.

Anticosti fue descubierta en [1534](#) por el explorador [francés Jacques Cartier](#) y recibió el nombre de *Assomption*(« Asunción »). Posteriormente, fue otorgada a [Louis Joliet](#) por el rey [Luis XIV](#) como recompensa por haber descubierto el [río Misisipi](#), y permaneció en la familia Joliet hasta [1763](#), cuando fue cedida por [Francia](#) al [Imperio Británico](#) al acabar la [Guerra de los Siete Años](#). En [1895](#), Anticosti fue comprada por el adinerado chocolatero francés Henri Menier, el cual trató de convertirla en una gran reserva para la caza y la pesca. Menier introdujo varias especies, como los [ciervos](#), además de explotar los recursos naturales como la madera y los minerales. Finalmente, la isla fue comprada por el gobierno del [Quebec](#) en [1974](#).

En [2001](#) se creó el [Parque Nacional de Anticosti](#), con 572 km² de superficie.

En la actualidad, Anticosti recibe entre 3.000 y 4.000 cazadores cada año.



OTRAS NOVELAS

Little Falls es un pequeño y tranquilo pueblo de Minnesota donde nunca sucede nada.

Los habitantes de este idílico lugar desconocen los turbios asuntos que se

gestan en Camp Ripley, la base militar afincada a unos kilómetros, donde se están llevando a cabo una serie de peligrosas pruebas virales.

La desaparición de una joven del lugar pone sobre aviso a la jefa de policía Emma Jefferson, quien no tarda en descubrir que se ha propagado un virus, resultado de un proyecto llamado Anxious: un virus que produce infectados rabiosos y que pronto se convertirá en pandemia con consecuencias catastróficas.

Drama, supervivencia, miedo... ¿estás preparado para que tu mundo cambie por completo?



Imagina un concurso televisivo dispuesto a todo con tal de subir la audiencia.

Imagina que alguien desaparece sin dejar rastro en un área de servicio.

Imagina que tu deseo máspreciado se cumple, y debes pagar el precio.

Imagina que un reflejo hace aflorar tu lado más perverso.

Imagina que el mundo llegara a su fin, y solo tuvieras un último día.

Imagina un túnel de terror en vivo, cuyo macabro recorrido se convertirá en una experiencia aterradora.

Imagina...

Adolescentes sin escrúpulos, lugares de pesadilla, desapariciones misteriosas, padres perversos, demonios internos, rituales de iniciación, una pizca de amor, y sangre... mucha sangre.

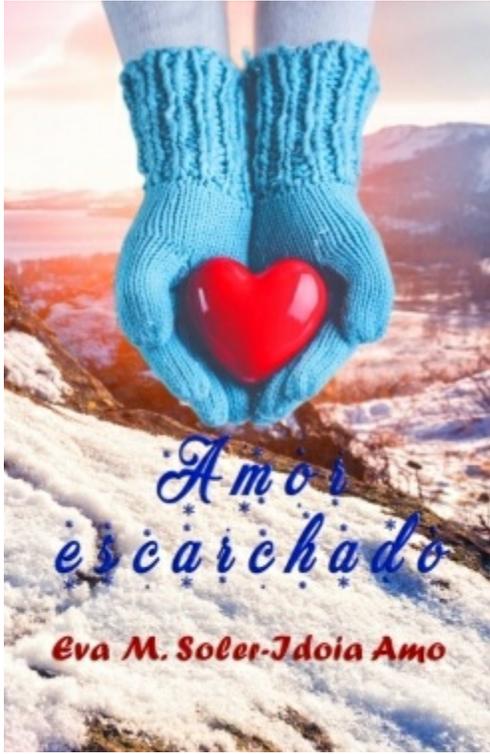
Salvación



EVA M. SOLER

IDOIA AMO

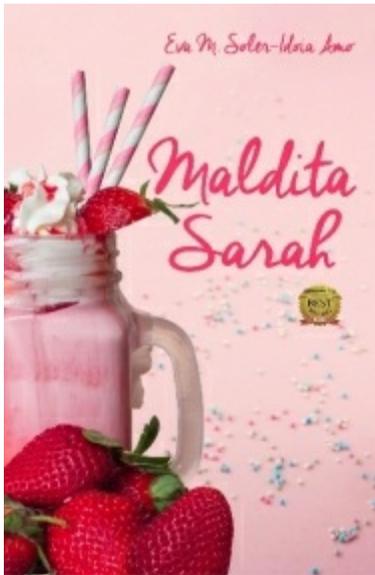
« He trazado un círculo, hecho con sangre. Un círculo que delimita Salvación de principio a fin. Nadie puede salir de aquí, y el que lo intente, morirá. Vais a pagar... un sacrificio cada doce meses. Uno por año, como ofrenda por mi sufrimiento. »



*Amor
escarchado*

Eva M. Soler-Jdoia Amo

Alexander Green es un joven cirujano plástico que vive en Los Ángeles, entre fiestas y surf, hasta que es testigo de un crimen que lo obliga a entrar en protección de testigos. Para su asombro, es enviado a Sutton, un pequeño pueblo de Alaska, todo lo contrario a lo que está acostumbrado. Un lugar tan lejano como el corazón de la jefa de policía local, Rylee Scott, una treintañera que ha renunciado al amor, y que pronto despertará el interés de Alex. Romance, comedia y nieve, juntos en una sola historia...



Cosas que haces cuando tu novia te deja:

- 1) Odiar a su nuevo novio, como corresponde.
- 2) Evitar coincidir con ella.
- 3) Refugiarte en tu familia y tus amigos.
- 4) Pensar que de buena te has librado.
- 5) Plantearse si quieres seguir trabajando para su padre.
- 6) Tragar bilis cuando se dedica a restregarte a ese puñetero musculitos.
- 7) Buscar a una chica que te deba un favor y hacerla pasar por tu pareja, aunque tengas que refinarla antes.
- 8) Espera... borra eso...

En los planes de Liam no entra que su novia actual, Sarah, le abandone tras enamorarse de otro durante sus vacaciones en Australia. Tampoco que peligre su posible ascenso en el bufete donde trabaja, que su hermana se ponga a salir con un guaperas que a todas luces le partirá el corazón, y mucho menos que su atractiva, aunque plebeya vecina, Summer, le destroce el coche durante un accidente en el aparcamiento.

Harto de que Sarah se dedique a amargarle la vida paseando a su nuevo ligue ante sus ojos, este abogado estirado decide seguir un consejo poco sensato: convencer a Summer de que se haga pasar por su novia ante ciertos eventos del bufete. Para que todo salga bien solo necesita refinarla un poco, pero lo que en principio parecía algo sencillo acaba derivando en un giro inesperado...



Bienvenidos a Kiltarlity. Un pequeño pueblo escocés donde no faltan los hombres rudos, los dialectos imposibles, la tradición de los clanes milenarios y, por supuesto, la persistente lluvia.

A sus treinta y dos años, Leslie Ferguson ha logrado alcanzar el éxito en el trabajo y posee un alto nivel económico, pese a que su carácter avinagrado no despierta demasiadas simpatías en sus relaciones sociales. Cuando es enviada a un pequeño pueblo de Escocia por motivos laborales, la estirada joven no

tiene más remedio que viajar hasta allí acompañada por su ayudante personal, Shane. Pronto, Leslie descubrirá que su refinado estilo de vida no es compatible con este lugar: sus empleadas no la respetan, no tiene centros comerciales donde satisfacer su vena consumista, y el encargado de ayudarla en su proyecto es un atractivo *highlander* que no para de burlarse de ella.

Pero lo que parecía ser una pesadilla compuesta por niebla, humedad y gente tosca, no solo pondrá a prueba su paciencia durante un año, sino que cambiará su vida de forma radical...